

*Selecta*

*Anny Peterson*

# LA MAGIA

*que nos une*



*Selecta*

*Anny Peterson*

# LA MAGIA

*que nos une*



*Selecta*

La Magia que nos une

*Anny Peterson*

**megustaleer**



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@megustaleerebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

Para Bego, mi canaria favorita,  
por su generosidad y optimismo.

Prólogo

Noa

«Ya eres mío», pensé frenando el coche y escurriéndome en el asiento del conductor. Sabía que había seguido con las luces apagadas a la persona adecuada en el momento oportuno.

Qué molesto es a veces tener razón, porque presentía un aciago final. Uno de los dos no sobreviviría a aquella noche, o puede que ninguno.

Asomé los ojos lo justo para verle desaparecer por una puerta inapreciable en la pared de metal de aquel edificio de China Town. Me habían prohibido volver a

pisar ese distrito, pero intuía que tras esa ajada puerta estaba la clave de todo.

Bajé del coche y le seguí. Me adentré en la nave sin pensar en el riesgo que estaba corriendo porque, si me encontraban allí, les sería muy fácil hacerme desaparecer sin dejar rastro. Pensé vagamente en dos o tres personas a las que les

daría un ataque si supieran dónde estaba, pero sacudí la cabeza y me concentré en lo que veía.

Era una habitación pequeña y sucia que olía a peligro. Como las que salen en las películas y automáticamente piensas: ¡¿eres tonta?! ¡Sal de ahí! Siempre creí que si fuera la protagonista echaría a correr sin dudarlo, pero no podía. Aparte de

a peligro, olía a sed de justicia, a luchar contra la opresión, a defender la libertad, y ese efluvio impedía que me detuviera. Se escuchaban murmullos en un

dialecto extraño de Europa del Este, también algunos gritos angustiosos y sus réplicas enfadadas... No me hacía falta oír más para saber que había encontrado

el agujero donde se organizaba esa maldita banda de tráfico humano que llevaba persiguiendo casi un año, pero tenía que verlo con mis propios ojos antes de pedir refuerzos.

Continué sigilosamente por un pasillo. Al llegar al acceso, me agaché y eché un vistazo.

Mierda. Era peor de lo que creía. En ese momento, sí me pareció una magnífica idea salir pitando hacia la puerta, pero en vez de eso, saqué el móvil y envié un WhatsApp.

«Los Tengo. Trae refuerzos», y mandé mi ubicación.

—Quieta, zorra. —Sentí la presión de un cañón en mi cabeza. El sonido de una bala cargándose y una voz inconfundible que no debería estar en el bando de los malos.

—¡No! —grité despertando sobresaltada.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —me preguntó asustado el pasajero de al lado.

Mis ojos ofrecieron nueva información.

Una cabina de avión presurizada, gente mirándome alarmada, azafatas sirviendo bebidas.

—Sí. Perdón, perdón. —Corregí mi postura y soporté la vergüenza provocada por mi trastorno de estrés postraumático.

—¿Una pesadilla? —insistió el hombre.

Le miré a los ojos y me pareció un buen hombre recién jubilado. Tenía una mirada ávida por recopilar historias de sus trepidantes viajes que más tarde plasmaría en su autobiografía. Si le contara la mía, se caería del asiento a pesar

de la dificultad por la proximidad del respaldo anterior.

—Sí —mentí. Porque en realidad no era eso, sino un recuerdo. Un mal recuerdo que preferiría olvidar. La auténtica pesadilla estaba a punto de comenzar: volvía a casa.

## Capítulo 1

### *ALGO PARA RECORDAR*

Noa

—¡Nena! —gritaron mis padres en cuanto me vieron aparecer por la puerta de llegadas.

Corrí hacia ellos y les abracé a los dos a la vez.

—Qué ganas tenía de verte, cariño —dijo mi padre.

—Te hemos echado mucho de menos —apoyó mi otro padre—, pero... ¿por qué has vuelto exactamente? —preguntó interesado.

—César —le riñó papá—, acaba de llegar. Te he dicho que esperases al menos a llegar al coche para hacerle esa pregunta.

—Lo siento —chasqueó la lengua resignado—, te juro que mi mente ha

pensado una cosa y mi boca ha dicho otra. Llevamos preguntándonos eso dos semanas, desde que nos dijo que no solo volvía para acudir a tu fiesta de jubilación, sino para quedarse definitivamente.

Mi padre le sonrió con ternura poniendo los ojos en blanco. Un gesto que indicaba que seguía siendo una de sus dos debilidades. Yo era la otra y me lo confirmó mientras volvía a abrazarme feliz.

Aplastada contra su cuerpo de oso polar encontré los astutos ojos de César, que me sonreían traviosos alardeando de que aún seguía teniéndole justo donde quería. Eran una pareja envidiable. Mi ejemplo perfecto de cómo debería ser el amor entre dos personas.

César no era mi padre biológico, ni falta que hacía. Tenía claro que Jorge

desempeñaba ese papel a la perfección desde que me concibió mediante un vientre de alquiler hacía ya casi treinta años, y él se había encargado de cubrir con matrícula de honor el rol de madre. Una madre permisiva, comprensiva y confidente, que me echaba una mano con las neuras de mi sobreprotector padre.

—Vámonos a casa, necesitas descansar antes de la fiesta —propuso papá, y

cogió mi maleta para arrastrarla mientras me pasaba un brazo por encima. Cesar se agarró a mi cintura y comenzamos a caminar.

Entendía que quisieran estar en contacto conmigo —a pesar de que nadie diría

que parecían dos tipos cariñosos—, pero hacía casi un año que no me veían y necesitaban cerciorarse de que estaba realmente allí. Yo tampoco era la típica chica garrapata. Solía guardar las distancias con la gente y, de pronto, me agobié

al sentirme tan retenida. Como por arte de magia, César me soltó y me echó una mirada que evidenciaba haber captado las ondas negativas que emanaban de mi cuerpo. Le miré y vi una pregunta en sus ojos.

«¿Qué ocurre? Tendrás que contármelo», acertó a decirme.

«Algo que a papá no le gustará saber», respondí mentalmente.

«Tranquila, sé cómo distraerle», sonrió ufano.

Me dio tanta paz, que le cogí de nuevo la mano demostrándole que había

cambiado de idea. No quería perder su contacto y eso hizo que su sonrisa se ensanchara.

Descansé todo el tiempo que pude tirada en la cama antes de tener que

comenzar a arreglarme. Maldita fiesta, toda la vieja cuadrilla se juntaría, pero eso no era ninguna novedad.

Solían verse a menudo, aunque, de un tiempo a esta parte, a medida que los hijos fuimos creciendo, solo aparecíamos en los actos importantes o fechas

señaladas. Mi última vez, el cumpleaños de uno de ellos. Ese día decidí dejar España y viajar lejos por un tiempo indeterminado. Lo había bautizado «el día de

los ultimátums»: mi novio me lanzó uno, la persona menos indicada, otro, y yo

tomé la decisión de desaparecer por el bien de todos.

Los implicados en aquella dramática escenita éramos los hijos de un grupo de

amigos íntimos que habíamos crecido juntos, con todos los buenos y malos

momentos que eso conlleva. A veces odiaba recordar los buenos casi tanto como

los malos, porque nos habían hecho presas de un vínculo que la mayoría de nosotros no deseaba llevar grabado en sus entrañas. Demasiadas vivencias juntos

como para olvidarlas... Demasiado cariño, demasiado odio, demasiado roce.

Entramos en el restaurante donde se celebraría la cena y nos dirigimos a un apartado exclusivamente reservado para la ocasión donde cabríamos todos.

Éramos catorce, ni *Los Brady* ocupaban tanto.

El brazo de mi padre seguía en su sitio favorito, lanzando el mensaje

subliminal de «no te acerques a ella o morirás» que había implantado desde el día que me crecieron los pechos, pero en aquel instante se lo agradecí, porque estaba a punto de volver a ver al amor de mi vida. Uno al que yo misma había

renunciado porque, a veces, hay que elegir entre satisfacer a los demás o perseguir tus sueños.

Nada más entrar, le vi. Apoyado en la mesa, sin ver la hora de sentarse a comer

saltándose el paso previo de los saludos iniciales. A su lado, con el ceño fruncido, estaba su mejor amigo cambiando el peso de un pie a otro, nervioso, incómodo. Sus ojos me encontraron y el tiempo se detuvo. No pude hacer otra cosa que bajar la vista al suelo. Joder..., tan valiente para unas cosas y tan cobarde para otras. Quién lo diría, después de haber tenido el cañón de un arma

metido en la boca.

—¡Hola, Noa! —me saludó Naia, la mejor amiga de mi padre—. ¿Cómo estás?

¿Qué tal el vuelo?

—Bien... —sonreí forzosamente tras recordar el pequeño espectáculo que había dado en el avión. Tampoco quería recordar la psicosis que experimenté al recoger el equipaje, pensando que alguien me seguía, observando todos mis movimientos.

—¡Me alegro de que estés aquí! Diego lleva toda la semana histérico por verte.

Madres... ¿No saben lo que es la contención?

Miré hacia su hijo, que estaba relativamente cerca, y se mordió los labios aplacando una sonrisa.

Mi padre puso cara extraña y mantuvieron una conversación silenciosa que no quise atender ya que su marido me estaba dando dos besos.

—¡La pequeña Noa! —intervino Leo, otro de los amigos de mis padres—.

¿Qué tal, preciosa? ¿Ya has cazado a todos los malos de Nueva York?

—Sí, está limpia como una patena. Ahora empezaré con los de aquí —bromeé.

Ese hombre siempre me había caído bien, lástima que no pudiera decir lo mismo de su hijo. Lolo.

—¿Vas a retomar la excedencia que pediste en la policía? —preguntó interesado.

—Eh... no sé qué voy a hacer todavía —dije cuando se hizo un silencio inusual en el comedor para oír mi respuesta.

—Dejadla que descanse un poco, acaba de aterrizar —terció César dándole un efusivo abrazo a su compinche. Sabía de buena tinta que, en otra época, habían sido de los que se cobraban las piezas a pares. Entiéndase como cazar en manada para más tarde disfrutar del banquete conjuntamente. Eso ocurrió hasta que



César conoció a mi padre y puso un armario en su vida del que poco a poco le ayudó a salir entre sonrisas y lágrimas.

Cuando vi la oportunidad, me giré hacia «mis amigos». Ambos estaban esperándome. Un clon de Ryan Gosling y del jodido Jon Kortajarena, dándome un repaso de lo más exhaustivo, mientras andaba los tres pasos que me separaban de ellos. Y eso que me había vestido discretamente: pantalones negros, una camiseta elástica roja con formas negras psicodélicas y unas botas altas negras con poco tacón. Una cazadora de cuero a juego completaba el look.

Diego se adelantó y me dio dos besos dolorosamente lentos a la vez que me acariciaba el brazo y pronunciaba un «hola» cargado de «cuánto te he echado de

menos». Lolo imitó el movimiento sobriamente sin llegar a rozarme la piel.

«Qué hay», murmuró en un tono de quien no espera respuesta.

—Hola, chicos... os veo bien.

—No tanto como tú. Estás guapísima... —repuso Diego con los ojos brillantes.

—Gracias —sonreí—, será porque para mí aún son las cuatro de la tarde —dije mirando el reloj.

Diego siempre había sido un gentleman, como su padre. Correcto, comedido, pero a la vez cercano y alegre. Hasta que yo le partí el corazón, claro. Desde pequeños, me había cuidado como a su posesión más preciada. Diría que como a una hermana, pero sería engañoso, porque de críos tu hermana es poco más que

una babosa que estás deseando perder de vista, y ese nunca había sido el caso.

Con tan solo nueve años, me robó mi primer beso.

Cuando llegó la adolescencia, nuestra estrecha amistad se recubrió de una vergüenza sana y respetuosa que guardaba más las distancias. Muchas veces, nuestros padres quedaban a cenar en una de nuestras respectivas casas, y siempre nos retirábamos a ver películas tumbados en la cama del dormitorio principal.

Solíamos estar los cuatro: Diego, su hermana Adriana, Lolo y yo. Por aquel entonces, Diego y yo ya éramos uña y carne, y presumíamos de nuestra conexión

como si hubiésemos hecho una promesa tácita de no perderla nunca por cosas tan tontas como el amor. La cosa no fue a más porque yo no era la típica adolescente que quiere crecer cuanto antes y mostrar sus atributos al mundo para

ver qué efecto producían. No como Adriana que, a sus quince mal llevados, ya

volvía loco a un Lolo de casi doce haciendo múltiples visitas al baño o al armario para hacer ¡Dios sabe qué!, mientras nosotros veíamos la película.

Al cumplir los quince, Diego no podía disimular sus inconscientes miradas

hacia mi anatomía a pesar de que yo no podía ser más marimacho a esa edad, enfundada en mi glamuroso estilo de ropa holgada y deportiva. Pero el día de mi

cumpleaños, se lanzó y me besó; y yo no le rechacé porque llevaba mucho

tiempo deseando que lo hiciera. Aún recuerdo cómo nuestros dientes chocaron demostrando lo inexpertos que éramos.

Nuestros padres no tardaron en enterarse de que nos habíamos hecho «novios»,

porque a esa edad ¿quién puede disimular la cara de tonto que pones en

presencia de la persona que te hace tilín? Por mucha vigilancia y presión de mi

padre, nuestra relación fue bastante rápido. Nos conocíamos de toda la vida y, aunque no nos veíamos todos los días, la tropa seguía quedando a menudo e incluso nos íbamos de vacaciones juntos. Habían comprado una casa grande

entre todos con un montón de habitaciones en Ibiza, y ese mismo verano, en una

oscura playa, perdí mi virginidad con él bajo la atenta mirada de Lolo, según me

comentó el muy mamarracho más tarde.

Ese tío me había hecho la vida imposible desde que tenía uso de razón. Yo

siempre lo achaqué a que tenía envidia de mi amistad con Diego, como si lo quisiera solo para él. Me odiaba por lo que despertaba en sus ojos desde que éramos bebés.

—¡Lo tienes agilipollado! —me dijo una vez en una de nuestras peleas.

—¡Eso es porque pasa demasiado tiempo contigo y todo se pega! —respondí

yo.

Diego había tenido un par de discusiones serias con él por sus constantes ataques hacia mí desde que lo nuestro se hizo oficial y, durante un tiempo, fingió

una retirada silenciosa. Pero no hacía falta que dijera nada, sus ojos me lo decían

todo. Finalmente, Lolo se distrajo con las otras dos féminas de la pandilla y nosotros pudimos vivir nuestro amor en una calma relativa. Fueron un par de años preciosos, intensos y muy tiernos perdidos el uno en el otro, hasta que empezamos la universidad.

Diego quiso estudiar Medicina, fiel a ser el idílico sueño de cualquier madre; y

yo elegí un doble grado de Psicología y Criminología con unas segundas

intenciones bien pensadas que cayeron como un jarro de agua fría sobre mis padres cuando les dije que, al terminar la carrera, quería ser Inspectora, al igual

que ellos.

—No me hagas esto, Noa —dijo mi padre al escucharlo tapándose la cara con las manos.

—¡Es lo que quiero! Llevo toda la vida escuchándoos hablar de ello.

—Lo que te dejamos escuchar no es ni de lejos la realidad —apuntó sentándose en el sofá—, solo queríamos ser tus héroes.

—Me da igual. Lo tengo decidido y no voy a cambiar de idea.

Mi padre y César se miraron. César sonrió indulgente y se acercó a él.

—¿Qué esperabas, cariño? Lo lleva en las venas... Lo va a hacer de todas formas, ya la conoces, más vale que estemos de su parte.

—No parece sorprendido. ¿Tú lo sabías?

—Lo sé desde el día que perdimos el mando de la tele y empezó a hacer preguntas de forma sospechosa: qué ropa llevábamos la noche anterior, qué fue lo último que visionamos para saber quién había cambiado de canal y, por supuesto, acabó encontrándolo con una sonrisa de satisfacción muy

característica. Tenía cinco años.

Mi padre resopló y César me guiñó un ojo.

El restaurante comenzó a llenarse, y Adriana, la hermana mayor de Diego, se

acercó a nosotros. Su forma de vestir exudaba una sofisticación inversamente proporcional a la que le faltaba al hablar. Siempre iba de punta en blanco, pero

su ácida personalidad revestía su karma de color grisáceo, como les pasa a las prendas que pierden su luminosidad lavado tras lavado.

—Hola, ¿ya te has cansado de jugar a polis y a cacos en Nueva York? —soltó

con aspereza dándome dos besos.

Se mondó de risa el día que se enteró de que era oficialmente policía. Adriana

nunca me vería como a una figura de autoridad, para ella siempre sería «la enana». Una mujer que no se merecía a su hermano por muchos galones que

ganara. En contrapunto, ella era una «Ni-Ni» a la que sus abuelos le habían dejado un suculento fideicomiso. No creía en el sacrificio ni en que el trabajo dignificaba. Una persona así, ¿cómo iba a respetar a alguien? Por no respetar, no

se respetaba ni a sí misma. Solo creía en el lujo y en las apariencias, una actitud

sin duda heredada de su madre biológica.

—Hola, Adriana —respondí tranquilamente—. ¿Qué tal te va? ¿Sigues

malgastando tu vida y tu potencial sin hacer nada? Qué lástima...

Cuando iba a replicarme un chorro de audaces palabras, aparecieron en la sala

los que faltaban: Ander y Martina. Los seis formábamos el grupo completo de

«los niños», aunque a ellos les veíamos más esporádicamente.

—¡Hola, chicos! —saludó Martina viniendo directamente hacia nosotros

mientras sus padres saludaban a los mayores.

—Hola, encanto —correspondió Adriana. Después, buscó a su hermano y

prácticamente aterrizó sobre él para darle dos besos de lo más intrusivos—.

Hola, Bollycao.

Ander mostró incomodidad, pero no se apartó.

—Hola —contestó haciéndola retroceder un poco con las manos. En ese momento, desvió la vista hacia mí y sonrió genuinamente.

—¡Noa! —exclamó librándose de ella.

—¡Hola! —le abracé—. ¡Enhorabuena!

—Gracias —Sonrió.

—¿Cómo debo llamarte ahora? ¿Señor Juez o su Señoría? —pregunté con guasa.

Meneó la cabeza vergonzoso.

—Me alegro de que estés de vuelta.

Ander y yo siempre nos habíamos llevado muy bien. Era amable, respetuoso y serio. Un niño muy maduro para su edad, por lo que a nadie le sorprendió que con diez años tuviera claro que quería ser juez. Después de estudiar Derecho, se preparó las oposiciones y tres años después consiguió la plaza. ¡Era un cerebritito!

Hacía menos de un año que había terminado el curso en la Escuela de Práctica Judicial y había comenzado a ejercer. Todos estábamos muy orgullosos de él.

Advertí que Adriana me miraba con mala cara, siempre había tenido una extraña fijación con él. Y el pobre Ander, a duras penas podía contener la opinión que le merecía que le siguiera llamando «Bollycao» a un tío de su edad.

Se separó de mí y saludó a Diego con palmaditas en la espalda felicitándole a su vez.

—Enhorabuena a ti también por conseguir esa plaza en el Gregorio Marañón.

—No es todo mérito mío, tu hermana fue de gran ayuda —argumentó modesto mi mejor amigo.

—Si no tuvieras tan buenas recomendaciones de tu residencia, no hubieras

entrado ni de coña. Por mucho que yo me hubiera puesto de rodillas y hubiera empezado una ronda de favores —alegó Martina dándole un simple beso en la mejilla a modo de saludo.

Llamadme rara, pero siempre me ha parecido que saludar con un beso en vez de con dos denota muchísima más confianza...

Sabía por los *e-mails* de Diego que había conseguido plaza en el mismo hospital donde trabajaba Martina y, desde entonces, por lo visto, se habían vuelto

íntimos. De repente, noté unos ojos taladrándome. Era Lolo, mi ferviente

enemigo, exhibiendo una sonrisa torcida al notar mi reciente desasosiego. Sus ojos me soltaron cuando saludó a Martina como un perfecto caballero, y a la

pobre incauta se le dilataron las pupilas al momento porque, al parecer y a pesar de los años, no había olvidado su breve idilio con él.

—¿Nos sentamos? —dijo alguien al fondo de la mesa.

Todo el mundo ocupó un asiento y noté cómo Diego hacía lo posible por permanecer a mi lado.

—¿Qué tienes pensado hacer ahora? ¿Vas a volver a trabajar pronto? —me preguntó con cariño.

—No lo sé, creo que me tomaré un tiempo para adaptarme. Aún no sé dónde voy a vivir, no quiero molestar a mis padres.

—En nuestro piso sobra una habitación —propuso sin pretensiones—, si la quieres, es tuya. Aunque tendrás que soportar vivir con Manu —se mofó.

El aludido me clavó la mirada y vi preocupación en sus ojos.

—¿Manu? —me burlé sorprendida. Casi nunca llamábamos así a Lolo.

—Es mi nombre, ¿algún problema? —masculló.

—En absoluto —Sonreí con pitorreo—. Diego, ya me buscaré la vida, no creo que pueda soportar ver a Lolito más de tres horas al mes...

Este sonrió arrogante y listo para arremeter contra mí.

—Menos mal, ya pensaba que ibas a estar siempre en medio, con lo tranquilo que estaba...

—¡Eh, gente! ¿Vendréis luego a tomar una copa? —preguntó Diego en general

—. Hay mucho que celebrar. Podemos ir a la Sala DeVizio —sugirió.

—¡Claro! Cuenta conmigo, me encanta ese sitio —aceptó Adriana.

—Algún día tendrás que pagar las copas, Adri —se quejó Lolo como dueño del lugar. Era una de sus salas de fiesta.

—Tranquilo, sabes que siempre pago mis deudas, de un modo u otro —respondió lasciva.

Él sonrió perverso y a mí me dieron ganas de vomitar.

—¿Te apuntas, Noa? —me preguntó Diego ansioso.

—No me gusta que la pasma entre en mi garito —comentó Lolo irritado.

—Claro, iré. —Sonreí falsamente. Me levanté para ir al baño bajo la atenta mirada de mis padres y les saqué la lengua para tranquilizarles. Nota mental: buscarme un sitio antes de que me propongan dormir en medio de los dos.

Al salir al rellano que compartían las puertas de los servicios, encontré a Lolo esperando. Nuestros ojos coincidieron por un momento, pero me giré hacia el lavabo ignorándole.

—¿Por qué has vuelto exactamente? —Su voz sonó rotunda exigiendo la verdad.

Esa pregunta no, joder.

—¿Para terminar casándote con él o para empezar lo que dejaste a medias conmigo?

Puto impertinente.

Terminé de lavarme las manos y me volví con lentitud.

—He vuelto porque en Nueva York me quieren muerta.

Él abrió los ojos sorprendido.

—Venga, ve corriendo a contárselo a todos para que alguien te preste atención.

Si se enteran, se formará un buen revuelo.

—¿Y por qué coño me lo cuentas? —preguntó molesto por la acusación.

—Porque me lo has preguntado, y a ti no tengo por qué mentirte para proteger un corazón que no tienes.

Su gesto se volvió adusto.

—Lo mío era broma, pero lo de Diego no. Piénsate mucho los movimientos que vas a hacer con él. No quiero que lo despedaces otra vez, ahora es muy feliz.

—Yo no he despedazado a nadie, idiota.

—No, solo eres Noa, la destripadora.

—No has cambiado nada en cinco años —dije despectiva intentando esquivarle en dirección a la salida.

—¿Significa eso que te gusto? —Sonrió presuntuoso cortándome el paso—.

Porque recuerdo cierta noche...

—No, cretino. Significa que vives anclado en el pasado mientras los demás hemos avanzado y conseguido metas.

—Perdona, bonita, pero mis locales van de puta madre.

—Diego y Martina salvan vidas, yo atrapo a los malos y Ander los juzga, ¿tú qué haces? ¿Dar de beber a Adriana? Podrías casarte con ella, sois tal para cual y habéis follado tantas veces que me sorprende que aún no tengáis descendencia.

—¿Pero quién te crees que eres? ¿Batman? ¿Y Nueva York, tu Gotham? —

escupió airado acercándose a mí. Invadió mi espacio vital con furia y ambos nos

mantuvimos la mirada. De repente, su respiración cambió. Sus ojos resbalaron hacia mis labios y sentí cómo su cuerpo contenía un impulso. Ese gesto hizo que

yo me fijara en su boca momentáneamente.



¡Maldita sea! ¡Me ponía enferma!

Era indignante que un ser tan gilipollas fuera tan atractivo.

—Lolo...

—Qué...

—Déjame en paz. —Salí del servicio con paso ligero y me senté en mi sitio ofreciéndole una sonrisa a Diego.

No tenía intención de volver a liar las cosas. Yo acababa de salir de una relación, llevaba dos años viviendo con Kevin en Nueva York. Solo quería a mi

mejor amigo de vuelta y a mi enemigo bien lejos. No podía ser tan difícil conseguir encarrilar las cosas sin mezclarlas. En aquel momento, no vi la que se

me venía encima. No entendí que hay cosas que no se eligen, simplemente

ocurren en contra de tu voluntad o nunca pasan a pesar de ella.

## Capítulo 2

### *SUCEDIÓ UNA NOCHE*

Manu

Estaba preciosa y me reventaba.

No hacía ni cinco minutos que nos habíamos sentado todos en el reservado de

la zona vip, y no pude evitar chasquear la lengua mentalmente al ver que Diego

la cogía de la mano.

«A este paso, para junio estarán casados», pensé ofuscado.

En cuanto la vi, cinco años de mi vida se borraron de un plumazo. Volvía a ser

el chico confundido del que había huido corriendo después de responderme a un

beso alucinante.

Si lo pensaba bien, los últimos diez segundos que habíamos estado juntos antes

de ese reencuentro, nuestros labios se estaban tocando.

Me castigué mucho por ceder a mis bajos instintos de un modo tan desleal.

¿Cómo coño habíamos llegado a eso? ¡Si no nos aguantábamos! Seguramente, ella había ido tejiendo su tela de araña y mi rabo decidió lanzarse sin contar conmigo, pero joder, jera la novia de mi mejor amigo!, ¡de mi hermano!, de la persona más importante en mi vida y eso la convertía en intocable.

Al día siguiente, cuando Diego me dijo que habían roto y que ella se había ido del país, una culpabilidad despiadada lo arrasó todo.

¿Me besó porque ya tenía decidido marcharse o ese fue el detonante?

Necesitaba saberlo. Y esa duda casi consigue volverme loco la primera semana.

Me sentí escoria por cascármela demasiadas veces pensando en esos labios

suaves y ardientes, hasta se me pasó por la cabeza llamarla... ¡Qué locura!, pero finalmente, tuve un momento de lucidez: se ha ido. Muerto el perro, se acabó la

rabia. Y mi vida continuó con la firme convicción de que ese hecho nunca había

existido. Hasta que volví a verla... y los recuerdos me arrearon un latigazo de realidad que me dejó temblando.

Cuando escuché que Diego le ofrecía vivir en el piso que ambos

compartíamos, se me congelaron las pelotas. A partir de ese momento, me puse

tan nervioso que, cuando vi que Noa se escabullía al baño, mis piernas me condujeron solas hacia el mismo sitio. Quería dejarle las cosas claras.

Demostrarle lo que opinaba de ella, y por poco me estrello contra sus labios.

Un peligro. Eso es lo que era. Un puto peligro de tía.

Sus ojos casi negros me encontraron observándola desde el otro lado de la mesa. Eran marrones, pero tan oscuros que apenas se distinguían de sus pupilas.

Llevaba el pelo suelto, como siempre; castaño oscuro, largo y lacio, igual que cuando era niña, pero no entendía por qué ahora le quedaba cien veces mejor.

Supuse que ese efecto tendría nombre y apellidos: ciento cincuenta dólares en un salón de belleza creado solo para torturar a los hombres.

Había hablado con ella ¿cuánto? ¿treinta segundos? Y ya había rajado mi puta

vida de arriba a abajo. «Yo atrapo a los malos, ¿tú qué haces?», pensé imitando su voz. Yo, por lo menos, no la liaba tan parda como para aparecer en carteles de «Se busca, vivo o preferiblemente muerto».

Siempre me machacaba con lo mismo. A la menor oportunidad me recordaba lo poco que valía. Me corregía continuamente, cosa que me sacaba de mis casillas. Vale que yo no era un Einstein como Ander o Diego, pero sabía que todo superhéroe tiene detrás un villano. Algo que los demás parecían no ver y que ella estaba dispuesta a ocultar. A todos menos a mí. ¿Por qué?

—¿Vamos a fumar un pitillo? —me preguntó Martina sacándome de mis pensamientos.

—Vamos.

En otra época habría dudado para acabar poniendo una excusa y así evitar estar a solas con ella, pero ya no. Era una de «mis chicas». Adriana y Martina llevaban toda la vida revoloteando a mi alrededor y me sentía cómodo con ellas.

No era un secreto para nadie que me estrené con Adriana y, curiosamente, también había sido la última chica con la que había estado. Hacía dos días había

llegado de Miami y lo primero que hizo fue aparecer en mi casa demandando una noche loca, y no precisamente con su consanguíneo.

Solía moverse por distintos puntos del planeta, y cuando aterrizaba en Madrid siempre buscaba mis brazos para acabar revolcándose en la esencia de algo conocido que le recordara a una época —no tan lejana— en la que no estaba completamente perdida. Y lo sabía porque yo me prestaba a ello por lo mismo.

Éramos dos personas que jugaban en el mismo bando, con el mismo objetivo: no decepcionar a nadie por no tener que responder a ninguna expectativa dada nuestra pésima trayectoria. Lo teníamos todo hecho, la vida resuelta, solo nos quedaba saber qué hacer con nosotros mismos.

Sin embargo, Martina era diferente. Siempre lo había sabido. No era un alma oscura como nosotros. Adriana y Martina tenían la misma edad y eso les había

unido inevitablemente ya que, durante muchos años, los demás éramos todavía demasiado críos. La personalidad arrolladora de Adriana a menudo eclipsaba a Martina, siendo esta mucho más influenciable. Se adaptaba a la locura y juraría

que a veces incluso lo pasaba bien, pero en sus ojos había una prudencia mal escondida que se abrió paso cuando en selectividad deslumbró con su nota

demostrando que no era tan tonta como nos había hecho pensar.

Con esos datos en la cabeza, ¿por qué cuando me insinuó que quería regalarme su virginidad accedí sin pensarlo dos veces? Era algo que, aún a día de hoy, me

preguntaba. Porque a pesar de ser un pene con piernas a los dieciocho, en el fondo, sabía que era un error y que me arrepentiría.

Ella era una buena chica, ¿por qué entregarse a un tipo como yo? Pero ocurrió

y, por ende, lo lamenté durante mucho tiempo. A partir de aquel momento,

parecía que no existiese otro hombre en la tierra para ella y tuve que enfriar las

cosas poco a poco mostrando todo el respeto que se puede tener cuando intentas

manifestarle —a alguien que te importa—, que no estás interesado. Pero me la había follado... así que aguanté estoicamente un tormento que duró años, por la

sencilla razón de que, a veces, cuando me sentía especialmente débil, volvía a caer empeorándolo todo.

Fueron veces contadas... hasta que, hacía un par de años, me la encontré un viernes a las tres de la mañana con una borrachera espantosa en una de mis discotecas. Terminamos en mi despacho y ella se puso cariñosa. Yo estaba

bastante sereno, al contrario que su estado, que era lamentable. Prácticamente se

desnudó y se me subió encima a la orden de «fóllame», con un gesto que me resultó extraño. Era como si estuviera a punto de llorar.

—Joder, Martina. ¿Por qué yo?

—Porque tú eres lo más parecido a estar con él —lloriqueó.

—¿Qué?!

Nuestros ojos se encontraron y no quise creerlo. ¿Cómo no lo había visto antes?!

—¿A quién te refieres?

—A nadie —musitó borracha agachando la cabeza.

—Mírame. Joder, ¡mírame! ¿Por qué haces esto? ¿Por qué follas conmigo si en realidad quieres estar con él?

—Porque es lo más cerca que llegaré nunca a estar de él...

—¡Qué tonta has sido! —maldije levantándome y acercándole la ropa—. ¿Por qué crees que nunca podrás estar con Diego?

Ella abrió los ojos como platos.

—¡¿Cómo?!

—¿Lo más parecido y cerca que estarás de él? Vamos, Martina... ¿Sabes cuántos amigos íntimos y cercanos tengo? Uno. Y, aunque no hubieses escogido esas palabras, ahora mismo me vienen a la mente mil gestos que demuestran que siempre has estado loca por él. ¿Por qué nunca se lo has dicho? ¿Por qué no has hecho esto mismo con él? ¡Así de fácil!

—¡No puedo hacer esto con él! Siempre ha estado Noa, para él no existe nadie más.

—¡Lo dejaron hace tres años! ¡Ella ni siquiera vive aquí!

—¿Acaso importa? Desde que entró de interino hemos coincidido muchísimo en el hospital, y solo oigo: «Noa esto, Noa lo otro...».

—¿Crees que Diego no ha echado un polvo en tres años? ¡Reacciona!

—Da igual que folle con otras, da igual que ella no esté aquí, ¡está dentro de él, en su cabeza!

—¡Chorradas! Podías habérsela sacado y meterte tú, idiota. Recuérdame que no me operes... por si acaso me desangro y tardas veinte minutos en decidir hacer algo al respecto.

Ella me miró y comenzó a partirse de risa.

Desde aquel preciso instante, nuestra relación cambió totalmente. Podía estar con ella y ayudarla porque, saber que nunca estuvo realmente enamorada de mí,

exoneró la culpa y disolvió una pesada carga que llevaba en la espalda desde hacía demasiado tiempo. Un par de años después, todavía no habíamos logrado

ningún avance significativo. Martina y Diego se habían vuelto muy íntimos, pero

la mosquita muerta no había aceptado ninguno de mis consejos y así le iba, vagando sin rumbo en la zona de los amigos. Lo triste del tema es que para ella

parecía ser suficiente. Prácticamente eran novios que no se acostaban, pero con

la vuelta de Noa, Martina le había visto las orejas al lobo y presentía un movimiento de jaque mate en cualquier momento.

—¿Qué vas a hacer con Diego? —dije saliendo por la puerta trasera de emergencia hacia el exterior—. Un, dos, tres... responde otra vez.

—Nada. Noa ha vuelto. Ya oigo las campanas de boda.

Sonreí.

—Es ahora o nunca. Deja de marear la perdiz o se te escapará.

—Están predestinados. Son el uno para el otro.

—Y una mierda. A mí nunca me lo ha parecido —opiné acercándome el mechero al cigarro que ya colgaba de mi boca.

—¿Y qué coño le digo?: «A todo esto Diego... estoy muy colada por ti y quiero tener muchos bebés contigo, ¿te importaría olvidarte de Noa y casarte conmigo?»

Me tronché de risa.

—Divina torpeza. Eso es como quitarle el seguro a una granada y esperar a que te estalle en la mano. Tiene que haber otra forma menos dolorosa de meterle esa idea en la cabeza.

—Puede que metiéndome en sus sueños como hace Leonardo DiCaprio en

aquella película.

—O puede que metiéndote en su cama. Finge una borrachera astronómica, que te cuide y ¡zas!

—Soy una pésima actriz. ¿Y si me rechaza?

—Aún no he conocido a un tío soltero que diga «no» a una mamada discreta en el cuarto de mantenimiento de un hospital.

—Estás enfermo.

—Y tú, ciega. Pero no te preocupes, pronto podrás acudir a su boda con Noa mientras te lo sigues pensando. Me parece un hecho. A no ser que hagas algo para evitarlo...

Martina se quedó pensativa y yo sonreí lobuno. Complacido por apretar las teclas que debía para abrir una compuerta secreta en mi amiga. La de la última oportunidad, que se evaporaba igual que el humo que soltaba lentamente por mi boca.

### Capítulo 3

#### *17 OTRA VEZ*

Noa

«Esto me pasa por beber», pensé dando vueltas en la cama. No podía

dormirme. No dejaba de rememorar todo lo que había ocurrido en ese jodido local.

Cuando entramos, me pareció que no tenía nada que envidiarle a las mejores salas de la Gran Manzana. El garrulo se lo había montado bien.

Cuando le vieron aparecer, todo el personal se puso firme y complaciente.

¿Acaso le tenían miedo? Podía imaginármelo; cuando quería, Lolo podía ser terrorífico. Supuse que habría avisado porque ya nos tenían una mesa preparada.

Pedimos unas copas y poco después trajeron los chupitos.

Me sorprendió ver que nos habíamos sentado como solíamos hacerlo después

de tantos años. Yo estaba flanqueada por Ander y Diego. Al lado de Ander estaba Adriana,

intentando llamar su atención sin conseguirlo. Pegado a Diego estaba Lolo, como un maldito ángel de la guarda y, a su lado, estaba Martina, soñándole. Estos últimos parecían enfrascados en una conversación privada e

íntima por la proximidad de sus bocas en sus oídos. Ella sonrió encantada y yo

me pregunté cómo era posible que siguiera colada por semejante pieza a sus treinta y tantos. ¿Qué veía en él? Aparte de lo obvio, claro... Una pequeña pista:

era clavado a su padre, que en su día fue Míster España. Hasta ahí, el comodín del público.

Tenía su misma estructura atlética, también su pelo oscuro... un pelo de

ensueño: suave, brillante, siempre perfectamente despeinado como en esas películas en las que después de una explosión el protagonista sigue estando espectacular a pesar de estar sucio y sudado. Una boca perfecta que, desde que

tuve la capacidad de entender, no dejaba de decir sandeces y unos ojos que nadie

merecía, con una combinación imposible entre azul y verde, cortesía de sus progenitores.

Desvié la vista asqueada y encontré a Diego mirándome sonriente, como si me

acabara de pillar haciendo una fechoría. Esa sonrisa siempre me había vuelto loca, pero era un tándem con sus ojos, como si observarme fuera lo más

divertido del mundo. Destilaba convicción, elegancia y honor. En realidad era un

líder nato. Uno de esos que lo era no por fuerza o poder, sino porque se lo había

ganado con respeto. Era el eslabón que nos mantenía unidos a todos. Muchas veces, si alguien acababa cediendo para hacer algo, era porque él se lo pedía.

Todos le adoraban, lo tenían en un pedestal, por eso sé que cada uno de ellos me

odió un poquito el día que le dejé y me marché. Lolo y Adriana, abiertamente, y

los demás, en secreto, pero tuve que hacerlo.

—¿Qué os parece el regalo que se han marcado los viejos por la jubilación de Jorge? ¡Flipo! —comentó Adriana divertida.

—Es increíble —rio Diego—. ¡Qué vividores! Menuda excusa para tomarse

todos unas vacaciones.



—¿Sabéis que yo les di la idea de regalarle un viaje? —terció Lolo.

—Cuando doblándome la edad mis padres se divierten más que yo, es que algo estoy haciendo mal —se mofó Ander.

—Cuando quieras te enseño cómo pasar un buen rato —ronroneó Adriana en su oído.

—Muy amable por tu parte —respondió ignorando su proposición velada.

—Pues yo me alegro —dije contenta—, así tengo la casa para mí sola durante dos semanas hasta que decida qué hacer. Me los imagino ahora mismo haciendo las maletas como si fueran críos que se van de campamento —sonreí.

—Pues tu padre ha puesto cara de que no querer dejarte sola ni siquiera para irse de crucero a Las Bahamas —dijo Martina con guasa.

—Es normal, acabo de llegar, pero ya le he dicho que seguiré estando aquí cuando vuelva.

Diego aprovechó que Adriana continuó incordiando a Ander y que Lolo se disponía a enseñarle algo en su móvil a Martina, para cogerme de la mano.

—Les entiendo —dijo acariciándomela—, ha pasado mucho tiempo. Yo mismo soy de los que si no lo ve, lo toca o lo saborea, no lo cree. Aún necesito sentir que estás aquí de verdad... —dijo sincero y cariñoso.

Al momento le devolví la caricia. Yo también necesitaba tocarle. Sentirle cerca. Quizá no como él quisiera, pero tenía que intentarlo.

—¿Saborear? Diego..., necesito pedirte un favor.

Él sonrió divertido al notar mi nerviosismo.

—Era una forma de hablar —aclaró.

—Genial, porque necesito que seas mi amigo. Necesito recuperar años contigo.

Sabes que ahora mismo no estoy lista para estar con nadie, acabo de romper con

Kevin, bueno, mejor dicho, él ha roto conmigo.

Su cara cambió al momento.

—¿Te dejó él?

—Sí.

—¿Sigues enamorada? —preguntó descolocado.

—Yo no usaría esa palabra. De algún modo, siempre le querré, como amigo.

Ha sido muy bueno conmigo, pero mi trabajo terminó siendo un límite

infranqueable para él, puede que lo fuera desde el principio y no quisimos verlo.

—Yo... solo intento decirte que me alegro de que hayas vuelto. Sé que ahora

mismo necesitas estar sola. Te conozco. Y créeme, yo más que nadie quiero volver a aquella época en la que éramos los mejores amigos. Ha sido duro estar

sin ti tanto tiempo... Si el destino vuelve a juntarnos, solo el tiempo lo dirá, pero

no quiero precipitar nada.

—Vaya, menudo discurso, ¿lo tenías preparado?

—Sí, ¿se me ha notado mucho?

Los dos nos reímos con complicidad y una corriente de euforia sanadora

recorrió mi cuerpo. Después de terminar como lo hicimos, él había reaccionado

mejor de lo que cabía esperar. Le adoraba. A él tampoco dejé de quererle nunca

en el sentido más puro de la palabra, el problema fue otro...

Cuando acabé el grado de doble titulación me propuse entrar en la Policía Nacional y dar el salto a Inspectora desde dentro. Aprobé y me pasé los

siguientes nueve meses en la academia de Ávila. A Diego ese hecho no le

molestó en absoluto, porque en ese momento estaba estudiando para el examen

de acceso al MIR, por lo tanto, esa separación no fue acusada por ninguno de los

dos como un problema. Pero esa distancia hizo el olvido, o más bien, propició darme cuenta de lo poco que nos necesitábamos como pareja. Tampoco lo

hablamos, nos dejamos llevar, y cuando él aprobó y consiguió ser interno en un

hospital de Madrid especializándose en Cardiología, a mí me destinaron a una comisaría cercana a su casa para terminar de poner la guinda a nuestra vida perfecta. La suerte nos sonreía. Y, sin mucha ceremonia, llegó el momento de «la

conversación».

—Por fin tenemos dos sueldos —comenzó él—, podemos vivir juntos, pensar

en boda y disfrutar un poco de la vida hasta que lleguen los niños.

«ALTO AHÍ», reaccionó mi cerebro. Y aquella advertencia fue el principio del

fin: «¿De verdad te apetece a los veinticinco meterte ya de cabeza en la vida que

tendrás a los treinta y cinco?» Respetaba a la gente que tuviera ese sueño, pero

desde luego, en ese momento, no era el mío y parecía que esa aclaración ofendía

a todo el mundo. Yo necesitaba diez años más para mí, bueno vale, siete... ¿lo

dejamos en cinco? Pero a esa edad no podía cortarme las alas por un «más de lo

mismo».

No le contesté enseguida que no. Fui dando evasivas, alargando en el tiempo tomar una decisión definitiva, hasta que mi cabeza creó una excusa llamada Lolo. A veces creo que fui yo la que lo provocó todo, otras que era algo que siempre estuvo ahí, pero finalmente, cuando quise darme cuenta, Diego comenzó

a notarme extraña y me presionó con un ultimátum la misma noche en la que Lolo decidió hacer un movimiento estúpido.

Lo decidí en el acto. Usaría la vía de escape que tenía reservada para una emergencia excepcional: Nueva York. Y aquello, sin duda, lo era.

Ahora que había vuelto, quería alejarme de Lolo lo máximo posible, pero

llevaba menos de veinticuatro horas en el mismo continente que él y ya había acabado en sus odiosos brazos otra vez. Tenía grabadas en mi mente las pocas veces que habíamos estado tan cerca, y temía la descarga eléctrica que eso generaba en mi organismo.

La primera vez fue a los diecisiete. En el mes de agosto, a última hora de la tarde. Me había ido sola

con los perros a dar una vuelta por la playa mientras Diego dormía la siesta. Solía subirme a las rocas y estar un rato mirando al mar

perdiéndome en los azules hipnóticos y únicos de las islas Pitiusas. Cuando se puso el sol, regresé por un camino escarpado y tropecé con una raíz de árbol con

tan mala suerte que me hice un esguince. Los perros se quedaron a mi lado, no

eran de esos que en las películas van a pedir ayuda y acaban trayendo a un guardabosques cañón. Es más, se tumbaron cuando vieron que intentaba

moverme y no podía andar. No llevar el móvil encima formaba parte de la magia

de aquellos paseos silvestres, pero lo lamenté al ver que estaba empezando a anochecer. No sabía qué hacer. Supuse que me buscarían, pero estaba en una zona recóndita.

Desde pequeños, nos retamos los unos a los otros a tener un escondite secreto

en la isla, y ese era el mío.

A la media hora y con esa edad, estaba muy preocupada. Tenía una

imaginación vívida que daba para un par de alternativas realmente aterradoras. Y

de repente, la vi. Una sombra venía corriendo hacia mí.

En principio, me alegré de que alguien me encontrara, después, me entró

pánico y, por último, desazón al comprobar que la figura que se acercaba era Lolo y tendría que soportar después su cara de fanfarrón por rescatarme.

—¿Noa?

—Hola. Me he hecho un esguince. No puedo andar —informé de manera

impersonal. Si pensaba verme lloriqueando, iba listo.

—Déjame ver...

Se agachó y apoyó una mano en mi tibia y otra en mi empeine mientras lo inspeccionaba. Se tomó su tiempo mientras yo le observaba. Su respiración aún

no se había ralentizado del todo. Llevaba un pantalón corto y una camiseta sin mangas con capucha que mostraba una sudada importante. Su pelo obedecía a un

caos perfecto, mojado por el sudor que en ese momento se secaba con el antebrazo.

—Al menos no está roto —dijo únicamente.

La sensación del roce de sus dedos en mi piel me resultó extraña. Hacía años

que no me tocaba tan directamente. Seguramente, la última vez fue en algún juego donde todos nos agarrábamos en el agua para hacer una torre o al pillarme

cuando aún jugábamos al escondite.

—Vamos, cargaré contigo hasta casa —resolvió.

—¿Qué?

—Ponte la chancla, te llevaré en brazos.

—Sería mejor que avisaras a mi padre... —titubeé.

—¿Insinúas que no puedo contigo? —preguntó molesto.

—No... yo...

Él mismo me encajó la chancla y tiró de mí para levantarme quedándome a la pata coja.

—¡Espera!... —dije sorprendida.

—¿A qué? ¿A que nos coman los mosquitos? Me están acribillando, soy un manjar para ellos.

De repente, noté que volaba. Me recostó en su pecho mientras colocaba un brazo por debajo de mis rodillas y otro en mi espalda.

—Allá vamos —musitó emprendiendo la marcha.

Me quedé callada. Sabía que era lo mejor cuando no tienes nada útil que decir.

Él iba lo más rápido que podía sin llegar a jadear, parecía concentrado,

respirando y exhalado de manera intermitente. Yo me agarré a su cuello con ambos brazos. Nuestras caras estaban cerca, sobre todo cuando me impulsó

hacia arriba para recolocarme y adaptarme mejor a su cuerpo. Deslicé la mano y

noté humedad en su cuello.

—Lo siento, estoy sudando a mares —murmuró apurado.

—No pasa nada —susurré, y en ese instante, nuestros ojos se encontraron.

Ninguno de los dos parecía poder apartar la vista y el tiempo pasaba...

A mí me perdió la curiosidad de no ver en ellos su habitual desdén, sino que

me transmitieron otro tipo de emoción. Era una aprensión extraña, como quien

sabe que está transgrediendo una ley de la naturaleza, como quien ve algo imposible y quiere huir por miedo a lo desconocido.

Cuando deslizó la vista al frente y tragó saliva, fui más consciente que nunca

de la tensión y el calor que desprendía su cuerpo. Aquel verano, Lolo dejó de ser

un niño para convertirse en un hombre. Su musculatura había cambiado. Se

notaba en sus brazos, en sus piernas, en su olor corporal... La fragancia que desprendía no era el típico sudor rancio y desagradable, sino un aroma varonil que llamaba mi atención atrayéndome hacia él como nunca hubiera imaginado.

No volvimos a hablar. Sería ridículo tener una conversación banal sobre el tiempo o nuestra comida favorita. Además, ya la sabía, era la lasaña, como la del

huevo de Garfield. Y aquel *impasse* extraño suspendido en el aire nos había advertido que era mejor que ni nos miráramos.

Al llegar, se formó el típico revuelo que arman las madres por un polluelo que

se ha caído del nido y está malherido. Solo que lo mío eran dos padres, que era

aún peor. Diego me recogió de los brazos de mi salvador sin tiempo a decir nada

más y, cuando volví a buscarle entre la gente para darle las gracias, vi que se había alejado. Sin embargo, seguía clavándome la mirada. Así que, simplemente,

se la mantuve y vocalicé un «gracias» casi para mí misma. Me pareció verle asentir, pero la tregua duró poco. Fue un espejismo agradable a la par que tenebroso, inferior a veinticuatro horas, que se fue igual de rápido que llegó cuando, en una de las sobremesas que se alargaban hasta la noche los domingos,

bajé a la bodega a por una bolsa de hielos y me topé con una imagen que, en aquel momento, me pareció grotesca. Lolo tenía aprisionada contra la cámara frigorífica a Martina con su vestido desabrochado mientras devoraba sus labios

con ansiedad. Ella sonrió avergonzada tapándose un poco, pero él rugió

enfadado cuando vio que era yo.

—Coge lo que has venido a buscar y lárgate —masculló apenas girando la cara, esforzándose por seguir dándome la espalda.

Cogí la bolsa a toda prisa y me fui corriendo de allí.

Intenté cerrar los ojos y dormirme, pero no podía. En el club, nos animamos

con las copas y bailamos. Charlé con Ander, Diego y Martina y lo pasamos bien, sin embargo, en una de las veces que fui al baño, me perdí. No les encontraba por ningún sitio y, buscando sus caras entre la gente, me topé con una que no quería volver a ver ni en pintura: Alexey Petrov. Un capo de la mafia rusa que

organizaba diligentemente las partidas de personas secuestradas eligiendo a las chicas más jóvenes para enviarlas a destinos de subastas con millonarios

pervertidos. El sonido de la música se tragó mi exclamación mientras un miedo

irracional se abría paso instándome a huir despavorida. Esperaba un inminente dolor en mi espalda. Puede que un navajazo en un punto cardinal, o un disparo

con un silenciador, pero no llegó. Corrí como nunca buscando la barra más cercana dispuesta a saltarla si era necesario y, de pronto, vi a Lolo saliendo por

un lateral.

Fui hacia él con la intención de subirme a su chepa, pero terminé chocando contra su cuerpo y le abracé con fuerza, para que mi perseguidor viera que no estaba sola. Él no esperaba el impacto y tardó un segundo más del requerido en

absorberlo, lo que casi nos cuesta caernos al suelo.

—Pero... ¡¿Qué coño haces?! —preguntó sorprendido.

—¡Socorro! —Fue la única palabra que me salió en ese momento. Estaba

bloqueada, algo que nunca me había sucedido en todos mis años de policía. Me

advirtieron que el TEPT (Trastorno de Estrés PosTraumático) me pasaría factura.

Que sería mejor que hablara con alguien especializado, pero me pasé por el forro

los consejos de la empresa privada para la que trabajaba en la Gran Manzana, y

puede que estuviera empezando a alucinar.

Al terminar la carrera, el mejor amigo de uno de mis padres, Leo, me había ofrecido ir una temporada a Nueva York antes de ponerme a estudiar la

oposición para el Cuerpo Nacional de Policía. En aquel momento, lo vi como una distracción poco sutil de mi objetivo: terminar siendo Inspectora. Pero en la

academia me di cuenta de que lo que me ofrecía era algo muy valioso. Su hermana Jessica fue modelo internacional y terminó casada con un neoyorkino que tenía su propia compañía de criminólogos y detectives privados. En Estados

Unidos muchas empresas del sector privado, además de investigar casos

particulares, colaboran con el FBI. De ese modo, se convirtió en mi vía de

escape. Una opción que siempre tenía sobrevolando mi cabeza. Una experiencia que no quería perderme por comenzar un proyecto de vida familiar con Diego.

Sea como sea, me fui. Y lo que aprendí allí fue más valioso de lo que esperaba.

Pronto demostré tener olfato. Se me daba bien hacer conjeturas, seguir pistas,

vigilar a la gente adecuada según mis premisas; y logré resolver multitud de casos a lo largo de esos cinco años. Sin embargo, cada vez exigía más nivel y la

peligrosidad ascendía gradualmente con los temas a tratar. Empecé destapando infidelidades de gente corriente y continué con senadores, banqueros y altos cargos, los cuales tenían comisiones mucho más jugosas de mujeres cabreadas con poder ilimitado para hundir carreras y fusiones millonarias. De ahí, di el salto a los proxenetas de baja alcurnia hasta llegar a la élite de la depravación.

Llevaba un año persiguiendo a aquella banda. Haciendo preguntas donde no eran

bien recibidas y obteniendo respuestas que, la mayoría de las veces, no eran gratis. Mi error fue ir a pedir información sobre cierto individuo al

Departamento de Extranjería donde, sin duda, los topes se percataron de que alguien estaba husmeando donde no debía. Y, cuando al fin los localicé, me estaban esperando.

No fui consciente de que le estaba apretando con fuerza hasta que sentí las manos de Lolo intentando alejarme lentamente de él. Me giré hacia mi

perseguidor con la falsa protección que me otorgaban unos brazos conocidos, pero allí no había nadie. Ni siquiera una persona huyendo en dirección contraria,

abriéndose paso entre la gente abortando la misión de silenciarme para siempre.

Todo parecía anodidamente normal.



—Lo siento... —dije separándome de él—, pensaba que... me ha parecido ver algo raro.

—¿Raro como qué? —preguntó receloso.

—A alguien de Nueva York.

Avanzó su cuerpo bloqueando el mío en un movimiento instintivo de protección y oteó el ambiente buscando algún indicio de problemas.

—No veo nada extraño...

—Habrán sido imaginaciones mías —dije frotándome la cara—. Perdona.

—Casi me arrollas —se mofó—, no sé de qué tienes miedo, sigues siendo una bruta...

—Tengo miedo de sus cuchillos y sus pistolas —respondí aún afectada—. La mafia rusa no se anda con remilgos, las bratvas suelen atacar directamente, cuerpo a cuerpo.

Lolo se puso serio al momento.

—Tranquilo, me lo habré imaginado... tengo un poco de... el último caso que

tuve en Nueva York me afectó algo más de la cuenta, por eso he vuelto, para reponerme. Vacaciones forzadas. No le digas nada a Diego, por favor. Se me pasará —dije alejándome de él a toda prisa.

¡¿Qué coño estaba haciendo?!

Parecía que en su presencia vomitaba las palabras que llevaba tiempo guardando con recelo para mí sola. No quería que nadie más supiera aquello. No quería preocuparles. Pero al parecer, mi mente necesitaba contárselo a alguien y había escogido a la persona equivocada.

Al ver que me iba desorientada —porque en realidad no encontraba al grupo—, se adelantó y tiró de mi mano mientras decía: «Ven, te llevaré con ellos».

Ese contacto me perturbó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

¿Qué me estaba sucediendo? Era una persona como cualquier otra... solo

que... no lo era. ¡Era Lolo! Alguien que, cada una de las veces que me había tocado, había supuesto un desequilibrio cuántico en mi sistema. Sobre todo la última vez que estuve con él cinco años atrás... No quería ni recordarlo, y no tuve que hacerlo porque llegamos junto a los demás.

—¿Dónde te habías metido? —demandó Diego preocupado.

—Me he perdido, ¿qué ha pasado? —pregunté al ver que se agrupaban alrededor de Martina.

—Que no he visto un escalón y me he torcido el tobillo —informó ella.

—Nos vamos a casa —anunció Ander—, la acompañaré hasta su piso.

—Puedo hacerlo yo —se ofreció Diego—, al fin y al cabo, vivimos en el mismo edificio.

¿Vivían en el mismo edificio?

Aunque me chocó el dato, no me pareció un motivo suficiente para irse con ella. Ander era su hermano y nos acababa de ofrecer quedarnos solos, porque Lolo y Adriana seguramente también acabarían perdiéndose por ahí.

—Gracias, Diego, pero creo que me quedaré a dormir en su casa, mañana por la mañana necesitará ayuda —explicó Ander.

—Voy con vosotros —insistió Diego—, de todas formas quiero echarle un vistazo a ese tobillo. ¿Te duele mucho? —le preguntó a la herida acariciándole el pelo.

Seguramente, yo fui la única que se quedó con la boca abierta, pero aquello era nuevo para mí. Tanto lo que veía como lo que sentía. Y no hacía falta haber estudiado psicología para saber que eran celos. Celos bailando el hula-hoop alrededor de mi estómago.

—Largaos —terció Lolo con autoridad. Se acercó a Martina pegándose a su mejilla como si fuera a darle un beso cuando, en realidad, estaba susurrándole algo al oído y terminó dándole un beso en la frente.

Definitivamente, eran celos.

Infantiles y estúpidos celos que no tenía ni idea de dónde salían. Al final, nos

fúimos todos, menos Adriana y Lolo, tal y como había predicho. Cuando llegué a casa y me metí en la cama, eran las cinco de la mañana.

De repente, mi móvil se iluminó en la mesilla y automáticamente sonreí pensando que sería Diego, pero me equivocaba.

—Hoy te has escapado zorra, pero pronto serás mía.

## Capítulo 4

### *APOLO XIII*

Noa

En cuanto leí el mensaje, di un respingo y solté el móvil como si quemara.

JODER.

La temperatura de la habitación descendió varios grados, los ojos me escocieron y mi primer pensamiento racional fue buscar mi pistola. No la tenía.

¡Necesitaba hacerme con una lo antes posible!

Tenía que calmarme, tomar las riendas y pedir ayuda. Y, de repente, sin venir a cuento, la imagen de Lolo apareció en mi cabeza. ¡No!

Mi mente buscaba sitios seguros. Y recordaba que el último en el que había estado era la noche anterior agarrada a él. Con su maldito y vibrante olor corporal dando por saco. ¡Fuera! Era la última persona en la que quería pensar

en ese momento.

Mis padres: gracias a Dios se marchaban de viaje al día siguiente durante quince días, de otro modo, habría tenido que contárselo porque corrían serio peligro. Todos mis conocidos lo corrían. Así actuaban las bandas del Este, acababan contigo y con todos a los que querías.

«¿Cómo han dado conmigo?», me pregunté asustada.

En Nueva York nadie conocía mis apellidos españoles. Me había deshecho del

móvil poco antes de abandonar el país y me había comprado una tarjeta de prepago en el aeropuerto. Solo tres personas tenían mi nuevo número: Kevin, Diego y mi padre. Al momento lo vi claro y me aterrorizó darme cuenta de lo

que podía significar aquello. Kevin tenía información sobre mí y habían ido a por él.

Cerré los ojos y elevé una plegaria a un poder superior: «Dios mío... que no esté muerto, por favor».

Busqué su teléfono con miedo y esperé los tonos de llamada, pero ni siquiera daba línea. Estaba fuera de servicio. Aquello pintaba mal. Muy mal.

Desde ese momento, no paré de dar vueltas. Permanecí despierta después de buscar sigilosamente el arma que sabía que mis padres tenían escondida en casa, y estuve en tensión, lista para atacar a la espera de que alguien entrara a lo loco en el piso para eliminarme del mapa.

En cuanto mis padres salieron por la puerta rumbo al aeropuerto, volví a sacar la maleta del lugar donde la había guardado y comencé a llenarla de ropa a toda velocidad. Tenía que irme de allí. Ese sería el primer sitio en el que me buscarían. Necesitaba un lugar en el que quedarme para poder idear un plan de acción.

¿Un hotel? Fácil de rastrear. Bases de datos, DNI..., fuera. Necesitaba otra cosa. Necesitaba ayuda. Necesitaba a Lolo...

A veces, mi cerebro me hacía señales parpadeantes para indicarme algo que yo no quería ver, pero esta vez, no tenía motivos para huir de ello. La noche anterior había advertido un fugaz tratamiento de loca por su parte y quería demostrarle —acercándole el móvil a tres milímetros de la cara—, que yo tenía razón.

Además, en ese tipo de situaciones complicadas la visión de una mente simplona puede ayudar...

¿A quién quería engañar? ¡Estaba cagada de miedo! Y sabía que él era el único que podía entender en su retorcida cabeza la importancia de mantenerlo en secreto. O quizá fuera que me había demostrado tener la capacidad de discernir cuándo un hecho debe permanecer en la más absoluta oscuridad. Como aquel

maldito beso... Era obvio que Diego no sabía nada, y así debería ser hasta el final de los tiempos. Tuve un flash de aquel instante y sacudí la cabeza rápidamente impidiendo la imagen. No quería recordarlo, lo único que sabía es

que había sido un error más grande que el sistema solar.

Saqué el móvil y le escribí un mensaje a Diego. Era sábado, y necesitaba

localizar al caracono.

NOA: Hola D, ¿me pasas el teléfono de Lolo? Anoche me dejé algo en el club. Un beso.

Me respondió al momento, invitándome a desayunar, a comer, o a lo que hiciera falta con tal de verme. Tuve que contestarle que le diría algo más tarde, cuando me organizara.

No quería usar mi móvil con ningún otro número más que aquellos tres. Así que, aunque me costó encontrarla, le llamé desde una cabina.

— *¿Sí?*

—¿Manu? —pregunté usando su nombre en son de paz.

— *¿Quién eres?*

—Soy Noa.

Hubo un silencio de sorpresa en la línea.

— *¿Qué ocurre?* —respondió confuso.

—¿Dónde estás? Necesito hablar contigo.

— *Ya estamos hablando...*

—En persona.

— *¿Por qué?*

—¿Dónde estás?

— *¿Y a ti qué te importa?*

Me separé el teléfono de la cara y le maldije en tres idiomas distintos.

—¿Podemos vernos, por favor? —insistí de nuevo zalamera.

— *¿Para qué? ¿Qué quieres?* —preguntó receloso.

En el fondo, le entendía. Si le estaba llamando era porque el fin del mundo se acercaba.

—Anoche recibí un mensaje amenazador —comencé—. Tengo miedo. Pone que me escapé de milagro. Sabía que alguien me estaba siguiendo... yo... no sé

qué hacer, me he ido de casa de mis padres, porque estoy segura de que me buscarán allí... No puedo arriesgarme a ir a un hotel. No entiendo cómo han dado conmigo —vociferé empezando a ponerme nerviosa.

— *Tranquilízate, ¿dónde estás?* —preguntó con convicción, y lo más extraño es que me transmitió lo que en ese momento necesitaba: control. Alguien que tomara decisiones.

—En la plaza Santa Ana, en la cabina de al lado del quiosco.

— *Quédate ahí. Llego en quince minutos.*

Y colgó.

«La gente simple hace las cosas simples», pensé satisfecha.

En el transcurso del tiempo indicado, una moto se detuvo frente a mí. Cuando

el individuo se subió la visera y vi que era él, comenzaron las dudas por la falta

de logística de un zoquete que no había optado por un transporte más adecuado para recoger a alguien huyendo con una maleta. Me acerqué renqueante. Él se bajó de la moto y sacó un segundo casco del pequeño maletero trasero.

—Póntelo —ordenó sin saludarme mientras subía la maleta y la ataba con maestría mediante cintas elásticas con ganchos incorporados.

Me lo puse y tanteé el cierre. Lolo se acercó a mí quitando de en medio mis dedos inexpertos que intentaban abrocharlo sin éxito.

—Me gusta la chupa —dijo dándose la vuelta y subiéndose a la moto.

Me quedé mirando su cogote como si estuviera loco. Un simple «hola» no se

permitía decir, pero «me gusta la chupa», que no falte. Me mordí la lengua y me

senté pegada a su espalda. Arrancó ese caballo loco y me sujeté con fuerza a su cuerpo. Genial, más roces no autorizados en un periodo de tiempo récord. En aquel momento, me di cuenta de que no sabía a dónde nos dirigíamos, pero no me importaba. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué confiaba en él?

Porque, aunque fuera insoportable, era el típico tío que quieres tener cerca cuando estás en problemas.

Poco después, entró en un garaje de un bloque de viviendas muy exclusivo y aparcó en una plaza numerada.

—Mis padres se compraron este caprichito el año pasado —explicó—. De momento, puedes quedarte aquí, hasta que vuelvan del viaje al menos.

—Gracias —musité.

Era una situación extraña. Habíamos estado solos muy pocas veces, y cuando estábamos acompañados, apenas nos dirigíamos la palabra. Era difícil entablar de pronto una conversación. Hablarle de mi situación, de mis miedos, de los motivos. Sería más natural hablar de todo eso con Diego, pero estaba segura de

que, al saber que corría peligro, pondría el grito en el cielo y afloraría la vena de padre que sabía que albergaba en su interior.

Subimos en el ascensor en silencio y sin mirarnos.

Él, consultando su móvil y yo, observando los números cambiar en una cuenta progresiva hasta el último piso. El ático.

—Qué maravilla —dije al entrar y ver un espacio limitado por un ventanal de arriba abajo.

—Sí, no está mal.

Le miré sin saber si estaba chuleando o es que era el ser más exigente de la Tierra.

—Cocina, comedor, el piso tiene tres habitaciones. Tienen la patética esperanza de que algún día les llene la casa de niños —se burló con tedio—.

Elige cualquiera de las dos al margen de la principal. Nevera, mando de la tele...

¡Ah! Muy útil. Este mando es para oscurecer los cristales si no quieres que te vean o si simplemente no quieres luz.

—Gracias —le dije conectando con sus ojos por primera vez.

—De nada —murmuró apartando la vista rápido.

Volvió a mirar el móvil y le vi teclear lo que parecía una respuesta corta.

—En estos cajones tienes todo lo necesario para cocinar. Iré luego a hacer una compra, haz una lista con lo que necesites.

—Gracias —repetí.

Ojeó el móvil por enésima vez y, de repente, me di cuenta: llevaba la misma ropa que el día anterior.

—¿Estás wasapeando con la chica que te ligaste anoche y que acabas de dejar tirada en su casa para venir a buscarme?

Él me miró sorprendido.

—Muy hábil, detective.

—Es mi trabajo —mascullé desganada.

Hay gente que nunca cambia. Ese tipo de cosas no me sorprendían en absoluto, eran sus inusuales buenas acciones las que me habían dejado con la boca abierta más de una vez.

Fue hacia la nevera y sacó una cerveza.

—¿Quieres una? —me ofreció.

Negué con la cabeza.

—También hay Shandy. —Por lo visto, algo me conocía.

—Me tomaré una, gracias.

Después de abrirla, la apoyó en la barra de la cocina que daba al salón y me senté en un taburete mientras él se apoyaba en la encimera de enfrente cruzando



las piernas.

—¿Qué tienes pensado hacer? —preguntó expectante.

—Aún no lo sé... no entiendo cómo ha podido pasar esto...

—¿Puedo ver el mensaje? —preguntó cauteloso.

Le pasé el móvil y deslizó sus dedos sobre él.

—Diego te invita a desayunar, y a comer, ¡anda! ¡qué sorpresa! Te invita a lo que sea con tal de verte.

—Es el otro —contesté molesta.

—Y ¿qué tienes pensado hacer con Diego?

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes.

—No sé qué pasará... —dije sincerándome, porque desde la noche anterior, no paraba de darle vueltas a la escena que había visto en el club, a mis celos y al hecho de estar deseando verle otra vez.

—Para ser Batman no sabes muchas cosas...

—Necesito pensar —sentencié seria cortando su broma.

Lolo me miró mientras calibraba si hacer un chiste fácil al respecto. Revisó el mensaje de mi acosador y se puso en movimiento.

—Tómate tu tiempo. Piénsalo todo con calma, aquí podrás hacerlo. Ahora

tengo que irme. Es sábado y tengo que pasar por el club para dar indicaciones especiales. Esta noche hay una actuación. Llámame si necesitas algo —dijo

despidiéndose mientras andaba hacia atrás.

—Gracias. —Parecía que esa sería mi nueva palabra fetiche.

Se fue y yo desaparecí por el pasillo con destino a una de las habitaciones de

cortesía. Crucé la estancia y me lancé sobre la cama. Quería centrarme en el problema principal, pero solo me venían a la cabeza las veces contadas en las que Lolo había sido amable conmigo.

Porque eso era igual de peligroso. Era como si mi cabeza decidiera que ese era el orden del día, clasificando los problemas según sus riesgos. Y me estaba diciendo que era más delicado comenzar a deberle favores a Lolo que enfrentarme a un sicario.

Cuando estudias psicología insisten en que todo el mundo tendría menos

problemas si se escuchara más a sí mismo. La gente no se escucha, pero su cabeza trata constantemente de advertirle de los errores, las faltas y los peligros

que le rodean porque está programado para sobrevivir. Es el instinto más

arraigado de los seres vivos. Lástima que la mayoría no hagamos caso ni aún sabiéndolo.

Rememoré el momento concreto en el que Lolo amenazó con convertirse en mi

excusa principal para dejar a Diego. El momento que hizo que nos

convirtiéramos en una olla a presión cambiando las cosas entre nosotros para siempre.

Era jueves, y había quedado con Diego en su casa al terminar su turno en el hospital. Llamé a la puerta de su antiguo piso —que ya compartía con Lolo—,

pensando que el susodicho no estaría en casa porque acababa de abrir su primera

sala. En ese tipo de discotecas, los jueves eran igual de importantes que los sábados gracias a los fieles universitarios. Por eso me sorprendió cuando abrió él

y se quedó apoyado mientras escuchaba lo que alguien le estaba diciendo a través del móvil que tenía pegado a la oreja.

—¡Me importa una mierda! —exclamó enfadado por lo que estaba oyendo.

Me quedé clavada en el sitio.

¿Lolo abriendo la puerta? Solo podía significar una cosa: Diego no estaba en

casa, porque sabía que era alérgico a ese movimiento en concreto. En ese

momento me miró.

—¿Vas a entrar o pretendes que me quede aguantando la puerta toda la puta tarde?

Me metí dentro de un salto y él pegó un portazo. Aceleré el paso hasta el sofá

y, descalzándome, subí las piernas en posición fetal.

—¡Te he dicho que no! ¡Es imposible! —gritó él desapareciendo en su cuarto.

Yo me hundí un poquito más en el diván. Conocía su mal genio, y no solía ser fácil esquivar sus malas pulgas si estabas cerca.

—¿Y qué quieres que haga?! —gritó—. ¡Joder! —Se escuchó un golpe seco aún con la puerta cerrada.

Cogí un cojín y lo abracé, me sentía más segura con algo amortiguador cerca.

La puerta de su habitación se abrió y di un brinco. Había colgado o, seguramente, el teléfono se había volatilizado en ese último impacto.

Caminó de un modo inquietante hacia la nevera y comenzó a beber zumo a

morro. No osé mirarle. Solo le escuché, ya que la cocina quedaba abierta hacia el

salón. Cuando dejé de oírle, giré la cabeza y vi cómo se quedaba brevemente apoyado disfrutando del frescor que salía del electrodoméstico y, de repente, apoyó la frente en el brazo que sujetaba la puerta.

Ahí comencé a preocuparme.

—¿Estás bien? —me atreví a decir.

Él ni se movió ni contestó.

La curiosidad me levantó del sofá. Mis piernas se acercaron lentamente a él hasta que tuve control sobre ellas y las frené. Me quedé a unos siete metros. Él

cerró la nevera, pero siguió apoyado en ella en silencio mientras se escurría hasta el suelo.

—Me acabo de joder la vida —murmuró más para sí mismo que otra cosa.

—¿Qué ha pasado? ¿Tan grave es? Seguro que tiene solución —dije alarmada.

—Sara dice que está embarazada y que es mío —confesó cerrando los ojos devastado.

Algo dentro de mí empezó a removerse. Comencé a encontrarme mal sin razón

aparente. Me dolió el estómago y decidí sentarme en el suelo para estar a su altura. No sabía qué decir. Sara era una chica con la que llevaba un par de meses

tonteando, pero se había convertido en algo más, porque Lolo no era el típico tío que solía repetir con nadie.

—¿La quieres? —pregunté de repente.

Él me miró y pareció pensarlo.

—Creo que no.

Otro silencio barrió la estancia.

Apoyó los codos en sus rodillas y se pasó ambas manos por la cabeza

dejándolas enterradas en su pelo. Estaba hundido. No entendía por qué, pero ese

gesto despertó en mí unas ganas locas de consolarle. De decirle que todo iría bien. No pude resistirlo y me acerqué más a él. Me quedé a su lado, sin atreverme a tocarle. Extendí la mano un par de veces, pero me eché atrás. Así que continué allí, haciéndole compañía.

—Use condón, joder... —murmuró—. Todas las putas veces... y se ha cabreado porque insinuara que tenía que ser de otro.

—No creo que haya estado con otros... —dije yo. Por su carita de enamorada, podría apostarme una mano.

—Lo sé... es que... —Se frotó la cara—. No me lo puedo creer.

—Los preservativos no son cien por cien fiables, lo sabes, ¿no?

—Vale, joder, y me tenía que tocar a mí. Estaba predestinado, igual que mi padre. Ya sabes las coñas que le hacen siempre con el tema... pero al menos a él

le pasó con la mujer de su vida —dijo desolado.

—¿Ella quiere tenerlo?

—Sí. Lo quiere todo, y yo... —la voz se le cortó por un momento—, según

ella: «Me lo puedo permitir» —sonrió falsamente—. Para una chica que me daba

la sensación de que no iba detrás de mi dinero y me sale con esto... —lamentó.

Cruzó los brazos encima de sus rodillas y escondió la cabeza.

Su reacción me estaba sorprendiendo. Una noticia así afectaría a cualquiera, pero por su forma de ser

pensaba que estaría menos afligido. Que sería un pasota. Que pensaría que era problema de la madre. Lolo no era de los que miraban atrás arrepintiéndose del estropicio que solía generar su impulsividad. Y

en ese momento, me dio pena.

Lolo. Pena. A mí.

Inexplicablemente, quise ayudarle, aliviar el shock y, de pronto, recordé las prácticas para consolar a víctimas de alguna tragedia que había aprendido en la

carrera. De cómo hacer que no se hundan en el pozo de la incredulidad, de la negación, de la ira, de la impotencia, y me metí en el papel sacando mi lado más

profesional.

—No puedes tomártelo así, tú eres un superviviente. Cuando has tenido un problema, siempre has sabido lo que tenías que hacer. No te has quedado

mirando, revolcándote en la autocompasión. Siempre has buscado la solución,

porque todo la tiene, menos la muerte.

El giró la cabeza lentamente hacia mí, dejándola apoyada en una de sus

rodillas.

—Algo así dice siempre mi madre.

—Es que es así. ¡La vida es preciosa! Y todo lo que significa vida es bueno.

Esto es una sorpresa, a veces ocurre, y no tienes más remedio que adaptarte y pensar en positivo. Va a cambiar tu mundo, pero ahora mismo no eres capaz de

ver las sonrisas que te va a sacar en la cara. Claro que sería fantástico que la madre fuera tu elegida, pero lo realmente importante es que ese niño va a ser muy feliz solo porque tú serás su padre. No te agobies. Esto es una opinión personal, pero creo que los hombres se llevan la mejor parte de tener hijos. El verdadero sacrificio suele ser para la madre, tanto a nivel físico como emocional

y en cuanto a prioridades y libertades. ¡A ti solo te va a traer alegrías! Si el tema económico no es un problema... No te preocupes, tu vida no acaba, solo se ha

hecho más grande. Hay parejas felices que en este momento están celebrando un

test de embarazo positivo y que dentro de cinco años no estarán juntas. Sus vidas

continuarán, se enamorarán de nuevo, tendrán más hijos, y seguro que piensan que ese primer bebé es

una de las mejores cosas que tienen en su vida. Y

también lo será en la tuya.

Lolo me sonrió débilmente, pero fue suficiente para apreciar la diferencia. Era una mueca que conseguía borrar un gesto perverso en su cara y que solo le había visto ofrecerle a Diego. De pronto, me pareció estar delante de una persona totalmente diferente.

—Joder, eres una loquera cojonuda. ¿Lo sabías?

Yo sonreí y él suspiró con una nueva resignación en los ojos. Se quedó pensativo y después me miró. Por un momento, pensé que iba a darme las gracias, pero en vez de eso, se levantó del suelo y cambió de tema.

—No sé dónde está Diego. Seguramente querríais estar solos esta noche, pero... yo no creo que vaya a trabajar hoy...

En ese instante, como por gracia divina, sonó un mensaje en mi móvil y me lo saqué del bolsillo de atrás.

—Es él —informé—. Ha tenido que quedarse para atender algo urgente. Dice que en veinte minutos estará aquí.

Lolo sonrió indulgente.

—Sabes que es mentira, ¿no? Se va a liar, pero bien.

—Sí, lo sé —sonreí.

De repente, se sujetó los brazos agobiado. Vi en él una inusual aura atormentada y supe al momento lo que le ocurría.

—¿Estás bien? —pregunté a sabiendas de que no.

—Sí... es que... —dijo intranquilo.

—Escúchame —comencé—. Esto te va a sonar muy raro... pero estás teniendo una reacción física ancestral. Sé exactamente lo que es —dije convencida.

—¿Cómo? —preguntó descolocado.

—¿Te sientes raro?

—Un poco...

—¿Como si necesitaras algo y no supieras lo que es?

—Algo así... —respondió angustiado.

—Vale. Al interpretar que Diego no vendría, tu cuerpo ha enviado una señal porque le necesitaba. Necesita contacto con alguien. Te vas a reír... pero creo que necesitas un abrazo.

—¿Qué? —balbuceó escéptico.

—Todo el mundo subestima el poder de los abrazos, pero está comprobado. Te

lo juro, es algo físico. Nunca lo había visto, pero acabo de captarlo en ti de una

manera irrefutable. El desequilibrio que ha supuesto enterarte de una noticia como esa, ha hecho que tu organismo reaccione generando un estrés parecido al

que se tiene al nacer. Te sientes desprotegido, impotente, solo ante el peligro. Y

la primera manifestación de cariño que experimentamos en vida es un abrazo.

Ese gesto y la sensación que produce se queda guardado en nuestro

subconsciente desde el primer día, por eso pocas cosas son más reconfortantes

—dije avanzando hacia él.

Permaneció muy quieto. Mi hipótesis señaló lo obvio porque se estaba

abrazando a sí mismo. Le descrucé los brazos y apoyé la cabeza en su pecho a la vez que le rodeaba la cintura. No analicé con quién estaba, solo seguí hablando

mientras recordaba la parte más lógica de esa teoría.

—Para gestionar tus repentinas emociones, tu cuerpo necesita la estimulación

del contacto con otra persona. Así generas oxitocina —continué mientras le

acariciaba la espalda. Él, a su vez, puso lentamente sus brazos a mi alrededor—.

La plenitud psicológica de un abrazo es algo casi mágico: da confianza,

seguridad, reduce la ira, relaja disminuyendo la presión arterial... Solo funciona

si el que abraza y el abrazado se entregan de verdad, consiguiendo aliviar el dolor, la depresión, la

ansiedad y la tensión. También acrecienta la voluntad de

seguir adelante, por eso a los niños que están en incubadora los sacan varias veces al día para que sientan el calor del cuerpo de su madre, es muy

importante... Un abrazo es apoyo, es saber que están de tu parte. Provoca

alteraciones muy positivas en quien toca y es tocado. —Levanté la cabeza hacia

él sin despegar la mejilla y pregunté: «¿Estás mejor?».

Él parecía no querer soltarme nunca.

Me estaba apretando tan fuerte que sentía perfectamente los potentes latidos de su corazón a través de la ropa.

—Sí... —exhaló aliviado— Joder, ¿cómo lo sabías? —susurró incrédulo.

—No lo sé. Simplemente lo he visto... no lo sé...

De repente, era muy consciente de lo que estaba haciendo y con quién, y me pareció una puta locura por mucha base científica que tuviera. Levanté las manos y me erguí un poco instándole a soltarme, pero no lo hizo. Una fragancia

conocida impregnó mi nariz y tuvo un impacto aterrador en mis sentidos. ¡La recordaba! Una mezcla entre sándalo, incienso y canela que me dejó extasiada.

Lentamente, comenzó a apartarse de mí y sus ojos buscaron los míos. Estábamos

muy cerca, y su mirada me envolvió como un manto de oscuridad,

paralizándome. Me sentí atrapada. Y, por primera vez, fui consciente de luchar contra mi cuerpo, que parecía querer avanzar en la dirección incorrecta. Yo intentaba retroceder y, como resultado, permanecía quieta en un tira y afloja de

lo más bochornoso. Él bajó la vista hacia mis labios y mi corazón dio un vuelco.

Se acercó a mí y, en el último momento, desvió su boca hacia mi mejilla para

depositar un casto beso mientras susurraba: «Gracias. Por todo.» Y pasó por mi lado en dirección a su cuarto.

Me faltó tiempo para huir de allí.

Hacía semanas que tenía la libido por los suelos. No me apetecía sentir nada y,

en un instante, quise sentirlo todo. Había sido una sensación indescriptible, repleta de una ternura que



me espoleó como nunca. Me había arropado de tal manera que aún sentía su abrazo a pesar de haberse alejado y, al notar de repente

el vacío, mi cuerpo ansió el suyo reclamándolo con un grito silencioso. Me fui

de allí con la convicción de que había sido algo aislado y que no volvería a repetirse. Pero, a partir de aquel momento, cada vez que nos veíamos, un insólito

magnetismo parecía burlarse de nosotros mientras procurábamos ignorarnos. Sus

miradas, sus labios resbalando entre sus dientes, el peso compartido de quien carga con un secreto de una sensación que nunca debió haber existido. Era insoportable... hasta que uno de nosotros se cansó y actuó en consecuencia.

## Capítulo 5

### *AMISTAD*

#### Manu

Entré por la puerta de mi casa y vi a Diego tumbado en el sofá con los pies

apoyados en una mesita baja. Parecía relajado, y al momento le envidié por mantenerse en una ignorancia cómoda ante los peligros que corría «su chica». La

había alojado en un apartamento de lujo y no quería evidenciar delante de ella lo

preocupado que estaba en realidad por aquella nueva situación. Tenía la

impresión de que me estaba metiendo en un embolado enorme y tener que

ocultárselo a mi mejor amigo, no lo hacía precisamente más llevadero.

—¡Hola! —saludó Diego.

—Eh.

—¿Qué horas son estás? —me riñó—. Pensaba que esta mañana íbamos a

hacer el feng shui ese de limpieza del que me convenciste la semana pasada.

—Sí, lo siento. Me he liado.

—Te has liado mucho, ¿no? —sonrió vacilón—, ni siquiera has dormido aquí.

—Un poco, sí... —respondí sonrojado—. Y es seguir los consejos de «La

magia del orden», no feng shui. Necesitamos deshacernos de un montón de

mierda del pasado, sienta de maravilla. He tenido que pasar por la Sala VON para arreglar un asunto para el concierto de esta noche, por eso he tardado — intenté justificarme. No fuera a ser que Diego empezara a hacerse ideas románticas de mi ligue, pensando que habíamos repetido la jugada por la mañana.

—¿Es hoy? ¡Yo quería ir! —se quejó.

—Pues ya sabes —dije poniendo rumbo a mi habitación. Necesitaba una ducha y cambiarme de ropa.

—Hablando del pasado. ¿No vamos a hablar de Noa? —preguntó Diego de repente poniéndose de pie.

Me paré en seco justo antes de lograr huir. Maldije mentalmente y me volví hacia él visiblemente incómodo al pensar que sospechaba algo.

—¿Qué quieres decir?

—Me esperaba un discursito de los tuyos. Un «¡no lo hagas!», un «¡es el enemigo!» o un «ten cuidado, está preciosa».

—Sí, perdona. No lo hagas, es el enemigo —dije tajante confirmando hasta la última letra.

—Y está preciosa... —añadió Diego con aire soñador.

—Si tú lo dices. —Desvié la mirada indiferente en mi mejor interpretación.

—Sé que también lo piensas. A mí no me engañas, lo he visto en tus ojos — aclaró divertido.

—Está bien. Pues... ten cuidado —contesté rindiéndome ante la evidencia.

Diego sonrió satisfecho por admitir su apreciación.

Cuando el agua de la ducha cayó sobre mi cuerpo, recordé brevemente la conversación que tuve con Adriana la noche anterior. Seguramente se habría ido

a casa con los demás, pero le hice un gesto para que se quedase. Necesitaba hablar con ella. Poco después, metí entre sus dedos un billete de veinte euros y la

mandé a casa en un taxi. Yo no quería volver todavía, y no estaba de humor para

analizar el porqué. Así que, cuando una chica me sonrió en la barra emitiendo una llamada de apareamiento indiscutible, me dejé engatusar para terminar

durmiendo en su casa. Un buen eufemismo. Porque hicimos de todo menos

dormir. Curiosamente, al terminar me sentí mejor y me permití relajarme un poco. Hasta que, a las doce en punto del mediodía, el teléfono sonó y era Noa.

Fui a buscarla directamente a la cabina desde la que me había llamado. Ni me

planteé los problemas que me traería meterla en mi casa, simplemente lo hice, como un suicida saca brillo a las balas pulcramente antes de perpetrar su

cometido. A ella le dije que era la nueva casa de mis padres, porque no quería agrandar más todavía el problema de intimidad que existía entre nosotros. Pero

lo cierto es que había comprado ese piso hacía un año y medio y apenas lo había

utilizado porque prefería vivir con Diego. Me gustaba esa zona y, cuando Marta

apareció en la vida de mi mejor amigo, supuse que tenía los meses contados en

ese piso. Tenía que buscarme un sitio, una alternativa para cuando llegara el momento de dejar que Diego tuviera una vida real en pareja, sin embargo, seis

meses después rompieron y todo siguió igual. No tenía necesidad de alquilarlo.

Ni siquiera solía usarlo como picadero porque me gustaba pernoctar en casa de

las chicas con las que me acostaba. Quería conocerlas más, saborearlas en su esencia, para ver si ocurría un milagro y me enamoraba de alguna. Solo hacía falta un detalle, un gesto cotidiano que llamara mi atención. Vislumbrar un factor

equis que me dejara claro que no podría seguir viviendo sin tenerlo cada día, pero para mi desgracia, aún no había sucedido.

Por otro lado, estar con Noa me suponía un esfuerzo titánico. Resultaba

agotador. Me descolocaba lo que provocaba en mí la mayor parte del tiempo.

Como la sonrisa que me nació cuando al acelerar con la moto ella soltó un grito

aferrándose al instante a mi cintura, o el retortijón que sentí cuando respondió que no estaba segura de si se liaría de nuevo con Diego. Esa duda me estaba matando y no entendía por qué, si estaba más que claro que iban a volver... Pero

mi temor estaba justificado. Noa no sería una Marta, sería la definitiva. La que lograría separarme por fin de mi amigo. Del único que me quedaba... y me obligaría a afrontar una inaplazable soledad.

Le debía tanto a Diego... que llevaba cinco años viviendo mi vida en 255 colores en vez de en 256. Un acto lo había deslucido todo. Un beso que nunca debió existir.

No tenía derecho a quejarme de nada: no tenía traumas infantiles, mis padres eran cojonudos. Siempre me habían dado libertad, tratándome como si mi vida me perteneciera desde el principio. Me dieron un libre albedrío sin límites. Me apoyaron y me procuraron todo lo que necesité, y yo intenté corresponderles, aunque evidentemente, no siempre lo conseguí. Sin embargo, una noche, cuando solo tenía trece años, salí al tejado y oí una conversación entre mi padre y sus dos mejores amigos.

—Menudo cambio ha pegado Lolo, ya no es un niño. Es tu viva imagen, será un rompecorazones —afirmaba Axel, el padre de Diego, con seguridad.

—Eso estaba claro —opinó mi padre risueño—, ya volvía locas a todas las enfermeras de la planta cuando nació.

—Pues yo creo que es muy distinto a ti —terció César, el padre de Noa.

Agudicé el oído y escuché con atención aquellas palabras. Todo el mundo

decía que César era muy listo. Ser superdotado tenía sus inconvenientes, pero nadie pasaba por alto sus percepciones y lo que dijo me resultó chocante.

—Puede que os parezcáis físicamente, pero tú nunca tuviste ese ceño fruncido.

Eras insultantemente feliz, parecía que nunca te preocupaba nada, sin embargo,

Manu parece enfadado con el mundo.

—Leo era feliz... hasta que conoció a su mujer —atajó Axel sonriente.

Los tres se echaron a reír.

—Exactamente. —Zanjó César.

¡Yo no estaba enfadado con el mundo!

Era el mundo el que de vez en cuando se cebaba conmigo y no me quedaba más remedio que defenderme con uñas y dientes.

—Es un adolescente —explicó mi padre—, ahora mismo puede que sienta que no encaja en ningún sitio, pero no os preocupéis, pronto encajará con vuestras hijas... —se mofó.

Los otros le atacaron sin piedad mientras él se moría de la risa. Un gesto curvó mis labios porque ya hacía tiempo que Adriana y yo habíamos «encajado» por primera vez.

Tenía un esquema en la cabeza de cómo era el mundo, y entendía que había varios tipos de persona. Los que lo viven, los que sobreviven y los que no dejan

vivir. En ese último grupo estaba Noa. Ni encajaba ni encajaría con ella jamás.

Era una pieza de un puzle distinto al del maravilloso orbe de las mujeres. No obstante, dos o tres momentos posteriores me demostraron que el problema

subyacente era mucho más grave de lo que me imaginaba en un principio. Y no

porque el día que Noa «floreció», mi polla tuviera un punto de vista muy diferente al mío de lo que esa chica me incitaba, sino porque a partir de ese

momento, estuvo en juego mi amistad con Diego, sabiendo que conseguir una cosa significaría perder la otra. La simultaneidad no era posible, y tenía claro quién era imprescindible para mí.

Diego y yo nos habíamos criado como hermanos. Él era mi otra mitad y, desde muy temprano, reconocí en sus ojos un sentimiento por esa chica que yo nunca sería capaz de igualar. Inicialmente fueron celos de niño. Ella quería un juguete de mi propiedad y una vena violenta se imponía incluso cuando estaba centrado en jugar con otra cosa; pero con los años, se convirtió en una lucha contra unos bajos instintos que no podía evitar, lo cual me hacía estar aún más cabreado, porque no hay batalla

más dura que enfrentarse con uno mismo.

Impotencia pura.

La eterna dicotomía del querer frente al deber.

Cuando te dejas ganar, te arrepientes; y cuando vences, te frustras, porque sigues sin obtener lo que quieres de verdad.

Ella también desarrolló un sistema de ataque hacia mí que resultaba doloroso y

que había llegado a modelar mi actual forma de ser, como bien había indicado César. Era un tío susceptible, inseguro y gruñón, aunque solo fuera en su presencia, coincidiendo con la cara que todos veían de mí cuando aquella

pequeña familia que formábamos se juntaba.

¿Quién se monta en el telesilla de dos con Diego?

Debíamos turnarnos.

¿Quién se lo lleva de paseo las tardes perdidas en Ibiza?

Debíamos turnarnos. Porque los tres juntos no podíamos estar.

Todo empeoró cuando su relación de pareja se hizo oficial, pues entendía que

Diego tuviera una clara predilección por satisfacer sus necesidades, pero no podía evitar que me molestara; por eso, en el momento crítico, crucé la línea de

lo perdonable para mantener a raya mis anhelos.

Ese verano, Diego, desprovisto de cualquier tono jactancioso, me preguntó si podía facilitarle un preservativo.

Me quedé «ojiplático».

Aunque a esas alturas para mí era lo más normal del mundo, las escenas que

asaltaron mi cabeza me afectaron más de lo que pude soportar. Se lo di sin

mediar palabra, quitándole importancia al momento, pero aquella misma noche, cuando la parejita desapareció de nuestra habitual partida de cartas para dar un

paseo por un bosque cercano a la playa, les seguí. Sin pensar en las

repercusiones, me escondí silencioso para espiarles. Recuerdo que me llamó la atención cómo comenzaron a besarse con devoción, no con el hambre que yo

conocía, y tuve una desapacible sensación al ser testigo de esa vil diferencia. Me estaban demostrando que, en realidad, lo que yo hacía no era el amor, sino algo obsceno y amoral que no significaba nada. Ella llevaba una camiseta de tirantes y un pantalón vaquero corto, exhibiendo su delicioso moreno con decisiva alevosía.

De repente, decidí marcharme, porque esas caricias suaves, esos besos tiernos y esos sosegados mimos me estaban poniendo de los nervios. Sin embargo, en ese instante, Diego hizo un movimiento certero que me obligó a quedarme mirando. Con ambas manos, bajó con fuerza los tirantes de la camiseta de Noa llevándose a la vez el sujetador, y unos pechos perfectos aparecieron en mi visual un segundo antes de que mi amigo diera buena cuenta de ellos con su boca. Se notaba que no era la primera vez que lo hacía, y que tenía prisa por explorar más bases en las que aún no había estado.

Los ojos me escocieron rogando que parpadeara, pero no podía. Ella gimió y el sonido reverberó en mi miembro, que se puso duro al momento. Dejé de respirar porque no quería que nada me distrajera de esa secuencia que, por momentos, se estaba volviendo salvaje.

—Quiero hacerlo... ahora, quiero sentirte —exigió ella.

Tragué saliva ante su lujuriosa petición y vi cómo Diego empezaba a desabrocharle el pantalón para introducir los dedos entre sus piernas mientras la besaba con avidez.

Apreté los puños e intenté girar la cabeza.

Aquello había sido una pésima idea, pero estaba paralizado y no podía apartar los ojos.

Ella comenzó a bajarle el pantalón y le instó a quitarse la camiseta. Cuando se separaron, Diego tendió una toalla en el suelo. Noa se sentó deshaciéndose de toda su ropa excepto de las bragas y Diego no dudó en cernirse sobre ella

completamente desnudo. Ella bajó una mano para acariciarle donde más lo deseaba y tuve que recolocármela acuciado por un repentino dolor.

—No puedo más —susurró ella.

Diego se incorporó y buscó el paquetito que tan gentilmente yo le había procurado. Con manos temblorosas comenzó a ponérselo luchando contra los típicos nervios apurados de un primerizo.

No pude soportarlo más y me fui.

No podía verlo. Lo que estaba haciendo era tan mezquino que hasta alguien como yo se daba perfecta cuenta de lo ultrajante que era. Y cuando oí en la lejanía un gruñido y un gemido agudo, comencé a correr más rápido de lo que nunca lo había hecho cerrando los ojos con fuerza.

Había sido una idea horrible, pero mi mayor bajeza tuvo lugar al día siguiente, cuando Diego se marchó con su padre al pueblo, despidiéndose de ella con un dulce beso en la playa. Algo maligno dentro de mí quiso borrarle esa sonrisa de

tonta enamorada de la cara y, minutos después, cuando se acercó a la orilla a refrescarse, la seguí para sugerirle lo bien que le vendría un poco de yodo marino en su reciente herida por amor.

—Eres un cerdo —contestó ella con repulsión—. Solo tú podrías hacer algo así y encima después venir a restregármelo. Reza para que no se lo cuente a Diego.

Una ráfaga de ira me golpeó cuando Noa pasó por mi lado con un desprecio manifiesto. Agaché la cabeza mientras el asco que me tenía a mí mismo arrasaba

con todas mis emociones cumpliendo su misión y, días después, cuando quedó patente que Diego nunca llegó a saber nada de aquel inadecuado comentario, todavía me sentí peor.

Decidí dejarla en paz, y durante un año y medio no volvimos a cruzar palabra mientras yo atesoraba los momentos que vivía con Diego, temiendo que fueran los últimos si se enteraba de que había sido un voyeur de su primera vez.

Era consciente de que había ido demasiado lejos... A finales del verano

siguiente, una noche, dando un paseo él y yo solos mientras hablábamos de nuestra próxima entrada en la universidad, mi mejor amigo me confesó su angustia.



—Voy a perderla, tío... En cuanto empecemos la universidad, nos separaremos

y la perderé. Es lo que ocurre siempre con los amores adolescentes —dijo con los ojos brillantes de aprensión.

De repente, me di cuenta de cuánto me afectaba su malestar, aunque fuera por

Noa. No quería que Diego sufriese bajo ningún concepto y me descubrí

diciendo:

—A vosotros no os pasará, tenéis algo especial.

Y, en aquel momento, quise demostrarle lo mucho que me importaba. Ideé un

plan para enseñarle mi escondite secreto en la isla. Ese que todos juramos una vez que nadie conocería jamás, pero que, de pronto, tuve la necesidad de

compartir con él para fijar unos lazos que englobaran toda nuestra niñez y que no

se soltasen en el inminente salto que estábamos a punto de dar en nuestras vidas.

El lugar era extraordinario. Un recoveco en un escarpado acantilado al suroeste

de la isla con vistas al famoso islote de Es Vedrá.

Había descubierto un camino hasta cierta altura y, el resto, era una empinada pared de unos diez metros que llegaba hasta una inusual explanada en la que solía sentarme a disfrutar de la hazaña de haber llegado hasta allí.

Yo subía sin cuerdas, pues llevaba haciéndolo muchos años y tenía cada risco

de ese tramo estudiado a la perfección. Me bastaban unos pies de gato y un par

de aseguradores para subir en plan Spiderman, pero Diego era inexperto y

preparé muchísimo material para lograr que mi amigo llegara a mi estimada

guarida sin sufrir ningún percance. Nos afianzamos con cuerdas y comenzamos

el ascenso, pero cuando estábamos a punto de llegar, por increíble que parezca,

me resbaló un pie y me quedé colgando de Diego, que soltó un aullido cuando su

cuerpo tuvo que soportar el impacto de mi caída al clavarse el arnés en sus músculos.

—¿Estás bien?! —gritó desde arriba agarrándose a la roca.

—Sí... —contesté contrito con la seguridad de que, si hubiera ido solo, en aquellos momentos estaría muerto.

—¡Joder! ¡Qué puto susto! —exclamó Diego—. ¡¿Y ahora qué?!

Yo estaba suspendido en mitad del vacío sin poder acercarme a la pared.

—Extiende la mano izquierda y llévala al lado izquierdo de tu cinturón.

Encontrarás un gancho —comencé.

—Lo tengo —contestó Diego tembloroso.

—Busca la anilla que está treinta centímetros a la derecha de tu rodilla izquierda y engánchalo. Mete mi cuerda restante y, cuando esté afianzado, suéltame de tu sujeción y quédate quieto hasta que llegue a tu lado —expuse con voz pausada y tranquilizadora.

—Está bien... —contestó Diego inseguro.

Cuando logramos llegar arriba, ambos nos tumbamos en el suelo aliviados.

—Lo siento mucho —exhalé culpable.

—No pasa nada. Estamos bien, ¿no?

—Nunca me había pasado... He subido infinidad de veces.

—Cuando estás solo no me tienes a mí para distraerte —apuntó Diego sonriendo para quitarle importancia.

—No. Esto iba a pasar algún día y, si no hubieras estado tú... Me has salvado la vida.

—No era tu hora —insistió Diego—. Alguien ahí arriba ha decidido que mereces seguir viviendo y yo apoyo la moción. Aún te quedan muchas cosas por hacer, muchos sueños por cumplir.

Volví la cabeza hacia él al escuchar aquella convicción. Esa confianza ciega en

que lograría todo lo que me propusiese me removió por dentro. Si alguien como él lo creía, quizá pudiera ser cierto por mucho que su novia pensara lo contrario.

—No sé lo que ocurrirá con Noa, pero te garantizo que siempre me tendrás a mí, pase lo que pase —le juré.

—Y tú a mí —contestó Diego sin dudar.

Aquella tarde, nuestro vínculo se hizo aún más fuerte. Y fue un buen estímulo para lograr soportar a Noa en los años universitarios, con una indiferencia que ni siquiera era fingida, porque estuve muy distraído con el torrente de chicas atraídas por mi inexplicable popularidad en la facultad.

Cuando La Mafia —el nombre que le puse a la aterradora familia que formábamos mis padres con sus amigos y los esbirros de sus hijos— quedaba, me centraba en Adriana y en Martina. Hasta que llegó el día en que supe que iba a ser padre y, casualmente, Noa fue testigo de mi desmoronamiento.

Tuvo que darme ese maldito abrazo, hablarme como lo hizo y joderme la vida recordándome apetitos que había enterrado profundamente y no quería volver a tener.

Nunca me había tratado así, como si me apreciara, como si me conociera y, en ese momento, volví a ser el chiquillo que, en una ocasión, deseó que volcara todo su cariño en él como también lo hacía en mi amigo. La atracción que sentí

fue tan fuerte que nada conseguía borrarla de mi mente ni de mi cuerpo. Durante unos días estuve completamente descontrolado a nivel emocional. La noticia del embarazo también ayudó a provocar ese desequilibrio. Sentir el contacto con su cuerpo rompió una cadena que tenía protegiendo sensaciones prohibidas en mi piel. Su cercanía me había perturbado hasta límites insospechados.

Las siguientes veces que coincidí con ella, el olor de su pelo invadiendo el aire que respiraba y esos ojos pardos incapaces de disimular que ella también lo había sentido terminaron de volverme loco. Porque era algo tan irracional como

descubrir que clavarme un tenedor punzante en la pierna me ponía cachondo, algo tan demencial

como intentar dormir abrazado a una bomba atómica y

conseguir conciliar el sueño. Una jodida locura. Y como siempre hacía cuando la

vida subía las apuestas marcándose un farol, intenté superar el envite con un órdago en el momento menos indicado, mandando a Noa lejos de Diego y lejos

de mí, salvando otra vez nuestra amistad.

Ahí estaba la respuesta a por qué la estaba ayudando.

De alguna manera, me sentía en deuda con ella. Se había hecho a un lado en un momento clave para mí, pues hacía poco tiempo había ocurrido un suceso en mi vida que me hizo aprender a elegir cuándo merecía la pena perder tiempo siendo un capullo y cuándo no.

No hay nada como la muerte para darte cuenta de lo valioso que es lo efímero,

y lo que aprendí fue que: «Hagas lo que hagas, nunca pierdas el tiempo ni subestimes a la gente que te demuestra que le importas».

El 31 de diciembre de aquel año, mi vida cambió marcando un antes y un

después en la persona que era. Un buen amigo estrelló su nuevo coche sin razón

aparente contra la mediana de una autopista solitaria y tuvimos que asimilar que

empezaríamos el año —y el resto de nuestras vidas—, sin él. Un duro golpe que

me obligó a dejar de ser tan estúpido y a apreciar un poco más lo que tenía. Todo

lo que tenía. Pero sobre todo a Diego. Por eso no entendía qué me había impulsado a dar ese paso con Noa, pero no volvería a suceder. Me había jurado a

mí mismo no cometer dos veces el mismo error.

Los recuerdos volvían a mi cabeza como una manada de búfalos huyendo de

las fauces de un grupo de leonas hambrientas, mientras seguía duchándome sin

prisa por volver junto a Diego para seguir fingiendo que todo era perfectamente

normal el primer sábado que Noa había vuelto a nuestras vidas.

Capítulo 6

## *LOVE STORY*

Noa

La estaba cagando y lo sabía.

Una premonición que no solía fallarme hizo que retrocediera el pintalabios

justo cuando estaba a punto de tocar mi boca. La mirada que me devolvía el espejo del baño de la discoteca no mentía. Diego me estaba esperando en la barra vigilando nuestras bebidas y ¡mi cuerpo planeaba besarle a mis espaldas!

Era lo bueno de cumplir años, que muchas cosas no me pillaban de nuevas, sino que reconocía de antemano el familiar hormigueo de un error que ya había cometido previamente.

A medida que pasaban las horas, nuestros cuerpos se atraían. Éramos incapaces de alcanzar una normalidad que hacía quince años que no teníamos. Siempre

habíamos sido pareja y nuestros gestos nos delataban en cuanto bajábamos la guardia. Se me escapaban caricias en su cara, él olvidaba una mano en mi cintura, nos agarrábamos constantemente... ¡No podíamos evitarlo! Parecía que

el tiempo no había pasado, y mi instinto natural me instaba a besarle entre broma

y broma, como si fuera lo más normal del mundo. Quería comunicarle mi cariño

porque estaba muy feliz de volver a verle, y hui hacia el baño cuando subí las manos por su cuello y él bajó la vista hacia mis labios.

«Demasiado cerca», me regañé.

Estaba dejándome llevar como si el mundo terminara al día siguiente, aunque precisamente, eso podía ser una realidad para mí.

«Vas a dejarle la cara hecha un Cristo», pensé justo antes de ponerme el carmín. En otras palabras, mi subconsciente ya había decidido que le iba a besar

y solo estaba esperando a que un par de combinados me desinhibieran lo suficiente para hacerlo sin objeciones.

Recordé a Lolo esa misma noche poniendo una mano en la jamba de la puerta

para bloquearla justo antes de salir de casa. Quería que le prometiera que no iba a hacer nada con Diego hasta que se solucionara todo el tema de mi persecución. Había aparecido en el ático sobre las nueve de la noche, cargado con bolsas de la compra que ocultaban los enseres que le había pedido cuando había llamado al teléfono fijo, para preguntarme qué quería, a sabiendas de que no podía usar mi móvil con su número.

—Aquí lo tienes. Todo muy sano y natural —dijo a modo de saludo depositando las bolsas en la encimera.

—No lo juzgues, puede que sean mis últimas comidas.

Él frunció el ceño.

—Ese humor negro no me gusta nada.

—No estoy de coña. Sería muy penoso comer brócoli mi último día en la Tierra.

Se quedó mirándome y una sonrisa luchó por abrirse paso entre sus labios, pero finalmente la controló.

—¿Has pensado en algo? —preguntó interesado.

—Sí.

—¿Y bien? ¿Qué vas a hacer?

—No puedo esconderme aquí como una rata.

—No. Es mejor que te maten —respondió irónico.

—He estudiado las posibilidades. Le he dado muchas vueltas. He conseguido hablar con mi ex y comprobar que está vivo. Me ha jurado por lo más sagrado que él no le ha dicho nada a nadie sobre mí, aunque podría estar mintiendo. Por otra parte, el hombre que me pareció ver anoche en tu club, es imposible que estuviera allí porque está en la cárcel. Lo más probable es que todo eso sea fruto

de mi estrés postraumático y la mente me esté jugando malas pasadas. También estoy teniendo pesadillas. Escenas que me vienen a la mente una y otra vez, pero luego me acuerdo del mensaje. Y eso no es una imaginación mía. Es muy real.

—Entiendo —contestó Lolo desconcertado—. Entonces, ¿cuál es el plan?

—El primer paso era hacerme con un arma y ya la tengo —dije levantándome la camiseta para mostrársela.

—¡Guau! ¡Oye, espera...! ¿es seguro llevarla ahí colocada?—preguntó preocupado.

—Si sabes usarla, sí.

—¿De dónde la has sacado? —demandó receloso—. ¿Está cargada?

—Mis padres son polis, ¿tú qué crees?

Lolo me observó nervioso y se pasó las manos por el pelo con dudas.

—Joder, vale. ¿Y ahora qué?

—Tengo que volver allí. Dejar que me encuentre. Esperar a que haga un nuevo movimiento.

—¿Estás loca?! —dijo abriendo mucho los ojos—, ¿Cómo que dejar que te encuentre?

—Investigando dará conmigo, y si no me encuentra, se acercará a mis conocidos. Nuestros padres están de viaje, pero a vosotros no le será difícil encontrarlos. Antes de que eso ocurra, prefiero pillarle sin un plan, buscándome, sin poder meditar mucho lo que va a hacer.

Lolo no parecía convencido.

—No me parece buena idea que estés dando vueltas por el club, donde cualquiera podría darte un navajazo por la espalda entre la multitud, podrías estar... tras la barra, por ejemplo, de camarera.

—¡Eso sería como ponerme una diana en la frente!

—¿No dijiste que actúan cuerpo a cuerpo? Si te disparara en la distancia, mucha gente sería testigo de la trayectoria de la bala. Con pulsar un botón, las puertas se bloquearían. Se quedaría atrapado entre multitud de gente señalándole

con un dedo o huyendo de él. Desde dentro de la barra tienes muy buen campo visual ante cualquier movimiento sospechoso.

—Podría funcionar... pero no de la forma que tú lo estás planteando. Lo de la

barra es un buen cebo. Me localizará y esperará el momento en que salga a campo abierto para atacar. Puedo ofrecerle ese momento en bandeja, y estar

preparada para recibirle. El otro día me pilló desprevenida... Si finjo que no le espero, tengo las de ganar.

—Vale —contestó Lolo, que sabía de sobra que llevaba practicando el Jiu Jitsu

desde los seis años. Campeona de España tres veces antes de los doce. Era «una

pequeña máquina de matar», como le gustaba decir a mi padre en tono orgulloso.

Claro que, contra un arma de fuego, no se puede hacer nada... Usaría chaleco antibalas y rezaría para que no apuntara a la cabeza que, por otra parte, sería poco discreto para el depurado *modus operandi* de los asesinos rusos.

—Joder, esta noche tengo que estar en la Sala VON... no en la DeVizio —

expuso de repente Lolo.

—Tranquilo, seguro que ya tengo la línea pinchada. Lo único que tengo que hacer es mandarle un mensaje a Diego quedando con él allí. Lo atraeremos hacia

ese lugar.

—Todo esto es un jodida locura —dijo Lolo apoyándose en la barra y

colocando la cabeza entre sus manos.

—Saldrá bien —dije fingiendo confianza.

Entendía que para alguien que no era policía aquello se le hiciera un mundo, pero yo estaba más acostumbrada a ese tipo de situaciones. Nueva York era muy

perra y yo me las había visto muy putas en ocasiones, pero no tanto como la última vez... Si Lolo



supiera que tuve un arma apuntándome a la cabeza y que

me libré de milagro..., pero así era la vida de quien persigue a los lobos.

—¿Y Diego? ¿Quieres que esté involucrado? —preguntó preocupado.

—A Diego lo tiene fichado por mi móvil. Mejor tenerlo cerca, vigilado. Si van a por él me da un ataque. Solo tengo a tres personas en el móvil. Mi padre está a salvo y mi ex parece estar bien.

—Los hombres de tu vida —comentó Lolo resignado.

Yo me quedé callada pensando que, en aquel momento, el único que estaba al tanto de mi vida era él.

—Esta noche hay un concierto en la Sala VON y Diego quería ir —informó Lolo derrotado.

—Perfecto, todo encaja. Haré algo de cenar, ¿te apetece una pizza? —pregunté con naturalidad.

Él me miró descolocado, como si no supiera qué contestar.

—Eh..., no. Tengo el estómago cerradísimo. Voy a darme una ducha mientras cenas —dijo huyendo de mi lado como era de esperar.

Al llegar a la discoteca, nos encontramos con Diego y pronto Lolo desapareció

tras la barra, pero no le perdí de vista. Mientras charlaba con Diego, había encontrado sus ojos en varias ocasiones con una expresión cada vez más

cabreada. Y no le faltaba razón, cuanto más tiempo pasaba, más me olvidaba de

que estaba en una «misión» peligrosa y más me centraba en tontear con Diego como una quinceañera. No era propio de mí estar tan desconcentrada, y menos

cuando me estaba jugando la vida, pero tenía la sensación de que nada malo me

ocurriría mientras estuviera con alguien. La certeza de que mi atacante quería cogerme a solas me hacía estar tranquila.

Y de repente, me di cuenta.

No querían matarme, querían secuestrarme.

Para hacerme a saber qué y quizá luego matarme, pero querían resarcirse conmigo primero. El mensaje no era tipo: «Pronto estarás muerta», sino «Te has escapado, pero te atraparé».

Una sensación de alivio penetró en mis entrañas. Era cien veces mejor saliendo de situaciones imposibles en las que puede existir el diálogo que de un disparo a bocajarro que duraba décimas de segundo.

Una frase resonó en mi cabeza reviviendo un momento concreto de mi pesadilla: «Me has costado un par de miles, gatita entrometida. Y pienso cobrármelo en carne». Recordé una lengua acariciando mi cara. «Y cuando él termine, yo remataré la faena», apuntó alguien con acento soviético. «Es lo que os merecéis las putas como tú, que os follen hasta reventaros».

Sacudí la cabeza y observé de nuevo mis ojos en el espejo. Me pinté los labios de rojo a modo de escudo y salí por la puerta en busca de Diego.

Por si acaso tenía que defenderme, quise ir cómoda y me vestí en plan Superwoman, con unos *leggings* negros y una camiseta escotada sin mangas con un dibujo en blanco y negro de los Rolling Stone, pero mi atuendo no hacía que me sintiera especialmente sexy.

Antes de volver junto a mi acompañante, me dirigí a la barra en busca de Lolo.

—¿Ocurre algo? —preguntó ansioso al verme.

—No, solo quería decirte que me he dado cuenta de una cosa.

Él escuchó con atención mi teoría respaldada por las lascivas palabras que me lanzaron los sospechosos la última vez que me vieron. Un gesto peligroso cruzó sus ojos dando a entender que le ofendía esa vejación en concreto hacia mi persona.

—Manu... son buenas noticias —le animé cuando no reaccionó como esperaba

— Así es mucho más fácil, no pueden sorprenderme con un tiro o algo así.

— Pero pueden raptarte y torturarte —objetó preocupado.

No pude evitar sonreír y tocarle el brazo en un acto reflejo.

— Tranquilo, estoy con Diego, ¡y tengo un arma! —dije dándome media vuelta huyendo del calor que había notado en la yema de mis dedos al rozar su tersa piel.

— Noa, espera... —me llamó sin convicción, pero me fui fingiendo que no le había escuchado y evitando pensar que le había llamado Manu como una caricia verbal inconsciente.

— ¿Dónde te habías metido? —me sonrió Diego cuando volví a su lado.

— Me estaba empolvando la nariz.

— ¿Por mí? —preguntó divertido—, ¡qué afortunado soy!

Le empujé en un jugueteo inocente y bebí de mi copa.

— Hasta ahora hemos estado recordando historietas del pasado —expuse—, y podríamos seguir durante horas, pero cuéntame, ¿cómo te ha ido en tus relaciones?

Él suspiró.

— No hay nada que no te haya contado por *e-mail*. Algunas no cuajaron por razones evidentes, éramos muy distintos y no hablo de gustos, sino de las bases

donde se afianza todo. Como tú y yo, por ejemplo, yo quería una vida tranquila,

comprometerme, hijos... y tú, en ese momento, no. A veces el amor no basta,

¿no...?

Yo le observé suspicaz. Habíamos llegado a ese punto mucho antes de lo que me temía, y mi respuesta podría inclinarlo todo hacia un lado u otro.

— Eso es muy cierto... Hay muchos factores que condicionan las relaciones.

Hay quien se los pasa por el forro, pero al final, acaban cayendo justo en el centro, como una bola de demolición.

—¿Y cuál fue nuestra bola de demolición?

El rostro de Lolo apareció en mi mente, suscitado por ese dramático beso, pero antes de aquello yo ya estaba mal con Diego. Ese desliz solo fue... ¿qué más da?

—Mi trabajo —respondí sin dudar—. Siempre es mi trabajo. El amor que le tengo siempre acaba compitiendo con el de mis parejas, pero renunciar a él, es renunciar a mí misma. Nosotros éramos jóvenes, si hubiera sacrificado una cosa por otra, hubiera destruido ambas. Tú acababas de empezar el MIR, ¿lo habrías abandonado por seguir conmigo? —Le miré apocada—. No contestes —ordené poniendo los dedos en sus labios—. Tú podías compaginar ambas vidas. Yo no. En algunas profesiones, una mujer tiene que elegir entre tener familia o destacar en su trabajo. En mi caso, ambas cosas eran incompatibles. Y si hubiera elegido otro camino, la frustración hubiera acabado haciendo mella en nuestra relación.

—Lo entiendo. Ya sabes que me costó, pero terminé entendiéndolo.

En ese momento, recordé el primer *e-mail* que le había enviado desde Nueva York explicándole mis motivos con el mayor tacto posible. Le dije que

necesitábamos hacer vida por separado, perfeccionar nuestras carreras porque eran altamente vocacionales y mantener nuestra relación en lo bonito, sin destrozarla. Poco a poco fui recuperándole, como solo podía hacerlo alguien que tuviera muy claro que nuestra bien llevada separación —yo estando en la academia de Ávila y él estudiando día y noche el MIR—, era un indicativo de que podíamos superarlo sin demasiados dramas. Diego y yo teníamos varios

puntos de unión que habíamos ido depurando a lo largo de nuestra vida. La zona de pareja se había visto afectada por deseos que superaban una atracción física desgastada, pero aún quedaban la zona de la amistad y la zona de la familia. Y

eso hacía que nuestra ruptura no fuera tan dolorosa. La parte más potente, era nuestra amistad. Y si algún día fallaba, siempre nos quedaría la de la familia, porque La Mafia, jamás dejaría que nos

alejáramos tanto. A mí no me unía

amistad con Lolo... la zona de atracción, mejor ni mencionarla, pero sí existía la zona de la familia. Ese lazo que nuestros padres nos habían impuesto y que, muy

a nuestro pesar, había calado hondo. Tan hondo que yo no pude evitar consolarle cuando le vi destrozado aquel día en la nevera y él no había podido evitar venir a por mí a la cabina telefónica cuando necesitaba ayuda.

Diego alzó una mano y me acarició la mejilla.

—Lo entendí en ese momento —confirmó—, pero ahora ya no estás

trabajando... ¿por qué has vuelto exactamente, Noa? Quiero saberlo. Cuando me

lo dijiste solo tuve tiempo para alegrarme por volver a verte, después no quise agobiarte, pero ahora necesito saberlo... sobre todo para no hacerme ilusiones —

dijo con una sonrisa triste.

Joder.

En ese momento le abracé, y él me acarició la espalda bajando la cabeza para

apoyar su barbilla en la unión de mi hombro y mi cuello. No quería mirarle, porque si lo hacía, puede que le besara para consolarle. Nunca había sido buena

con las palabras... me expresaba mejor con gestos, y en ese beso le hubiera asegurado lo mucho que me importaba, lo mucho que le quería y lo mucho que

le necesitaba en esos momentos. Sin lujuria, sin lascivia, solo amor universal, pero no quería confundirle, así que opté por decirle una parte de la verdad.

—Nueva York es muy peligroso. Más de lo que creía. Con mis investigaciones

he molestado a gente que no debía... —dije separándome de él para mirarle.

El se puso serio por la seriedad de la información.

—¿Estabas en peligro? —preguntó preocupado.

—Más bien me aconsejaron que me fuera, por mi bien. Manhattan es pequeño.

Mucha gente se había aprendido mi cara... y decidí volver. Ya está. El último caso que tuve fue... complicado. Necesitaba unas vacaciones.

Él me cogió la cara.

—Pues me alegro de que hayas vuelto. Ese no era tu sitio. Tu sitio está aquí...

—no pudo evitar desviar la vista de nuevo hacia mis labios. Así que volví a abrazarle y él me correspondió.

Estar en sus brazos era tan normal, tan bueno, que me sorprendí pensando que quizá me equivoqué años atrás. Juzgué pronto que nueve meses separados no nos habían afectado lo suficiente, pero ahora me daba cuenta de que cinco años separados tampoco nos habían alejado demasiado. ¿Qué significaba aquello?

—Quiero besarte —admití—. Para mí sigue siendo lo más normal de mundo, pero no debemos. Estamos a un paso de echarlo todo a perder, Diego. Démonos tiempo, ¿vale?

Él me soltó. Sus ojos desbordaban raciocinio exhibiendo una templanza parecida a la que me imaginaba que tendría en quirófano cuando trabajaba a corazón abierto.

—Tienes razón —dijo tranquilo—. No podemos hacer como si estos cinco años no hubieran pasado. Lo han hecho, pero a veces el instinto manda... lo conocido da seguridad.

—No quiero confundirme —asegué.

—Yo tampoco. Tenemos que volver a conocernos. Aunque hayamos estado en contacto todo este tiempo, hay muchas cosas que te has perdido de mí.

—Ya me he dado cuenta —sonreí recuperando la normalidad y el tono guasón

—. Por ejemplo, ¿desde cuándo sois tan amiguitos Martina y tú?

Él sonrió pillo.

—¿Estás celosa?

—Un poco —reconocí revolcándome en la plácida sensación de poder ser sincera con él.

—Nos vemos a diario, vivimos en el mismo edificio. Y el roce hace el cariño,

o eso dicen.

—¿Y cuánto roce habéis tenido? —pregunté lanzada por el par de copas que llevaba.

Él pareció sorprendido, pero enseguida sonrió con sorna.

—No tanto como estás pensando. Somos amigos.

—Lolo y ella también lo son y ellos se han rozado bastante...

—¿Qué? —soltó Diego perplejo.

—Sí, bueno, ya sabes...

—No, no lo sé —contestó hosco—. ¿Se han liado? ¿Cuándo?

—Eh... a ver.... Yo solo sé que les pillé una vez besándose en la bodega de la casa de la playa. Teníamos diecisiete años.

—¿Por qué no me lo contaste? —preguntó alucinado.

—No lo sé, pensaba que lo sabías por él. Ella siempre ha estado loca por Lolo... bueno... fue su primer chico...

Diego se quedó estupefacto.

Aún recordaba el brillo de los ojos de Martina al contármelo y también el malestar que me embargó al saber que pronto le rompería el corazón. Y, por lo

que había visto, la pobre aún no había olvidado al granuja que la desvirgó.

—No entiendo nada —reprochó molesto—, ¿a qué viene toda esta discreción?

—Supongo que, como Lolo se lió en su día con tu hermana, no quería que lo supieras o... yo qué sé.

—En su día no, sigue haciéndolo cada vez que se ven. En cuanto Adriana pisa Madrid, le falta tiempo para marcar territorio. Como esta misma semana, sin ir más lejos.

Me quedé helada.

No tenía por qué sorprenderme un dato así, pero lo hizo. A pesar de que yo misma le había dicho que eran tal para cual, un escozor extraño comenzó en mi

pecho. Y Diego parecía igual de incómodo.

—Ha pasado mucho tiempo desde lo de Martina —intenté tranquilizarnos—, seguramente ahora solo son amigos.

—Bastante amigos, sí —rumió él de mal humor—. Sobre todo desde hace un par de años, y espero que no sea por ese motivo. Manu ya es mayorcito para estar a dos bandas...

—No creo que nadie esté siendo engañado, Diego...

Él consultó su reloj, parecía ansioso por marcharse.

—¿Nos vamos de aquí? Tengo hambre. Te invito a un cruasán de jamón y queso en el veinticuatro horas de aquí al lado —dijo cambiando de tema.

—¡Me apunto! —sonreí.

Fuimos a despedirnos de Lolo, que me gritó cien preguntas en silencio, pero fingí no darme cuenta alegando alegremente que teníamos hambre.

—La noche es joven, lo entenderé si no vienes a dormir —le dijo Diego con una sonrisa canalla antes de irnos.

Lolo clavó sus ojos en mí con un juicio velado sin ocultar su decepción y esa mirada estuvo incordiándome el resto de la noche.

## Capítulo 7

### *EL APARTAMENTO*

Noa

Subí en el ascensor del edificio de lujo en el que Lolo me había alojado mordiéndome los labios. Eran las doce del mediodía y me había despertado

hacía una hora en la cama de Diego. Estábamos solos en el piso. Lolo no había dormido allí, y algo me decía que no estaba en casa de ninguna chica, sino esperándome tras esa puerta para tener una discusión épica.

Metí la llave en la cerradura y, nada más abrirla, me llegaron unos acordes conocidos. Manu estaba



en casa. Odié al instante tener razón y avancé con pasos

lentos hacia el *Again*, de Lenny Kravitz. La música procedía de una habitación habilitada para hacer ejercicio. La descubrí el día anterior cuando husmeé el piso

a fondo.

La puerta estaba entornada y cuando la empujé, lo vi. Estaba colgado en una barra metálica anclada fuertemente a la pared, subiendo y bajando, soportando todo el peso de su cuerpo con sus poderosos brazos. A pesar de haberme visto,

no detuvo sus movimientos y me ignoró durante seis o siete dominadas más. No

llevaba camiseta, solo un pantalón negro de cintura baja con una largura

indeterminada entre el tobillo y la rodilla, e iba descalzo.

Su cuerpo siempre me había perturbado. Fui testigo de todos los cambios que

experimentó a lo largo de su vida, pero nunca entendí cómo alguien podía

desarrollar una musculatura tan obstinadamente perfecta sin hacer nada. Era su

jodido metabolismo, tan simple y complejo a la vez. Y me alegré de saber que

hacía algo para mantenerlo y no lucía ese cuerpazo por ciencia infusa.

Cuando por fin se soltó de la barra, caminó hacia un banco de abdominales y

cogió una toalla para secarse la cara. Estaba de espaldas, alargando el momento

de tener que dirigirse hacia mí, y vi su increíble espalda moverse como una maquinaria impecable al ejecutar leves movimientos mientras cogía una botella

de agua para beber. En ese instante, tuve un flash de la primera vez que su desnudo me intimidó a solas.

Tuve que verle salir de la ducha llevando solo unos calzoncillos de Calvin Klein con letras azules. Habíamos acudido a una fiesta universitaria, y Diego y

yo terminamos durmiendo (y algo más) en la habitación de su residencia a

sabiendas de que Lolo llegaría tardísimo. Sin embargo, al día siguiente, Diego acudió a sus clases a primera hora de la mañana y yo me quedé dormida. Cuando

me despertó el ruido de la ducha, empecé a vestirme a toda prisa al darme cuenta

de lo que había pasado, pero Manú salió del baño antes de lo que pensaba. Quise

apartar la vista al momento y giré la cabeza, pero no pude despegar los ojos de ese espectáculo. Él me ignoró deliberadamente y, en vez de vestirse enseguida, comenzó a hacer la cama.

—Estoy aquí —mascullé cuando pude tragar toda la saliva que se acumuló en mi boca—. Podrías vestirme un poco...

—Este es mi cuarto —respondió indiferente sin volverse—, y voy como me da la gana.

—Dudo que vayas de normal en ropa interior.

—Soy caluroso.

—Estamos en enero.

—Soy muy caluroso.

Resoplé y consulté la hora.

—Quiero irme, ¿tenéis alguna gorra por aquí?

—Buena idea, porque llevas unos pelos...

—Es para que no me vean, idiota.

—Ajá. Pero insisto, péinate. Follar despeina mucho.

Capullo. Aunque comencé a pasarme las manos por el pelo.

—No tenemos gorras —informó desganado—, pero tengo una sudadera con capucha.

—Servirá.

Se acercó a mí y me la tendió. Desvié la vista hasta un bulto imposible de esquivar y le miré azorada.

—Y yo insisto en que te vistas —dije poniéndome la prenda.

En cuanto la tuve encima, su olor me rodeó. Una esencia narcótica que agitó mi sistema olfativo como un tornado de fuerza cinco.

—Normalmente, las chicas intentan que me quite la ropa, no que me la ponga

—se mofó socarrón.

—No todas estamos a tus pies. Siempre actúas como si tuvieras derechos especiales por tener los ojos de dos colores, solo pido un mínimo de respeto...

—respondí airada dirigiéndome hacia la puerta.

En aquel momento, llevábamos más de un año apenas sin hablar directamente.

—¿Y tú me respetas?! —exclamó indignado—. ¡Esta es mi habitación!, y tengo que aguantar que deis rienda suelta a vuestra pasión sin consultarme.

¿Pretendes que ponga buena cara? ¿Qué pasaría si yo hiciera lo mismo?

—¡Me he quedado dormida! Quería haberme ido antes de que te despertaras, pero si tanto te molesta, habla con tu mejor amigo —dije saliendo de la habitación.

Automáticamente me sentí mal porque, en cierto modo, tenía razón. Y en aquel instante, entendí que él tenía otro modo de ver las cosas que quizá le diera un justificado derecho a odiarme por ser a veces tan egoísta.

Volví al presente cuando comenzó a ponerse una camiseta de tejido técnico como si estuviera haciéndose eco de mi último recuerdo. Después, se dio la vuelta y me miró.

—Hola.

—Hola —respondí culpable. Esperaba una buena reprimenda por mi comportamiento de la noche anterior. Yo le había pedido ayuda y discreción, y él solo me había rogado que me tomara las cosas con calma con Diego. Parecía muy preocupado por el impacto que pudiera tener mi vuelta en su mejor amigo, y supuse que él fue quien tuvo que cargar con las penas de mi ex, cuando hui dejándole el corazón hecho pedazos, como bien había señalado.

—Lo siento... no... no me he acostado con él —solté de repente.

Su rostro mostró sorpresa. Por la información en sí, pero mucho más por el hecho de habérsela ofrecido sin resistencia, y pude comprobar cómo se relajaba

visiblemente.

—Me alegro... creo que sería un error. Pero los dos sois mayorcitos... —

murmuró suavemente.

—Es difícil. No pretendo que lo entiendas.

—Lo entiendo —aclaró avanzando hacia mí—. Lo que no entiendo es por qué

no se lo cuentas todo y te quedas con él. No tienes necesidad de estar aquí, y menos después de las conclusiones que sacaste anoche. Aquí estás sola...

—No lo estoy. Estás tú —dije sin pensar.

Él me miró como si no entendiera lo que acababa de decir.

—No quiero confundir a Diego... —añadí rápidamente.

—Yo... yo solo estoy aquí porque anoche me pareció que Diego me pedía que

no fuera a dormir, para poder estar contigo a solas... pero en algún momento tendré que volver a casa porque, técnicamente, este lugar no existe.

—¿Por qué no te quedas a comer? ¡Voy a hacer lasaña! —sonreí intentando ser

amable por mi última metedura de pata, pero por otro lado, no nos imaginaba sentados solos en una mesa compartiendo comida y conversación. Me extrañaría

mucho menos ir al salón y hacernos un tatuaje mutuamente con un cúter que pusiera: *I HATE U*.

El se quedó callado como si no supiera qué decir y, unos violentos segundos después, me dejó claro que no contara con su presencia ignorando la propuesta.

—Tengo que ducharme. —Y me esquivó igual que lo haría con alguien que

tuviera una enfermedad altamente contagiosa.

Puse rumbo a mi habitación para cambiarme de ropa y pensé en ducharme en

el baño del pasillo puesto que él estaba utilizando el de la habitación principal.

Nota mental: a partir de ahora, llévate siempre la ropa al baño cuando te duches, porque al salir envuelta en una minúscula toalla, me topé de frente con

Lolo, que me miró con cara de ser Superman y yo estar hecha de kriptonita.

No dijimos nada. Le vi apretar la mandíbula y yo continué ruta hasta mi cuarto después de que me

sorteara como a un palo de *slalom*. Es decir, de esos que los esquiadores pasan tan cerca que normalmente se doblan. Y casi lo hago cuando

penetró en mi nariz la estela del aroma a recién duchado que desprendía.

Me vestí rápidamente con ropa cómoda y me sequé el pelo. Recé para que se hubiera ido dejándome una nota, pero cuando aparecí en el salón enfundada en las prendas que usaba de pijama y en mis cómodos calcetines antideslizantes de Ale-Hop, lo vi sentado en el sofá viendo la tele con el mando a distancia en la mano.

—Tengo hambre —informó como lo hacen los niños.

No pude evitarlo y sonreí.

—Enseguida preparo la comida.

Me puse manos a la obra y, aunque era un espacio totalmente nuevo para mí, estuve hábil encontrando el menaje y manipulando los fogones. En media hora, había conseguido tener la lasaña en el horno y colocar unos nachos con queso cheddar sobre la mesa. Cogí una Shandy para mí y le llevé a él otra cerveza porque me fijé en que le quedaba poca.

—Gracias —farfulló al reparar en ella.

La escena en general era antinatural. Se me hacía raro verle tan cortado cuando normalmente era el descarado personificado.

Comenzamos a comer el tentempié y el silencio reinó.

—Tengo algo para ti —dijo de repente. Se levantó y, tras rebuscar en un cajón, colocó un pequeño objeto encima de la mesa.

—¿Un móvil? —pregunté confundida.

—Sí. Con el que tienes ahora, no podemos comunicarnos entre nosotros.

—¿Y tenía que ser el último modelo de iPhone?

—¿No te gusta? —preguntó molesto.

—No es eso.

—¿Entonces?

—¿Me has comprado un iPhone?

—No —rezongó—, lo tenía por ahí, por si pierdo el mío o se me estropea...

úsalo de momento, ya me lo devolverás. La tarjeta de prepago ha salido muy barata...

—Pues... gracias —dije sin creermelo ni una palabra. ¿Quién tenía un iPhone de reserva? Bueno, puede que un sibarita como él.

—De nada. Ya he metido mi número.

En ese momento, sonó el timbre del horno y ambos salivamos. Me sorprendió que se levantara conmigo y empezara a sacar platos, cubiertos y utensilios para servir la lasaña. Nos sentamos a la mesa y, cuando se metió el primer bocado en la boca, soltó un gemido que denotó cuánto le había gustado.

—Está buenísima... —sentenció.

—Gracias —sonreí.

Continuó comiendo deleitándose en los sabores y mirando el tenedor como si le resultara extraño que algo cocinado por mí pudiera estar delicioso.

—Hacía tiempo que no comía una lasaña casera. Gracias por invitarme... ¿Por qué lo has hecho?

Esa pregunta era difícil y requería una salida fácil.

—¿Por qué no?

—Tienes una larga lista donde elegir un motivo —murmuró sombrío, removiendo su comida distraído.

—Me estás ayudando. Es lo mínimo que puedo hacer.

Levantó los ojos y me miró fijamente.

—No me debes nada.

—No quería decir eso.

Seguimos comiendo en silencio y me di cuenta de que pensaba que le había invitado por compromiso. Yo tenía claro que ese no era el motivo, pero tampoco

sabía por qué lo había hecho realmente.

Se terminó el plato y cogí la pala de servir.

—¿Te pongo más?

—No —dijo abatido.

—Te he pedido que te quedaras porque no quería estar sola... Ese es el único motivo.

Como si llevara un cartel luminoso en la cara trasluciendo sus pensamientos, leí lo que iba a replicarme.

—No puedo estar pegada a Diego todo el día —atajé—. No nos conviene.

—Vale —su semblante se recompuso—. ¿Me pones un poco más?

Sonreí de medio lado y le serví otra ración.

Una vez que terminamos, me puse a fregar la poca vajilla que habíamos utilizado y, un par de minutos después, me acerqué de nuevo al sofá con el postre en la mano.

—¿Quieres? —dije sentándome en la pieza que quedaba libre subiendo los pies.

—¿Ahora un *donuts*? Pero... ¿dónde lo metes?

—Gracias por el cumplido. ¿Quieres o no?

—Dame uno, a la mierda todo el ejercicio de esta mañana —dijo colocando las manos como un receptor. Yo se lo lancé—. ¿Haces algo de deporte? —preguntó

interesado.

—Salía a correr en Nueva York. Central Park era una pasada para eso, pero ahora ni me lo planteo. En cualquier esquina, me empujan dentro de una furgoneta y adiós.

Él se quedó horrorizado.

—Sigo sin pillar tu humor macabro.

—Será porque no estoy de coña —dije mirándole fijamente.

Él me mantuvo la mirada a la vez que daba un mordisco que se llevó tres cuartos de *donuts*.

Ese gesto de glotón me hizo gracia y no lo disimulé.

—Me encantan —se justificó vergonzoso—, creo que me gustan más que el sexo.

—Eres incorregible. —Me reí con soltura.

—Solo trataba de encontrar un ejemplo que estuviera al nivel —sonrió con guasa.

—Viendo cómo te los comes, me hago una idea. Ha sido bastante pornográfico.

Él lanzó una risotada que me dejó medio loca. Pocas veces le había visto una reacción así y, lo que era seguro, es que nunca por algo que yo hubiera dicho.

Terminé mi *donuts* y procedí con una manía muy mía y muy cerda: chuparme

los dedos en lugar de levantarme a lavarme las manos. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, vi que sus ojos estaban siguiendo mis movimientos sin

perder detalle.

—¿Pasa algo? —le reté con chulería.

—Nunca había visto a alguien de tu edad chuparse los dedos.

—Pues qué lástima, me parecen pequeñas concesiones que hacen que la vida



merezca la pena.

Su sonrisa casi me deja ciega.

—Me gusta que te sientas cómoda aquí —soltó espontáneo, y a continuación, puso cara de no haber pretendido dejar escapar esa frase de sus labios.

No respondí nada porque el pánico me dejó muda. ¿Estábamos llevándonos bien? ¿Siendo amables? ¿Qué iba a ser lo próximo? Tuve un flash de sus labios arrasando los míos. ¡Hora de irse!

—Voy a echarme la siesta —dije levantándome con prisa del sofá—. Estamos en contacto —me despedí mostrándole el móvil que me había prestado.

—Vale... —respondió mirándome confuso.

Me metí directamente en la cama y, por un momento, antes de dormirme, deseé retroceder en el tiempo quince días. Volver a la noche previa a resolver el caso en Nueva York y pensarme si hacerlo o no, sabiendo que poco tiempo después iba a tener que enfrentarme a mi actual situación: alguien me perseguía; la noche anterior no la había cagado del todo con Diego —pero un poco sí...—, y la situación con Lolo se tambaleaba por momentos. No estaba tan cómoda como él

pensaba. Había algo oculto detrás de toda aquella situación, algo acechando, y no podía evitar que, fuera lo que fuera, me pusiera los pelos de punta.

## Capítulo 8

### *EL ILUSIONISTA*

#### Manu

Me quedé haciendo zapping cuando Noa desapareció por el pasillo. Era

consciente de que llevaba cinco minutos cambiando de canal sin ver nada en absoluto. Solo pensaba en cómo tomarme su retirada y en si podía permitirme o

no las extrañas sensaciones que me estaban asolando.

Iba a marcharme ya cuando vi que estaban echando *Avatar* y decidí quedarme

a verla. Solo la había visto una vez en el cine y, en su día, me pareció flipante.

Una hora después, escuché un grito. Me levanté raudo y veloz del sofá temiéndome cualquier cosa. Entré en la habitación de Noa y la encontré forcejeando con la cama.

—¡Por favor, ayuda! —gritaba mientras se movía de un lado a otro.

—¡Noa! —exclamé sentándome a su lado en la cama—. Noa, despierta —dije presionándole los hombros.

Su respiración era acelerada.

—Despierta —repetí.

Ella abrió los ojos asustada y se agarró a mis brazos instintivamente.

—Shhh... —la calmé.

No dijo nada, jadeó mirando alrededor y después volvió a fijarlos en mí.

—Estás a salvo —susurré.

Cerró los ojos angustiada e intentó calmarse. Era oficial. La pobre tenía un estrés postraumático como un piano. Y yo seguramente tendría otro si no la

soltaba *ipso facto*, pero por alguna extraña razón, era incapaz de alejarme de ella.

—Todo va bien —confirmé sabiendo que necesitaba escucharlo otra vez.

—Joder, era tan real... —musitó ella.

—Tienes razón, no deberías estar sola...

Ella consultó su reloj.

—Te has quedado... —balbuceó conmovida.

—Sí... —dije con la voz ronca mientras acariciaba sus brazos. Acto seguido

me quedé mirando sus carnosos labios.

MAYDAY. MAYDAY. ¡MAYDAY!

Logré apartar las manos de ella antes de volver a hacer una locura en el momento menos indicado.

«¿Qué coño haces, imbécil?», preguntó desabrido mi cerebro.

Me erguí para tomar distancia, y ella se incorporó sentándose en la cama a la vez que se peinaba el pelo con las manos.

—No te preocupes por mí —dijo de repente fingiendo estar mejor de lo que se sentía—. Cuando me pasa esto acabo despertándome. Puedes irte, si quieres...

—Noa... deberías acudir a la policía —supliqué.

—No —respondió tajante—. Conozco el protocolo para estos casos y no sirve de nada. Toman medidas preventivas, pero apenas investigan para encontrar una solución. Tengo que cortarlo de raíz. Encontrar a la persona que quiere hacerme daño y eliminarla. Incluso si me tengo que dejar atrapar para matarlo. De otro modo, me pasaré la vida huyendo. Después de un sicario, vendrá otro, y después, otro. Esto no se acabará hasta que alguno de los dos muera.

—Eso es una puta locura —sentenció—. Creo que es mejor que se lo contemos todo a Diego. Es necesario. Yo... no puedo cuidar de ti. Esto ha sido una mala idea —dije levantándome de la cama y alejándome de ella.

—Sé cuidarme sola, solo necesito a alguien cerca por si... se me va la pinza.

—Esto es lo más cerca que puedo estar de ti —confesé señalando la distancia que había entre nosotros—. No puedo permitirme más. Y tú tampoco. La última vez que lo hicimos, te fuiste del país...

Ella se quedó callada mientras sondeaba mis ojos.

—¿Quieres hablar de eso?

—Será lo mejor, antes de que nos estalle en la cara —dije pasándome una mano por el pelo—. Yo sé por qué te besé, lo que no entiendo es por qué lo continuaste tú...

—¡Por el mismo motivo, estoy segura! ¡Entre nosotros no hay nada! Yo ya tenía decidido romper con Diego, eso solo fue un...

—¿Un qué?

—Algo inevitable que surgió a raíz de un extraño e insólito episodio pasajero, donde la química de nuestros cuerpos nos hizo actuar de un modo artificial...

—Déjate de tecnicismos, ¿te refieres a que fue un calentón?

—Probablemente —masculló.

—Pues me alegro de haberlo aclarado.

—Yo también.

Ella se dejó caer hacia atrás y resopló. Parecía cansada. Seguramente, tuviera *jet lag*.

—¿Cuál es el plan, lo has pensado? —presioné.

—No lo sé. En este momento no tengo ni puñetera idea de nada.

No pude evitar sonreír.

—Acabas de recordarme a Martina.

Ese nombre hizo que pusiera una cara extraña.

—Hablando de Martina... —comenzó en tono culpable—. No sé cómo, pero anoche le dije a Diego que vosotros... alguna vez os habíais liado y... que fuiste su primer chico. Por lo visto, no lo sabía y se quedó un poco... alucinado.

¡Joder, eso no entraba en los planes! Martina siempre decía que no quería que Diego lo supiera.

—¿Y qué dijo? —pregunté expectante.

—Dijo que... no lo entendía, que esperaba que no siguerais haciéndolo porque sabía que te habías acostado con Adriana hace un par de días... Le preocupaba que estuvieras jugando a dos bandas.

Parpadeé despacio.

—Joder. —Fue lo único que pude decir.

—No es que seáis muy sutiles... «¡Siempre te pago las copas en especies!» —  
dijo imitándola.

—Lo de Adriana no es nada.

—Ajá, pero ¿lo sabe ella?

—¡Claro que lo sabe! No empieces a juzgarme como siempre —dije  
mosqueado—. Somos iguales. Violamos la vida. Queremos follárnosla con todas  
nuestras fuerzas aunque no se deje, porque la carroña como nosotros también tiene derecho, ¿sabes?  
Se quedó patidifusa.

—¿Por qué actúas como si yo pensara eso?

—Porque lo has hecho siempre. Llevas toda la vida haciéndonos sentir  
inferiores.

—¿Qué?! —chilló anonadada.

—No me interesa discutirlo —dije haciendo un gesto con la mano quitándole  
importancia. Lo último que quería era hablar de eso.

—Espera un momento...

—Cambio de planes —dije tajante—. Vístete. Nos vamos.

Me fui de la habitación con mil preguntas dando vueltas en mi cabeza, pero necesitaba hablar con  
Martina por el bien de todos antes de que Diego le preguntara por aquella información. Puede que  
pudiera jugar a su favor.

Llegamos al edificio en mi moto, obviando la cercanía de nuestros reticentes cuerpos. No habíamos  
vuelto a hablar, aunque notaba su mirada sobre mí, como

si quisiera decirme algo y no se atreviera. «Puto bocazas», masculló mi cerebro.

Subimos en el ascensor y llegó el momento de dirigirme a ella.

—Sube a casa con Diego. Yo voy a ir a hablar con Martina un momento, a preguntarle qué tal está su  
pie.

—Voy contigo.

—No. Es mejor que no nos vean llegar juntos. Sería extraño.

No quería decirle que necesitaba hablar a solas con ella urgentemente.

—No quiero aparecer en casa de Diego sin motivo... —comenzó apocada—, parecerá que...

—¿Qué?

Su cara se bañó en culpabilidad.

—¿Es que anoche sucedió algo entre vosotros? —pregunté sobrecoigido.

—Define algo...

—Joder, Noa... —Lamenté cerrando los ojos.

—¡No nos acostamos! Pero otras cosas fueron inevitables.

—Prefiero no saberlo —contesté cabreado—. Acepta las consecuencias, ve subiendo, ahora iré...

—¡Solo fueron unos besos!

—¡Genial! Porque tus besos no tienen ninguna trascendencia, ¿verdad?

Salí del ascensor con ese coletazo irónico de regalo haciendo alusión a lo que había dicho sobre nuestro beso.

«¿Qué te pensabas? ¿Que te iba a decir que te besó porque sentía algo por ti?», se burló mi cerebro.

Desde que habíamos hablado del tema no dejaba de imaginar su lengua en mi

boca. Así de tonto era, pero eso había cambiado desde que sabía dónde había estado ese músculo en concreto la noche anterior: de nuevo en la boca de mi mejor amigo. Me sentí raro, como si acabara de perder una posición de *pódium*

que durante cinco años me había pertenecido.

Llamé al timbre resoplando y, para mi sorpresa, Diego abrió la puerta.

—Hola —dijo algo más serio de lo habitual.

—Hola.

Nada más verle supe que había llegado tarde con tanta siesta, tanta pesadilla y tanta hostia.

—¿Vienes a ver a tu... «amiga»? —dijo con retintín.

—Pues sí —solté cabreado sin saber bien con quién.

Entré deprisa al ver que Diego achicaba un poco los ojos en un gesto muy suyo de desaprobación.

—¿Cómo estás? —pregunté en cuanto Martina entró en mi campo de visión.

Estaba en el sofá con el pie en alto encima de un cojín.

—Bien. Pienso denunciar ese escalón mal señalizado en tu bar.

Sonreí ante la broma y me acerqué a darle un beso en la cabeza. Acto seguido, me senté en el sofá apoyando un brazo en el respaldo por detrás de ella y vi que

Diego adquiriría una expresión indescifrable en su rostro. De pie, con las manos en los bolsillos, parecía incómodo, como quien se ha colado en una fiesta sin invitación.

—Bueno, yo me subo... os dejaré intimidad —anunció reacio a abandonar la estancia.

—Gracias por todo, Diego —correspondió ella afable—. Te lo agradezco, si no hubieras venido, habría muerto de sed antes de beber agua del grifo.

Una sonrisa suavizó el ceño fruncido de mi mejor amigo.

—De nada, llámame si necesitas ayuda esta noche. Hasta luego, Manu...

Y se fue rápidamente sin esperar respuesta.

En cuanto la puerta se cerró nos miramos enigmáticos.

—Lo sabe —pronunciamos al unísono.

—Sí, me lo ha dicho Noa —confirmé.

—¿Noa? —preguntó confundida— ¿Cuándo te lo ha dicho?

Tuve que pensar rápido.

—Me ha avisado por WhatsApp. En cuanto se lo dijo anoche a Diego supo que había metido la pata. Por su reacción.

—¿Qué reacción?

—¡Está celoso como un perro sin dueño! —sonreí—. Lástima que haya llegado tarde, tenía un plan. ¿Qué te ha dicho?

—Básicamente que pensaba que era una virgen de treinta años.

Yo me carcajeé.

—Puede que esto nos venga bien para tus planes de boda. Tenemos un poco de prisa, anoche se besaron.

—¿¿Qué?! —exclamó impactada poniéndose las manos en la frente.

—Eh... —Intenté apartárselas sin éxito—. Martina, no pasa nada —dije sintiéndome un hipócrita por disimular lo mucho que me había afectado enterarme a mí. Menudo par de pringados estábamos hechos.

—Ya no hay vuelta atrás —sentenció.

—Te equivocas. Tenemos una oportunidad. Enterarse de lo nuestro ha trastocado a Diego, créeme. Sé exactamente lo que me va a decir cuando suba.

Él te adora, querrá protegerte porque sabe que el otro día me acosté con Adri.

—¿Con Adri? ¿Otra vez? Manu, ¿por qué eres tan puto?

—No lo sé —chasquéé la lengua—, por inercia, supongo.

—Pues ya es hora de parar, es una pésima terapia. Tenías que haber oído cómo discutió con mi hermano el viernes pasado, necesitan echar un polvo pero ya, centrarse un poco.

—Creo que todos necesitamos centrarnos —concluí abatido.



—Yo para centrarme necesito una ducha —protestó—. Ayer por la tarde,

Ander se fue a comprar agua embotellada porque se me había acabado y ya no

volvió. Me mandó un mensaje diciendo que le había surgido un imprevisto y

¡que me espabilara! ¿Qué tipo de persona hace eso? Yo te lo diré: ¡un juez! Y

hoy tampoco ha aparecido, ni siquiera me ha llamado. Por eso he tenido que llamar a Diego, ¡tenía sed!

—Ahórrate las explicaciones, soy yo. ¿Has dicho que necesitas ducharte?

—Sí, por Dios... como me arrepiento de no haber cambiado la bañera por una

ducha con banco.... —lamentó.

—Eso lo hace la gente de sesenta años, a ti te encanta darte bañitos y echar mierdas perfumadas en el agua...

—Sí, pero ahora soy incapaz de entrar sin partirme la crisma. Ya sé que es abusar de nuestra amistad, pero ¿me puedes meter tú? en bikini y tal...

—Vale, pero sin final feliz. Tengo prisa.

—Qué puto eres —sonrió.

Cuando terminé de atender a Martina, subí a mi casa. Me esperaba encontrar una bacanal, pero abrí la puerta y los tortolitos estaban en el sofá como dos ancianitas tomando el té de las cinco.

—Hola —saludé sin emoción.

—¿Has terminado con Martina? —preguntó Diego pernicioso.

—Sí, quería bañarse y la he ayudado. Ya sabes, como ya la he visto en bolas — dije yendo hacia la nevera.

No la vi, pero noté cómo su cara se desencajaba.

—Noa, ¿le has contado ya las novedades que me contaste anoche a Diego? —

pregunté aparentemente sin acritud. Ella me miró desconcertada y yo disfruté de la sensación de entrar en el piso como el Demonio de Tasmania, dispuesto a desbaratarlo todo.

Se habían besado, eso como poco.

¿Qué sentido tenía tenerla en mi piso intentando no acercarme a ella como un

exheroínómano a la droga? Temiéndola y deseándola, odiándola y necesiándola, todo al mismo tiempo.

—Em... ¿a qué te refieres exactamente? —preguntó alarmada.

—A lo de Nueva York —insistí mirándola fijamente.

—¡Ah, sí! He estado pensando en abrir una academia, algo más tranquilo en vez de volver a patrullar... Daría clases para preparar la oposición y también cursos para obtener la acreditación de detective privado...

—¡Es una idea fantástica! —exclamó Diego contento.

Yo me quedé con un palmo de narices, mientras veía cómo ella me suplicaba con la mirada que no dijera nada de su secreto.

—¿A que sí? —solté de repente—. Seguro que es una profesora magnífica.

—Sí, seguro —sonrió Diego—. Y tener experiencia en Nueva York va a ser un buen reclamo.

Qué rápido se había olvidado de Martina...

—¿Qué tal si te quedas a cenar? —le propuso Diego—, no me gusta que estés sola en tu casa —continuó cogiéndola de la mano.

—Y ya puestos, ¡a dormir! —salté yo fingiendo alegría—, total... anoche ya dormiste aquí.

—Necesito descansar —zanjó ella visiblemente enfadada conmigo.

Oh, sí...

Qué agradable paz. La normalidad está tan infravalorada...

—Pensaba invitar a Martina —añadí sagaz—, lleva todo el día en casa encerrada, para que cambie de aires ahora que huele a ser humano.

Diego volvió a torcer el morro.

«Así me gusta», sonreí.

—Voy a pedir unas pizzas para todos —dije consultando la hora. Pronto darían las nueve.

—Yo me voy. —Noa se puso de pie—. Aquí he terminado. Quiero descansar y ya te he dicho todo lo que quería decirte —dijo mirando a Diego. Él parecía confundido.

—¿Estás segura?

—Sí —afirmó sonriente.

—Me encanta que hayas venido, pero podías haberme llamado por teléfono —alegó Diego apelando a su cansancio.

—Quería ver tu cara —dijo ella acariciándosela. Se agachó y le dio un casto beso en la mejilla—. Nos vemos.

—Adiós —se despidió melancólico.

Me di cuenta de que tenía la boca abierta. Era incapaz de decir nada para retenerla. Antes de salir de casa, me miró dejando claro lo que opinaba de mi comportamiento.

—Adiós, Lolo —Y cerró la puerta sin opción a responder.

Me quedé apoyado en la barra de la cocina llamándome de todo menos guapo.

—Hablemos —oí que decía Diego categórico.

Fui hacia el sofá y me tiré como si estuviera agotado. Pero es que esa chica hacía polvo mi tensión arterial.

—¿Martina? ¿En serio? ¿Por qué?

—¿Por qué qué? —farfullé contra el cojín.

—Pudiendo tirarte a cualquiera, ¿por qué a ella?

«Sí, a cualquiera», refunfuñé mentalmente.

—¿Y por qué no? ¿Acaso crees que no es lo suficientemente guapa para tentarme?

Diego se removió.

—No es eso...

—Que tú la hayas catalogado como a una hermana, no significa que no tenga un buen polvo —aclaré.

—No la he catalogado así...

—¿Entonces? Sois íntimos, ¿nunca se te ha pasado por la cabeza cómo sería acostarte con ella?

—¡Claro, joder! ¡Pero somos amigos! No la veo de esa manera. Es parte de La Mafia, somos familia...

—Hay gente que se lo monta con sus primas.

Diego soltó una carcajada.

—Eres de lo que no hay...

—¿Qué te pasa de verdad? —pregunté esta vez en serio—. ¿Qué te pensabas, que ahora eras su mejor amigo y has descubierto que conmigo además tiene esa parte añadida que nos hace inevitablemente más íntimos?

—No... —respondió sin convicción.

«Vale, pero ahora sí estás pensando en eso», sonreí satisfecho.

—Esa norma de: «Si follas se acaba la amistad», es un mito —continué—. Si eso sucede, es que no era verdadera amistad. La amistad lo puede todo —dije algo más intenso de lo que quería.

Él me miró fijamente.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Porque sabías que me acostaba con tu hermana.

—Eso no me preocupa. Es a ella a la que le echo la bronca por alienarte para hacerlo cada vez que os veis. Un día os vais a enamorar... —sonrió Diego.

—¡Ja! Si no lo he hecho ya, no creo que ocurra. Yo sí tengo catalogada a Adriana como a una hermana, sin todo ese rollo amoral, claro. Ni siquiera es una amiga. Una amiga es Martina. Adri más bien es... como una parte de mí mismo.

—Ya lo sé. Pero deberíais parar... Creo que lo hacéis por sentir la ilusión que provoca acostarse con alguien que realmente te importa, en vez de con un desconocido. Creo que creéis que sois incapaces de enamoraros de nadie... — opinó.

Y con ese crudo alegato consiguió reavivar algo dentro de mí. Algo que acababa de apagar la noticia de ese beso entre ellos como un balde de agua fría en unas brasas que empezaban a brillar.

—Tienes razón —zanjé apenas sin voz.

Había dado en el clavo de una manera tan desgarradora, que me pareció inverosímil. Era cierto. Nos habíamos rendido. Ya no buscábamos un amor que creíamos que no nos merecíamos y nos conformábamos con lo valioso que había entre nosotros. Martina también estaba en ese saco. Había asumido desde el

primer instante que nunca podría tener a Diego, no porque fuera incapaz de seducirle, sino porque pensaba que no lo merecía. Era la idea clave. Pero en una

cosa se equivocaba. En querer éramos expertos, a lo que habíamos renunciado era a «ser queridos» por alguien en concreto. Y, en ese momento, retomé con fuerza la decisión que lo cambiaría todo para bien o para mal, pero la vida, tal y

como la conocíamos, iba a terminar.

## Capítulo 9

*HER*

Manu

Pedí las pizzas y le mandé un WhatsApp a Noa. Me preocupaba que se hubiera ido sola.

Manu: ¿Has cogido un taxi? Avísame al llegar. No tendrías que haberte ido sola de aquí.

Noa: Pensaba que podía confiar en ti

Se puso en línea.

«¿De dónde saca esa capacidad para hacerme sentir mal?», pensé atormentado.

No era tan ruin como ella pensaba, solo era una reacción con piernas.

Manu: Yo también pensaba que podía confiar en ti, pero le besaste.

Noa: Eso no te incumbe.

Manu: Yo creo que sí. ¿Dónde estás?

Noa: ¡Donde no te incumbe!

Manu: ¿Volvemos a tener diez años? Estoy preocupado. Si no le vas a decir

nada a Diego, no me dejas otra opción que cuidarte yo. ¿Dónde estás?

Noa: Si quieres cuidar de alguien, ve a casa de Martina.

Manu: ¿DÓNDE ESTÁS?

No volvió a contestarme. «¡Maldita sea!»

—¿Dónde dormiste anoche? —me preguntó Diego de repente.

—En casa de una chica —respondí brevemente.

—¿La del viernes o era otra?

—La misma —contesté antes de que pensara que era un maldito gigoló.

Martina, Adriana, la del viernes... ¿y ahora otra? No, gracias. Ya no tenía veinte años.

—¡Vaya! Te debe de gustar mucho si has repetido... —opinó socarrón.

—Sí, bastante.

—¿Estás hablando con ella? —preguntó señalando el móvil—. No pareces muy contento.

—No la localizo —mascullé. Y era cierto.

—Chica lista. En cuanto te diga algo, irás corriendo como un perrito.

—Voy a ir a buscar a Martina. —Le corté—. Le diré que ya he pedido las pizzas.

—¿Quieres que vaya yo? —preguntó solícito.

«Uy, qué ansioso», sonreí.

—No. Ahora subimos...

Lo bueno se hace desear. Siempre.

Tenía que darle indicaciones concretas a Martina porque iba a dejarles solos.

Tenía la cabeza como una olla a presión porque Noa no había vuelto a

conectarse. Tendría que ir a buscarla y asegurarme de que había llegado bien; discutir un rato con ella para sentirme un poco más cómodo frente a los turgentes

atributos que se adivinaban bajo sus sencillas prendas de algodón, y sobrevivir otra noche en la misma casa los dos solos.

Promover un plan así era como comenzar a afilar con esmero los cuchillos con

los que más tarde me cortaría las venas.

Me costó veinte minutos convencer a mi vecina de que subiera en pijama y

bata. Quizá a todos los hombres les afectara tanto como a mí ver a una mujer vestida con el atuendo con el que se mete en la cama... porque ver a Noa de esa

manera la noche anterior había fundido parte de mi intelecto. La forma en que esas mallas marcaban su figura me provocaba mareos, y esa camiseta de algodón

orgánico parecía una segunda piel cuando le acaricié los brazos. Fue una tortura medieval.

Le remarqué el plan a Martina. Era su oportunidad. También le ordené que me

escribiera más tarde contándome algún detalle sucio, o le contaría a Diego que estaba loca por él. A veces, me sentía como un profesor de guardería, todo el día

lanzando amenazas y prometiendo premios. A raíz de eso, recordé que debía

llamar a Adriana para que me contara por qué había discutido con Ander tan airadamente el viernes.

—Aquí está la inválida —dije empujando la puerta de nuestro piso para dejarla

hacer su aparición triunfal con las muletas.

Diego se puso de pie y le brillaron los ojos complacido.

—Siento las pintas —dijo ella avergonzada.

—Le he dicho que subiera tal y como estaba —aclaré yo. Pues había sido el único modo de que cediera—. Ya se había puesto el pijama después de bañarse,

y le he dicho que no merecía la pena que se cambiara de ropa otra vez, estamos en familia, ¿no? Somos como primos... —dije guiñándole un ojo a Diego, que sonrió poniendo los ojos en blanco.

Nos sentamos en el sofá y tomamos una cerveza. Yo no dejaba de mirar el móvil.

Manu: Noa, ¿ya estás en casa? Contesta, por favor.

Su falta de respuesta comenzó a ponerme nervioso. Así que, diez minutos después, fingí que mi supercita me escribía invitándome a cenar a su casa y me excusé con ellos.

—No os importa que me vaya, ¿verdad?

—Las pizzas están a punto de llegar, ¿por qué no te comes un par de trozos y luego te vas? —preguntó Diego.

—Ahora mismo tengo hambre de otra cosa —sonreí lobuno—. Nos vemos.

Acompáñala luego a su casa, por favor. No vaya a ser que el viejo verde del 4ºA la vea y decida aprovecharse de ella en su estado parapléjico.

—Descuida —contestó Diego divertido.

—Hasta mañana —vociferé desde la puerta.

—¡Pásalo bien, Casanova! —gritó ella.

«Menudo paripé».

En cuanto cogí la moto, comenzó a fraguarse en mi interior una cólera peligrosa. ¿Me estaba vacilando? ¿Estaba intentando ayudarla! Me preocupaba por ella, ¿y no me contestaba? Cuando estaba a punto de torcer por mi calle me



vibró el pecho, señal de que me había llegado un WhatsApp de alguien al que no tenía silenciado por norma. Alguien que me interesaba. Paré a un lado y, cuando vi que era de Noa, todo mi cuerpo se puso en alerta.

Noa: Estoy en casa de mis padres, he venido a buscar una cosa y lo he encontrado todo revuelto... por favor, ven a buscarme.

Manu: Voy para allá, no te muevas.

Quería haberle gruñido, pero por WhatsApp quedaba raro.

Cuando llegué a casa de sus padres, donde tantas veces habíamos quedado a cenar, ya que mi padre y César eran los mejores amigos, no pude evitar sentirme

viejo al entrar en el portal. De niño, todo te parece enorme, y me chocó que en ese momento resultara incluso demasiado pequeño. Asfixiante diría yo, o quizá fuera la situación que me esperaba arriba con ella porque venía echando chispas por la boca.

¡¿Cómo se le ocurría ir a su casa?! Era una jodida kamikaze.

Cuando iba a llamar al timbre, vi la puerta entreabierta.

—¿Noa? —pregunté al vacío.

Me adentré en el piso y vi un desorden menos dramático del que me esperaba.

—¿Noa?

—¿Manu?... —oí una voz amortiguada desde el baño.

—Soy yo, abre —dije apoyándome en la puerta.

Al no hacerlo, supe que no estaba segura.

—Soy Pikachu —aseguré. Así sabría que era yo. De niños, cuando me

enfadaba sin motivo, ella siempre me decía que era un Pikachu, haciendo un juego de palabras con el nombre del famoso pokemon y mi tendencia a irritarme.

Oí un sonido de cerrojo y la puerta se abrió. Estaba a punto de gritarle una barbaridad cuando se lanzó a mi cuello como un koala.

—¡Ha sido horrible! —exclamó llorosa—. Venía a buscar una cosa... y vi todo revuelto. ¡Han estado aquí! Después he oído un ruido extraño y me he encerrado en el baño —sollozó—. No sé qué me pasa, ¡no soy yo misma! A mí no me da miedo nada, ¡y nunca lloro! —continuó desconcertada hecha un mar de lágrimas.

—Shhh... —la calmé—. Estoy aquí.

Me agarró más fuerte y a mí se me fundió el enfado entre los dedos.

—Anoche dormí con Diego porque si estoy sola no pego ojo —confesó—.

Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir. Entre las pesadillas y el mensaje amenazador no había podido... Si estoy con alguien, dejo de estar en estado de

hipervigilancia. Me duele mucho la cabeza. Me duele todo el cuerpo de la

tensión... No sé qué hacer. Intenté estar con él sin hacer nada, —lloriqueó—, pero me besó y fue incómodo. Es mi único amigo, si no puedo estar con él, no

tengo nada...

—Me tienes a mí —murmuré contra su pelo sin soltarla.

Me salió del alma porque era cierto. Me tenía. Si no ¿qué coño estaba haciendo

allí? No podía negarme a mí mismo que ya iba en su busca antes de que me escribiera.

Ella me miró preocupada y quise decirle que no lo hiciera, pero mentiría

porque, tenerla pegada a mi cuerpo era, cuanto menos, inquietante.

—Vámonos de aquí —atajé desviando los ojos de los suyos—, ¿la puerta estaba abierta cuando has llegado? —le pregunté.

—No, estaba cerrada. Pero hoy en día puedes entrar en una casa con un simple imán... Lo he visto hacer.

—¿Qué estarían buscando para revolver todo así?

—No tengo ni idea —respondió preocupada.

—Pongamos todo en su sitio y larguémonos.

Cuando llegamos al garaje de mi casa y aparqué en la plaza, noté que Noa no se movía. Estaba abrazada a mi cuerpo con la cabeza apoyada de lado en mi espalda. Me quité el casco y, como seguía sin moverse, busqué su manos. Me giré y la vi con la mirada perdida.

—Noa.

—¿Qué? —dijo saliendo de un trance y observando donde estaba, como si no recordara haber llegado hasta allí. Sin duda estaba teniendo un *flashback* de un episodio desagradable, solo había que mirarla y ver su cara de angustia.

—¿Estás bien?

—Sí, sí...

Bajó de la moto y le quité el casco intentando encontrar algo en la desazón de su mirada, pero la rehuyó.

No tenía pinta de echar a andar detrás de mí, así que la cogí del brazo y tiré de ella como un muñeco hasta el ascensor. Subimos. Yo observándola. Ella con la cabeza gacha. Estaba muy rara, parecía embotada.

Al entrar en el piso, eran casi las diez de la noche. Le dije que se pusiera cómoda, y llamé por teléfono para que trajeran comida a domicilio. Recordaba cuánto le gustaba a Noa el sushi, e hice un pedido con un poco de todo. Tenía la

esperanza de que con comida despertara de su letargo.

Me senté en el sofá después de hacerme con un portátil que guardaba en un armario, puse la MTV en la tele como música de fondo, y comencé a navegar por internet en busca de información sobre el síndrome de estrés postraumático.

Quería ayudarla, pero necesitaba saber cómo.

Media hora después, me sorprendió que no viniera al salón y la curiosidad me

metió en un lío embarazoso, como a los gatos. La busqué por el piso y la encontré en la cama. Estaba en posición fetal, en sujetador y apretando entre sus

manos la parte de arriba de lo que usaba de pijama. Verla con los ojos abiertos

mirando a la nada me pareció aterrador.

—Noa... —la llamé intentado que regresara de donde estuviera, pero ni se inmutó.

Me senté a su lado y esperé a que reaccionara.

—Noa —repetí con suavidad retirándole el pelo de la cara.

De repente, ella centró los ojos en mí e hizo un puchero que era el pistoletazo de salida para comenzar a llorar de nuevo.

—Ya está. Se acabó. —Le informé—. Estás conmigo.

Ella parpadeó y dos lágrimas cayeron hacia los lados. Se las sequé al momento con los pulgares y le acaricié la cara.

—Shhh... ya está. Creo que deberíamos ir a que te receten algo, las medicinas te sentarán bien.

Ella solo negó con la cabeza. No se movió ni le dio importancia a su desnudez.

—Déjame ayudarte —susurré.

Le arranqué la camiseta de las manos con lentitud y me propuse ponérsela lo antes posible sin mirar hacia ninguna parte en concreto: primero encajando el hueco de la cabeza, después metiendo los brazos por las correspondientes

mangas; y por último, bajándosela por la tripa. Cuando terminé volví a enfocar sus ojos.

—¿Quieres que vaya a la farmacia a por un tranquilizante o algo?

—No puedo estar drogada —musitó—. Los antidepresivos te aturden. Solo necesito mantener la mente ocupada. No pensar más en ello.

—¿Qué te pasó? ¿Te vendría bien contármelo?

Me moría de ganas por saber qué le había ocurrido exactamente en Nueva York.

—No quiero hablar de eso... Solo tengo que pensar en una solución.

—Vale, la pensaremos juntos, pero... ¿qué te parece si por hoy lo olvidamos?

Necesitas un descanso. Podemos ver una película y he pedido japonés para cenar.

—¿Japonés? —Le nació una leve sonrisa en la boca que se mezcló con la confusión de su voz—. Si lo odias...

—Ya no. He aprendido a apreciarlo... —dije paseando la vista por su cara como si me estuviera sucediendo lo mismo con ella.

—Sí, eso ocurre a veces con algunas cosas —respondió misteriosa.

Me aclaré la garganta y me incorporé. Necesitábamos alejarnos de esa cama maligna.

—¿Vamos al salón? —propuse poniéndome de pie.

—Sí, quiero beber algo. —Se levantó y se quedó detrás de mí, invitándome

cortésmente a abandonar primero la habitación. Como si para hacerlo tuviera que

aventurarme por un tenebroso pasillo de la casa del terror. Solo le faltaba cogerme de la camiseta. Su subconsciente gritaba de miedo y su orgullo

intentaba adaptarse a él con disimulo.

Comencé a andar percibiendo que me seguía de cerca.

—Siéntate ahí —sugerí al llegar al sofá, y saqué una manta de un baúl para ponérsela por encima. Ella sonrió agradecida.

—Voy a por cervezas, ¿la tuya con limón?

—¿Tienes vino? —preguntó suplicante.

—Claro, ¿blanco o tinto?

—Para el sushi mejor blanco.

Saqué dos copas y busqué uno especial en mi vinoteca. Aquello comenzaba a

parecerse peligrosamente a una cita. Si me hubieran mandado una foto de ese instante hacía quince días, me hubiera entrado un ataque de risa.

Le tendí la copa y la probó arrebujiada en la manta.

—Buah... qué bueno.

—Ya puede estarlo, es un Château d'Yquem del 2008.

—¿Celebramos algo?

—Que estamos vivos.

—Buena respuesta —dijo clavándome la mirada mientras volvía a beber.

Nos quedamos en silencio con la música de fondo.

—Te agradezco todo esto —musitó—, sé lo mucho que te está costando.

No. No tenía ni idea. Si lo supiese, no me lo habría pedido. Cada vez me era más difícil no meter la pata. Quería controlarme, pero no me lo estaba poniendo nada fácil con su papel de damisela en apuros.

—Sé que te cuesta ocultárselo a Diego —añadió.

—Siempre es doloroso ocultarle algo a Diego, sobre todo si tiene que ver contigo —solté a bocajarro.

«Corta el rollo, Manu», avisó mi cerebro.

Desvié la vista y bebí saboreando el poso afrutado del Château.

En ese momento, sonó el timbre. «Salvados por la campana».

Me levanté y busqué mi cartera para pagar. Al hacerlo, apareció un condón triste y solitario que me sobró el viernes. Esperaba no necesitarlo esa noche, pero

me sentía en medio del Atlántico Norte y el responsable de avistar icebergs se estaba tomando un Château mientras miraba hacia otro lado.

Cuando comencé a poner la comida en la mesita baja del sofá, Noa pareció revivir. Se enderezó y olvidó la manta para localizar los palillos mientras yo abría las tapas de la salsa de soja.

—¡Me encanta el Japo! En Nueva York había un sitio que ni en Japón hacen un sushi tan bueno. Era impresionante —comentó animada.

—Te creo —sonreí como un imbécil.

—¿Qué películas tienes? —preguntó justo antes de meterse un maki entero en la boca.

Lo masticó esperando mi respuesta, y me quedé hipnotizado con el movimiento de su mandíbula.

«Solo es comida, no tu polla», señaló mi cerebro.

Cerré los ojos avergonzado y me centré en la pregunta intentando recordar si tenía algo más en mi ordenador que no fuese porno.

—Tengo todas las películas de Justin Timberlake —recordé de pronto—.

Martina me las pasó, está obsesionada con él... *In Time, Con derecho a roce, La red social...*

—No he visto ninguna.

—¿No? —pregunté sorprendido.

—No tengo mucho tiempo libre y, cuando lo tengo, leo o duermo. Ni siquiera he visto *Juego de Tronos...*

—¿Qué?! —grité alarmado por semejante sacrilegio.

Ella sonrió.

—Me encanta la cara que pone la gente cuando lo digo.

—Lo siento mucho, pero no puedo seguir siendo tu amigo si no has visto esa obra de arte. Voy a tener que pedirte que te vayas de mi casa.

Ella soltó una carcajada y el sonido iluminó rincones de mis sentidos que siempre habían permanecido en la más aberrante oscuridad. Me quedé mirándola

como si hiciera años que no oía reír a nadie y ella pareció captar mi melancolía.

—¿Es eso lo que somos ahora? ¿Amigos? —preguntó en tono solemne.

Esa pregunta me pilló desprevenido. Yo no quería arrancarles las bragas a mis amigas... así que me fui por la tangente.

—No hasta que veas al menos el primer capítulo de esa maravilla —repliqué

poniéndome de pie—. No puedes morirte sin ver esta serie.

Su cara se descompuso y al momento, me di cuenta de lo que había dicho.

—Eh... —dije acercándome a ella—, no te va a pasar nada, ¿vale?

—Vale —contestó con una confianza que me sorprendió.

Fui a por el ordenador. No quería que comenzara a pensar en ese tema otra vez.

Coloqué el cable HDMI y busqué *on line* el primer capítulo.

—¡Prepárate! —dije con emoción frotándome las manos.

Ella sonrió y continuó comiendo. Vimos un par de capítulos y mostró interés en seguir viéndola, pero no con la ilusión que yo me esperaba. Le daría tiempo...

*Juego de Tronos* era como las cosas buenas de la vida, les vas cogiendo el gusto poco a poco hasta que ya no puedes vivir sin ellas. Ocurría lo mismo con el sushi, el sexo, el whisky, o enamorarse... Al principio todo es caótico: está crudo, duele, sabe mal o da miedo, pero luego... ay, luego.

—Estoy hecha polvo... —informó ella poniéndose de pie.

—Vete a dormir, yo me quedo vigilando el fuerte, puedes estar tranquila.

Ella titubeó.

—¿Podrías... quedarte conmigo hasta que me duerma? —preguntó con aprensión.

Iba a soltar una carcajada, pero tenía los huevos en la garganta.

—Claro..., vamos.

«¿A dónde te crees que vas?!», me chilló histérico mi cerebro cuando me

levanté del sofá. Mi boca había respondido lo que quería sin contar con él, como de costumbre.

Al llegar a la habitación, se quitó los calcetines y los dejó en el suelo para meterse entre las sábanas. Después se tapó con el edredón y yo lo recoliqué porque había una parte doblada. ¡Era el colmo! ¡Arroparla! «¿Dónde está la cámara oculta?», pensé alterado. Solo me faltaba darle un besito de buenas

noches.



—Descansa, mañana será otro día —murmuré.

—Gracias. Por todo —dijo imitando las palabras que le dije una vez. No es que fuera un psicópata y las recordara todas, es que antes de su vuelta, las agradables habían brillado por su ausencia, y no era muy difícil memorizar menos de cinco frases.

—De nada —dije alejándome de ella. En ese momento vi que cogía algo de debajo de la almohada y lo guardaba recelosa en la mano, pero lo ignoré.

Me quedé de pie y apagué la luz. No sabía dónde ponerme, así que me apoyé en la puerta. Lo más lejos posible de esa cama que siempre me había parecido inofensiva y ahora me daba cuenta de lo terrorífica que podía llegar a ser.

—Puedes sentarte a mi lado —susurró ella—. Esta cama es de uno treinta y cinco, me sobra sitio.

—Estoy bien aquí —apunté cogiéndome los brazos como si me estuviera reteniendo a mí mismo.

—Me da mal rollo que estés ahí de pie en la oscuridad, podrías ser cualquiera... sin embargo a mi lado, puedo pensar que eres Kevin, por ejemplo...

Patada en los huevos.

¿Y me pensaba que tenía un *pódium* de la última vez que gozó de un beso de verdad? Irrisorio. Aún así, me acerqué y me senté al otro lado por encima de la colcha. Apoyando la espalda en la pared y flexionando una pierna hacia arriba.

—¿Le echas de menos? —pregunté curioso.

—Un poco... pero no como pareja. Hacía meses que no nos acostábamos.

—¿Por qué? —pregunté automáticamente, y de repente, caí en que no teníamos la suficiente confianza para hablar de esas cosas, ni de lejos.

—Porque no me apetecía... igual que con Diego antes de que me fuera...

Tragué saliva. Joder, joder, joder. ¿Qué diablos significaba eso? Porque no había olvidado la avidez con la que me devolvió el beso.

Mi miembro comenzó a reaccionar ante el recuerdo.

—Duérmete —supliqué. «Antes de que se despierte la fiera».

La escuché suspirar y fui testigo de cómo poco a poco su respiración iba siendo cada vez más lenta. Yo por mi parte, cada vez iba escurriendo más la cabeza hacia la almohada y, finalmente, no pude evitar quedarme dormido junto a ella.

## Capítulo 10

### *LA BELLA Y LA BESTIA*

Noa

Me desperté y vi su cara.

Tenía los ojos cerrados y su respiración era lenta. No había rastro de ese ceño fruncido que solía tener en mi presencia, y tuve ganas de pasar un dedo por la zona para acabar de creer que hubiera desaparecido.

Cuando iba a mover la mano, fui consciente del peso, del calor y de la suavidad de la suya entrelazada tiernamente con la mía. Me quedé quieta para que no se despertara. «¿Hemos dormido de la manita?», pensé abochornada.

Lo más aterrador fue que lejos de sentir repulsión o vergüenza, me invadió un bienestar parecido a cuando encuentras una pieza que encaja en un puzle muy complejo. Hacía días que no descansaba y, por primera vez, había dormido del tirón.

La noche anterior en casa de Diego, no había sido precisamente relajante. Él insistió en acompañarme a la mía, puede que incluso hubiera querido subir, porque después de limpiarme un poco de queso de la comisura de la boca, vi cómo se chupaba el dedo lanzándome una mirada abrasadora que en otra época

me habría derretido. Al final, le convencí para ir a la suya, porque ni él ni yo queríamos separarnos todavía, aunque por motivos diferentes.

Al llegar, tardó tres minutos en cogerme la cara y encajar su boca en la mía. Un

buen morreo, así lo describiría. Ni desesperado ni lento ni fogoso, solo firmeza y convicción reconquistando un territorio conocido.

—Lo siento —dijo cuando se detuvo apoyado en mi frente—, pero no hacerlo tenía más repercusiones que hacerlo... Mi cordura estaba en juego.

—¿Te has quedado más tranquilo? —le dije con ternura. Yo lo estaba, porque aunque el día anterior me dio un pequeño ataque de celos, ahora entendía que fue por pensar que alguien me había reemplazado a nivel de amistad.

—No, todavía no —suspiró volviendo a besarme.

En ese momento, supe que teníamos que parar porque algo no encajaba. Sin embargo, por alguna extraña razón, sí quería ir hacia su cama, y no me resistí cuando me arrastró hasta su habitación. Yo me tumbé y él acudió a mi lado atrayendo mi cuerpo.

—Diego... —dije frenando sus brazos y alejándome un poco de él.

—Vale, sí. —Adivinó él. Nos conocíamos tanto que con el tono era suficiente.

—Quiero dormir contigo. Solo dormir. Lo necesito... pero no quiero calentarte

—aclaré—, solo quiero estar contigo, ¿es posible? Si quieres me voy... —dije apurada.

—Claro que no tonta, tienes razón —dijo abrazándome y girando su cuerpo hacia arriba—. No estaba pensando con la cabeza... lo siento.

—Estabas pensando con la otra cabeza —sonreí—, y es normal, pero de verdad, creo que sería un error.

Él me miró, respetándome, pero a la vez sabía que no me comprendía del todo, simplemente porque carecía de toda la información.

Nos dormimos, pero a la mañana siguiente, no pudo evitar volver a besarme después de desayunar.

—Lo siento, echaba tanto de menos tus labios... —dijo resignado cuando me aparté de él. No le respondí nada, pero pensé que yo también le había echado mucho de menos, y a sus sonrisas, y a sus abrazos, pero no a sus labios. Poco después, me fui y me metí directamente en la boca del lobo.

Lolo y yo, solos.

Sabía que, tarde o temprano, acabaría saliendo el tema del dichoso beso.

Un calentón, concluimos.

¿Es eso lo que había sido? Porque en esos cinco años todavía no había podido

dilucidar lo que significó realmente. Solo sabía que había sido un error por hacerlo a espaldas de Diego y que lo único positivo del asunto es que no había

dejado que se comiera sus babas, dicho pronto y mal.

«¿Para qué contárselo?», pensé más tarde.

No quería crear un conflicto entre ellos, y menos cuando había decidido

marcharme lejos. Eran los mejores amigos... y para mí, la amistad estaba por encima de cualquier cosa, sobre todo, por encima de la estúpida impulsividad de

Lolo.

Me había hecho daño en muchas ocasiones y había soportado el golpe en

silencio por no hacer sufrir a Diego, por no entristecerle... y porque, en el fondo,

sabía que si Lolo se comportaba así conmigo era porque también mi existencia le

hacía sufrir. Diego era muy importante para él, se lo veía en la cara, en sus gestos, en su mirada y, a veces, tenía que protegerle de sí mismo ignorando sus

tonterías.

Cuando lo vi destrozado tras enterarse de que iba a ser padre, fue la primera vez que me di cuenta de que realmente me importaba. Ese día, aliviarle el mazazo me hizo sentir bien conmigo misma y la sonrisa que me regaló junto con

su abrazo, sus palabras y su beso en la mejilla tambalearon mi mundo deseando

algo más de él.

No sabía lo que era. ¿Su amistad?

Ni idea, pero las siguientes veces que nos vimos, quería acercarme, ser

cariñosa con él, volver a reconfortarle, en definitiva, tener un buen trato, y eso era una sensación completamente nueva para mí. Todos los poros de mi cuerpo

lo demandaban y comenzamos a llevarnos mejor, pero ese inoportuno anhelo

terminó trastocándolo todo. Quince días después, celebrando el cumpleaños de Axel, el padre de Diego, sucedió lo impensable.

El sitio era precioso, un conocido restaurante en un mirador con unas vistas espectaculares. Diego y yo acabábamos de discutir. Llevaba semanas

posponiendo tomar la decisión de irnos a vivir juntos y, antes de que trajeran el

postre, me hizo una señal y nos dirigimos hacia la zona de los servicios. Había

un cómodo sofá beige situado en un pequeño hall y me instó a sentarme

cogiéndome la mano.

—Noa..., ya sé que aún no hemos decidido dónde vivir... Que tengo que organizar una pedida en toda regla y demás, pero me encantaría regalarle a mi padre la noticia de que vamos a vivir juntos con planes de casarnos —expuso—,

¿qué te parece? Sé que es precipitado, pero...

—No me puedo creer que seas tan caprichoso... —dije molesta—. Estas cosas

requieren un orden, y tú vas a desbaratarlo ¿por qué? ¿Por qué se te ha antojado

que tu regalo le deje con la boca abierta? Nuestro compromiso, que aún no ha sido debidamente enfocado, requiere una celebración aparte y anunciarlo en otro

momento, si no le robarás protagonismo.

—¡No está enfocado porque tú no has querido! —replicó enfadado—. Llevas

semanas muy rara, ¡esquivándome! Es como si no te hiciera ninguna ilusión. No

es la reacción que esperaba ver...

—Pues es la que hay, pero estás tan centrado en tu cuadriculado plan que no te

das cuenta de lo que evidencia.

—¿Qué coño significa eso? —escupió herido.

—Ahora no es momento para hablar de esto, esta noche...

—Es el momento perfecto —objetó serio—. Yo estoy acelerando y tú estás

frenando. Decídate, Noa, ¿hacia dónde quieres ir?

—No lo sé —farfullé, y me fui corriendo. Porque lo único que sabía era hacia

dónde no quería ir. Hacia el altar.

Nunca había querido casarme, ni con él ni con nadie. Mis padres no estaban casados y no conocía dos personas que se quisiesen más. No necesitaban firmar

un papel que lo confirmara. El único papel que se había firmado en mi familia, por motivos burocráticos, era el que decía que César también era, legalmente y a todos los efectos, mi padre.

Salí a la terraza superior a tomar el aire y, de repente, vi a Lolo apoyado en la barandilla hablando por teléfono. Se había cortado el pelo y estaba

ofensivamente guapo. Llevaba una camisa azul clara y se la había remangado por los brazos. Sin corbata, con dos botones desabrochados, conseguía que la prenda rompiera la formalidad y se adaptara a su estilo dotándola de un aspecto

desenfadado y casual. Yo estaba disgustada, pero nunca olvidaré la deslumbrante sonrisa que me lanzó cuando me acerqué a él atraída como una polilla a la luz.

—Está bien, te llamaré —dijo feliz a su interlocutor. Colgó y me asusté cuando en tres zancadas rápidas se plantó a mi lado y me subió por los aires. Yo pegué

un grito y no pude evitar sonreír. Dio varias vueltas conmigo en brazos hasta que me dejó de nuevo en el suelo.

—¿Qué pasa?! —pregunté agarrándome a él para no caerme.

—¡Joder, es increíble! —exclamó entusiasmado—, ¡Sara no está embarazada!

¡Solo fue un desarreglo!

—¿En serio?! —chillé emocionada.

—¡He vuelto a nacer! —dijo maravillado apretándome los brazos con fuerza

—. Lo sabe desde hace días, y dice que le daba miedo decírmelo ¡porque de repente parecía muy contento con la idea!

—Es que soy «una loquera cojonuda» —repetí sus palabras pizpireta.

Un agradecimiento peligroso cruzó sus ojos y, sin preverlo, se acercó enérgico

a mí poniendo las manos con rapidez en mi cara y juntando nuestras frentes.

—No, es que eres... —Dejó de hablar intentando refrenarse y, de repente, su boca arrasó la mía con desesperación.

La reacción de mi cuerpo fue instantánea. Tomó el control sin mi permiso y continuó el beso al momento como si llevara esperándolo semanas. Nuestros

labios se devoraron ansiosos. Acaricié su lengua disfrutando del sorprendente sabor de su boca. Mis manos volaron hasta su cuello y enterré los dedos en su pelo mientras las suyas abandonaban mi cara para acariciarme violentamente por

todas partes, como si le hubiese rogado que me hiciera entrar en calor. Cuando

recordé tomar aire, mi cerebro funcionó de nuevo y tuve ganas de gritar.

Me alejé de él súbitamente y me dejó hacerlo sin impedimentos. Le miré

jadeante y vi reflejado en sus ojos el mismo temor trasluciendo un nombre que

no dejaba de rebotar entre nosotros: Diego.

Quise reírme, pero me resultó imposible; quise justificar ese impulso por un estado extremo de alegría, pero solo pensaba en implorarle silencio y rogarle que

lo olvidáramos; quise mentirle, pero tenía una horda de emociones luchando

contra mí para impedírmelo. Por eso, cuando mis piernas decidieron que huir era

de nuevo la mejor opción, tuve que seguir las. Fui directamente a los ascensores

y me marché a casa muy alterada. Cuando mis padres llegaron, yo ya tenía la

maleta preparada para irme a Nueva York porque, en ese momento, ningún lugar parecía lo suficientemente lejos.

¿Había sido eso un calentón?

Que Manu abriera los ojos me hizo volver al presente y pareció sorprendió al

ver que le estaba mirando. Acto seguido levantó con cuidado su mano de la mía.

—¿Cómo estás? ¿Has dormido bien? —musitó guardándola debajo de su cuerpo.

—Sí... bastante bien.

Estaba boca abajo con la cabeza girada en la almohada y cogió el móvil que había dejado al lado.

—Me había puesto la alarma, tengo que ir a hacer unas gestiones —informó.

—Yo he pensado en ir a comisaría.

—¿Vas a denunciarlo?

—No, quiero practicar un poco en la galería de tiro...

—Ah...

Su expresión alarmada me hizo gracia.

—También quiero ir al supermercado a por más comida —continuó—, al

banco y a una inmobiliaria. Tengo que buscarme un sitio en el que estar, en pocos días tus padres volverán.

—No hay prisa... puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras —susurró

con tono culpable—. Este piso es mío.

—¿Qué? —pregunté sorprendida.

—Lo compré hace un tiempo...

—Pero, no vives aquí...

—Prefiero vivir con Diego —sentenció manteniéndome la mirada. Una vez

más, quedaba demostrado hasta qué punto era importante para él.

—Y lo de... tres habitaciones por si les llenas la casa de niños —sonreí

recordando la pulla.

—Soy yo el que tiene esa estúpida fantasía... —reconoció, y al momento, negó

ese pensamiento cambiándolo por otro más práctico—. Un piso de tres

habitaciones se vende o se alquila mejor en un momento dado.

—Sí que te van bien las cosas... —dije alucinada.

Un ático en aquella zona, me sorprendería que bajara del millón de euros.

Él chasqueó la lengua.



—Todos los tontos tienen suerte, ¿no? —murmuró.

El menosprecio velado de esa frase llamó mi atención y, de repente, recordé sus palabras. «Llevas toda la vida infravalorándonos».

Quería hablar con él sobre eso, pero no encontraba el momento, y aquel tampoco me parecía el adecuado.

—Tengo que pasar por los bares —expuso—, si me acompañas, después puedo ir contigo a dónde tengas que ir...

—Estaría bien —suspiré ensimismada—. Me moriría por salir a correr aunque solo fuera media hora. Puede que me sintiera yo de nuevo.

Él me miró cauteloso.

—Puedo acompañarte, si quieres —susurró sin estar del todo convencido.

—¿Harías eso?

—A veces corro. ¿Quieres ir ahora?

—¡Sería genial! —exclamé, y tuve tentaciones de darle un beso en la mejilla,

pero no lo hice, claro, porque, por aquel entonces, aún podía controlarme. Sería

inviabile salir a correr sin estar acompañada y lo agradecí, aunque tuviera que cargar con la tensión añadida de nuestra insólita relación. Para mí el deporte era

como una droga, estaba enganchada y tenía mono, pero además, algo me decía

que correr me vendría genial para liberar todo tipo de tensiones indómitas.

Salimos a la calle con ropa deportiva y me siguió el ritmo perfectamente. No

había duda de que estaba en forma. Corrimos en un cómodo silencio y, al volver

a casa, nos duchamos, nos vestimos y nos fuimos inmediatamente de allí.

Lolo me dijo que desayunaríamos en su bar. Tenía tres locales en total: uno que

estaba abierto durante el día, y dos salas de fiestas que funcionaban a partir del

jueves. El primer local que tuvo fue la Sala DeVizio, era el único que yo conocía. Los otros dos los había abierto a lo largo de esos cinco años, por eso me

eché a reír cuando vi el nombre del lugar.

—¿Mafiosos? —me reí.

—Sí —sonrió socarrón.

En ese instante me pareció una persona mucho más joven.

—Quería un sitio familiar, y no se me ocurría otro nombre —explicó.

—¡Es buenísimo! —respondí partiéndome de risa. Toqué su brazo espontáneamente y él reaccionó tensándose un poco.

Entramos y me pareció un lugar muy agradable. Todo era de madera, había

sofás con cojines de colores y una larga barra con succulentos pinchos. Unos grandes tablones de pizarra anunciaban las tapas y raciones que ofrecían, y un pequeño escenario llamaba la atención al fondo del local. Había un montón de diminutas lucecitas esparcidas por todas partes que creaban una

atmósfera muy

acogedora.

—Qué chulo —murmuré paseando los ojos de un lado a otro.

—Gracias —musitó discretamente—. ¿Qué quieres tomar? Te recomiendo la tortilla de longaniza.

—Pues una de esas y un café con leche. —Me quité el abrigo y él hizo lo mismo con su cazadora de G-Star. Llevaba unos vaqueros oscuros y un jersey de

Diesel en tonos azules que se adaptaba insolente a su cuerpo trabajado en los sitios adecuados. Era imposible no fijarse en él, y menos, con esa incipiente barba de dos días que cubría su cara dándole un aspecto aún más interesante.

Me sirvieron el pincho de tortilla con una rebanada de pan tumaca y me

pareció delicioso. Lolo iba y venía. Tanto hablaba con la gente de cocina, como

se metía en la barra para comprobar el nitrógeno que enfriaba los grifos de cerveza.

—¡Hola! —Una camarera se plantó delante de mí con una gran sonrisa.

Llevaba un rato mirándome curiosa y, aprovechando que Lolo no estaba conmigo, había decidido acercarse—. ¿Te apetece algún otro pincho?

—No, gracias. —Sonreí.

—¿Eres su novia? —preguntó de repente sin maldad.

Yo solté una carcajada. ¡Menudo chiste!

—No.

—Ah... —dijo decepcionada—. Siempre me pregunto por qué un tío así no tiene novia. ¡Si es guapísimo!

Me hizo gracia la naturalidad con la que lo dijo. Era una chica con un *piercing* en la nariz y un mechón rosa en el pelo. Parecía cercana y espontánea, así que

me tomé la confianza de responder a sus dudas con la verdad.

—Le conozco desde siempre y, seguramente, no tendrá novia porque, cuando quiere, es un capullo.

—¿Qué? —dijo incrédula— ¡Si es encantador! Es un jefe maravilloso.

—¿Cuánto llevas trabajando aquí?

—Casi tres años.

La respuesta me sorprendió.

—Es que de pequeña me hacía la vida imposible —me justifiqué alegremente.

—Puede que haya cambiado —razonó ella—. No conozco a ningún capullo

que haga donaciones a centros de acogida. Ni que busque a su plantilla en centros de reinserción social.

Me quedé petrificada.

—¿Cómo?

—Yo misma soy un ejemplo —reconoció presionándose el pecho—. A los

dieciocho ya no puedes quedarte en el centro de acogida, tienes que buscarte la

vida, y él me dio una oportunidad. Gracias a este trabajo, pude alquilar una habitación en un piso compartido y empezar a estudiar un curso de formación profesional. ¡Hasta me pagó la matrícula! Es como mi héroe. El de todos en realidad. Aquí estamos cuatro camareros, todos con historias similares. Y sé que

en sus salas sigue el mismo procedimiento. ¡Y nos da entradas gratis! —exclamó

emocionada—. ¡Es la bomba, de verdad!

—¿Tratas de vendérmelo? —repliqué con guasa.

—Es que he visto cómo te mira... y estaba convencida de que eras su novia.

—¿Cómo me mira? —pregunté alarmada.

—Como me gustaría que algún día me mirasen a mí.

—Laura, cielo, hay dos personas a punto de suicidarse por un café al final de la

barra, deja la cháchara —dijo Lolo apareciendo a nuestro lado.

—¡Marchando!

—Es simpática —comenté justificándola.

—Habría con los cuadros si pusiera alguno.

Me reí y vi en su cara una sonrisa paternalista que me confirmó que la historia que acababa de escuchar era cierta. No tenía ni idea de que Lolo hiciera ese tipo

de cosas, y me pregunté si Diego o alguien de La Mafia lo sabrían.

—¿Quieres comer algo más? Invita la casa —ofreció.

—No, gracias. Creo que ya estás haciendo demasiadas cosas por mí. Estoy abusando...

—No. Te debo años y años de disculpas, así lo compenso... —murmuró.

—Yo... siento haberte hecho sentir infravalorado... no era consciente de que lo estaba haciendo. ¿Puedes explicarme por qué dijiste eso? —dije con voz pausada.

Él se removió incómodo.

—No tiene importancia.

—Para mí sí. Por favor, explícamelo.

—Vosotros siempre habéis tenido grandes ambiciones —comenzó reticente—,

me refiero a Ander, a Diego y a ti... y parecía que los que no lo teníamos tan claro no éramos dignos de vuestro pequeño grupito —explicó aprensivo.

—¡De pequeños todos éramos muy tontos! —me defendí—, a veces se es cruel sin querer, ¡acuérdate de lo pieza que eras tú!

—No solo de pequeños —susurro mirando al vacío—, cuando crecimos, parecía que si no éramos médicos, abogados, arquitectos, ingenieros o funcionarios, no éramos nada. Hay otras formas de ganarse la vida...

—¡Claro que sí! Yo no pienso eso —dije pasmada.

—«Martina y Diego salvan vidas, yo persigo a los malos y Ander los juzga,

¿tú, qué haces?» —repitió mis palabras con malicia—. También le preguntaste a

Adriana en cuanto llegó si seguía malgastando su vida sin hacer nada, aunque, técnicamente, no tienes ni idea de lo que hace o deja de hacer.

—¡Me refería a que...! —salté sin saber cómo terminar la frase.

«Dios mío...», pensé avergonzada.

La cara que puse debió de decirlo todo porque, al verme, reaccionó.

—Tranquila, no pasa nada.

—No —dije obstinada—. Sí que pasa. Déjame analizar por qué te dije eso,

porque no pienso así en absoluto. —Le puse una mano en el brazo para

prolongar su atención y me quedé pensativa.

Noté que desviaba la vista receloso hacia donde le estaba tocando e intenté ignorarle y concentrarme en pensar.

—¡Digo esas cosas porque me importáis! —concluí muy segura—. Siempre he

pensado que Adriana y tú sois muy inteligentes, y me daba rabia ver que no teníais interés en usar vuestro potencial para aportar algo al mundo. Algunos tenemos que esforzarnos mucho para conseguirlo, y me ofendía que vosotros no

quisierais lo mismo. Intentaba provocaros una reacción... Para motivaros y que

lucharais por algo que os hiciera ilusión —dije con tristeza al ver que me había

equivocado.

Su cara era indescifrable. Yo empecé a sentirme aún peor al comprender por qué siempre me habían odiado.

—¿Me crees? —pregunté esperanzada.

Él se movió sutilmente y dejé escapar su brazo.

—El refuerzo positivo es mucho más efectivo para motivar a alguien —dijo

desviando la vista—. Ayudarle en vez de hundirle suele funcionar mejor... ¿Nos

vamos? —dijo zanjando el tema y poniéndose de pie.

Me quedé a cuadros.

¿Iba de mártir? ¡Pero si hacía un momento había dicho que me debía años de disculpas! Me levanté y le seguí. Esa conversación aún no había terminado, pero lo dejé correr porque estábamos a un pelo de perder nuestra frágil tregua.

Desde que me había encontrado en casa de mis padres, todo parecía haber mejorado. Llevaba el objeto que había ido de propio a recuperar quemándome en el bolsillo y, después de ese último cruce de palabras, no entendí su significado si tanto me despreciaba.

Capítulo 11

*ARMAS DE MUJER*

Noa

Llegamos en la moto hasta uno de sus locales y observé que un equipo especializado estaba haciendo un magnífico y riguroso trabajo de limpieza. Me ofreció un zumo que rechacé y, tras hablar con un proveedor de bebidas que apareció puntualmente, me llevó a su despacho. Era una habitación pequeña con una gran mesa, un ordenador y un viejo sofá apoyado en una pared llena de fotos.

—Envío un par de *e-mails* y nos vamos —anunció.

—De acuerdo —dije distraída mientras observaba el mural.

Había muchas fotos de La Mafia, y en todas aparecía Manu con cada uno de sus integrantes en momentos concretos y especiales. Con todos, menos conmigo.

Me sorprendió ver tantas veces plasmada esa gran sonrisa que yo había visto en contadas ocasiones. Era como si en mi presencia fuera otra persona: una triste y frustrada, porque apenas reconocía a ese joven que me devolvía esa mirada desenfadada. Sin embargo, las que más llamaron mi atención fueron otras

instantáneas en las que él aparecía con un grupo de chicos jóvenes, entre los dieciocho y los veinte años. Yendo de excursión, de fiesta, en la playa... Parecía

tener un montón de amigos y, de repente, la vi. Era la camarera que había hablado conmigo en el bar, con cara de loca y levantando un diploma que

exhibía con orgullo a la vez que Manu le daba un beso en la mejilla. Vi fotos similares con otras personas, que destilaban la misma emoción.

Giré la cabeza y le miré sorprendida. Pocas cosas lograban hacerlo ya, pero él acababa de conseguirlo.

Estaba concentrado en la pantalla y, cuando se percató de mi interés en él, alzó la vista nervioso.

—¿Quién es toda esta gente? —pregunté descolocada.

—Amigos. Gente que ha trabajado para mí y con la que colaboro en proyectos

—contestó esquivo.

—¿Qué tipo de proyectos? —le tanteé.

—Son diversas actividades... Ya termino, espera un segundo.

—No tengo prisa. —Me giré y continué con mi escrutinio de las fotografías.

De pronto, localicé una mía entre toda la maraña de imágenes. Era yo, con quince años, riéndome a carcajadas con la cara llena de helado de chocolate. A

mi lado estaba Lolo, mirándome con una expresión asombrada y divertida.

Recordaba ese momento. Fue el día más caluroso del verano. Diego, Lolo,

Ander y yo nos habíamos acercado al pueblo para comprarnos un helado. A la vuelta, un vecino nos dejó subirnos a la parte trasera de su camioneta. Todos íbamos con los pies colgando y Diego quiso echar una foto de los cuatro en plan

selfi. El traqueteo del camino lo hacía casi imposible, y de repente, su bola de helado se escurrió acabando en el suelo un segundo antes de apretar el botón. Me

descubrí sonriendo ante el recuerdo, pero desembocó en una mueca triste al ver

que había recortado la foto para que saliéramos solo nosotros dos.

—¡Listo! —dijo saltando de la silla con premura—. Vamos.



—¿Por qué recortaste esta foto? —pregunté sin poder evitarlo.

Él se quedó lívido, pero necesitaba respuestas. Necesitaba saber quién era el hombre que mostraban esas fotografías.

—Quería una foto nuestra... —confesó por fin—, tengo una con cada uno como puedes ver, pero no encontraba ninguna de los dos solos. Por eso recorté esa... Fue un momento muy gracioso —sonrió melancólico.

—Me encanta —murmuré—. No la había visto.

—Me la dio Diego —explicó. Y su nombre rebotó en el espacio cohibiéndonos al momento. Estaba harta de que ocurriera eso cada vez que salía a colación.

Saqué el móvil del bolsillo dispuesta a remediarlo y le di a la opción de cámara.

—Vamos a echarnos una foto ahora mismo —ordené.

Él abrió los ojos con sorpresa.

—¿Aquí?

—Sí, aquí mismo. —Me acerqué a él y me apoyé en su hombro alzando el móvil. Cuando revisé la captura vi su cara de circunstancia.

—¿Y esta cara? ¡Sonríe, que no muerdo!

Volví a revisar la siguiente y chasquéé la lengua.

—¡Qué mal salimos! Parece que están a punto de ponerte una inyección letal.

Comenzó a tensarse.

—Es que... no sé, no me sale, así de repente —dijo cuando ya estaba preparándome para echar otra.

Bajé la mano y le miré.

—Pues en esa pared no escatimas en sonrisas —señalé.

—Esas personas son inofensivas...

—¿Insinúas que soy peligrosa? —me mofé.

—Sí, un puto peligro —sentenció poniendo rumbo hacia la puerta—. ¿Vamos?

Estaba flipando, pero una sonrisa se abrió paso en mis labios y, milagrosamente, él me la devolvió.

—¿Por qué lo dices? —le reté con las manos en la cintura.

—Ya lo sabes —respondió enigmático desapareciendo por el pasillo.

Repetimos la operación en la otra sala, pero esta vez guardamos silencio.

Desde que había llegado a España no había dejado de lanzarme pullas cada vez

menos sutiles, y quise permanecer callada hasta que se presentara una buena ocasión para devolvérselas. Pero aquella sala no la conocía, y no pude resistirme

al ver un gran acuario en la pared de su despacho.

—¡Hala! ¡Qué chulada!

—¿Te gusta? —preguntó complacido.

—¡Me flipa! ¿Cómo se te ocurrió ponerlo ahí?

—Lo vi en una película —confesó sonriente—. Desde fuera es efecto espejo, así nadie sabe que desde aquí veo todo lo que sucede en la sala —explicó maquiavélico.

—Tienes alma de *voyeur* —comenté divertida.

Él se puso serio al momento recordando algo embarazoso.

—Siento... lo de aquella vez... haberos espiado —susurró avergonzado.

—Qué le vamos a hacer —respondí con ligereza sin mirarle.

—¿Serviría de algo decir que no me quedé hasta el final? —admitió de repente.

—¿En serio?

No es que a esas alturas me importara, pero me pregunté por qué quiso hacerme creer lo contrario.

—Sí, te lo juro. Me fui antes de que... sucediera lo importante.

—¿Y por qué me mentiste?

—Porque era imbécil —sentenció con desprecio.

Me acerqué a la pecera y continué mirando a sus habitantes embobada.

—¿Me crees? —preguntó imitando lo que yo le había dicho en el bar.

—Sí —confesé. Y era cierto. Aunque no supiera muy bien por qué, pero aquella información cuadraba perfectamente con todo lo que estaba descubriendo sobre él.

Me entretuve analizando el despacho, que parecía una versión más nueva y

lujosa del anterior. El acuario era básicamente el único adorno que tenía, junto con un sofá moderno que descansaba contra una pared que exhibía el logo de la

discoteca grabado en grande. El grafismo de las letras era antiguo, estaban bañadas en plata y un trazo rojo las cruzaba del centro hacia la izquierda.

—¿Por qué VON? —pregunté curiosa.

—Von es el nombre que le daban a la aristocracia germana en la Edad Media.

Solo si procedías de un linaje noble recibías el privilegio de ese indicativo.

—¿El trazo rojo simboliza la línea de sangre noble?

—Es sangre. Pero no la noble, sino la de miles de personas que la sacrificaron

para abolir ese título y ser finalmente usado por la mayoría de los plebeyos. Creo

que la mayor injusticia del mundo es y siempre será: no poder elegir en qué circunstancias has nacido. El logo simboliza que luchando, puedes terminar

forjando tu propio destino.

—Es bonito —opiné, pero até cabos con rapidez. Lolo y su organización de ayuda a los huérfanos.

No insistí más en el tema. Hizo un par de gestiones y, cuando quise darme cuenta, estábamos aparcando en la comisaría elegida para practicar con mi arma.

Entramos y le enseñé la placa a una policía mientras le preguntaba por la galería de tiro que, por suerte, estaba vacía.

—¿Y él? —preguntó en relación a Manu.

—Es mi seguridad privada.

No hizo más preguntas y nos dejó pasar.

—¿Acabas de decirle a esa tía que soy tu guardaespaldas? —preguntó divertido.

—Algo así. Es lo que eres, ¿no? —Sonreí con guasa—. Si hasta duermes conmigo...

—Me quedé dormido sin querer... —contestó vacilante.

—Pues gracias, he dormido genial —contesté clavándole la mirada mientras preparaba el equipo para disparar. Él observó absorto todos mis movimientos, y cuando terminé le pasé unos cascos y me tomé mi tiempo para coger posición.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Tres tiros directos a la cabeza de un muñeco cartón piedra.

—Joder... —musitó Lolo.

Levanté el arma sintiendo su calor vibrante y me sentí como en casa.

Madre mía... ¡Era diez veces más efectivo que el Valium!

Lolo me miraba sin parpadear.

—¿Alguna vez has disparado un arma? —le pregunté.

—No. ¿Qué se siente?

—Es como correrse.

Vi cómo se le desencajaba la mandíbula y sonreí de medio lado.

—Es la hostia. ¿Quieres probar?

—¿Puedo hacerlo? —preguntó titubeante acercándose a mí.

—En teoría no, pero no hay nadie.

—Vaya, y yo que te tenía por un muermo.

—Si te dejo hacerlo, ¿vas a seguir todas mis indicaciones? —pregunté tajante.

—Sí.

—¿Nada de impulsos de los tuyos? —Pulla al canto.

—No —refunfuñó.

Coloqué el seguro y vacié el cargador.

—Probemos primero con el arma descargada. Haz exactamente lo que te diga.

Él asintió y yo le coloqué unas gafas de protección como las mías.

—Cógela con la mano derecha, pero no pongas el dedo en el gatillo. —Se la entregué y la sostuvo—. Pon tu mano izquierda sosteniendo la derecha.

Imitó el movimiento que seguro habría visto en miles de películas y le coloqué el dedo, que había dejado suspendido en un lateral, en el gatillo.

—La boca de la pistola siempre debe mirar hacia delante. No la muevas hacia

los lados. Debes actuar como si el cañón estuviera atado con un hilo tenso al centro de la diana. La pistola jamás cambia de posición, eres tú el que se mueve

alrededor de ella. Visualiza el objetivo por el punto de mira fijando la dirección y luego aléjate del arma.

—¿Así? —dijo obedeciendo.

—Sí, genial. No hace falta que te diga que notarás un retroceso al disparar. No

es un pequeño empujón, es como si el arma te reventara en la mano y quisiera

salir volando. No te pongas rígido cuando salga la bala, sujétala con fuerza pero

acompaña el movimiento un poco hacia arriba, dándole algo de libertad.

Me acerqué a él, le quité la pistola y fingí que disparaba a cámara lenta para mostrarle cómo se me iban las manos un poco hacia arriba.

—¿Ves lo que acaba de pasar? Te he cogido el arma, te has apartado y me he

puesto en tu lugar, pero la pistola no ha cambiado de coordenadas en ningún momento. Después de que dispares, lo haremos exactamente igual. El cañón

siempre hacia delante, nunca hacia los lados ni hacia abajo, si no quieres volarte un pie o cualquier otro apéndice.

Le vi tragar saliva y sonreí.

Cargué de nuevo la pistola e imité una vez más los movimientos enunciando los pasos. Cuando se la cedí, él avanzó con respeto. Me sustituyó sin variar el arma de posición y, automáticamente, no dejó que su dedo se posara en el gatillo.

Se preparó y pareció esperar mi orden.

—Baja el dedo y presiona el gatillo como si estuvieras acariciando el cuerpo de la chica que te vuelve loco... ya sabes, con vehemencia, pero con suavidad.

Se mojó los labios y disparó.

—Vuelve a apuntar, fíjate bien en la dirección que señala el alza.

Esa vez, disparó acertando en la diana a la altura de la clavícula del muñeco.

—Bien —dije saboreando la sensación del primer disparo válido—. Ahora quita lentamente el dedo del gatillo.

Lo hizo y me aproximé a él, arrebatándole el arma y asegurándola.

—¿Qué tal? —pregunté sonriente.

—¡Ha sido una pasada! —sonrió emocionado, pero había algo más en sus ojos, reconocía esa excitación.

—Vale, puedes sentarte ahí. Terminaré rápido.

Él obedeció y yo seguí con el ejercicio. Me sentía mejor. Más fuerte. Más segura. Si cualquier hijo de puta se atrevía a secuestrarme, le volaría la cabeza.

Cuando terminé vi que Lolo me miraba expectante. Me quité las gafas y dije:

«Tengo hambre». Me hubiera gustado immortalizar la sonrisa que se le dibujó en la cara.

Cogimos la moto y me llevó a comer a un sitio sencillo pero precioso. Estaba escondido en medio de un parque, rodeado de césped y de árboles.

Cuando entramos, nos vimos obligados a arrimarnos ya que en la puerta había una buena aglomeración. Unos entraban, otros salían y había gente parada en medio, despidiéndose o saludándose por primera vez.

El calor que expedía su cuerpo detrás de mí me estaba empezando a gustar demasiado.

—Aquí hacen las mejores patatas bravas de la ciudad —me aseguró pegando su boca a mi oreja.

Un escalofrío me invadió al sentir la cadencia de su voz. Me giré hacia él y me perdí en el cromatismo de sus ojos. Los detalles que captaba desde esa distancia eran asombrosos, pero lo más extraño era su expresión: sincera, transparente y accesible. Era de locos.

Cuando aún le odiaba ya confiaba en él, pero después del fin de semana, tenerle al lado era como un bálsamo que calmaba todos mis miedos. Sin embargo, cuando la cercanía que yo tanto necesitaba se hacía tangible, provocaba un efecto contrario en él. Se retraía. Parecía tener miedo de mí y de nuestra nueva situación: «Eres un peligro», había dicho. Me vino un flash de la primera vez que me llamó Batman nada más llegar. Se acercó a mí enfadado, furioso después de desprestigiar su trabajo y, en cuanto traspasó cierta línea imaginaria, su actitud cambió. Como si estuviera entrando en fase por mi

proximidad. Era atracción. Un pequeño inconveniente de la naturaleza humana.

Una química inevitable que terminó aflorando hace cinco años en forma de beso y que, sin duda, pertenecía a una realidad paralela. Aún sentía las ondas expansivas de ese hecho llegando lejos en el eco de la eternidad.

—Hace años que no pruebo unas buenas bravas —contesté.

—Pues vas a alucinar —dijo enigmático mirando hacia el fondo del local. Un camarero venía ofuscado hacia el tumulto y, cuando sus ojos repararon en él, sonrió animándose al instante.

—¡Manu! ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú? ¿Ya lo tienes todo listo? —respondió contento haciendo con él un peculiar saludo con los puños.

—¡Sí! ¡Ha empezado la cuenta atrás! ¡Sálvese quien pueda! —exclamó entusiasmado—. En cuanto tu mesa se quede libre, te aviso. Hay más hueco al fondo de la barra, estaréis más cómodos. ¡Hola! —dijo saludándome—. Soy Rubén.

—¡Hola! Yo soy Noa.

—¡Noa! Pero ¿Noa, Noa? ¿La de La Mafia? —preguntó sorprendido moviendo la cabeza de Lolo a mí.

Manu abrió los ojos más de lo normal. Hubo un silencio extraño en el que Rubén se mordió el labio lamentando algo.

—Os conozco a todos de oídas —comenzó nervioso—, sois su segunda familia y tu nombre me llamó mucho la atención, ¡nunca lo había oído! Desde entonces, lo tengo fichado por si tengo una hija, ¡me encanta!

—Ah, ¡gracias! —sonreí satisfecha.

—Y puede que dentro de poco lo use —atajó Lolo divertido—, porque se casa en tres semanas, y este, donde pone el ojo, pone la bala.

Todos nos reímos.

—¿Qué puedo decir? La conocí hace nueve meses, pero cuando lo tienes claro, no hay más que hablar.

—¡Felicidades! —repliqué jubilosa.

—Gracias. Voy a ver si pongo un poco de orden en este gallinero, luego nos vemos.

Manu se adelantó a mí y me arrastró entre la gente buscando el hueco. La delicadeza con la que su mano se metió entre la mía hizo que mi estómago diera



un vuelco.

—Es lunes, ¿cómo puede estar tan lleno? —pregunté asombrada mientras intentaba quitarme el abrigo.

—Porque si un sitio es bueno, se corre la voz. Cada día de la semana tienen una especialidad y son todas la bomba. Tienes que probar estas patatas antes de morir —sonrió sagaz—, y tranquila, después de verte disparar no tengo ninguna duda de que no te va a pasar nada.

Sonreí halagada.

—Las cosas se ven de otra manera después de pegar unos cuantos tiros... —apoyé.

—Sí, pero por si acaso, tienes que probar estas bravas y terminar de ver *Juego de Tronos*.

Solté una risotada y le empujé a modo de castigo.

Creo que nunca habíamos interactuado así. No dejaba de echar fotos mentales de aquellos momentos juntos. Eran una gozada.

—¿Por qué te gusta tanto esa serie? —pregunté curiosa.

—Porque es tan cruel como la vida misma —suspiró—. Son todos tan egoístas, tan ambiciosos y están tan resignados, que no tienen tiempo para el amor.

—Eso es triste...

—Y si surge, suelen arrancárselo de cuajo —ríó—. Como espectador, si se te ocurre encariñarte con un personaje, ten por seguro que pronto morirá —sonrió maquiavélico—, es brillante.

—Qué horror.

—No te creas. En realidad la serie es una oda a la lealtad. Transmite que la amistad y la familia son más importantes que el amor, y que este, a menudo suele confundirse con el sexo.

—¿Qué os pongo? —interrumpió un camarero. Y me pareció la mar de oportuno, porque me detuvo de replicarle que esa más bien parecía su filosofía

de vida, no la de la serie.

¿Era yo, o cada vez me lanzaba indirectas más profesionales?

Recuerdo pensar que quizá debería haberle escrito un *e-mail* a Lolo cuando me fui a Nueva York, para tranquilizarle con respecto a las dudas que suscitó ese beso frente a su amistad con Diego. Porque lo cierto es que nos habíamos besado. Y no había sido un beso cualquiera, sino uno rabioso lleno de deseo y odio; o más bien, nos besamos odiando el deseo que nos teníamos y, de algún modo, queríamos eliminar esa vergonzosa realidad con pullas. Cuanto más

rompíamos el hielo, más insistía Lolo en señalarme que su lealtad a Diego estaba por encima de todo, incluso de una atracción innegable.

—Una caña —respondió Lolo.

—Yo con limón —añadí.

Se hizo un silencio tenso, lo habitual entre nosotros, pero si íbamos a pasar tiempo juntos, sería mejor aclarar cuanto antes que ese beso siempre se mantendría en secreto y terminar con las pullitas.

—Quiero preguntarte algo... —dijo de repente vacilante—. Eso que dijiste en casa de Diego... lo de la academia, ¿iba en serio?

Reseteé mi cerebro ante ese súbito interés por algo mío.

—Bueno..., es algo que tenía en la cabeza para un futuro. Me encantaría dar clase, pero lo reservaba para los últimos quince años de mi carrera. Es algo más

tranquilo. Pero puede que haya llegado el momento de un descanso y tengo algo de dinero ahorrado. En Estados Unidos algunas comisiones son muy lucrativas.

—Me parece una idea interesante —manifestó.

—En realidad, fue Kevin el que me la metió en la cabeza. No soportaba mi trabajo, decía que era muy peligroso.

—Y tenía razón, ¿no? —dijo alzando su copa cuando se la entregaron.

—Después de contarle lo sucedido en mi último caso, me dijo que quería

dejarlo, que no podía estar con alguien que no le tenía aprecio a su vida. ¿Qué

iba a hacer? Ya nada me retenía allí. Cuando le dije que volvía a España se volvió loco.

—A ver si lo entiendo —dijo con el ceño fruncido—. Él no quería que trabajaras en eso cuando erais pareja. Te deja, ¿y acto seguido dejas el trabajo para llevar una vida más tranquila lejos de él? Me parece normal que se cabree...

—¡Me trataba como si estuviera loca por querer dedicarme a eso! No respetaba mi trabajo ni mis deseos. Me sentía despreciada y eso minó poco a poco nuestra relación de pareja.

Él sonrió tristemente.

—¿Entiendes ahora que no se puede obligar a nadie a hacer algo que no quiere por mucho que creas que es por su bien?

Cerré los ojos lamentándome.

—Lo sé... Visto así, es lo mismo que hice con vosotros... Me siento como una idiota integral —dije tapándome la cara—. Y más ahora, que he descubierto tu secretito.

—¿Qué secretito? —preguntó asustado.

—Que en el fondo tienes corazón —sonreí perspicaz—. Estás ayudando a gente. La camarera del mechón rosa me lo ha contado todo, y tu mural de fotos me lo ha confirmado.

—¡Joder con Laura! ¡No calla ni debajo del agua! —exclamó molesto, y terminó maldiciendo por lo bajo.

—A mí me ha caído muy bien. Creía que era tu novia.

—¿Qué? —preguntó alucinado.

—Sí —sonreí—, no entiende por qué no tienes. Y, ahora que lo pienso... ¿Por qué no tienes, Lolo?

—No será porque no la busque —masculló contrariado.

—¿Qué pasa con la chica del viernes?

—Esa fue un calentón.

—¿Es que tú solo experimentas calentones?

Él abrió los ojos como platos.

Sí, señor. La mejor pulla hasta el momento.

Pronto desvió la vista y cambió de registro.

—Bueno, oye... ¿quieres que te ayude a encontrar un local para montar una academia? —preguntó evitando contestar.

—¿Lo harías? —pregunté perpleja.

—¡Claro! Me encantaría... No quiero que te vuelvas loca estando bajo mi tutela, y estar sin hacer nada, es el primer paso para que eso ocurra. Te ayudaré.

Si quieres...

Una vez más, me dejó sin palabras.

Yo entendía a Lolo en las burlas, en el enfado, en la indiferencia. En todo lo demás, estaba completamente desubicada porque era Manu el que se encargaba de esa parte.

—Vuestra mesa está lista —informó el camarero de barra que había recibido órdenes de Rubén desde el otro lado.

El rincón elegido era mágico.

Estaba pegado a una gran cristalera que ofrecía una buena panorámica del parque. La pequeña mesa descansaba sobre una alfombra suave y agradable a la vista. La madera en techo, paredes y suelo junto con el apabullante protagonismo de un césped verde fosforito te hacía pensar que estabas nada menos que en Irlanda.

—Qué bonito —suspiré—. ¿Aquí es donde traes a tus ligues?

Él soltó una carcajada vergonzosa.

—No. Este sitio es solo para mí. Es mi rincón de Madrid.

—Vaya... pues..., gracias por compartirlo conmigo.

—De nada. Solo estoy haciendo mi habitual ruta de los lunes.

—Pero cargando con la pesada —añadí con sorna.

Él sonrió de nuevo, pero cada vez que lo hacía parecía frenarse a sí mismo dándose cuenta de con quién estaba.

—Se me hace superraro estar así contigo... —me sinceré—, hablando,

haciendo bromas... es... extraño.

—A mí también —suspiró—, pero supongo que ya no somos los mismos.

Todos hemos cambiado, incluso Diego.

Su nombre impuso el silencio, dejando una sensación desagradable entre rancia

y amarga, y supe que sucedería cada vez que lo mencionáramos, pero no me apetecía pensar en él en ese momento, ni en el hecho de que estuviéramos haciendo todo aquello a sus espaldas.

—Tengo un plan para el jueves —comencé centrándome en lo que nos ocupaba—. Le diré a Diego que trabajaré en la Sala VON todo el fin de semana

para que mi perseguidor lo rastree. Estaré tras la barra y haré un par de viajes cortos para recoger vasos. Esperemos que venga a por mí en alguno de esos movimientos.

—Está bien, pero irás armada y no te perderé de vista —zanjó imperativo.

—Bien —apoyé reconfortada.

—Después de comer tendré que volver a casa —me informó—. Pasaré la tarde

con Diego y me reuniré contigo para cenar, ¿de acuerdo? A él le diré que he empezado algo con la chica del viernes...

—Vale, pero antes de que te vayas, me gustaría ir al supermercado. Tengo que comprar munición para ver *Juego de Tronos* esta noche —sonreí como una friki.

Una tortura demencial volvió a hacer acto de presencia en forma de sonrisa.

—Creo que voy a engordar contigo... —murmuró—. Será mejor que salgamos

a correr todos los días, porque no podemos quemarlo en la cama...

Mis cejas subieron hasta el inicio de mi pelo y él soltó una estruendosa carcajada.

Vale. Acababa de recuperar el título del rey de las pullas.

—¡Era broma! —aclaró divertido—. Joder, no pongas esa cara... —se mofó de mí.

Sin embargo, no pude relajarme.

«No podemos», había sentenciado.

¿De verdad no podíamos?

Automáticamente, un millón de secuencias cruzaron mi mente con Manu como protagonista. Jadeos, lametazos, gemidos y, sin poder detenerlo, mi corazón

comenzó a palpar desbocado. Para rematar, tuve un flash del bocado que le pegó al *donuts*... Fue un movimiento tan animal que hizo que mojara mi ropa interior. Noté calor en las mejillas y cogí la copa con intención de bebérmela de

un trago. Por suerte, llegó el camarero y Lolo pidió la comanda con una sonrisa

que indicaba lo mucho que le gustaba verme ruborizada. Solo me tranquilicé cuando la primera patata brava se deslizó en mi boca, difuminando cualquier otra sensación y superando todas las expectativas albergadas detrás de un plato

tan sencillo. Por desgracia, cuando vi la voracidad con la que Manu las degustaba —con sonidos que me recordaron a otra clase de clímax—, una parte

muy íntima de mí se tensó de forma deliciosa y supe que los problemas no habían hecho más que empezar.

Capítulo 12

*DOCTOR ZHIVAGO*

Manu

Necesitaba relajarme.

Llevaba todo el día soportando su cercanía, su olor, su boca a escasa

distancia..., tan sonriente y provocadora... que tuve a bien encerrarme en mi

cuarto en cuanto entré en casa de Diego y dejar que mi mano me hiciera el amor

para lograrlo.

Desde que me desperté a su lado por la mañana, una vorágine de sensaciones impidieron que mis neuronas rebotaran con normalidad.

Para empezar: su mano en la mía. ¡Venga ya! ¿En serio?

Lo sorprendente es que ella estaba despierta ¡y no se había dignado a apartarla!

¡¿Estamos locos o qué?!

Me parecía tan surrealista estar teniendo una erección matutina en la misma cama que Noa, que no estuve fino controlando las palabras que salían por mi boca. No solo le confesé que aquella era mi casa y que podía quedarse todo el tiempo que necesitara, sino que la invité a pasar el día conmigo acompañándome

en mis gestiones, cuando lo único que quería era alejarme de su narcótico efluvio. Para colmo, volvió a sacar el tema de sentirme infravalorado por ella durante años y me abrí directamente en canal para que mi enemiga aplastara mi

autoestima con total impunidad. Estaba deseando que lo hiciera y poder odiarla

por ello, pero su reacción tiró por tierra mis planes ahondando mucho más en el

problema. ¡Ya era mala suerte!

Me puse de los nervios cuando, una vez en mi despacho, ella comenzó a fijarse en el mural de fotos. ¡Era detective, por el amor de Dios...! Y, por lo que sabía,

una buena. Había guardado en secreto todo lo concerniente a HAZLO

POSIBLE, la asociación que había creado para socorrer a huérfanos una vez

cumplían la mayoría de edad. No quería que nadie lo supiera y pensara que hacía

aquello para pavonearme. La primera impresión, como había señalado Noa, era

que yo ayudaba a los desfavorecidos con mi gran corazón, pero en realidad, eran

ellos los que me ayudaban a mí saneándolo para que no estuviera negro y

podrido. Me daban algo que no se compra con dinero: esperanza en el ser

humano. Algo que, a día de hoy, mucha gente había perdido, y no me extrañaba.

No había más que ver las noticias y, a continuación, revisar los *tweets* mundiales más relevantes para comprobar a qué degeneración habíamos llegado.

El mundo estaba patas arriba. Había miseria en todas partes, incluso en tu ciudad al lado de tu restaurante favorito, cuando a alguien sin familia, sin medios, ¡sin nada!, lo soltaban en la calle para que madurara a base de golpes por una injusticia tan simple como el azar de haber nacido en un lugar en vez de en otro.

Yo podía ayudarles, y la sensación que me producía conseguirlo era indescriptible. No era simple caridad, porque solo uno mismo puede hacer clic en su cabeza y cambiar su destino, pero a veces, por mucho dinero y esfuerzo que invirtiera en alguno de ellos, no era suficiente.

Al llegar a El Rincón del Aura para comer, casi me ahorco con mi propio brazo cuando Rubén le preguntó a Noa —con esa cara de flipado—, si era Noa, la de La Mafia. ¡Como si acabara de entrar al local con la mismísima Julia Roberts! Y lamenté al instante la conversación que tuvimos en mi último cumpleaños, cuando cerró el restaurante y nos bajamos tres botellas de vino los dos solos. Su nombre salió a colación a raíz de airear el ranking de las cagadas más vergonzosas de nuestras vidas, y tuve que confesar haber besado a la novia de mi mejor amigo en un arrebató que me hizo sentir un deseo inconcebible, viniendo además de una chica a la que siempre había odiado profundamente.

—Eso es muy jodido, tío —respondió con una voz de borracho inconfundible—. Aunque puede que no la odies a ella, sino lo que sientes por ella.

La conjugación de ese verbo en presente fue más dolorosa que una patada en los huevos.

¡No sentía nada por ella!

No podía sentir nada...

No quería sentirlo. Pero si era tan evidente a simple vista para un tío que iba ciego, puede que necesitara ayuda profesional.

¿Cómo era posible? Habían pasado años. Y había sido un simple beso... Un



beso que casi hizo que me planteara tirarme por aquella terraza golpeando con la fuerza de un tsunami todos mis sentidos. Me agarré a la barandilla para no caerme en cuanto ella echó a correr. No podía respirar. Lo primero que pensé fue en la cara de Diego si llegase a enterarse y vomité en el acto.

Tardé en bajar al comedor más de media hora, y no me sorprendió ver que Noa se había marchado. Sin embargo, Diego no tenía buena cara y se me hizo un nudo en la garganta cuando me pasó el móvil al preguntarle en silencio con los ojos qué le ocurría.

Noa: Me voy un tiempo. Por favor, perdóname. No puedo casarme contigo.

Ahora no.

Se me congeló la sangre.

«Ahora no». ¿Y antes de ese beso? ¿Cómo no iba a volverme loco? ¿Cómo no iba a entrar en la cuenta de correo de Diego cuando quince días después me dijo que le había escrito un *e-mail* explicándole sus motivos? Necesitaba respuestas.

Y, para bien o para mal, no me hallé a mí en ellas. Intenté olvidarla y hubo temporadas en las que casi lo consigo, pero Diego se encargaba de recordármela

de tanto en cuando. Como el día que me dijo muy serio que Noa había conocido

a alguien en Nueva York, y le obligué a cambiarse de ropa para agarrarnos una

melopea que terminó en una habitación de hotel con una chica con la mente abierta a nuevas experiencias. Fue el primer trío de Diego, aunque apenas

recordaba nada. Era justo lo que necesitábamos para olvidarla, algo loco. Ella estaba rehaciendo su vida y nosotros debíamos hacer lo mismo. Un mes después,

Diego empezó a salir con Marta y me entró pánico. Aquello parecía el juego de

las sillas y la música acababa de cesar. Cuando Martina se enteró, se vino tan

abajo que me buscó desesperada en una de mis salas. Fue la noche que descubrí que siempre había estado enamorada de él.

Ese pensamiento me recordó que debía hacer varias llamadas. Hablé largo y

tendido con Adriana, y no me sorprendió lo más mínimo que estuviera viviendo una situación que la tenía al filo de la navaja. Casi podía decirse que llevábamos vidas paralelas. Siempre me fascinaba que tuviéramos sentimientos similares y, aquella semana, lo que nos tocaba era estar con la soga al cuello. Desde la fiesta de jubilación de Jorge, se estaba enfrentando a algo que llevaba toda la vida esperando en la recámara. Su historia con Ander era para contarla aparte. Hacía años que se habían acostado bajo extrañas circunstancias, y no se llevaban mejor que Noa y yo. Esa era la diferencia que me salvaba a mí. Con conocer el sabor de su boca tenía más que suficiente para perder el jodido juicio, así que ni me atrevía a imaginar el resto por miedo a terminar tan mal como ellos.

Más tarde, le escribí un mensaje a Martina y le pedí que subiera a contarme lo que había ocurrido la noche anterior con Diego. Porque esperaba que hubiera pasado algo. Abrí la puerta y la dejé pasar.

—¿Usasteis condón? —pregunté de primeras al ver su sonrisilla.

—No flipes. No pasó nada.

—Espero que eso no sea verdad. Empieza desde el principio.

—Te fuiste, cenamos, charlamos, me acompañó a casa y nos despedimos.

—Vuelve a contármelo. Esta vez con lo que quiero oír.

Ella puso los ojos en blanco y avanzó hacia el sofá con la única muleta que llevaba.

—Te fuiste, cenamos, me quité la bata y noté que me miraba más de lo normal.

Charlamos un rato, le pregunté si estaba seguro de querer volver a meterse en una relación con Noa, y me contestó que no.

Tragué saliva. ¿Le dijo que no estaba seguro? ¡¿Desde cuándo?!

—¿Qué más? —pregunté fingiendo que su última frase no me había trastocado.

—Le dije que tenía miedo de que nuestra relación cambiara por la vuelta de Noa y me dijo que eso

era imposible... que nuestro día a día seguiría igual y que

iba a echarme de menos hoy. Siempre comemos juntos...

—¿Qué más?

—¡Nada más!

—¿Y cuando te acompañó a casa? ¿Cómo os despedisteis?

—Llegamos a mi puerta y me abrazó.

—¿Y?!

—¡Y nada! ¡Joder, Manu! ¿Qué quieres que haga?

—¡Que no te despegues de él! ¡Que juntes tu cabeza con la suya y le digas que no aguantas más! ¡Que le beses, y si te frena, le dices que el jodido ibuprofeno que te estás tomando te pone como una moto! ¡Me da igual!

—No puedo, Manu... de verdad, no puedo. Hace años que me colgó la etiqueta de «familia».

—¡No es cierto! Eso mismo le dije yo y me contestó que «por supuesto que se había imaginado cómo sería follar contigo», pero le da miedo romper vuestra amistad.

—¿Te dijo eso?!

—¡Lo raro sería que no lo hubiese pensado, Martina! ¡Es un hombre, no una deidad!

—Un hombre enamorado de otra mujer.

—¡Si hubiese estado enamorado, la habría seguido a Nueva York, y no lo hizo!

Yo lo habría hecho... —musité la última frase, y me asusté por lo que acababa de decir.

—¿Que tú qué?

—Si fuera él —aclaré a regañadientes por mi torpeza.

—Espera un momento... ¿acabas de decir que tú la habrías seguido?

Qué decisivo es a veces un instante... Controlar una reacción en un momento dado puede marcar la diferencia, pero era bien sabido que esa no era mi especialidad. Si tan solo me hubiera mantenido indiferente y relajado o hubiera soltado una estrambótica carcajada, Martina nunca hubiera sospechado nada. En vez de eso, chasquéé la lengua, negué vehementemente con la cabeza y comencé a justificarme con aire nervioso mientras me secaba el sudor de las manos restregándolas contra el pantalón.

—Me refiero a que... si yo hubiese estado en su lugar, es decir, si él no hubiera estado con Noa... no... o sea... si yo veo que la mujer de la que estoy enamorado huye, habría actuado...

Ella me miraba con la boca abierta.

—¿Cómo has podido ocultarme esto? —comenzó alucinada—. ¿Cómo puedes ser tan hipócrita?!

La miré intentando agarrarme desesperadamente a la última oportunidad de negar sus conclusiones, pero mi cuerpo no cooperaba.

—¡No te molestes en negarlo! —exclamó ofendida—. Al igual que tú en su día, ahora mismo, me vienen cien escenas que demuestran que estás loco por ella.

—¡No lo estoy! ¡La odio! —exclamé con rabia—. Y es la novia de mi mejor amigo.

—¡Ja! ¡Te informo de que hace años que no lo es! Bienvenido al mundo real, donde no eliges de quién te enamoras.

—¡No puedes enamorarte de alguien a quien odias! —grité.

Ella soltó otra carcajada psicótica.

—Me he leído un millón de libros en los que una historia de amor comienza con el odio más absoluto. Pero no la odias a ella, odias la impotencia de que tu

corazón la haya elegido, porque eso no se elige, chaval.

—Olvídalo, es un tema zanjado —sentencié.

—¿¿Cómo que zanjado?! ¿¿Acaso alguna vez ha empezado?! —dijo

acercándose más a mí con los ojos muy abiertos.

Yo me quedé callado y aparté la vista.

—No —respondí de lo más convincente.

—¡Mientes! ¡Joder, Manu! ¡Te conozco demasiado! ¿Qué pasó?

Me froté la cara y me derrumbé. No me quedaba un gramo de disimulo que

ofrecer. Lo había gastado todo con Noa y empecé a contarle mi historia como si

me acabaran de inyectar el suero de la verdad. Vomité todas y cada una de las miradas y las frases que nos llevaron a ese maldito beso. Y a medida que lo

hacía, la expresión de Martina era cada vez más triste.

Abrí los brazos y ella se lanzó a mi regazo.

—No me lo puedo creer —lamentó—. Ahora entiendo por qué tenías tanto interés en que me liara con Diego...

Le cogí la cara y remarqué las palabras que dije a continuación.

—Te equivocas. No lo hago por eso. Me daría igual que Diego se casase mañana con otra, yo no voy a hacer nada con Noa. Nunca. Tengo interés en que estés con él ¡porque tú puedes, joder! Tú podrías, si quisieras.

—¿Y tú no? —preguntó con pena.

Cerré los ojos y busqué la lógica imperturbable a la que me agarraba cada vez que el huracán de la atracción conseguía levantarme los pies del suelo.

—No. No puedo. ¿Tiene algún sentido salir con la novia de toda la vida de tu hermano? Es imposible. Destruiría nuestra relación, y no voy a perderle por nada del mundo. Mucho menos por un calentón infundado. Ni siquiera nos llevamos

bien...

—Yo solo sé que cuanto más prohibido, más lo deseas. Parece una chorrada, pero a raíz de que Diego se enteró de «lo nuestro», noto que me mira diferente.

Sonreí al comprobar que mis instintos no habían fallado.

—Suéltalo, ¿qué pasó?

—Nada, pero ahora cuando me toca se demora algo más en dejar de hacerlo...

me separé de él después del abrazo y tuvimos un «momentito».

—¿Un qué?

—Sí, ya sabes, un espacio de tiempo extraño, un *impasse*, una mirada que surge entre dos personas y que puede significar algo.

—¡Lo sabía! —exclamé contento.

—Pero en mi caso, no significa nada...

—Creo que más de lo que crees —sonreí feliz por ella.

En ese momento, la puerta del apartamento se abrió y Diego nos vio en el sofá

el uno en los brazos del otro.

—Hola... —dijo apocado.

Martina se separó de mí y yo me levanté.

—¿Qué tal el día? —pregunté yendo hacia él.

—Bien... aburrido sin mi chica —soltó de repente esquivándome en busca de Martina—. ¿Cómo estás?

—Mejor. He subido con una muleta, solo es una torcedura, y Manu necesitaba

contarme el tormentoso idilio que está viviendo con su misteriosa chica.

Me quedé con la boca abierta por lo que oía y lo que veía. Diego se agachó para darle un beso mientras le acariciaba el pelo y ocupaba el lugar en el que yo

estaba sentado con la excusa de inspeccionar su pie.

—¿Cómo te ha ido por el hospital? —le preguntó ella.

—Bien, aunque se ha notado tu ausencia —dijo tristón.

Ella se rio.

—Corta ya la farsa, solemos vernos a la hora de comer ¡y hemos estado whatsappeando toda la hora!

—Pero estaba solito.

—¡Pues haberte sentado con alguien! —exclamó divertida.

—Prefería hablar contigo.

Se hizo un silencio asfixiante y mis pies se dirigieron solos hacia mi habitación.

—Voy a ducharme, chicos —dije dejándoles solos.

«¿Será posible?», pensé atónito. La escena que acababa de ver no tenía nada que ver con la amistad. Amistad era lo mío con Martina, ¡lo de ellos era un tonto endémico que goteaba dulce de leche de lo empalagoso que era! Unas cuantas frases acudieron a mi mente insuflando tranquilidad por el plan que acababa de maquinar mi cabeza. «No está seguro de querer volver con Noa», «no fue a Nueva York a buscarla», «tiene libre la hora de la comida y se la pasa hablando con Martina, no con Noa», «ha habido un *impasse* entre ellos al abrazarse»... Conclusión: necesitaban un empujón. Y yo iba a dárselo, aunque

luego quisieran matarme. No les iba a obligar a hacer nada que no quisieran, les obligaría a hacer algo que estaban deseando y ninguno se atrevía.

Cuando volví al salón, Martina se había ido, pero no me pilló desprevenido porque había visto un WhatsApp suyo en el móvil.

Martina: Me he ido antes de abalanzarme sobre él. Estaba extrañamente cariñoso. Hablamos.

Sonreí lobuno y fui en busca de Diego para echar más leña al fuego.

—¿Qué tal con tu chica misteriosa? —me preguntó nada más verme.

—Bien, muy bien. Sexo del bueno. Hemos conectado genial, parece que la conozco de toda la vida, como si follara con alguien al que le tengo mucho cariño y no pudiera dejar

de acariciarla con veneración.

Diego se mojó los labios inconscientemente y yo oculté una sonrisa.

—El otro día besé a Noa —soltó de repente.

Me quedé parado y mi boca desterró toda mueca de diversión.

—¿Y qué pasó? ¿Os acostasteis? —pregunté conteniendo la respiración.

—No, bueno... dormimos juntos, pero solo fue un beso.

—¿Por qué? Me dijiste que no viniera a dormir, creí que... ibais a...

—Sí, yo también. En la discoteca todo iba bien, tenía muchísimas ganas en ese momento, pero al final nada. Ella no quería.

—¿Y tú?

—Yo sí, para qué nos vamos a engañar, hace casi tres meses que no mojo —sonrió culpable—, pero a la vez, no sé... ¡Es Noa! Me da miedo cagarla, equivocarme, caer en una espiral en la que no me siento seguro.

—¿No estás seguro de quererla? —pregunté anonadado.

—¡Claro que la quiero! Y muchísimo, a eso me refiero. La quiero tanto que no logro distinguir si realmente estoy enamorado de ella, o es solo...

—¿Cómo te sentiste al besarla?

—Sobre todo, aliviado. Y me gustó, pero una vez más... ¿fue lujuria o un sentimiento auténtico lo que me recorrió por dentro al hacerlo? Estoy bastante confuso... —dijo pensativo.

—Tómatelo con calma. Pon tus ideas en orden. ¿Y qué tal anoche con

Martina?

—¿Con Martina? —preguntó descolocado—. Bien..., cenamos y luego la acompañé a su casa. Todo normal. No me mires así —sonrió—, menudo liante estás hecho.



Yo cambié mi registro a cachondeo.

—Es que me ha parecido ver un pequeño ataque de celos al entrar en casa.

Él se rio con ganas.

—No, simplemente, la he echado de menos hoy. Tenemos una rutina, ¿sabes?

—Ajá...

Puso los ojos en blanco y yo sonreí socarrón.

—Tío, tu pobre mano está cansada... de mandar WhatsApps de día y de tocar la zambomba por la noche —me mofé.

—Qué cabrón —sonrió—, y cómo se nota que la anaconda está bien alimentada últimamente.

Yo me carcajeé. Sobre todo porque, más bien, la pobre estaba atada con cadenas sufriendo dentro de un cinturón de castidad.

—No follar es malo para la salud, doctor —alegué guasón.

—Ya sabes que yo suelo buscar algo más que eso.

—¿No te das cuenta de que calientas al personal? «No me basta con escribirte por WhatsApp, quería ver tu cara» —le imité.

—Yo no he dicho eso.

—Semántica. Menos mal que ella de vez en cuando se da homenajes recibiendo las atenciones que necesita para seguir aguantando tanto almíbar. El viernes tiene una cita con un camarero de la Sala VON. Es una bestia parda, le va a dar pero bien... Está ovulando.

—¡¿Qué has dicho?!

—Ya sabes que en esa semana del mes ellas buscan inconscientemente aparearse.

—Flipo contigo —dijo presionándose el puente de la nariz.

—Sabes que tengo razón. Esos días del mes están mucho más cachondas.

—Estás mal de la cabeza. —Me miró desconcertado.

Yo me acerqué a la nevera para ocultar mi cara de diversión. Podía ser el rey de los disparates cuando la situación lo requería.

Pasamos la tarde ordenando trastos. Iba a venirnos bien aquella limpieza. No dejaba de pensar que nos estábamos ahorrando trabajo que más tarde puede que

tuviéramos que hacer con caras largas, en lugar de hablando de deportes, de mujeres, de trabajo y de lo bien que lo estaría pasando La Mafia.

En un momento dado, cogí el móvil y, sin pensar, le escribí un mensaje a Noa mientras informaba a Diego de mi curioso pronto.

—Creo que me voy a ir a cenar con Olivia —dije soñador.

—¿Así se llama? Qué bonito.

—Sí. Mientras dure, será bonito y muy ruidoso —sonreí.

Él negó con la cabeza confirmando que no tenía remedio.

—Siento dejarte solo otra vez —lamenté—, pero siempre puedes bajar a casa de Martina, como hoy la has echado «tantísimo» de menos.

Él resopló divertido y yo me fui a acicalar como si realmente fuera a echar un polvo.

«Tranquilo, campeón», le dije a mini-yo, que empezó a pensar que eso podía ser una realidad como me viera obligado a volver a dormir con Noa.

## Capítulo 13

### *LAS AMISTADES PELIGROSAS*

Noa

El plan se estaba yendo a la mierda por la vía rápida.

Era hora de dar otra vuelta por la sala y esperar el ataque, pero mis piernas no

querían moverse de la trinchera que me ofrecía la barra. Se suponía que ese jueves iba a acabar con la amenaza, al menos eso había decidido el lunes cuando

estuve pegando tiros al vacío y recuperé un poco la confianza.

En pocos días, le había cogido mucho cariño a Manu. Y digo Manu, porque ese tío no era Lolo. Cuando leí su mensaje la tarde anterior mi corazón estalló como una palomita de maíz.

Manu: ¿Estás bien? Pronto llegaré a casa, espérame.

¿Es que su mente no filtraban lo que sus dedos transcribían? ¿Qué le espere: cómo, cuándo, por qué? ¿Pronto llegaré a casa? ¿Qué casa? ¿La mía, la suya, la

del vecino? ¡Joder! Y nunca un «¿estás bien?» me había desestabilizado tanto.

¿Es que estaba pensando en mí? ¿Le preocupaba cómo estaba?

Dios...

Al llegar, entró por la puerta como si nada y me pilló haciendo una tortilla de patata. Estuvo un rato en el ordenador mientras yo terminaba de hornear el pan y montaba unos bocadillos para campeones aderezados con ketchup y mahonesa casera.

—¿Pretendes que me meta semejante despropósito entre pecho y espalda? —

dijo alucinado al verlos.

—¡Pero si has visto que estaba haciendo tortilla de patata!

—¡Sí, pero esperaba un triangulito acompañado por un currusco! No esta orgía de pan y salsas.

—¿No lo quieres?

—Trae aquí, listilla —masculló.

Nos acomodamos y vimos tres capítulos más de *Juego de Tronos*. Se estaba poniendo sumamente interesante, pero no pensaba darle la satisfacción de verme

enganchada. Cuando llegó la hora de irnos a la cama, noté un ligero titubeo.

—¿Estarás bien? Estoy al fondo del pasillo... —comentó.

—Sí, me siento mejor. Hoy ha sido un buen día. Ir a la galería de tiro funciona mejor que atiborrarme a pastillas...

—Me alegro. Si me necesitas, solo tienes que silbar —enunció sin convicción echándome una mirada que suplicaba que no lo hiciera.

«Un peligro», recordé. El síndrome del elefante rosa.

No pienses en ello, ¿en qué piensas?

No se te ocurra hacerlo, ¿qué te mueres por hacer?

Me metí en la cama, comprobé que mi amuleto estaba a buen recaudo en el cajón de la mesilla y me dormí, pero fue una noche funesta. Lolo me despertó dos veces de mi pesadilla recurrente, así que no estaba mágicamente curada. La

primera vez, le dije que volviera a su cama y lo obedeció; pero la segunda, me

ignoró cuando se lo repetí y se tumbó a mi lado, después de echarse una manta

por encima. Me sentí mal al pensar que la noche anterior había pasado frío por el

hecho de no meterse por dentro. Qué tontería... como si fuésemos a comernos a

besos por rozarnos una rodilla... pero no dije nada. Suficiente era ya asimilar que, definitivamente, necesitaba dormir con alguien.

Al día siguiente, repetimos periplo. Salimos a correr y volvimos a desayunar en el bar Mafiosos. Laura me estuvo entreteniendo con sus historias cuando podía, mientras él se sentaba en una mesa a cuadrar cifras, horarios y resolver imprevistos. Después, me acompañó a una inmobiliaria y vimos un par de

locales que podrían ser aptos para montar la academia, pero a mí me parecieron demasiado grandes.

—Es una idea de negocio muy buena —me animó—. Yo la lanzaría a lo bestia.

Haría de entrada una gran inversión y no escatimaría en una buena apariencia.

—No sé, Manu... —Me pausé al caer en la cuenta de que había usado su

nombre real—, no tengo mucha experiencia, y creo que es mejor montar algo pequeño, por si sale mal o...

—Esa mentalidad nunca me ha convencido —me cortó—. Quien no arriesga,

no gana. Yo diría que, si eliges un buen sitio, lo promocionas y trabajas sin rendirte, puedes triunfar. Puedo ser idiota, pero en esto tengo experiencia.

—No creo que seas idiota —murmuré. Por si acaso le quedaba alguna duda de que lo siguiera pensando. Viendo lo responsable que era con sus negocios, todo lo que había conseguido y lo que hacía por los demás —incluyéndome a mí—, era imposible pensarlo.

—Un poco a veces sí lo soy... —reconoció rascándose el cuello. Y, automáticamente, me vino a la mente nuestro beso.

¿Quería que le dijera que besarme había sido una idiotez? Pues no lo haría, porque a veces, pensaba que, en realidad, me había hecho un favor.

—Puedo ayudarte, si quieres —continuó con cautela.

—Te lo agradecería —dije buscando sus ojos.

Él tardó un segundo más de lo habitual en apartar la vista. Parecía que poco a

poco conseguía no frenarse tanto conmigo, dejar de mantener las distancias, tanto física como emocionalmente.

Aquel día, nuestra conversación fue monotemática con el proyecto de la

academia y lo noté mucho más relajado tratando temas económicos, logísticos y

burocráticos. Manu estudió una carrera, pero su paso por la universidad había sido extraño. Empezó empresariales y los tres primeros años se dedicó a aprobar

las asignaturas que le gustaban, solo por diversión, mientras disfrutaba a fondo

de los placeres carnales con sus compañeras de clase; después, se centró en abrir

su primera sala con ayuda de su padre y, gracias a su popularidad y a una buena

promoción, fue un éxito rotundo, pero un par de años después, con veintitrés, terminó sus estudios en poco más de un año sacándose un montón de asignaturas

en un tiempo récord. Claro que sabía que era listo, pero a veces, como había admitido, se comportaba como un gilipollas.

Comimos en el mismo sitio, porque sucumbió a mis ojitos llorosos cuando le recordé que la especialidad de ese día eran chipirones en su tinta, y sabía de sobra que era un plato que siempre había sido mi perdición. Por la tarde, ya no

volvió a casa de Diego. Yo me centré en redactar un estudio de viabilidad para

mi negocio y él se perdió por el piso. Hizo ejercicio, se duchó, merendó y navegó con su portátil hasta la hora de cenar. Y cuando me pidió que preparara

algo ligero, se lo concedí.

Al ponerlo en la mesita y ver lo que era, me miró divertido.

—¿Esto es para ti hacer dieta?

—¿Qué hay de malo aquí? —pregunté poniendo las manos en mi cintura.

—Ahora mismo te lo demuestro —dijo sentándose en el sofá y probándolo—.

Está buenísimo. Conclusión: engorda.

—¿Es una norma universal?

—Por supuesto.

Había hecho dos tostadas grandes, cada una de un tipo y prometo que eran completamente inocentes. Una era de pavo con champiñones, queso, tomate,

cebolla y orégano; y la otra de berenjenas, cebolla, queso de cabra y un poquito

de miel. Habían ido al horno, ¡ni siquiera había usado aceite!

—Esto no engorda —dije con seguridad—, lo que engorda es el helado de

brownie con trozos de galleta que tengo reservado de postre.

Él se echó las manos a la cabeza y le dio al *play* mientras una sonrisa traicionera se tatuaba en sus labios. Se comió la tostada mirándola y remirándola

hasta que desapareció de entre sus manos. Después, vimos la consabida serie, cada uno tirado en un sofá, pasándonos la tarrina de helado hasta que se terminó;

y cuando llegó el momento de irnos a la cama, me paré en la puerta de mi habitación mirando al suelo, dispuesta a pedirle que no se fuera a la suya. Sin embargo, cuando llegó a mi lado, entró directamente en mi cuarto y volvió a dejarme sin palabras cuando se tumbó en su sitio habitual.

Yo sonreí y me metí en la cama mientras ponía la alarma en el móvil.

—¿Por qué no te metes por dentro? No pasa nada, estamos vestidos...

—Yo estoy en pijama, lo tuyo no sé lo que es —murmuró ensimismado.

—Es mi pijama.

—Pues parece la ropa interior de Heidi...

Me entró la risa.

—Me has pillado. Es ropa interior térmica, ¡pero es que no encuentro pijamas

que me gusten! Por lo visto las chicas tenemos que llevar *cupcakes* de color pastel o conejitos con corazones para dormir. ¡Y me horrorizan esas cosas!

Él sonrió ampliamente, pero guardó silencio y se metió por dentro tumbándose

boca arriba.

—Buenas noches, Noa. —Noté su sonrisa en la oscuridad.

—Buenas noches, Manu.

Aquella noche no me hizo falta comprobar el cajón.

Al día siguiente, apenas nos vimos. Porque la postura que adquirimos durante

la noche fue más de lo que pudimos soportar al despertar.

Él se fue alegando que tenía una cita con un cliente, pero no me creí una palabra ya que era algo que me habría mencionado al repasar su agenda. Fue ridículo. Ese día yo tenía pensado quedarme en casa y seguir trabajando en el papeleo, en vez de acompañarle como su perrito faldero. No obstante, a

mediodía me sentí sola, pero un plato de pasta a la boloñesa me quitó las penas.

Sonreí al pensar que Manu no hubiera aprobado esa elección, ¡era como un

monitor odioso en un campamento para gordos! Y cuando ya pensaba que no

vendría a cenar y me estaba preparando mentalmente para no pegar ojo en toda

la noche, apareció con cara seria.

—Hola —saludó sombrío.

—Hola —contesté recelosa. ¿Tanto le había perturbado haber despertado con mi cara en su pecho?

—He estado pensando mucho si contarte esto... —continuó reticente—, pero creo que es mejor que lo veas. Ha llegado un paquete a casa de Diego... Lo he encontrado en la puerta cuando iba a salir. Ponía tu nombre.

Me quedé congelada.

—¿Qué?

—Lo he abierto... por si acaso era... no sé... algo peligroso.

—¿Qué es? —pregunté preocupada.

—No lo sé... para mí no es nada significativo, pero puede que para ti sí... hay una nota...

—Dámelo.

Sacó una pequeña caja que estaba oculta dentro del casco de la moto y me la dio. Cuando la abrí, lo que vi me rompió en mil pedazos.

—¿Qué significa? —preguntó curioso.

Había una cinta azul y otra negra anudadas. Las saqué y las arrugué en la mano. A continuación cogí la nota:

*Pronto daré contigo. Y cuando lo haga...*

—La banda que perseguía se dedicaba a secuestrar personas, les valía cualquiera... Era un negocio internacional. Clasificaban a la gente que cogían y la destinaban a distintos puntos marcándolos por colores atándoles una cinta al cuello —dije angustiada por el recuerdo—. A los de verde los destinaban a mano de obra gratuita en condiciones infrahumanas, los de negro solían ser sacrificados en videos *snuff*: violaciones, asesinatos, torturas, necrofilia...; las blancas eran para chicas vírgenes que vendían al mejor postor en subastas

ilegales, y las rojas estaban destinadas a chicas para las redes de prostitución.

Manu jadeó.



—¿Y la cinta azul? —preguntó sin estar seguro de querer saberlo.

—La azul la usaban cuando a uno de ellos se le antojaba alguna víctima y querían disfrutar de ella antes de redistribuirla. Algunos nunca llegaban a ser devueltos de nuevo y, los que volvían, lo hacían en condiciones lamentables. En

su mayoría eran mujeres y niños...

—¿Qué me estás contando? —soltó patidifuso.

—Lo pone bien claro. Quieren hacerme lo que quieran y lo que me aseguran es que no sobreviviré... —dije acariciando la cinta negra.

Manu parecía enfadado. Enfadado con el mundo, como solía decir Diego.

Automáticamente, pensé en él y me preocupé.

—La han dejado en casa de Diego porque no saben dónde estoy... si no me encuentran, acabaran entrando y pegándole un tiro para mandarme un mensaje.

—¿Quieres decírselo?

—No. Quiero cogerles. Y cuanto antes. Quiero darles la oportunidad en bandeja antes de que decidan ir a por él.

Saqué el móvil y comencé a escribir.

—¿Qué haces?

—Avisar a Diego de que el jueves comenzaré a trabajar en la Sala VON.

Darles una referencia, así le dejarán en paz.

Terminé y lancé el móvil sobre la encimera de mala leche. Después, me llevé las manos a la cara e intenté controlar las ganas de llorar. Manu se acercó a mí y me abrazó.

—Eh... Tranquila, no te va a pasar nada —susurró contra mi pelo.

Una voz tan dulce viniendo de él... no pude evitar echarme a llorar definitivamente. ¡Estar a su lado era como estar recién parida! Mis emociones y mis hormonas estaban revolucionadas.

—No, por favor. No llores... Estoy seguro de que se va a solucionar. No dejes que nadie te asuste, por favor —se lamentó.

Me calmé un poco y, cuando le pareció oportuno, me separó de su cuerpo para mirarme a la cara y comenzar a secarme las lágrimas.

—Dime una cosa... —dijo con media sonrisa—, ¿sabes poner una copa en condiciones o vas a hundirme el negocio?

Yo sonreí a sabiendas de que intentaba animarme.

—Si lo hago mal, me inclinaré un poco más y listo. He visto los uniformes que les pones a tus chicas... Esos escotes parecen el camino al centro de la tierra.

Hizo un sonido muy sexy solo apto para golfos.

—Buena chica.

—¿Qué quieres cenar? ¿Un trocito de lechuga? —le vacilé.

Él sonrió pillo.

—Hoy nos merecemos algo muy perjudicial para la salud.

—Sorpréndeme.

—¿Qué te parece una familiar de Telepizza?

—¿Una para cada uno? —pregunté melosa.

—La duda ofende.

—Buen chico —respondí satisfecha.

El final de la primera temporada de *Juego de Tronos* y el inicio de la segunda me dejó fascinada. Ya no servía de nada fingir y él parecía encantado de que estropease mi manicura. Cuando apagó la televisión y procedió a hacer lo mismo

con las luces del salón, me situé a su lado, bajé la cabeza y agarré su mano como si tuviera ocho años. Él no dijo nada, solo la acarició y tiró de mí en dirección a la habitación. Cuando nos metimos en la cama, me miró y automáticamente

separó un brazo de su cuerpo invitándome a unirme a él. Un segundo después, estaba pegada a su pecho como una lapa sabiendo que estaba roja como un

tomate, pero era una cuestión de prioridades. Necesitaba sentir su pesado brazo

rodeándome y, cuando inspiré profundamente, recordé el famoso proverbio

chino del yin y el yang: «En todo lo bueno hay algo malo...», y en este caso, fue

su fulminante olor corporal, que me aturdió hasta el punto de querer frotarme contra él como un gato. No lo hice porque Dios no quiso, pero me faltó un pelo

de gamba. Era increíble sentirme así en sus brazos, después de toda una vida de

desaires por ambas partes. A veces me sorprendía a mí misma deseando besar esa sonrisa para demostrarle lo mucho que la apreciaba. No entendía por qué, pero Manu me daba esperanzas de que todo saldría bien, como si fuera imposible

que algo truncara nuestra nueva amistad e impidiera que siguiera creciendo cada día un poco más.

Cuanto más tiempo pasaba con él, más me sorprendía. Para mí, él siempre

había sido un tipo duro, pero estaba descubriendo que también era sensible; para

mí, siempre había sido un loco inconsciente, pero estaba revelando una vena responsable que desconocía. Y, por supuesto, siempre había pensado que no le importaba lo más mínimo, pero desde el minuto uno, me tendió la mano sin hacer preguntas.

—No quiero que te preocupes por nada mañana —musitó contra mi pelo—.

Quiero que estés tranquila. Intenta solucionarlo a tu manera, pero quiero que sepas que no pienso dejar que te pase nada. Todo mi personal de seguridad estará

atento a cualquier cosa.

—Gracias —resoplé.

—Descansa. Duerme tranquila —dijo dándome un beso en la sien.

Ese gesto tan cariñoso me pilló desprevenida y no pude evitar mirarle. Me

había prometido no volver a hacerlo, porque esa misma mañana, vernos en una situación parecida me había costado estar sin él hasta las nueve de la noche.

Había sentido la huída en sus ojos y, veinte minutos después, estaba saliendo

por la puerta sin molestarse en poner una excusa creíble. Sin embargo, en esa ocasión me mantuvo la mirada y yo fui incapaz de apartar la mía. Cogió mi cara

con su mano libre y la acarició con su pulgar abstraído. Al momento, cerró los ojos con el gesto más desolado del mundo y murmuró:

—Duérmete, por favor.

—¿Qué te pasa? —pregunté preocupada cuando apartó la vista hacia el otro lado. Pensaba que ya no iba a contestarme, cuando dijo:

—Nada... No quiero volver a cagarla, eso es todo.

—¿A qué te refieres?

—Noa..., ya no somos unos críos. Sabes que me siento atraído por ti... Me gustaría poder evitarlo, pero no puedo.

Me quedé sin habla. Moví la boca pero no salían sonidos. Mi garganta no juntaba fonemas. ¿Atraído por mí?

—Normalmente, soy simple y directo, y me está costando controlarme para no partir esta cama por la mitad a base de empujar entre tus piernas.

Tenía la boca abierta de par en par y sin noticias de que fuera a poder replicarle algo al respecto.

—Joder... ¡Perdona! —dijo tapándose la cara—. ¿Ves? Mis defensas empiezan a fallar, por favor, duérmete... —me rogó soltándose y girándose hacia el lado contrario.

—Yo... —comencé.

—Olvídalo, por favor. Pasa de mí. Lo conseguiremos, no nos queda otra opción.

—¿Por qué dices eso? —pregunté como una kamikaze.

Él se quedó quieto y se giró despacio como si me hubiera vuelto loca.

—Por varios motivos, pero el más importante se llama Diego.

—Sé quién es —rezongué—. Es un ex, no mi actual novio como la última vez que me besaste, ni siquiera es mi último ex.

—Bueno, es el último chico al que has besado —dijo con su conocida displicencia—, eso es más que suficiente.

—Sí, y te dije que me pareció un error.

—Genial, pero esto no va de lo que te parezca a ti, ni siquiera de lo que me apetezca a mí. Aquí, lo único importante es él.

—¿No te importa lo que yo opine? —pregunté cabreada.

—La verdad es que es irrelevante. Y tampoco es que tenga dudas... Sé que si ahora mismo te besara y te arrancara ese horrendo pijama, no te resistirías a mí, pero eso solo es un jodido problema añadido.

—¿Es que apretando un botón te vuelves gilipollas de repente o qué te pasa?!

—exploté sentándome en la cama—. Si no te importa, hoy prefiero dormir sola...

—Como quieras. —Se levantó sin disimular su cabreo y salió de la habitación dejando la puerta entornada. Poco después, escuché el sonido de la ducha.

«¿Será imbécil?», pensé ofuscada. ¡Mi pijama no era horrendo!

Intenté dormir, pero era misión imposible.

¡Que no podría resistirme, había dicho! La madre que lo parió... Me cabreaba sobremanera esa soberbia y que hubiera dicho que mi opinión era irrelevante. De repente, una pregunta traicionera se abrió paso en mi mente: «¿Tiene razón?».

Joder... ¡pues claro que la tenía! Precisamente por eso me había molestado tanto. No solo había insinuado que tenía claro que le deseaba, sino que aunque yo quisiera conquistarlo, él tenía la última palabra y siempre sería «no».

¡Cojonudo!

Di vueltas en la cama intentando deshacerme de la humillación, pero no lo conseguía. Comprobé tres veces que mi amuleto estaba en el cajón. Casi tres cuartos de hora después, logré ordenar mis ideas: era idiota. Punto. Pero esa misma mañana, cuando me desperté y le descubrí a mi lado cogiéndome de la mano, me odié a mí misma por ser tan débil y perdonarle todo al momento.

Manu ejercía un extraño poder sobre mí, conseguía conmoverme, y eso no era nada fácil.

Cerré los ojos y olvidé esos pensamientos. Tenía que salir de la barra, dar una vuelta y tener la mano ágil para coger mi pistola en cuanto alguien me tocara.

Sabía que en el primer intento mis enemigos no pretenderían nada, sin embargo en la segunda ronda, sería el momento perfecto para actuar.

Me temblaba el cuerpo. Busqué la mirada de Manu y vi que me estaba

controlando. Diego me había dicho que los jueves nunca salía por el bien de sus

pacientes de los viernes, y lo cierto es que prefería que no estuviera allí, en medio del fuego cruzado. Inicié la marcha y vi cómo Manu se erguía al

momento.

Recogí un par de vasos. Tenía miedo de que alguien me hablara y terminara rompiéndole uno en la cabeza. Estaba estresada. La incomodidad de la ropa que

llevaba me hacía tener un miedo irracional a que me pegaran un navajazo en la

tripa, pues llevaba el ombligo al aire y un corte certero en una buena zona podría

inmovilizarme sin que ello les impidiera disfrutar de mí más tarde. El uniforme

consistía en un pantalón negro y un delantal que ocultaba perfectamente mi arma, pero la parte de arriba parecía una bufanda elástica alrededor del cuello que había cruzado por delante de mi pecho para finalmente hacerme un nudo en

la espalda. Un conjunto muy sexy para morir.

De repente, me vi rodeada de demasiada gente. Algunas zonas estaban más

atestadas que otras. Intenté retroceder y reboté contra un grupo que bailaba. Una

chica me empujó y los vasos se estrellaron contra el suelo. Me asusté. Un par de

ojos me miraron interrogantes y llevé la mano a mi arma pensando que iban a atacarme de un

momento a otro. Y en ese instante, escuché mi nombre en un timbre de voz que me dio escalofríos.

## Capítulo 14

### *127 HORAS*

Manu

127 Horas.

Es lo que había tardado exactamente en joderlo todo.

Cinco días y medio. Alguien como yo no necesitaba más. Pero al menos, había

elegido la manera más segura de hacerlo, porque la otra opción, la que sería peligrosamente placentera, resultaba inaceptable.

Cuando vi a Noa sepultada por un pelotón de gente, supe que surgirían

problemas. Me acerqué a ella y observé cómo se agobiaba por momentos como

si fuera un ciervo atrapado en un cepo del que no puede liberarse.

—Noa —la llamé para que me viera. Me di cuenta de que tenía la mano en la pistola y le impedí sacarla cogiéndola de la muñeca.

—¡Noa! —repetí cuando vi su cara de terror.

Se soltó de mí sin mirarme y corrió abriéndose paso a empujones agachándose

entre la gente. La seguí hasta la salida de emergencia, y al abrir la puerta me la

encontré apuntándome con el arma.

—Eh... —dije levantando las manos asustado.

Tras reconocerme, retiró la pistola aliviada mientras la puerta se cerraba. Me acerqué a ella porque parecía ida y la apoyé contra un recoveco que había detrás

de la puerta. Cuando me miró comprendiéndolo, bajó la cabeza angustiada.

—Soy patética —gimió.

—Shhh... —la calmé—. Ha sido culpa mía. Te he visto sufriendo, he ido a por

ti y te he asustado, nada más.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y me pegué automáticamente a ella todo lo que pude mientras le tapaba la boca con la mano. Nos miramos a los ojos horrorizados manteniendo la respiración. Oímos unos pasos avanzando que

hicieron vibrar la escalera de metal y, tras una extraña maldición, se escuchó el estruendo de la puerta volviendo a cerrarse.

Quité la mano lentamente de su tibia boca y ambos soltamos todo el aire que

habíamos estado reteniendo, pero no nos movimos. Mi cuerpo seguía

aplastándola contra la pared incapaz de alejarse de ella. Apoyé mi frente en la suya y nuestros alientos se entremezclaron. No podía más. Estaba tan cerca que

casi podía saborearla y mis insubordinados labios tiraban con rabia hacia los suyos haciendo un último esfuerzo por poseerlos. Era mi eterna lucha entre cuerpo y mente y, cuando estaba a punto de recordar todos los motivos por los

que debía apartarme, Noa se metió entre mis labios y los reclamó lentamente. Mi

boca se abrió sola mientras me paralizaba la sorpresa. Recibí una lengua tímida y

el sabor me calentó la sangre. Comencé a responder despacio, como si el tiempo

se hubiese detenido para nosotros y todo aquello no contase. Llevaba demasiadas

horas deseando hacerlo, así que pronto me descubrí saqueando su boca con

avaricia. Ella me agarró del jersey para atraerme más cerca y ese gesto fue suficiente para perder la sensatez.

Se lo había dicho. Todos los putos días le lanzaba mensajes subliminales para

que captara que no debíamos despertar a la bestia. Toda prudencia era poca, pero

con sus deliciosos manjares la seducía desde dentro, y con sus increíbles

sonrisas, sus sagaces bromas y su innegable necesidad de mi presencia y

contacto, la había seducido desde fuera. ¡Estaba bien jodido!

El día anterior había preguntado directamente qué me ocurría cuando la rehuí

descaradamente por vigésima vez, y pensé que sincerarme era la única salida, pero me equivocaba. Porque cuando se le ocurrió preguntar por qué no había otra opción que intentar ignorar nuestra atracción, un pánico espeluznante



invadió mi cuerpo y no me quedó otra alternativa que alejarla echándole un buen jarro de agua fría al soltarle una de mis berradas.

Se enfadó y no la culpaba, pero eso era exactamente lo que necesitaba. Una excusa, una discusión para salir de esa habitación y parapetarme lo más lejos

posible de esa cama. Sin embargo, de madrugada, cuando la oí gritar, no lo dudé ni un momento y volví a su lado. No podía consentir que sufriera más. Me había

hecho una promesa... iba a conseguir controlarme y no abalanzarme sobre ella

mientras estaba bajo mis cuidados, pero ese beso en la sien estaba decididamente

fuera de las opciones permitidas; mucho menos quedarse enganchado a sus ojos

negros mientras me pedían a gritos que la besara inconscientemente, pero no estaba listo para reaccionar a lo que acababa de ocurrir. Ella había movido ficha

haciendo algo imposible de prever. Algo irresistible. Mi plan tenía grietas, y acababa de escurrirme por una directamente hasta las entrañas del infierno.

Después de un largo minuto, llevaba diez segundos rogándome a mí mismo

detenerme de inmediato, pero la respuesta siempre era la misma: «Solo un

lametazo más». Al final, aparté la cara como si un ente invisible me hubiera obligado a hacerlo, pero aún no podía distanciar mi cuerpo de ese averno

prohibido. Me centré en recuperar la normalidad de mi ritmo cardíaco y de mi bragueta, y cuando estuve preparado, me separé paulatinamente de ella. Le di la

espalda y me apoyé en la barandilla vocalizando mil blasfemias.

—Hay que procurar que no nos sigan hasta casa... —Noa fue la primera en hablar.

—Tranquila. —Me giré y encontré sus ojos cautos—. En la moto es fácil perderles...

—Vale... eh... ¿nos vamos a casa? —preguntó expectante.

«Ni de coña».

—Puedo llevarte si quieres, pero yo tendré que regresar, no puedo irme tan pronto.

—¿No puedes o no quieres?

«No puedo querer y no quiero poder».

—No puedo... —dije esperando que entendiera cuánto abarcaban esas palabras

—. No puedo, de verdad... —insistí pasándome la mano por el pelo.

—Manu...

—No. —La interrumpí—. Piénsalo bien, no merece la pena —aseguré aterrado.

Su cara fue un poema, pero no replicó nada. Se guardó el arma y fue hacia la puerta. Yo la seguí y vi que se dirigía a la barra. Una vez allí, entró con una simple aclaración: «Prefiero estar aquí».

El siguiente par de horas me sirvió para fustigarme por los hechos mientras la veía moverse de un lado para otro con el uniforme del club, como si el destino estuviera señalando que me pertenecía. Su ombligo siempre me había parecido la entrada más directa al manicomio, así que procuraba no fijarme en él. Noa rara vez llevaba escotes, pero esa camiseta demostraba que había un par de poderosas razones para lamentarlo. Se había hecho una coleta alta tipo pony, según ella para ver bien a su asaltante, pero dejar ese cuello a la vista me parecía una elección mucho más peligrosa.

Venían a hablarme y no escuchaba las palabras, solo podía mirarla y comérmela una y otra vez con la imaginación desde la distancia, porque no podía, ni podría nunca, hacer nada más. ¡Qué subnormal! A ver quién convencía ahora a mi polla de que no iba a salir a escena aquella noche. Esa maldita cosa tenía vida propia... y aunque con los años había aprendido a domarla, con Noa siempre había sido más rebelde de lo habitual.

Cuando tuve muy claras mis ideas, le comuniqué que nos íbamos. Fuimos a por las chaquetas y nos sumergimos en la noche con la moto, asegurándonos de que nadie nos siguiera. Subimos en el ascensor cabizbajos. Al entrar en casa, ella

se fue a la habitación y yo me quedé en la cocina, fingiendo que iba a comer algo. Un par de minutos después, se me pusieron de corbata cuando la vi

aparecer con su pseudo pijama finito color periódico.

—¿Hay galletas para mí? —preguntó.

—Sí.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

—¿Vas a dormir conmigo?

—Sí.

Cogió un par de galletas y comimos en silencio. Cuando vio que no tenía

intención de moverme ni de decir nada más, se fue a la cama. Hice tiempo. Me

lavé los dientes, me cambié de ropa y, veinte minutos después, me acomodé junto a ella quedándome boca arriba. ¡Parecía un puto búho! Ella estaba de lado

dándome la espalda, abrió el cajón de la mesilla y al momento volvió a

acomodarse a mi lado quedándose dolorosamente cerca. Me ardían las manos.

La necesidad de cogerla y terminar lo que habíamos empezado me quemaba.

«¿Dónde te estás metiendo, Manu?», agonicé, porque en ese momento, lo vi

venir. Estaba en sus manos. Ya no dependía de mí. Sería incapaz de apartarme de

ella si hacía cualquier movimiento, solo podía quedarme paralizado y rezar para

que eso no sucediera.

Me levanté a primera hora de la mañana. Apenas había dormido un par de

horas, pero me moría por llevar a cabo un plan para terminar con todo aquello y

poder cortar de raíz el tener que seguir conviviendo con ella.

Cuando aparecí en casa de Diego, todavía no se había ido. Quería verle.

Afianzar mis fuerzas.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó extrañado.

—Olivia tenía que madrugar. ¿Qué tal estás?

—Bien. Me alegro de que sea viernes, me apetece salir hoy.

—¿Vendrás esta noche al club? —pregunté expectante.

—Sí, quiero ver a Noa detrás de la barra —se mofó.

—Ah sí, es algo eventual... Hasta que decida qué hacer. Me dijo que se aburría mucho.

—Sí, lo sé. Me dijo que fuera ayer, pero no pude.

—No pasa nada, hoy haremos un pequeño brindis de bienvenida y habrá tarta.

—Me apunto.

—Bien, pero no vayas de hermano mayor de Martina, ¿vale? Déjala disfrutar.

Es una mujer sana y con necesidades.

Él levantó las manos como si no le importase, pero sus ojos no acompañaron ese gesto.

—Tengo que irme —anunció.

—Hasta luego, hermano.

Cerró la puerta y el mundo comenzó a girar de nuevo en la dirección correcta.

Le escribí un WhatsApp a Noa diciéndole que estaría liado todo el día y que volvería al piso hacia las diez de la noche para ir directamente al bar como el cobarde que era, pero para mi sorpresa, me dijo que no me preocupara, que estaría todo el día en casa y cogería un taxi a las once hasta la Sala VON.

Seguí mi rutina diaria y por la tarde me eché una larga siesta en casa de Diego

para coger fuerzas. Estaba agotado. Es lo que tenía llevar una semana viviendo

con Noa. Y algo me decía que aquella noche de viernes las necesitaría. Avisé a

Martina de que debía fingir que tras la velada iba a montárselo en plan salvaje con Alex, un camarero cruasán con el que se llevaba fenomenal y que era

rematadamente gay, aunque cuando quería, fingía de maravilla. Hice un par de llamadas más para completar el plan y me presenté a las diez y media en la sala

para comenzar el show.

Cuando Noa apareció en mi campo de visión, me acordé de todos sus antepasados.

«Me cago en la hostia», pensé quedándome paralizado mientras ella hablaba animadamente con Alex detrás de la barra. La falsa tranquilidad que había surfado en las últimas doce horas desapareció por completo. ¿Qué coño se había hecho?

No llevaba su acostumbrado pelo lacio en una coleta, sino que lo llevaba suelto, con ondas grandes y sinuosas que enmarcaban su cara con sensualidad. Se había maquillado los ojos y sus labios brillaban en un rojo delirante enfatizando esa boca que hacía menos de veinticuatro horas había explorado detalladamente. Estaba tan espectacular, que incluso el jodido uniforme se adaptaba con más descaro a cada una de sus sublimes curvas. La odié un poco más por afectarme tanto.

—Hola —saludó de pasada sin dejar de reírse con Alex.

—¿Has visto qué nueva adquisición? —inquirió él.

—Sí, ya lo veo —murmuré—. ¿Quieres que te secuestren, encanto?

Alex explotó de risa, pero ella borró todo atisbo de diversión de su cara. Pasé

de largo y fui al fondo de la barra, a ordenar algo que ya estaba más que ordenado, pero estar a su lado era como tener un soplete cerca. No podías

mirarlo directamente sin la protección adecuada y, de vez en cuando, soltaba chispas. No sabía por qué se había arreglado así, pero no se me haría más difícil

ignorarla si fuera desnuda. Estaba apoteósica.

Un par de horas más tarde, el local comenzó a llenarse. La había visto salir de

la barra un par de veces, pero su semblante era mucho más duro. Parecía preparada para cualquier ataque. De repente, vi una sonrisa deslumbrante en su cara y acto seguido fui testigo de cómo saludaba a Diego y a Martina. Los ojos de mi mejor amigo se abrieron desmesuradamente complacidos, y no pude evitar chasquear la lengua mentalmente al ver en contrapunto la expresión de derrota de Martina. Salí de la barra y me centré en mi amiga.

—¡Hola, guapísima! Estás impresionante —señalé, y era cierto. Llevaba un vestido negro ceñido que le sentaba de miedo—. ¿Ya estás bien? —pregunté al ver que no traía la muleta.

—Sí, más o menos —sonrió.

—Venid a la barra, ¿qué queréis tomar?

—¡Ya se lo pongo yo! —se ofreció Noa con ilusión—. ¡No quiero que me echen!

Diego me sonrió, pero apenas pude devolverle el gesto en presencia de la incontrolable mujer capaz de distanciarnos para siempre.

Volvimos a la barra y le hice una señal a Alex, que se acercó a Noa mientras les atendía, y enseguida le cogió una mano a Martina para besársela mientras se la follaba con los ojos. A Diego le cambió la cara al percatarse de quién era él.

Le había dado permiso a Alex para salir de la barra y que se marcara un par de bailes con ella de los que no cabía lugar a dudas de cómo terminaría la noche. Se

notaba que se lo estaban pasando bomba montando aquel espectáculo, pero yo no conseguía relajarme. Sobre todo, cuando Noa arrastró a Diego a bailar junto a

ellos y casi se me disloca la mandíbula al verla moverse como una auténtica experta del reguetón. Ni siquiera fui consciente de que me acercaba tanto a ellos,

pero de repente, Alex buscó un cambio de pareja haciendo ademán de querer bailar con su compañera de trabajo.

Diego y Martina se juntaron con naturalidad y, cuando me estaba fijando en la buena pareja que hacían, Alex desapareció después de encajarme en los brazos a Noa. Colapso total. Porque ella no dejó de bailar en ningún momento. Se separó de mí y buscó mi mano para dar una vuelta riéndose por la carambola que acababa de hacer Alex, enrollándose en mi brazo para quedar de espaldas a mí.

Yo parecía el típico tío arrítmico que no sabe cómo moverse, pero Noa estaba al tanto de lo mucho que me gustaba bailar y comenzó a rotar las caderas contra mí al son de la canción.

Diego nos estaba mirando y no quería hacerle un feo a Noa ahora que todos habíamos «madurado», así que mis manos resbalaron por sus desnudas caderas

adaptándome a ella y me lancé a la locura. Nos encajamos tanto el uno en el otro que mi cara quedó oculta en su pelo mientras mi mano le acariciaba la tripa con la punta de los dedos. Noa se arqueó contra mí y pensé que me moría. Le di la vuelta y fue peor. Porque no dudé en acercarla a mí hasta que su estómago rozó el mío y nuestras pelvis se acoplaron mientras seguíamos moviéndonos

sensualmente. Habíamos dejado atrás el nivel de la película *Dirty Dancing* y, gracias a Dios, pude ver que Diego estaba concentrado en apechugar con su propio, duro y sexy problema.

Había llegado el momento.

Dejé de bailar y me llevé a Noa de la mano hasta la barra. Me enfadé con esa articulación en concreto por su reticencia a soltarla, pero tenía cosas importantes que hacer. Preparé cuatro chupitos muy especiales y, cuando Diego y Martina se acercaron de nuevo a la barra, propuse un brindis.

—Por los que hoy van a follar —dije chocando mi vaso con Martina.

—Serás cabrón —saltó Diego irritado al hacer sus conjeturas—. Debes de tener la polla como un lapicero de tanto usarla esta semana.

Me reí por no llorar y crucé una mirada con Noa que prometía hacerle trillizos

si me estuviera permitido tocarla. Ni qué decir tiene, que media hora después Martina y Diego desaparecieron, y yo crucé los dedos para recibir buenas

noticias al día siguiente gracias a mi inestimable «ayuda» disuelta en sus chupitos.

Las últimas dos horas que estuvimos en el local fueron un sinvivir. Yo no dejaba de mirar a mi nueva camarera. Quería estar atento a todas sus salidas de

la barra, pero la sexta vez que lo hizo sin resultados, noté que su misión

cambiaba de objetivo. O quizá fueron mis ojos que no tenían fuerzas para seguir soportando la tortura sin el estímulo adecuado. Su cuerpo empezó a mandarme

señales. Percibía una sutil invitación que no sabía cuánto tiempo podría rechazar.

Me estaba entrando mucho calor en pleno diciembre y sentía que necesitaba

relajarme.

«Esto me pasa por no haber salido a correr ni hoy ni ayer», pensé convencido.

Parecía un jodido hámster.

A partir de las cinco de la mañana, el aforo de la sala solía estar completo y cerraban la entrada, dejándola únicamente disponible para abandonar el local. Le

dije a uno de los porteros que me sustituyera en mi sitio para seguir vigilando a

Noa mientras yo tomaba medidas para afrontar la vuelta a casa. Cada vez me parecía mejor idea hacerme una paja en la intimidad de mi oficina para llegar a

la cama cuanto más manso, mejor. Ese maldito baile había sido lo más erótico que había experimentado en años, y eso era mucho decir dadas las burradas que

había llegado a hacer con las oportunidades que brindaba el mundo de la noche.

Una vez a solas, respiré profundamente para tranquilizarme y me acomodé en el

sofá. En cuanto me desabroché el pantalón y metí la mano en mis calzoncillos, la

puerta volvió a abrirse.

Era el diablo, que venía a por mi alma. Porque la divina tentación nos encerró

por dentro quedándose apoyada en ella dando a entender que no tenía

escapatoria.



*CLICK*

Noa

«Piénsalo bien, no merece la pena», había dicho.

Había tenido muchas horas durante el día para hacerlo y tomar una decisión desde que me desperté por la mañana con su ausencia a mi lado.

Era oficial. No había marcha atrás. No íbamos a ser amigos. No es que fuera

complicado disimular que nos atraíamos, es que después del beso de la noche anterior era imposible. Los amigos no se besaban así. Ahora entendía por qué decidí irme del país la primera vez que sucedió. Mi instinto lo clasificó como algo gordo, inevitable, ineludible, y en aquel momento, lo habría destruido todo.

Ninguno estaba listo, pero ahora...

Entendía sus motivos para resistirse, pero no los compartía. Quizá fuera que mi mente estaba mucho más abierta que la suya para adaptarme a las posibilidades.

Vivir en otro país durante tanto tiempo, la peligrosidad de mis casos, esa capacidad de asimilación necesaria para aceptar que la muerte puede estar al acecho en cualquier esquina cuando te rodeas de las maldades del mundo... Y

sobre todo, aprender a no desperdiciar el tiempo si algo te hace sentir tan vivo como Manu me estaba haciendo sentir a mí.

Yo no creía en los «para siempre», solo en el ahora. Y en ese momento, yo necesitaba estar con él. Es más, puede que él mismo estuviera saboteándose.

Quizá fuera todo un espejismo potenciado precisamente por la prohibición que se autoimponía. Ya habíamos superado y guardado en silencio un beso durante

años. El del día anterior correría la misma suerte y no veía quién ganaba si no saldábamos definitivamente esa quemazón inexorable que sería cada vez peor

entre nosotros. Él había visto mi deseo, porque no se puede intentar tapar el sol con un dedo, y yo había aprendido a ser honesta conmigo misma hacía tiempo.

La diferencia era que ahora era soltera y libre y no tenía tiempo que perder con remordimientos.

—¿Qué haces aquí? Vete —ordenó severo.

—No quiero —dije avanzando lentamente hacia él.

—Detente, por favor... —suplicó hastiado.

Frené mis pasos al darme cuenta del percal cuando sacó la mano de sus calzoncillos. Por lo visto no era la única que estaba como una Yamaha de doscientos caballos.

—Noa... —gimió—. Van a reventarme los huevos. Por favor, déjame solo.

—No quiero —dije sentándome a su lado con una rodilla flexionada hacia él.

Él subió las manos a su cabeza y surcó su precioso pelo con los dedos, pero no hizo ademán de levantarse.

—¿Y qué quieres? —preguntó sin mirarme.

—Llevo una hora gritándotelo desde el otro lado de la barra.

Cerró los ojos lentamente y se quedó en silencio. Estaba siendo muy atrevida, pero me había cansado de ignorar las ganas que nos teníamos.

—Ayer dijiste que no merecía la pena... —comencé—, ¿sabes qué no la merece? Ser tan masoquista. Seamos sinceros: si nos apetece echar un polvo, ¿por qué no vamos a hacerlo? ¿Porque fui novia de Diego?

Él abrió los ojos como platos.

—¡Porque eres su chica! —gritó enfadado—, y siempre lo serás, ¡nunca me lo perdonaría! Y esto no es más que un puto calentón, así que, si me disculpas, termino enseguida y nos vamos a casa. A dormir —remarcó.

—Y según tú, ¿dónde está el límite con la chica de tu mejor amigo? ¿En unos besos? Porque ayer no te cortaste ni un pelo.

Él soltó una risotada escalofriante.

—Me corté y muchísimo, guapa. Que te quede claro.

—Estás haciendo una montaña de esto —resoplé—. Solo hay que quitar de en

medio el maldito elefante de la habitación, porque coincidirás conmigo en que ese bicho ya lo ocupa todo después del bailecito que nos hemos pegado...

Él tragó saliva al recordarlo.

—Estás loca... Ni siquiera deberíamos estar teniendo esta conversación.

—Tienes razón. Hablar no sirve de nada —dije poniendo la mano en su pierna.

Fui ascendiendo lentamente mientras el corazón me martilleaba en el pecho. ¡Era

Lolo! Le sería tan fácil rechazarme y humillarme... aunque no sé si temía más

eso, o que fuera a ocurrir algo de verdad entre nosotros.

Cerró los ojos como si rezara para despertarse en cualquier momento y

comenzó a respirar cada vez más fuerte apretando las mandíbulas a medida que

mi mano se acercaba a su erección. Cuando no me detuve y pasé por encima de

ella, gimió desesperado.

—Aléjate de mí, pequeña... Te lo pido por favor.

Ese «pequeña» le otorgó un carácter íntimo a la frase que alentó mi osadía.

Había sido como una caricia.

Desobedeciendo con alevosía me acerqué más a él mientras mis labios

aterrizaban en su cuello. Manu se tensó y, cuando mi mano buceó traviesa la frontera de su ropa interior, un gruñido cruzó el silencio. Echó la cabeza hacia atrás y resopló atormentado mientras yo comenzaba a acariciarle con un ritmo sensual. Era enorme y me humedecí al momento por el intenso deseo de

albergarle en mi interior.

—Noa... —tomó aire—, si sigues haciendo eso voy a explotar en tu mano...

—¿Quieres que pare? —musité contra su cuello. Mi lengua rozó su piel

anhelante.

Sofocó un gemido y maldijo por lo bajo justo antes de asirme de la nuca con

fuerza y atacar mi boca famélico. La victoria se extendió por mi cuerpo en forma

de llamarada, como si por mis venas corriera un líquido inflamable.

Me subió a su regazo y empezamos a besarnos como locos. Metió las manos en mi camiseta y amasó mis pechos con rudeza sacándolos de su aprisionamiento.

—Oh, joder... —dijo al verlos, y se lanzó a por ellos con avidez. Un gemido escapó de mi boca cuando los capturó con sus labios. Me ardían los pezones.

Tenía mil sensaciones burbujeando en mi piel. Volvió a besarme sin saber a qué atender primero. Las prisas, las ganas, los sonidos que emitíamos me hacían pensar que la carrera sería corta. Colocó las manos en mi cintura presionándome

más contra él, como si no estuviéramos aún lo suficientemente cerca. Jadeé por su gesto posesivo y me moví buscando la fricción contra su prominente

miembro. Era demencial estar haciendo eso con él, pero era presa de una necesidad tan primaria que no podía racionalizarlo. Nunca había estado tan

excitada. La escena era bruta, obscena y cruda. Parecía una pelea a muerte por ver quién era más apasionado. Metí la mano entre nuestros cuerpos,

encontrándole caliente y duro. Al sentirme, se arqueó perdiendo el hilo de lo que estaba haciendo y empecé a estimularle de nuevo. Era una clara lucha de poder.

Juntó nuestras frentes vencido mientras respiraba trabajosamente, concentrado en no correrse.

—Joder, no voy a durar ni un minuto —lamentó con la voz ronca de deseo. Y de repente, volvió a besarme con saña, lo que me distrajo lo suficiente como para ganarme la posición y quedar tumbada de espaldas en el sofá. Tiró de mi pantalón y de mis bragas hacia abajo y se estrelló contra mi punto más sensible.

Solté un alarido. Todo aquello era impensable, y casi termino al momento al darme cuenta de a quien tenía entre las piernas. Manu estaba arrasando mi sexo

y todo acabaría de un momento a otro. Le sentía en todas partes. Era tan placentero que me dolía. Metió dos dedos sin resistencia alguna por mi excesiva

humedad y terminó de volverme loca mientras absorbía con fuerza.

—¡Dios...! —grité dejándome llevar por un orgasmo demoledor. Le agarré del pelo mientras las oleadas me lanzaban al éxtasis dejándome completamente sin fuerza y él gimió contra mi centro.

—Casi me corro solo de oírte —acertó a decir.

Rozó su boca contra mi muslo y acarició mis piernas venerándolas. Intenté recuperarme rápido, pero estaba completamente desorientada y, sobre todo, alucinada por la química inaudita que estaba percibiendo entre nosotros.

Necesitaba demostrarle algo, corresponderle, y aunque me costó bajar de la nube, el instinto consiguió imponerse. Me agaché entre sus piernas y de un tirón

le bajé toda la ropa. Él puso los ojos como platos cuando me vio de rodillas e imaginó lo que vendría a continuación, y sin tiempo a decir más, toda su largura

desapareció en mi boca.

—¡Joder!... —Levantó las caderas mientras su cuerpo se tensaba agarrándose

al borde del sofá. Comencé con un ritmo frenético y le oí jadear cuando pudo dejar de mantener la respiración. Sabía que sería un visto y no visto porque la tenía durísima. En ese momento le recordé llamándome bruta y quise hacer

honor a mi nombre. Le temblaban las piernas, palpitaba en mi boca y sus

gemidos me indicaban que estaba muy cerca.

—No puedo más... —me avisó nervioso.

Subí el ritmo demostrándole que lo último que iba a hacer era apartarme y, segundos después, estalló en mi boca.

—Hostiaputa.... —farfulló.

Qué locura.

La tormenta había terminado, solo había respiraciones en el aire y un desconcierto mutuo por lo que acababa de ocurrir.

Él no parecía tener intención de moverse, y yo me senté en el sofá y me sujeté la cabeza. Todavía estaba mareada por la descarga de feromonas. Comencé a vestirme porque en aquel momento no sabía ni dónde estaban mis bragas.

Cómico, teniendo en cuenta que tenía a Lolo a un metro. Gracias al cielo, cuando decidió moverse yo ya las tenía puestas y estaba luchando con mi parte de arriba por taparme de nuevo. Comenzó a vestirse en una calma inusitada y me pregunté si tanto placer le estaría provocado un ictus.

Seguía callado. ¿Había algo que decir? Por lo visto, no.

Él solo tuvo que subirse los pantalones y se puso a dar vueltas por la habitación mientras yo terminaba de hacer lo propio con los míos. Se paseaba mirando al suelo con cuidado, como si estuviera buscando restos en un accidente aéreo. Me

puse de pie y me planté a su lado, lo que provocó que levantara la vista. Me miró exactamente igual que lo haría alguien que hubiera desollado a mi perro para hacerse unas zapatillas para estar por casa.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí...

—Vámonos.

Abandonamos la habitación tras coger los abrigos y tuvo la cortesía de cogerme de la mano al salir a la calle. Sin duda, un gesto motivado por su férreo instinto de protección.

El viaje hasta casa fue silencioso, así como el largo recorrido del ascensor hasta la última planta. Yo le miré. Él no.

Cuando abrimos la puerta de casa eran las seis de la mañana. Sin mediar

palabra, nos fuimos cada uno a una ducha. Me sujeté el pelo para no mojármelo

y me quedé apoyada en la pared bajo el agua caliente. ¿Cómo se suponía que serían las cosas a partir de ahora? Porque sabía que el sexo tenía la fea costumbre de cambiarlo todo. En nuestro caso era como una regresión. Una

vuelta a la primera vez que entramos en ese piso: impersonal, silenciosa, carente

de contacto visual... Mi necesidad de acostarme con él era fruto de querer traspasar cierta intimidad, y resultaba que estaba sucediendo justo lo contrario.

Era una mierda. Una mierda de lo más confusa.

Me había llevado el pijama a la ducha, así que me vestí y cuando aparecí en la habitación, él no estaba. Extraño. Me metí en la cama y me quedé de medio lado.

¿Dónde coño se había metido? Estaba nerviosa, y me pregunté por qué si ya había liberado tensión a espuestas. Diez minutos después, apareció con dos

sándwiches mixtos.

—¿Quieres uno? —me preguntó levantando el plato.

Me incorporé como un ratón que huele queso recién cortado y levanté la mano para coger uno. Comimos en silencio, ¡qué novedad! Él se ventiló el suyo en tres de sus prometedores mordiscos y se metió en la cama sin dilación. Cuando terminé, hice lo mismo y el silencio y la oscuridad reinaron.

¿Hola?

Noté que mis ojos se humedecían por no hallar respuesta. «¿Por qué vas a llorar exactamente? ¿Me he perdido algo?», preguntó mi cerebro. Había sido

sexo. Solo sexo. Un desahogo. Era lo que habíamos hablado, ¿qué más esperaba?

Me giré dándole la espalda esperando las inminentes lágrimas. Quise revisar el cajón de la mesilla... pero de repente, se pegó a mí. Noté su calor como un chaleco salvavidas que le lanzan a alguien que está a punto de ahogarse. Cerré

los ojos y noté agua en ellos, pero la ignoré. Rozó sus labios en mi hombro y la ternura de ese gesto me derritió. Sus manos se adueñaron de mi cuerpo mediante caricias y le sentí aspirar el olor de mi pelo.

—Perdona, es que... —comenzó a decir, pero se quedó callado. No le salían las palabras, parecía tan perdido como yo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Él suspiró en mi oreja.

—Que tengo vértigo... —confesó—. Siento que me he asomado a un abismo

oscuro y estoy a punto de caer al vacío. ¿Dónde está el límite, dices? En este punto, podría decirle a Diego que me he masturbado pensando en ti mil veces, que he imaginado que me daba un festín con tu entrepierna, que casi me quedo

bizco fantaseando con tus labios alrededor de mi polla... y seguramente, me perdonaría. Pero si le dijera que he soñado con hacerte completamente mía...

Por supuesto.

Las respuestas correctas solo aparecen cuando haces las preguntas adecuadas.

Se refería a que técnicamente aún no habíamos consumado. En mi caso, la

pregunta sería: «¿Qué más quieres, Noa?». Pues quiero... obviar esa irreflexiva

escena oral de su despacho —que necesitábamos como agua de mayo—, y

sentirle literalmente dentro cuanto antes. Completar la transacción, es decir, justo

lo que él más temía.

—¿Por qué no hablas con él si te sientes así?

Dio un respingo y noté que se tensaba.

—No, por Dios, Noa. Él no debe saberlo nunca, por favor. Cuando esto se nos

pase, agradeceremos no habérselo dicho y podremos seguir con nuestras vidas.

Con Martina y Adriana lo hicimos con discreción, y me gustaría que esto fuera

igual. Sin complicaciones.

Me quedé pensativa. La teoría se parecía a la que yo le había sugerido en su oficina, pero había algo que no me acababa de convencer.

—No quiero que sea como con ellas... —solté de pronto.

—No lo es. Hace muchos años que no me acuesto con Martina, y con Adri...

bueno, ya te dije como son las cosas entre nosotros, pero no es amor.



—¿Insinúas que esto sí?! —pregunté alarmada.

Se quedó paralizado y reaccionó al momento.

—¡No! —exclamó rápidamente—. Pero esto es muy distinto a lo que hago con ella. Contigo no puedo remediarlo.

—Eso es justo lo que quería oír —dije girándome hacia él y buscando sus ojos.

Y era cierto, no quería ni oír hablar de amor. Estaba harta de él, y para nada era un sentimiento que identificara con lo que estaba sintiendo, pero a la vez quería que fuera algo especial. Simplemente ganas de estar juntos, gustarnos, disfrutar y poder ser amigos a la vez.

Le acaricié la cara con los nudillos y nuestros labios se encontraron en una danza delicada y afectuosa. Nada que ver con el desenfreno del despacho. Me perdí en su boca, en su sabor, en la cadencia de su lengua arrullando la mía y en

sus manos aprendiéndose despacio cada curva de mi anatomía.

Joder... era una situación tan inconcebible con nosotros de protagonistas, que

no sabía si algún día me acostumbraría. Lo normal hubiera sido parar y

dormirnos en esa misma postura, pero no pudimos. El vaso se había desbordado

en el sofá de su despacho. El agua se había ido por fuera por un momento, pero

seguía lleno. A ras. Y yo no vaciaría esas ansias de él hasta que le sintiera profundamente enterrado en mí.

Una de mis manos fue a parar al lateral de su pantalón y un par de dedos traspasaron la cinta elástica. Me sobraba la ropa, me sobraba todo lo que no fuera él y yo enredados en un amasijo de piel. Sin embargo, él dejó de besarme,

respiró hondo y su siguiente frase me dejó desconcertada por la intensidad con la que la dijo.

—Necesito pedirte un favor...

—¿Cuál? —pregunté extrañada.

—Parar ahora mismo.

—¿Cómo?!

—Necesito esperar hasta mañana para continuar con esto...

—¿Por qué?!

—Si vuelves a insistir con esa voz ansiosa te cogeré y te lo haré tan fuerte que puede que desnivelemos la cama y tengamos que mudarnos a mi habitación —

dijo apretándome con fuerza—. Por favor... necesito esperar... ¿nos dormimos?

Realmente sentí que la decisión estaba en mis manos porque su deseo no

resistiría otra protesta, pero algo dentro de mí me advirtió que debía concederle eso porque era importante.

—Está bien... —dije acomodándome de espaldas.

Él se acopló cariñosamente y respiró aliviado.

Ese movimiento cerró la conversación e intenté dormirme, pero algo me lo impedía.

¿Por qué mis perseguidores no habían intentado algo hoy?

¿Se habrían percatado de mi arma? ¿De que Manu y la seguridad no me quitaban ojo de encima? Puede que tuviera que buscar un plan B para acabar con el problema. Estaban ahí fuera y, ahora más que nunca, necesitaba eliminar esa amenaza.

Las apuestas habían subido. Puede que Kevin tuviera razón, porque antes solo era mi vida la que estaba en juego, y no me parecía tan urgente.

Capítulo 16

*RESACÓN EN LAS VEGAS*

Diego

«¿Qué coño acabo de hacer?!», pensó apoyándose contra el lavabo del baño de casa de Martina.

Se miró al espejo y le dio la sensación de que él permanecía quieto mientras el mundo giraba en espiral.

Recordaba estar en la Sala VON. Bailar, beber y pasarlo bien. Era la típica noche en la que parecía que las copas le entraban de maravilla, dejando una estela de euforia, diversión y felicidad que hacía tiempo que no sentía.

«¿Pero por qué?», se preguntó.

La respuesta más fácil era pensar que la vuelta de Noa había reactivado una parte de él. Su atención tenía de nuevo un foco en el que centrarse. Su instinto de

cazador brillaba con renovada fuerza, pero su subconsciente le susurraba que había algo más... Mientras se arreglaba antes de salir de casa, se sentía como cuando tenía veinte años y sabía que esa noche iba a triunfar. Había una anticipación sexual flotando a su alrededor mientras se afeitaba, se perfumaba, escogía la ropa que iba a ponerse y cruzaba la puerta de salida con un par de preservativos en el bolsillo. Como si intuyera que una desconocida fuese a caer a sus pies aquella noche.

Al ver a Martina salir de casa con un vestido ultra sexy, recordó que ella también tenía prevista una noche de pasión. Estaba radiante. Ese ceñido trozo de

tela acentuaba con esmero unas curvas que normalmente no mostraba. Sus labios fucsias prometían placeres incalculables, el primero, simplemente verla sonreír.

Su pelo color galleta estaba liso y sedoso, como siempre, y sus ojos ámbar eran amables y cercanos. Tenían el brillo de quien ha estado en la cuerda floja y ha

sobrevivido, aunque solo tuviera dos años cuando estuvo a punto de morir por una cardiopatía. Sabía que su madre había pagado la cara operación que

necesitó. Era su ahijada, y siempre le pareció como un tesoro que había que cuidar. Algo frágil, algo que corre peligro, pero viéndola así vestida, empezaba a

tener sus dudas. Sin olvidar que algún imbécil iba a tener mucha suerte de llevársela a casa en pocas horas para hacerle virguerías.

Prometía ser una noche genial. Al encontrarse a Noa y a Manu parecía que, de algún modo, habían firmado una tregua, y eso mejoró su humor

considerablemente, hasta que la cosa comenzó a torcerse por una sensación sin

precedentes.

Todo sucedió prácticamente a la vez, por eso le era muy difícil diferenciarlo, pero algo ocurrió durante el baile con Martina.

Habían bailado juntos miles de veces, sin pretensiones, como lo haría con una

prima, ¡mierda!, como con una amiga, espera... como con una madre, para que

no haya dudas. Pero de repente, sintió que su corazón latía acelerado al tenerla

entre sus brazos. Había estado bailando con Noa, tan feliz, y Martina había estado bailando con Alex, su cita, pero verla contonear sus sugerentes curvas contra él confirmando lo que más tarde sucedería entre ellos, le puso a mil. Hubo

un cambio de pareja justo en el momento en que se imaginó a sí mismo en su lugar, y ambos comenzaron a moverse al ritmo de esa música obscena

metiéndose aún más en el papel. Comenzó a ponerse nervioso. «¡Echa el freno,

Diego!», dijo relamiéndose los labios al tener una visión de su escote desde el punto más cenital.

Subió la vista abochornado y se descubrieron mirándose el uno al otro como nunca lo habían hecho.

La química que les rodeó le impidió poner una necesaria distancia entre ellos. Sus ojos buscaron sus labios y alguien

les empujó sacándole del trance. En un momento, volvió a ser consciente del mundo que les rodeaba, de quién era ella y de la poca lógica que tenía aquello.

Poco después, Manu les llamó para invitarles a un chupito y, en cuanto

desapareció por su garganta, sintió que se encendía como una bengala. Había

llegado a su cupo por esa noche y aquella electricidad era una clara advertencia de su sistema nervioso. No solía llegar nunca a un límite de alcohol que pusiera

en peligro su integridad física ni la de los demás, pero admitía que era el mejor

lubricante social que existía. Su efecto desinhibidor mitigaba la ansiedad que, por lo general, conllevaba el acercamiento a una posible compañía sexual, por lo

tanto, era hora de parar si había llegado a pensar que él era una opción diez veces mejor para Martina que ese tal Alex. El cabrón de Manu había brindado por los que iban a follar esa noche chocando su vaso con el de ella y, por primera

vez en su vida, una envidia insana le envolvió. No solo había conocido a alguien

y llevaba toda la semana durmiendo con ella, sino que además, había disfrutado

de Martina y de su primera vez... ¿Era cierto que le molestaba que se hubieran

acostado y siguieran siendo tan amigos? Sí. No podía seguir negándolo en ese estado de embriaguez, por lo visto el alcohol facilitaba la comunicación de sus deseos de una forma más abierta, y algo estaba potenciando su interés sexual hacia ella. Quizá fuera ese maldito vestido... Había salido de casa vestida para

matar. No tenía nada que ver con el acostumbrado atuendo azul con el que la veía por el hospital. Ese era entrañable... pero con ese vestido lo único que le nacía era empotrarla contra la pared más cercana.

Se sorprendió de sus propios pensamientos. Ella se apoyó en su brazo y le susurró algo al oído. No recordaba ni lo que era, pero se habían partido de risa

como si estuvieran completamente colocados. Volvieron a bailar animadamente,

criticaron a sus superiores, se metieron con el cómico equipo de anestesiistas de

su hospital y con algunas enfermeras bordes; y cada frase que decía la iba convirtiendo más y más en su alma gemela. ¡La adoraba! Le inspiraba una

ternura que siempre había estado ahí, pero que en aquel instante necesitaba demostrarle. La abrazó, le acarició los brazos y su tacto le recordó al terciopelo.

Sus sentidos le enviaban información errónea, pero no le importaba. No paraba

de darle besos en la mejilla, de ronronearle al oído lo guapa que estaba, porque

era cierto, era preciosa, pero esa noche le parecía una diosa irresistible. Ignoró que se le fueron un poco las manos al bailar...

«Licencias de la música latina», pensó convencido, pero cuando le acarició la

cara y respiró en su boca, ella pareció reaccionar.

—Diego, estoy muy mareada.

—Estamos como cubas... —aclaró aturdido.

—Quiero irme a casa —murmuró ella apoyándose en él. Estaba alucinado

porque en su mente solo rebotaba una idea: quería lamer la franja de piel que en

aquel momento veía en su cuello. Y si no se hubiera apartado en ese instante, lo

hubiera hecho. Necesitaban largarse y dormir la mona.

—Vámonos —farfulló él, y no dedicó ni un solo pensamiento a despedirse de

Manu y de Noa.

Al llegar al edificio, él la acompañó a casa. En el taxi habían comentado que

tenían mucha sed y ella le dijo algo sobre una nueva marca de agua que le parecía la bomba. No entendió tanto alboroto, a él le sabían todas igual: a nada.

—Ven a probar el agua más deliciosa del mundo —ofreció ella al abrir la puerta de su casa.

Él se adentró en el piso y le extrañó que todo le pareciera más bonito, más luminoso y más brillante. Incluso ella. Se quitó los zapatos y la visión de sus pies descalzos se la puso dura.

«Joder... ¿qué coño me pasa?», pensó excitado.

Le tendió un vaso de agua y se la bebió de un trago.

—¿Pero la has saboreado? —preguntó ella divertida.

—Sí. ¡Joder, esta mierda está increíble!

Ella se tronchó de risa y le pareció un sonido demasiado bonito como para no alabarlo.

—Amo tu risa —soltó melancólico—. Cuando la oigo me pasa como en la película de *Monstruos S.A.* : te ríes y revientas todos mis medidores de energía.

Un día vas a hacerme explotar...

Ella sonrió pícaro.

—¿Puedes hacerme un favor antes de irte?

—El que quieras —respondió con los ojos brillantes y la imaginación desbordada.

—¿Puedes bajarme la cremallera del vestido?

Le dio la espalda y se sujetó el pelo hacia arriba mostrando su apetitoso cuello.

Las piernas le fallaron, su boca salivó, y tuvo problemas para acercarse a ella.

Al bajársela no pudo evitar deslizar un dedo por dentro que iba acariciando la piel que aparecía ante sus ojos. Ella se arqueó y sus respiraciones cambiaron.

Cuando quiso darse cuenta, sus labios estaban en su nuca y sus manos le arrastraban el vestido por los hombros. Ella giró el cuello ofreciéndose y jadeó mientras sus manos resbalaban hasta su cintura junto con el vestido. Este cayó al suelo y Martina se apoyó en él mientras la magreaba como si fuera una manta de pluma de oca. Estaba ido. No pensaba en nada, porque nada importaba excepto el placer que sentía al tocarla. Era increíble, y notar cuánto lo estaba disfrutando ella le hizo sentir aún mejor.

Sus dedos volaron hacia el cierre del sujetador y, tras deshacerse de él, besó las ligeras marcas que se fruncían en su piel por lo que le apretaba. Sus manos iban solas, y ahuecó sus pechos amasándolos con cuidado mientras seguía devorando su cuello. Ella giró la cara y él buscó su boca sumergiéndose en ella con fruición. Su polla se humedeció envidiando explorar un recoveco tan caliente y mullido.

Se escuchó un gemido femenino que hizo que su amigo se sacudiera como queja formal. Martina se dio la vuelta y fue directa a agarrar el borde de su camiseta para sacársela por la cabeza. Quería piel, igual que él. Ambos parecían fascinados con las sensaciones. Interrumpieron el beso para sacarse la prenda y ella bordeó sus pectorales como si jamás hubiera visto unos. Él llevó sus dedos a sus labios. Le metió uno en la boca y tocó su lengua alucinado. Era suave, esponjosa y estaba caliente. De repente, sus ojos coincidieron por un momento.

—Necesito volver a besarte, ha sido increíble —advirtió como si fuera algo inevitable le gustase o no.

Sus bocas se encontraron con un movimiento lento y decadente, mientras la presionaba contra sí donde la espalda pierde su nombre. Un segundo después, la aupó para que subiera las piernas y las envolviese en su cintura y puso rumbo a

su habitación. Curiosamente, en ese momento no pensaba en follársela, sino en acariciarla por todas partes con sus manos, con su boca, con lo que hiciera falta con tal de complacerla.

Se sentó en la cama y lentamente apoyó la espalda. Ella se quedó a cuatro patas encima de él, arqueándose cada vez que sus besos lo demandaban.

Ataviada únicamente con un tanga de color negro, sus manos tenían vía libre

para acariciar con deleite un culo que haría perder la cabeza a cualquiera. De repente, le ganó la posición quedando encima, y su boca arrasó sus pechos mientras ella se movía sinuosa ansiando mucho más. Martina se llevó la mano a

sus pliegues sin poder evitarlo, mientras él seguía concentrado en su tronco superior. Quería darle placer, era su nueva misión en la vida. Todo lo demás había pasado a un segundo plano. Al percatarse de que estaba efectuando

movimientos para quitarse las braguitas, deslizó una mano por su tripa y la ayudó hasta lograr su objetivo. Fue inevitable que un dedo curioso estudiara la zona mientras se tragaba un gemido de sus labios y notó que iba a reventar sus

vaqueros si no se desabrochaba los botones. Leyéndole la mente, ella comenzó a

hacerlo y pronto estuvo también desnudo. Martina no dejaba de moverse y de acariciarse como si necesitara desesperadamente algo, y él no dudó en dárselo.

Se encajó entre sus piernas de rodillas con la espalda recta, abriéndoselas de par

en par y las colocó por encima de los muslos de él. No sabía qué hacer ante semejante templo. Su miembro estaba húmedo y comenzó a restregar la punta

contra su clítoris aprovechándolo. Ella se volvió loca. Se estaba volviendo un adicto a darle placer. Solo estaba rozándola superficialmente, masturbándola con

movimientos de arriba abajo sin llegar a entrar en ella. Tenía un pulgar en su monte de Venus controlando ese movimiento específico. Y cuando comenzó a

gimotear desesperada, tuvo que hacer un esfuerzo por retenerse, uno que no logró controlar y le llevó a introducirse en ella hasta el fondo cuando no pudo aguantar ni un segundo más. Ambos gritaron a la vez. No había vuelta atrás, así

que comenzó a embestir con fuerza, presionando los dientes mientras luchaba contra un inoportuno orgasmo que pidió asistencia en cuanto se sumergió en ese

bucle de goce incalculable. Lo que estaba sintiendo era demencial. Un placer que



no podía explicar. De pronto, necesitó besarla de nuevo. Se acercó a ella y se llevó consigo una de sus piernas permitiendo una intrusión mucho más profunda.

Se besaron con fanatismo y él empujó más fuerte llevándola al límite.

—¡No pares...! —gritó desbordada—. ¡Estoy a punto!

Lejos de parar, continuó con fiereza y sintió que ella se corría clavándole las uñas en sus hombros.

—¡Joder! —gritó él imitándola, rindiéndose a las contracciones que sentía alrededor de su polla.

Cuando todo terminó, salió con cuidado de ella y se escabulló al baño. El espejo le devolvía una mirada que sabía muy bien lo que acababa de hacer: alcanzar el nirvana del sexo.

De repente, los remordimientos se esfumaron. No estaba preocupado por haber practicado sexo sin protección ni por las consecuencias negativas que tendría en su relación, solo estaba deseando volver a un estado de éxtasis total. Sentía una dependencia devastadora de una droga llamada Martina, que solo podía aliviarse tomando más de dicha sustancia.

Volvió a la habitación y buscó su boca como un bebé busca el pecho nada más nacer. Desorientado, con ansiedad, con un desespero instintivo que sabe que lo que recibirá es de algún modo necesario para seguir viviendo. Se sentó en medio de la cama y ella se acopló a su cuerpo abrazándole sensualmente. No rompieron el beso ni para hablar.

—Te necesito... —dijo ella contra su boca.

—Yo también —gruñó él.

Sin apenas buscarlo, su miembro volvió a encajarse en su interior. Y

disfrutaron de cada roce, cada beso y cada orgasmo durante más de cuatro horas.

En ese momento era como si se amaran de verdad. Como si solo existieran ellos.

Todo lo demás era molesto, incómodo, no significaba nada. Sin embargo, cuando

despertaron a las ocho de la mañana, todo fue muy distinto.

Cuando ella abrió el ojo, él ya tenía puestos los calzoncillos. Se visitó en silencio, sin dejar caer un miserable buenos días.

—¿Te vas? —preguntó ella con turbación.

—Sí... eh... bueno... esto ha sido...

—Una noche loca —terminó ella.

—Sí, bastante... Creo que... sinceramente, creo que íbamos o muy borrachos o drogados, ¿no crees?

—Yo voto por lo segundo, porque no creo que hubieras funcionado tan bien si estuvieras... tan borracho.

—Sí, bueno... —contestó avergonzado.

Un flash de su insólita resistencia y lo mucho que Martina la había disfrutado cruzó su cerebro.

—¿Estás bien? —preguntó de repente preocupado—. He sido un poco bruto en algunos momentos... pero es que no podía parar...

—Sí... estoy bien, aunque tendré que... tomar la píldora del día después —contestó apocada.

Su estómago dio un vuelco. «Dios santo...».

—Lo siento mucho. Yo...

—No te tortures, estábamos drogados. Al menos somos nosotros y no un desconocido, ¿no?

—Sí —atajó él rápidamente—. Bien visto.

—¿Tú estás bien? —preguntó ella confusa.

—Sí, sí. Muy bien, todo genial. O sea..., sin problema. Tengo que irme... Nos vemos, ¿vale?

—Vale. Adiós... —respondió apenada.

Él había ido recogiendo su ropa y amontonándola en las manos para poder abandonar la habitación cuanto antes. Se vistió a toda prisa en el salón y se fue a casa sabiendo que estaba en problemas.

¿Había dicho: «Sí, muy bien, todo genial, tengo que irme»? ¡A quién se le ocurría decir eso! Solo a un tío que, sin ningún atisbo de duda, no lo estaba.

Debería haberle contestado: «Martina, cariño... ¡qué locura, ¿verdad?! Espero que esto no cambie nada, seguimos siendo amigos, ¿no? ¡Así me gusta!».

En lugar de eso, habían terminado hablando de la jodida pastilla del día

después. ¡Era un cerdo! Un tío que, por muy drogado que estuviera, le tendría que haber dado el coco para pensar en unas consecuencias de ese calibre ¡con su

mejor amiga nada menos! Se pasó las manos por el pelo. No dejaba de tener flashes de la noche anterior, de sus cuerpos rezumando un placer intenso. Se olió

a sí mismo y reconoció el aroma de ella. Sus piernas le llevaron directo al baño

para darse una ducha antes de empezar a volverse completamente loco.

«¿Qué coño había pasado?», aparte de actuar como dos gatos en celo

restregándose durante horas. El sexo había sido impresionante, hasta ahí todos de acuerdo. ¿Cuál era el problema entonces? Que había visto en su cara que quería más. Esos ojos rogándole que se quedara y le dijera que había sido la

mejor noche de su vida. Esa expresión triste que no había podido disimular cuando le había dicho que se iba... La conocía demasiado bien, por el amor de

Dios... Y esa maldita noche loca sería el final de su amistad, sencillamente, porque uno de los dos sentía algo. ¿Estaría enamorada de él? Se tapó la nariz y la

boca con las manos y comenzó a preocuparse de verdad. Puede que Manu

tuviera razón. Puede que llevara años calentándola sin darse cuenta.

Se metió en la ducha hecho un mar de dudas. Claro que era una chica

guapísima y simpática, y desde luego que era muy capaz de ponérsela dura, pero

ahí terminaba todo. Martina era intocable y él no era libre. ¿De dónde salía eso?

Su mente era una batidora: Noa, La Mafia, incluso Manu como mejor amigo de Martina. Sentía que se había saltado todas las reglas, pero estaba drogado...

«Entonces, ¿por qué me siento tan mal?», pensó confuso.

Porque, muy en el fondo, quería follársela una vez y lo había conseguido.

Dios..., esa era la puta verdad, pero había ocurrido sin proponérselo, con la excusa perfecta para luego frenarlo con una justificación educada, pero lo había

hecho... y que ella no tuviera derecho a enfadarse con él, le ponía enfermo.

Desayunó algo y se metió en la cama de nuevo, pero le resultó imposible

dormir. Casi una hora después, oyó la puerta y se alegró y asustó a partes iguales, porque tenía que hablar con Manu de todo aquello. Necesitaba contarle

cómo se sentía, pero sería difícil ser del todo sincero con él porque sabía que le

tenía mucho aprecio a Martina. A veces, era consciente de apoyarse en Manu para reforzar una cuadriculada teoría que quería pensar que era cierta, y el pobre

nunca le llevaba la contraria, aunque tenía la esperanza de que alguna vez lo hiciera.

## Capítulo 17

### *KILL BILL*

#### Manu

Decir que salté de la cama sería el eufemismo del siglo.

Más bien, salí despedido como si acabara de explotar algo cerca y las ondas expansivas me hubieran impulsado fuera del colchón. Dejé atrás ese nido de serpientes que me incitaban a pasarme las próximas horas paladeando el fruto prohibido una y otra vez. Salir de esa habitación fue el ejercicio de fuerza de voluntad más grande que había hecho en mi vida.

Madre mía... La estaba cagando hasta un punto sin retorno. Necesitaba saber si

había sucedido algo entre Martina y Diego. Tenía la esperanza de que eso me diera una tregua, de que exonerara un poco la culpa. Esos labios, esos pechos, su

sabor... me parecía imposible haber podido parar la noche anterior. ¡Era un puto

héroe! Por mucho que me lo contaba, no me lo creía, pero daba gracias a los dioses.

Lo primero que hice fue pasar por el bar Mafiosos a desayunar, pero no me entró más que la mitad de

un café solo. Estaba de los nervios. Le escribí un WhatsApp a Martina, diciéndole que necesitaba hablar con ella y decidí esperar

pacientemente mirando el móvil cada cinco segundos. Solo eran las ocho de la mañana.

Había dormido un par de horas como mucho, si no lo hacían ellos, me mataría la falta de sueño, pero no podía descansar; y no podía levantarme a su lado con una Black and Decker entre las piernas y no taladrarla hasta el infinito y más allá.

Para mi sorpresa, poco después, Martina me escribió diciendo que pasara por su casa cuando quisiera.

Volé con la moto. Ni siquiera me despedí de nadie al abandonar el bar. Subí de dos en dos los cuatro pisos hasta su casa por no esperar el ascensor y llamé al timbre jadeante, apoyando una mano a cada lado de la jamba.

—Hola —dijo al abrir la puerta.

—¿Os habéis acostado? —Ni siquiera me moví.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó extrañada.

Cerré los ojos y dejé caer la cabeza recibiendo una absolución invisible.

—Cuéntamelo todo —dije entrando en su casa.

—¿Has sido tú? —preguntó herida.

—¿A qué te refieres?

—A que si fuiste tú el que nos puso algo en la bebida. Estábamos completamente drogados...

Me callé otorgando con el silencio.

—Joder, Manu... —dijo presionando sus lagrimales con dos dedos.

—Necesitabais un empujón...

—¿Un empujón?! —gritó furiosa—. ¡Terminamos follando sin condón y se

corrió dentro! He tenido que ir a comprar la pastilla del día después.

—¿No jodas?!

—¡Pues sí!, ¿sabes cómo íbamos? ¡¿Qué coño nos diste?! —preguntó enfadada.

—Cuéntamelo todo, por favor. Pensaba que aún así ibas a estar más contenta...

—me lamenté.

—¡Estaba flipada! No hemos parado en toda la noche, pero esta mañana sin los efectos de la droga, ¡todo se ha ido a la mierda! —exclamó haciéndose bola en el sofá.

Me senté a su lado sintiéndome culpable y la abracé.

—Lo siento... pensaba que os haría un favor. Cuéntame qué ha pasado —dije atrayéndola hacia mí y abrazándola.

Ella se dejó y se adaptó a mi pecho desolada.

¿Era cierto? ¿Acababa de joderle la vida a mi mejor amiga? Al preguntar si se habían acostado, pensaba que me respondería con una sonrisa que no le cabría en

la cara, pero me equivocaba.

—Lo que pasa es que anoche follamos como locos y esta mañana no parecía arrepentido, más bien se parecía a ti cuando has cumplido tu misión y no quieres estar ni un solo segundo más en casa de tu cita —explicó llorosa.

—¿Qué? ¡No, Martina! Diego no es así...

—¡Manu, despierta! ¡Nos conocemos de sobra! Se nos nota todo en la cara. E

igual que yo he notado que no quiere nada más conmigo, él habrá notado que estoy pillada hasta la médula. Lo sé, lo he visto en sus ojos. Esa culpabilidad...

—comenzó a llorar.

—Eh... joder, Martina... —pensaba que me echaba a llorar yo también. Me

sentía un egoísta. Yo mismo había orquestado todo aquello y me daba miedo pensar que podía haberlo hecho pensando también en mi beneficio. Porque ahí estaba... arraigada en lo más profundo de mi ser, una microscópica esperanza pidiendo a gritos que mis amigos se enamoraran tan locamente que yo tuviera una mínima oportunidad para explorar lo que tenía con Noa.

Recordaba haberles visto bailando varias veces después de la ronda de

chupitos, e imaginé la secuencia como si hubiera sido un observador de la historia mientras me la contaba.

—Mierda, Martina. Algo así no puede no haber significado nada...

—Es sexo, Manu. ¿Cuántas chicas han pensado que sentías algo por ellas mientras soltabas un alarido de placer al correrte?

Mi silencio fue dañino, pero Diego no era como yo.

—Diego no es como yo. Yo no tengo corazón.

—Diego es un hombre. Tú mismo lo dijiste.

—Hablaré con él.

—¡Ni se te ocurra! —dijo poniéndose seria y alejándose de mí—. Creo que me

lo debes, Manu. No quiero que sepa que hemos hablado. Si te lo cuenta, actúa como si no supieras nada.

—No creo que me lo cuente...

—Tienes razón en una cosa —dijo levantándose—. Él no es como tú. Te

contará lo que ha hecho esta noche. Sin embargo, tú te lo callarás. Aunque para mí, lo llevas escrito en la cara. Y que vengas corriendo a comprobar cómo nos ha

ido, solo lo confirma —masculló andando hacia su habitación—. Gracias por tu

gran y desinteresada ayuda, nos vemos —zanjó cerrando la puerta con fuerza.

Cerré los ojos y me odié a mí mismo. No podía ser sincero con Diego, tampoco

podía contarle nada a Noa, y Martina acababa de dejarme claro lo que opinaba

de todo el asunto.

Me fui a casa y, poco después de entrar, Diego apareció en el salón.

—Eh... —saludó.

—¿Cómo estás? —pregunté cauteloso—. Anoche no os despedisteis.

Él resopló y se dejó caer en el sofá echando la cabeza hacia atrás.

—Anoche metí la pata —soltó a bocajarro.

—¿Por qué?

—Me acosté con Martina —dijo sin florituras—. ¡Y antes de que digas nada!

No fue solo el alcohol, estábamos drogados, estoy seguro. A saber qué meterían

en nuestra bebida porque apenas era dueño de lo que hacía. Estuve un rato acariciándola como si fuera un cisne antes de follármela como un animal —dijo

tapándose la cara.

La comparación me hizo gracia y no pude evitar sonreír. Me alivió un poco saber que, al menos en algún momento, ella habría disfrutado bastante. Sabía que a Martina le gustaba duro, y si era el hombre que amaba el que se lo hacía,

mucho mejor.

—Joder, sabía que pasaría... —sonreí.

—Lo extraño es que no hubiera ocurrido ya...

—¿Te gustó?

—¿Tú qué crees? Ha sido el mejor sexo de mi vida. Un puto viaje psicodélico

insaciable... Solo espero que podamos seguir siendo amigos... porque no lo veo

nada claro... creo que... puede que sienta algo por mí.

—¿Qué? ¿Por qué lo dices? —dije con cara incrédula cagándome en todo.

¡¿Cómo cojones lo sabía?!

—Porque me pareció verlo en su cara, en sus gestos, no sé... ¿Esas cosas se pueden fingir?

—Si dices que estaba bajo el efecto de una droga, todo es posible.

—Yo en ese momento me sentía como si estuviese enamorado de ella, así que

imagínate... No me consta que una droga pueda provocarte una sensación así.



—Muchas de las sensaciones que experimentamos estando borrachos o drogados son manifestaciones de nuestras expectativas... Si esperamos ponernos cachondos y follar, seguramente nosotros mismos cumpliremos esa profecía.

—¿Qué insinúas?

—Que querías hacerlo. Puede que desde hace tiempo. Solo necesitabas un empujón. La alquimia sexual sí que no se puede fingir. Los mejores resultados de un viaje de ácido son cuando lo haces con la persona amada.

—Pero... yo no la quiero —objetó confuso—, es decir, sí, la quiero mucho, claro, pero como amiga.

—¿Estás seguro? A veces la línea puede ser muy fina...

Él se quedó pensativo un segundo y mis esperanzas se reavivaron por un momento.

—Esa parte de mi corazón está ocupada...

«Puff...»

—¿Te refieres a Noa?

—Claro.

Me hundí un poquito en la miseria. Todo estaba saliendo mal. Ese día empezaba a escalar puestos en el ranking de jornadas para olvidar.

—¿Y por qué anoche no fuiste a por ella? —me quejé.

«Nos habríamos ahorrado un montón de problemas».

—Quiero darle tiempo, no tengo prisa.

—¿Y si conoce a otro? —dije desafiando su seguridad.

—Ahora mismo no está en ese punto. Acaba de salir de una relación, necesita tiempo para rehacerse a sí misma. Si ocurre algo ahora, será de transición.

Cuando se aclimate y esté lista, vendrá a mí. Estoy seguro.

—¿Por qué estás tan seguro? —pregunté con una opresión en el pecho.

—Porque lo nuestro está por encima de todo. De noches de sexo loco, de viajes

a Nueva York que duran años, de cualquier otra persona que entre en nuestras vidas. Nunca romperemos ese vínculo, hemos estado juntos más de media vida.

Ha sido más mía que de nadie.

Tocado y hundido.

Mi ánimo cayó lentamente en una de esas grietas oceánicas tan profundas que

llegan a miles de kilómetros de la superficie. Un fundido a negro lo ocupó todo.

Ya no saboreaba sus besos ni sentía la delicada piel de sus pechos en mi boca ni

recordaba la suavidad del más increíble rincón de su cuerpo. Nada. Todo

borrado. Y, en ese momento, di gracias a Dios por no haber llegado más lejos con ella. Por no quedarme tan insensibilizado que ni siquiera hubiera notado una

cuerda entre mis manos para poder salir algún día trepando poco a poco de esa

profunda falla. Diego había sonreído de una forma que hizo añicos al momento

cualquier esperanza que pudiera tener con Noa. ¿Cómo iba a arrebatarla?

¿Cómo iba a ser feliz a costa de mi mejor amigo? De alguien que quería más que

a mi propia vida... Me habría apostado mi mano derecha a que jamás le

traicionaría, nuestra unión iba más allá de cualquier chica y, ahora mismo, me merecía ser manco. No podía seguir con todo aquello.

—Qué cagada, tío —continuó—. Necesito a Martina. Sabes lo importante que es para mí su amistad... y trabajamos juntos. No sé qué coño voy a hacer.

—Tranquilo —intervine saliendo del trance—. Estoy seguro de que ella piensa lo mismo. Si sintiera algo por ti, me lo habría dicho. Me lo cuenta todo.

—Tantéala, por favor —dijo suplicante—. Ojalá pudiéramos hacer como si esto nunca hubiera ocurrido. No puedo hacerle daño a alguien como ella.

—¿Qué quieres decir?

—¿Romperle el corazón a alguien con problemas de corazón? Es el colmo...

—opinó contrariado—. Podríamos hacer como si no hubiera pasado...

—Ignorarlo no funciona. Nada fija más una idea en la mente como el deseo de olvidarla. Bromear sobre ello con naturalidad y seguir con vuestra vida será mejor.

—Tienes razón. Gracias, tío —dijo palmeándome la espalda—. Por cierto,

¿qué tal tú anoche? ¿Mucho trabajo? ¿Cómo terminasteis Noa y tú?

Me quedé helado y comencé a sudar. Una mala combinación. «¡Disimula joder, Manu!», me zarandeó mi cerebro. Por un monstruoso momento deseé contárselo todo. Decirle que había intentado resistirme y que era superior a mis fuerzas, pero no pude... y solté la siguiente frase sintiendo como mil cuchillos se clavaban contra mí.

—Bien, ya sabes...

—¿Has dormido con Olivia? ¿Cuándo vas a presentármela? Esta noche podría venir al local, estar los cuatro. Noa, tú, ella y yo.

—Eh, no sé... trabaja el fin de semana. —Sentí que me ahogaban las mentiras.

Que no cabía una más entre nosotros. Que había dicho la última. Y me preparé para defraudarle como nunca.

—No creo que trabaje a las dos de la mañana, ¿verdad? Díselo. Me vuelvo a la cama, estoy agotado, no he pegado ojo... ¡Y no empieces a vacilarme! —sonrió perdiéndose en su habitación.

Lo último que me apetecía era mofarme de todo aquel asunto. Estaba de

mierda hasta el cuello, en todos los sentidos. Tenía la cabeza como un bombo y

el corazón hecho trizas. Necesitaba dormir, descansar y tomar decisiones para afrontar aquella noche de sábado. Sabía que Noa me estaría esperando para

comer en casa, pero era incapaz de encerrarme con ella en ese piso y no terminar

desnudos y jadeantes. Era un jodido secreto a voces, una fuerza imparable. Sin

embargo, anoche lo había conseguido... Quizá lo único que hiciera falta era

hablar con ella y, si no atendía a razones, pasar al plan B: cabrearla para alejarla de mí.

Mal dormí casi tres horas y me desperté con una sensación extraña. Estaba inquieto. Llamé a Noa y dejé que notara en mi voz cuánto lamentaba no poder ir

a comer a casa, pero necesitaba solucionar varias cosas antes de enfrentarme a ella para poner fin a nuestras intenciones. Toda la situación era un jodido disparate, aunque por encima de todo, me dolía que Martina estuviera sufriendo.

Bajé a su casa por las escaleras y oí la música a todo volumen retumbando en las paredes desde el rellano. Chasqueé la lengua, porque solía hacer eso cuando necesitaba acallar sus demonios. El tema que sonaba era más que suficiente para

saber cómo se sentía. Aporreeé la puerta sabiendo que llamar al timbre no serviría de nada y, un minuto después, oí un ruido al otro lado.

Seguí llamando insistente y la puerta se abrió, pero no vi a nadie hasta que bajé la vista al suelo. Martina estaba detrás, con la cara demacrada de tanto llorar. La

levanté y la abracé con fuerza mientras la música me ensordecía. Era un tema de

Pink que a ambos nos encantaba, *Fuking perfect*, y que venía muy al hilo de nuestro pequeño trauma.

*Por favor, por favor, no, preciosa... nunca te sientas*

*como si fueras menos que jodidamente perfecta.*

*Por favor, linda, nunca te sientas como si no fueras nada.*

*Tú eres perfecta para mí.*

—Eres jodidamente perfecta —murmuré en su oído—. ¿Me oyes?

—No me quiere... —sollozó con la voz rota—. Me ha follado y se ha ido, como todos.

Cerré los ojos y me sentí fatal. Odié a Diego por ser tan descuidado y me odié

a mí mismo por equivocarme tanto y tantas veces con ella haciéndola sentir que

era ese tipo de chica.

—Escúchame, por favor —dije secándole las lágrimas—. No lo hagas. No te

hagas esto... ¿Sabes cuánto vales? Si él no lo ve, es su problema.

—No. La culpa es mía, yo sabía que su corazón era de otra.

—Eso es lo que cree. Ya sabes lo cuadriculado que es. Está obcecado con eso, pero pronto se dará cuenta de que todo es humo. Noa no quiere estar con él, lo sé...

—¿Lo sabes porque quiere estar contigo?

—No. Lo sé porque quiere acostarse conmigo y se la sopla que sea su mejor amigo. Noa nunca querrá a nadie, es puro instinto, el amor de su vida es su trabajo... —me sorprendí diciendo. Pero era a las conclusiones que había

llegado leyendo sus *e-mails*. Sí, sus múltiples *e-mails*, no solo el primero que le envió a Diego desde Nueva York; y no, no estaba especialmente orgulloso de ello.

—¿Entonces no os acostasteis anoche? —preguntó confundida.

—No. No llegamos hasta el final, y no vamos a hacerlo. Lo siento mucho, Marti. Todo esto es culpa mía —sentencié afligido.

—No. He tocado fondo, Manu. Gracias a ti. Tengo que seguir con mi vida,

llevo demasiados años bailándole el agua a Diego. Es hora de que empiece a vivir sin tenerle en cuenta.

—Me ha dicho que no quiere perderte... —musité.

—Ya —sonrió irónica caminando hasta el sofá para apagar la música—. Qué

bonito, pero ¿sabes? En la vida no se puede tener todo. Hay que elegir, y, normalmente, la elección está entre lo que quieres y lo que necesitas. Yo necesitaba tenerle en mi vida y por eso renuncié a lo que realmente quería; y a ti

te pasa lo mismo: vas a renunciar a lo que quieres, porque le necesitas más a él.

Basta ya, Manu. Te recomiendo que te tires a la piscina y que sea lo que Dios quiera. Si no lo haces, vas a sufrir mucho a su lado por todo lo que ya ha pasado

entre Noa y tú. Tu amistad con él está rota. Vuestra confianza, destruida. Aunque

él no lo sepa, tú sabes la verdad. Hagas lo que hagas, estás jodido. ¿De verdad

quieres vivir así?

—No sé qué hacer —resoplé sentándome en el sofá sujetándome la cabeza—.

Estoy metido en un puto lío enorme. Más grande de lo que crees.

—¿Qué no me estás contando?

—Algo en lo que prefiero no involucrarte.

Puso una cara extraña, pero lo dejó pasar.

—Habla con Diego. Dile que te sientes atraído por ella y que te está dando pie.

A ver qué hace, que lo solucionen entre ellos.

—No puedo pronunciar esas palabras —lamenté cerrando los ojos—, me es

físicamente imposible. Mi plan era estar con ella y cuando se nos pasase el calentón, porque es lo que es, volver a la normalidad.

—La verdad tiene la fea costumbre de salir siempre a la luz, ¿no lo sabías?

—Entonces no puedo hacer nada más con ella. Si esto se sabe, alegraré que no recuerdo nada o que la confundí con otra.

—Manu..., no creo que esto sea un calentón, al menos por tu parte. ¿Quién se toma tantas molestias por un coñito más? Estoy intentando que no la pifies con Diego, ¿vale?, porque no se puede engañar a dos cuerpos que se buscan, y más vale que vuestra atracción sexual explote en una detonación controlada o salpicaréis bastante... ¿no te parece?

«Dios...».

—Tengo que irme —dije levantándome del sofá.

—Se te ha puesto dura, ¿no? —sonrió ladina.

—Qué bien me conoces... —mascullé en dirección a la puerta con ella en mis talones. La abrí y me giré.

—Esta noche quiero que vengas a la Sala VON.

—Ni de coña. Tengo planeado pasarme el día de malhumor, y esta noche, de bajón comiendo helado y nata montada directamente en la boca.

—Es sábado. Te quiero en el club con un vestido el doble de bestia que el de ayer y con una sonrisa en la cara porque acostarte con Diego te pareció lo más gracioso del mundo.

—Ni lo sueñes.

—A las doce. No llegues tarde.

—No cuentes con ello. —Y cerró la puerta con un golpe seco.

«¿Quién no podría adorarla?», pensé sonriente.

A veces, cuanto más te interesa una persona, menos dejamos que nos conozca de verdad. Le negamos el acceso por miedo a que no le guste cómo somos. ¿Se puede ser más estúpido? No. Es que cuando por fin te decides y le das lo mejor de ti, es cuando más te decepciona.

## Capítulo 18

### *INSTINTO BÁSICO*

#### Manu

Entré en el ático y la encontré en el sofá viendo *Juego de Tronos*.

«¿No podía haber estado viendo *Sálvame*, o algún otro programa de los que odio a muerte?», agonicé.

—¡Hola! —exclamó risueña al verme.

—Hola, ¿por qué estás tan contenta? —pregunté con la sonrisa en la boca sentándome en el sofá enfrente de ella.

—Porque... —Se levantó del suyo y trepó hasta mi regazo para terminar sentándose a horcajadas sobre mí— Has vuelto... —dijo depositando un suave beso en mis labios—, y... ¡Joffrey ha muerto! —exclamó subiendo los brazos a

modo de victoria.

Una carcajada escapó de mis labios y le acaricié los muslos sin poder evitarlo.

—¿Ah, sí? ¿Ya vas por la cuarta temporada?

—Sí, con eso puedes deducir la cantidad de tiempo que me dejas sola —dijo mimosa—. ¡Ha sido un momentazo! Nunca pensé que podría alegrarme tanto de

que alguien muriera.

—Fue una gran pérdida. Era el puto amo.

—¡Cállate! —me pegó divertida, y yo volví a sonreír como un idiota. «Podría acostumbrarme a esto...», pensé ñoño. Aunque era un jodido inhibidor de cordura, no podía disimular cuánto me complacía estar así con ella.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó cerca de mi boca.

—Huir de tus garras —dije mordiéndole los labios.

Ella soltó una risita.

—Pobrecito... —musitó perdiéndose en ellos, y comenzó a besarme como los dos estábamos deseando hacerlo. Acaricié su espalda y suspiré disfrutando de aquel momento, atesorándolo para cuando todo terminara.

—Tenía miedo de que no vinieras... —susurró ella.

—Y yo tenía miedo de venir...

Sonrió levemente, pero su mueca se deshizo en mis labios cuando continué besándola intensamente.

—¿Por qué anoche quisiste esperar? —preguntó seria—. Me gustaría

saberlo... quiero conocerte aquí dentro —dijo apretándome el pecho con una

mano. Yo puse la mía sobre la suya y volví a besarla, era incapaz de dejar de hacerlo y quería pensar bien esa respuesta. Ni mentirle ni desvelarle nada que no

nos atañera a nosotros.

—Porque, aunque esto sea solo física y química, no puedo olvidar que eres tú.



Te conozco desde siempre... y quería que fuera especial. Lo del despacho fue un poco...

—Ya lo sé —dijo acariciándome el cuello.

Volví a besarla con más ganas y su respiración cambió. Mis manos bucearon por debajo de su camiseta acariciando su cintura y sus costillas, descubriendo que no llevaba sujetador. Gemí contra su boca por la sorpresa y ella se adaptó más a mí. Le quité la prenda y me enterré en sus pechos. Los chupé con devoción, intentando no arrancárselos y ella se arqueó necesitada de mis

caricias. Ya estaba perdido. No habría podido parar ni aunque Diego hubiera estado observándonos en medio del salón con las manos en la cintura y

golpeando un pie contra el suelo repetidamente.

Noa metió la mano entre nuestros cuerpos y empezó a desabrocharme el

pantalón. Si seguíamos así, nuestra primera vez sería en un sofá y nos

merecíamos más que eso. Me levanté y cogí su mano para poner rumbo a mi habitación con convicción. Sin embargo, una vez allí, la seguridad me abandonó

al ver la majestuosa cama que pronto mancillaríamos.

Me quedé bloqueado mirándola a los ojos, manteniendo una conversación

silenciosa sobre lo trascendente que me parecía ese momento. Ella unió los puntos y actuó. Era muy buena sacando conclusiones. Se acercó a mí y comenzó

a desabrocharme la camisa con calma sin perder contacto visual. La bajó

despacio por mis hombros mientras acariciaba mi cuerpo. Con ese simple gesto

ya me tenía jadeando.

Nunca había sido especialmente cariñosa con Diego y verla siéndolo conmigo

era algo que me llamaba soberanamente la atención. Sin embargo, desde que

había vuelto de Estados Unidos, su lado intrépido era el que más me había atraído. Me excitaba y asustaba a partes iguales. Era una nueva faceta que me estaba empezando a gustar demasiado: verla disparar, quitarle importancia a sus

pesadillas, esperar un ataque cuerpo a cuerpo de su perseguidor, que buscara mis

labios cuando la tenía aprisionada, verla entrar en el despacho y apoyarse en la

puerta... Era una versión libre y valiente de ella que hacía que me dieran ganas

de morirme por no haber visto todo lo que escondía en su interior. Y ahora esto... verla siendo capaz de mantener el control cuando estábamos a punto de

dar un paso definitivo y yo había perdido las fuerzas por momentos ante la intensidad de lo que estaba sintiendo.

Desabrochó mi pantalón y me bajó toda la ropa mientras observaba mi cuerpo

desnudo. Se encajó en mí rozando sus pechos contra mis costillas y el contacto

me provocó un escalofrío. Subió las manos y se soltó el recogido que llevaba. Su

pelo siempre me había fascinado. No pude evitar meter los dedos entre la maraña

y besarla con una dulzura que jamás creí posible en mí.

Ella misma hizo resbalar su ropa interior hasta los pies, dejándola abandonada

en el suelo y, de repente, se tumbó en la cama extendiendo una mano,

invitándome a unirme a ella. Como si supiera que sin ese gesto hubiera sido incapaz de moverme.

Avancé hacia ella y me acomodé entre sus piernas hasta llegar de nuevo a sus seguros y conocidos labios. Me notaba excepcionalmente

nervioso. Toda esa piel en contacto... tan suave, tan tersa... La tenía tan dura que temía que cualquier roce severo la hiciera explotar como si fuera dinamita.

Ella rodeó mi cintura con las piernas y nuestros sexos se rozaron mientras nos besábamos.

Gemí rompiendo el contacto con sus labios y me puse a temblar solo de notar

fugazmente su humedad. Escondí la cara en su pelo e intenté mantener la calma mientras el corazón me iba a mil por hora. Nos movimos un poco y, de pronto,

encajamos. Jadeé al sentir como su cuerpo me absorbía hasta el fondo y ella gimió aliviada. Encontrarla tan resbaladiza me maravilló y las primeras

embestidas resultaron tan placenteras que me entraron ganas de llorar. La besé sobrepasado. Todo mi cuerpo se sostenía en una tensión desconocida que iba más allá de lo físico. Era todo tan emotivo... y en ese momento lo supe: estaba

haciéndolo... por primera vez en mi vida estaba haciendo el amor, y distinguirlo

me pareció turbador. Atrapé su boca con vehemencia y nuestras lenguas se

acariciaron con pasión. Para mi vergüenza, no iba a aguantar mucho. Rompí el beso porque necesitaba acelerar urgentemente, era un placer tan inesperado... y de repente, me di cuenta: no me había puesto condón.

«¿Qué coño estoy haciendo...?!», pensé aterrorizado.

—Noa —farfullé incapaz de detenerme—, el preservativo... no me he puesto...

—Tranquilo, tomo la píldora.

—Yo nunca... lo había hecho así —jadeé al notar que se formaba un orgasmo justo debajo de mi ombligo al ser consciente de una unión tan directa de su piel contra mi piel.

Ella gimió y rozó sus labios en mi hombro.

—Me gusta eso... —comentó—, sigue, no pares... solo siénteme.

Solté un gruñido y aceleré el ritmo todo lo que pude. Mis manos fueron a sus

nalgas para presionarla más contra mí procurando no perder ni un milímetro del

exquisito placer que me daba poder llegar hasta lo más hondo de su ser. El retroceso era mínimo, solo era un impulso para llegar aún más lejos dentro de su

cuerpo. Quería clavarme en ella y no volver a salir jamás. La oí jadear mi nombre, mi nombre real, como si significase algo especial para ella y perdí la cabeza. Estaba a punto de cederle el control a mi cuerpo, cuando musitó:

—Me corro... —Y yo me abandoné a mi suerte.

Caí en una espiral de delirio al dejar de retener mi orgasmo y la presión que ejercía el suyo saqueó toda mi esencia. Casi me pierdo en el limbo de un placer

tan crudo. Aquello era excesivo. Una experiencia metafísica. Un ritual en el que

entendí la expresión «hacerla mía» porque sentía que la había marcado, que le había dejado mi sello. Mi firma. Mi alma.

Me entró pánico. Salí de ella y me dejé caer a su lado abrumado y algo avergonzado.

«¿Quién era ese tío que acababa de empezar y terminar un polvo con el puto

misionero?»), lamenté.

Habíamos pasado de un asalto de tarifa reducida para una descarga rápida y eficaz en mi despacho, a hacer una performance de la escena de sexo de la película *¿Conoces a Joe Black?*. Quería morirme, y acto seguido prenderme fuego para que no quedara nada de mí.

Me levanté de la cama y huí al excusado para no tener que soportar oír un: «Ha estado bien...», en contrapunto a las típicas frases que solía escuchar como:

«¡Ha sido la hostia!»

Salí del baño y me pareció muy *hardcore* irme de la habitación, así que me senté en la cama dándole la espalda.

Ella se cernió sobre mí y se quedó agarrada como el koala que era.

—¿Estás bien? —preguntó cautelosa.

—Sí —dije bajando la cabeza.

La chica tenía dos carreras, tendría que esforzarme un poco más si quería convencerla.

—No te preocupes por lo del condón. No te voy a hacer padre, ¡lo juro! —

bromeó.

Así que pensaba que eso era lo que me ocurría. Genial, porque esa era otra. No sabía qué me alteraba más: si el hecho de descubrir que hacerlo sin condón me convertía en un probable caso de eyaculador precoz o pensar que no me importaría en absoluto que se quedara embarazada.

Apreté los ojos con fuerza y recé para dejar de razonar como alguien que esnifa pegamento.

—Ha sido la hostia —soltó de repente sorprendiéndome. Levanté la cabeza y la miré extrañado—. Ha sido como la primera vez que todo el mundo tiene perfeccionada en su cabeza. Estoy impresionada. Ahora entiendo a qué venía tanto revuelo contigo en la universidad —sonrió pilla.

No pude evitar sonreír. ¿Cómo lo conseguía?

Tiré de ella con fuerza para que cayera en mi regazo y empezar a hacerle cosquillas. Gritó encantada.

—¿Así que no lo entendías?

Ella soltó una risotada.

—¡Para, no soporto las cosquillas!

—Ya lo sé —sonreí travieso clavándole los dedos.

—¡Basta! —chilló.

Hice una pausa en mi ataque y me miró divertida y jadeante. Era increíble. Me tenía embelesado y no podía frenar mis sentimientos.

—No volveré a empezar si me respondes a una cosa...

—¿Qué cosa? —preguntó emocionada por el desafío.

—¿Quieres repetir?

Y sin dejarle tiempo para responder, encajé mi boca en la suya y le demostré lo hambriento que seguía de ella. Me tumbé de nuevo y la arrastré encima de mí.

Mis labios se desviaron a su cuello y noté cómo se encendía para mí. Verla tan predispuesta me puso en órbita de nuevo, y volví a penetrarla siendo testigo de

su cara cuando se sintió colmada por mí. Tragué saliva y sentí que estaba firmando mi sentencia de muerte. La vi cabalgarme durante un par de minutos con movimientos sensuales. Yo acariciaba su tripa, sus pechos, toda la piel que

alcanzaba, porque hacerlo me provocaba un inmenso placer que rebotaba de manera sustancial en ella.

La observaba casi sin parpadear. Era poderosa, ingobernable, puro instinto.

Reconocí el peligro y volví a sentirme pequeño. «Se te pasará, Manu», me animó mi cerebro. Solo era una fase de subidón. Tenía que serlo. Iba a serlo.

Entramos en el club sobre las once de la noche. Dejamos las chaquetas en el despacho y, antes de que saliera, presioné su espalda contra la puerta pegándome a ella.

—Ten cuidado y pórtate bien —ordené serio y excitado.

—Sí, jefe —jadeó mientras le abría un poco la camiseta y rozaba mis labios

contra la cima de sus pechos.

Nos miramos a los ojos recordando todo lo que había sucedido entre

nosotros durante la tarde y arrollé sus labios muy consciente de que terminaría con la cara completamente manchada de carmín, pero me compensaba de sobra.

Iba a pasarme horas deseando hacerlo y quería darme el capricho.

—Eres un bruto —sonrió embelesada.

—Corrección: «Tú me pones bruto».

—Ahora llegaré tarde a la barra porque tengo que ir a retocar tu estropicio.

—Diles que tú misma te lo has buscado por ser tan jodidamente sexy, y

ahora... ¡largo! —dije alejándome de ella antes de que cambiara de opinión.

Se fue rauda y veloz, sabedora de que estaba a medio segundo de no dejarla marchar y sonreí en cuanto desapareció. Cogí un paquete de toallitas y me limpié

la cara recordando las sensaciones del beso. Joder... ese recuerdo iba a darme

alas durante toda la noche, sobre todo cuando viera a Diego intentando

pretenderla.

Hice unas gestiones y aparecí en la sala una hora después. Iba a ser una buena

noche porque, aunque era pronto, ya había jaleo. Se notaba que era el fin de semana de las cenas navideñas de empresa. Había mucho ambiente. Vi a Diego

en la barra hablando con Noa. Ambos sonreían, ella parecía relajada. ¿Cómo coño lo lograba? ¿Por qué no le perturbaba que Diego se enterara?

Me acerqué a él y nos dimos un leve abrazo mientras le palmeaba la espalda.

Me daba pavor que se me notara en la cara que había pasado la tarde enterrado

en el cuerpo del amor de su vida.

—He quedado con Sergio y Miguel —me informó Diego—. Tenían cenas y

luego arrastrarán a la gente hasta aquí.

—¡Genial! —exclamé. Me apetecía ver a esos antiguos compañeros de la facultad.

—Uy, ¡te veo muy feliz! —opinó Diego sonriente—. ¿Y Olivia? ¿Va a venir?

—No lo sé, también tenía cena —improvisé. Miré a Noa y vi cómo sonreía cómplice, pues le había explicado la excusa que estaba poniendo para ausentarme durante las noches de casa de Diego.

—¿Vas a tener toda la noche a Noa en tus dominios o me la dejarás un rato para sacarla a bailar? —preguntó Diego juguetón.

Mis dominios. Toda la noche. Mía. No pude evitar que mini-yo reaccionara a sus palabras.

—Claro, le daré permiso para dar una vuelta, con tal de que después recupere el tiempo perdido —la provoqué.

Ella sonrió de una forma que promovió el estado de mi polla de «morcillona» a una erección en toda regla.

—Si lo debo, lo cumplo con creces, ya lo sabes.

Se me escapó una sonrisa prohibida y Diego se dio cuenta.

—Me encanta veros así —sonrió complacido—, parece mentira.

La culpabilidad bajó mis ojos al suelo.

—Tiene su punto —sonrió ella ufana—, pero es minúsculo, por eso he tardado tanto en verlo.

—Recuerda que yo lo vi primero. Es mío —abogó Diego cogiendo su cubata y dándole un buen trago.

—¡Hola, chicos! —gritó Martina a nuestro lado.

Nos dimos la vuelta y no solté una carcajada de milagro. Diego no tuvo tanta

suerte y escupió todo el líquido que tenía en la boca terminando en un ataque de tos. Tuve que abrazarla para partirme de risa contra su pelo porque no podía aguantar ni un segundo más. Llevaba un vestido que separaría las aguas del Mar

Muerto. Era negro, sin mangas y de una longitud aceptable, unos tres dedos por encima de la rodilla. El problema era que le faltaba un trozo de tela bastante ancho de arriba a abajo que había sido sustituido por un tul negro transparente.

Empezaba en el cuello, bajaba hasta su ombligo y se desviaba hacia una de las piernas evidenciando de forma taxativa que no llevaba ropa interior. Las dos medias curvas perfectas de sus pechos era lo primero que te encontrabas aunque

no quisieras, después un ombligo de lo más tentador y, por último, la inocente franja de piel que une la cadera y el muslo llegando hasta el mismísimo borde del inicio de la ingle. Flipante.

Saludó efusivamente a un Diego estupefacto que apenas le devolvió el saludo y, dejándole atrás, se acercó a Noa.

—¡Hola, guapa! ¿Me pones un gin tonic?

Noa se contagió de su alegría.

—¡Marchando! No me pagues, con ese vestido seguro que alguien te invita.

—Faltaría más, cóbrate los dos —ofreció Diego molesto, poniendo un billete de veinte encima de la barra—. Pensaba que hoy no saldrías, Martina...

—¿Y perderme la mejor noche del año para ligar? —respondió ella alegre—.

Hoy saldrá mucha gente que normalmente no sale, hombres muy interesantes

que se verán arrastrados a los bares después de la típica cena de empresa navideña. Y si consigues atrapar a uno —le explicó a Noa—, te garantizas regalo

en Navidad, un beso el día de Nochevieja y, con suerte, unas flores para San Valentín —se mofó.

—No sabía que fueras tan superficial —declaró Diego serio.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, aunque anoche descubriste unas

pocas —murmuró por lo bajo. Acto seguido, se echó a reír como si hubiera contado un chiste graciosísimo y yo sonreí con tristeza. Lo estaba haciendo genial y los ojos de Diego saliéndose de sus órbitas daban fe de ello.



—¿Tú qué tal? ¿Ya estás enamorado? —me preguntó vacilona volviendo a ignorar a Diego descaradamente. Maldita bruja, sabía leer perfectamente mi cara poscoital.

—Todavía no —mascullé contrariado.

—Pero le debe de quedar poco —terció Diego—. Lleva toda la semana durmiendo fuera.

—No te quejes —le interrumpió ella con sorna—, tienes la casa libre para llevarte a quién quieras esta noche y hacerlo por todo el apartamento. Y

hablando de eso, voy a saludar a Alex, ¡luego nos vemos! —dijo dejándonos atrás y escabulléndose con maestría.

«Muy bien, nena».

Vi cómo Diego la seguía con la mirada y levantaba una ceja anonadado cuando la vio inclinarse en la barra para acariciar la cara de Alex. Tras murmurarle unas palabras, le robó un lascivo y escueto beso que prometía cosas muy interesantes. Puse los ojos en blanco mentalmente y le otorgué un merecido Oscar. Diego, por su parte, apuró su copa con ansiedad.

Cuando llegaron nuestros antiguos compañeros de clase, volví a la barra para ayudar a atender a las hordas de gente que entraban al local en aquella hora punta.

—Voy a salir a recoger vasos —me informó Noa en un momento dado con algo de miedo en la mirada. Prácticamente me había olvidado de ese puto tema.

Me dieron ganas de darle un beso en la frente y decirle que no se preocupara, pero en lugar de eso, solo dije:

—Te estaré vigilando.

—No lo hagas. Puede que ese sea el motivo por el que el otro día nadie viniera a por mí. Supongo que a estas alturas ya debe tenerte fichado, sabe que estás muy atento a todos mis movimientos.

—¿Y qué propones?

—Dile a otra persona que me vigile, y tú, ignórame. Si ocurre algo, que te avise.

No estaba muy convencido, pero cedí. Llamé a uno de mis chicos de seguridad y le ordené que no le quitara la vista de encima a Noa. Yo me puse un pinganillo y continué trabajando. Me sentía responsable de ella, sabía que no estaba bien y su capacidad de reacción me preocupaba.

Una hora después volví a la barra y vi que Martina había vuelto junto a Diego,

Sergio y Miguel. Había una cuarta persona que no conocía, sería amigo de ellos,

y Martina estaba aprovechando de lo lindo su presencia para poner celoso a Diego. Menuda cara tenía, no se entendía ni él. Yo, sin embargo, tenía mi propia

teoría al respecto: no estaba enamorado de Noa, solo la tenía institucionalizada,

como decían en la película *Cadena perpetua*. Era un sitio seguro y cómodo en el que había pasado tanto tiempo que no le apetecía complicarse en otros, ni para

bien ni para mal. No obstante, eso no significaba que fuera a enamorarse de Martina. Él mismo había admitido que tenían química, pero si no le gustaba lo

suficiente, no se podía hacer nada. Puede que lo de la noche anterior hubiera sido

un resbalón, un impulso aislado y nada más, aunque quizá no se diera cuenta de

que lo que quería estaba justo frente a sus narices y lo tuviera aparcado en un apartado de su vida tan erróneo como necesario. Alguien que no estuviera

interesado no le daría tanta importancia al numerito que estaba montando la niña

esa noche; en cambio, Diego parecía afectado. Estaba molesto, y más viendo a

Martina tocarle el brazo al tío nuevo mientras mostraba la mejor de sus sonrisas.

—¿Qué te ocurre? —le tanteé acercándome por detrás.

—Nada. Que huele a pony.

—¿Perdón?

—Alguien tiene ganas de montar, no sé si me entiendes...

No pude evitar sonreír.

—Y eso es un problema ¿porque...?

Se giró hacia mí sorprendido.

—¡Le van a hacer de todo!

—Diego... ¿y qué? Si es lo que quiere...

La miró, volvió a mis ojos, la localizó de nuevo y chasqueó la lengua para quedarse finalmente callado.

—¿Qué te pasa? ¿Te molesta que anoche no se quedara satisfecha y haya salido hoy a por más?

—¿Qué?! ¡No! —exclamó irritado.

Desde luego, como abogado del diablo no tenía precio.

—Pensaba que habías dicho que la querías como amiga. Ella no parece enfadada contigo ni enamorada de ti. Todo está bien, ¿cuál es el problema?

—¡No lo sé! —exclamó confuso.

—¿No serás como el perro del hortelano? Ya sabes, que ni come ni deja comer...

—No, joder. Pero me siento engañado.

—¿En qué sentido? —pregunté sorprendido.

—Simplemente no pensaba que fuera ese tipo de chica...

—¿A qué tipo te refieres?

—De las que se viste así... de las que ayer conmigo, hoy con el camarero y mañana con este —dijo señalando al desconocido que en ese momento le

susurraba en el oído.

—Ya me di cuenta de que tu fantasía de que era una solterona con gatos y el chichi más seco que la mojama se esfumó cuando descubriste que se acostó con

un tipejo como yo —bromeé.

Él se descojonó.

—Reconozco que saber eso me chocó, pero ahora me parece evidente, eres un gran tipo. Me sorprende que Noa haya tardado tanto tiempo en darse cuenta.

Se me secó la boca.

«Donde las dan, las toman», sonrió mi cerebro.

—Estoy enfadado, ¡está actuando como una cualquiera!

—No es ninguna puta —la defendí con brusquedad—. Solo está buscando el amor y, cuando lo encuentre, dará el 200%. Ojalá me hubiera enamorado de ella.

La quiero con locura. Es la mejor.

Diego me miró y captó que hablaba en serio. Volvió a mirarla y su firmeza pareció flaquear.

—Joder, ya lo sé... —Se frotó la cara y pareció desesperado—. Tendrías que verla en el trabajo —adujo arrobado—, te daría algo, es increíble...

—¿Estás seguro de que quieres que otro se la lleve a su casa? —les señalé.

Diego observó que se habían alejado un poco para bailar.

—¡Pero cómo se le van las manos al tío! —jadeó indignado.

—Pues parece que a ella le gusta bastante... A mí me da igual. ¿Por qué a ti no?

De repente, escuché una voz por el pinganillo.

—¡Manu, rápido! Sector siete. Es Noa.

Salí disparado dejando a Diego con la palabra en la boca y una duda en el aire.

Capítulo 19

*BRAVEHEART*

Noa

Lo tenía inmovilizado.

Había sido muy fácil. El mayor problema era el alboroto que se había formado con nuestro pequeño forcejeo.

—¡Noa! —exclamó Manu apareciendo a mi lado.

—Lo tengo.

—¡Manu, joder, quítamela de encima! —se quejó el hombre.

Que dijera su nombre me sorprendió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Manu confuso—. Suéltale. Es Edu, un cliente habitual.

Me levanté rápidamente del suelo algo avergonzada, pero defendí mi praxis.

—Me ha agarrado.

—Se agarra a todas —aclaró Manu.

—Pues casi le vuelo la cabeza. No lo he hecho porque ha sido fácil tumbarle

—expliqué cabreada.

—Dile a tus gatitas que traten mejor a los clientes —se quejó el tipo alisándose la camisa.

—Te dije que si volvías a tocar a alguna camarera me reservaría el derecho de admisión, Edu.

—¡Si apenas la he rozado!

—Te dije que no lo hicieras nunca más, esto no es un club de carretera. Chicos, sacadle —ordenó a los dos tipos de seguridad que se habían afianzado a su lado.

—¡Esto es injusto! ¡Quiero la hoja de reclamaciones! —exclamó el hombre mientras era escoltado hasta la salida.

—¿Estás bien? —Manu se acercó a mí con cariño.

—Me he llevado un susto de muerte, pero he podido reaccionar. Lo malo es que he llamado mucho la atención y el plan se ha ido a la mierda —lamenté.

—Vamos a mi despacho, necesitas tranquilizarte —dijo poniendo una mano en mi hombro.

—Estoy bien, de verdad. Puedo volver a la barra. Allí me siento segura.

No pensaba quedarme a solas con él ni loca, y menos en ese maldito cuarto rojo del pecado. ¡Estaba descontrolada! Hacía una semana no quería ni mirarle, y

ahora, tenía suerte si conseguía dominarme para no ir corriendo a abrazarle cada

vez que nuestros ojos coincidían. Mis labios no se quedaban atrás en buscar su

boca. En cuanto lo sentían cerca, se acoplaban a él como si fueran un imán que

se te escapa de los dedos para pegarse a otro sin remisión. Era inevitable, imparable, pura física de partículas elementales.

Hacer el amor con él había sido como viajar al Sol: totalmente abrasador.

Había fundido todas mis ideas reduciéndolas solo a una: «¿Quién era ese hombre?».

Porque ese no era Lolo. Era una persona que me sorprendía con sus gestos y reacciones como nunca nadie lo había hecho. ¿Quién era ese tal Manu? ¡Yo no lo

conocía! Era alguien nuevo. Alguien que encajaba conmigo como la pieza de un reloj suizo que hacía que juntos funcionáramos a la perfección. Estaba aterrada.

La noche anterior, en su despacho, había sido un encuentro tan bestial que me faltó el aire. Fue inaudito excitarme tanto a nivel físico, pero a nivel psíquico me

había dejado sin palabras. Vapuleaba mis sentidos como nadie y me preguntaba

cómo coño íbamos a salir ilesos de ese terremoto emocional. No tenía pinta de

poder sobrevivir a aquel desastre y, lo peor de todo, es que él estaba más asustado que yo, obligándome a ser la fuerte. La que tiraba del carro, la que empezaba las cosas que ambos deseábamos, la que tenía que desnudarle cuando

él se bloqueaba por no poder elegir entre traicionarse a sí mismo o a su mejor amigo. Esa era yo. La que le quitó importancia al hecho de que, lo que debería

haber sido un simple polvo impúdico, se hubiera transformado en una emoción tan íntima que apenas

pudimos soportar.

Reconozco que no era mi planteamiento inicial. Había sentido atracción, es verdad, pero lo único que quería era apaciguarla de una vez por todas, sacudiéndonos de encima el morbo de la curiosidad que se había fraguado durante años desde aquel abrazo; sin embargo, me sentía como si hubiéramos derruido el edificio con nosotros dentro, quedándonos irremediabilmente atrapados. Algo tipo: ¡sorpresa! ¡Te ha salido el tiro por la culata!

Por supuesto que no me preocupaba que Diego se enterara cuando pensaba que se reduciría todo a un par de «aquí te pillo, aquí te mato», pero las tornas habían cambiado. Tenía la sensación de que no podría despegarme de él ni con agua caliente. ¿Eso no era un problema? Yo diría que sí.

Entré en la barra y me puse a limpiar vasos para intentar relajarme. Seguía en tensión por el supuesto ataque. Querían cogerm... No. Querían volver a cogerm, porque ya me tuvieron. La policía tardó en llegar la friolera de veinte minutos desde que les mandé el WhatsApp. Tuvieron tiempo de sobra para matarme y casi lo hacen. El escenario de la discoteca se desvaneció, igual que el bullicio de mi alrededor y la música, solo veía un pasillo, solo oía una cosa: el retroceso de un arma al cargarse.

—Quieta, zorra.

Sin mover ni un músculo, apreté la tecla lateral de apagado en el móvil que tenía en la mano.

—¿Qué coño haces aquí?

—¿Y tú? Te recuerdo de extranjería.

—Cállate. Levántate y anda —ordenó circunspecto.

Caminé despacio con las manos en alto colándome por el hueco al que acababa de echar un vistazo y se hizo el silencio cuando me vieron aparecer.

—Mira a quién tenemos aquí, jefe.

—¡Maldita perra! ¡Lleva un móvil en la mano! Tenemos que irnos ya.

—Me he quedado sin batería, si no ya estarían aquí —alegué.

—Cachéala, seguro que lleva un arma.

Llevaba mi inseparable cazadora de cuero, igual que Indiana Jones, y alguien se me acercó por detrás y bajó la cremallera.

—Sí, señor. Aquí tiene un buen armamento —gruñó apretando mis pechos con fuerza. Hubo unas cuantas risas.

Terminó de cachearme y encontró mi pistola. Me quitó el móvil y se lo dio al cabecilla, el cual comprobó que estaba apagado.

Había esperado a ese día porque sabía que una vez cada dos semanas hacían el reparto de «mercancía» para marcarla como a ganado. Alexey Petrov era quien tomaba las decisiones.

La nave en la que me había adentrado confinaba a unos veinte civiles y al doble de colaboradores de la banda. Solían cazar a sus víctimas en pareja.

Entre ellas, había un par de niños de unos cuatro años que, sin duda, habrían recogido en algún parque por la negligencia de unos padres despistados; y cinco chicas sin pantalones que no superaban los veinte años, llorosas y temblorosas que, seguramente, ya habrían sido examinadas para la criba haciéndose una idea de lo que les esperaba.

—Ya me has costado un par de miles en otras entregas, gatita entrometida. Y pienso cobrármelo en carne —dijo el poli lamiéndome la cara.

—Y cuando él termine, yo remataré la faena —apuntó Alexey—, es lo que os merecéis las putas como tú, que os follen hasta reventaros.

No tenía miedo de que me violaran. En ese momento era un témpano de hielo.



De lo que tenía miedo era de que la inminente redada que se produciría en quince minutos me pillara con los pantalones por los tobillos y no pudiera ser rápida para defender a las víctimas.

Mis ojos localizaron mi arma. La habían dejado apoyada en una mesa a tres metros de mí y, automáticamente, me di cuenta: eran empresarios sin escrúpulos,

no miembros de una organización adiestrada para prever situaciones inesperadas.

Hacían aquello porque podían, porque nadie se lo impedía. Así de simple. ¿Por qué? ¿Por qué no?

—Y el primer lacito de la noche es para... ¡la entrometida! —dijo Alexey

parodiando los Oscars. Llevaba un cinturón superpuesto con un montón de cintas

de colores, parecía que llevara una falda hawaiana. Desenganchó una cinta azul,

me la ató al cuello y dio indicaciones de que me llevaran a una habitación

aislada. Me sentaron en una silla y un chico de unos veinte años se quedó vigilándome. Otro error de novato. Había una ventana desde la cual podía

observar todo lo que ocurría en la nave, y lo que vi los siguientes diez minutos

hizo que se me saltaran las lágrimas. Palizas a los que se rebelaban, abusos a las

que se tapaban, silenciar a golpes a un niño que no dejaba de llorar... Maltrato a

grandes rasgos a unas pobres personas que ya en la antesala del infierno estaban

sufriendo un agravio indecible.

Mis lágrimas eran por impotencia, por saber que en aquel momento tenía las de

perder si quitaba de en medio al niño que salvaguardaba la salida, recuperaba

mi arma y conseguía cargarme a cuatro de ellos antes de que me abatieran desde

veinte ángulos distintos. Sabía que los refuerzos estaban a punto de llegar, pero

cuando vi que Alexey venía directo hacia mí, recuerdo pensar que,

probablemente, acabaría muerta si irrumpían mientras estuviera conmigo.

—Vete —le dijo al chico al entrar.

Giró las varillas de la ventana para tener intimidación y se puso frente a mí mientras sostenía un arma en

la mano.

—Chúpamela —ordenó desabrochándose el cinturón.

—¿Qué pasa? ¿Que torturar a personas te pone cachondo?

—Hazlo —dijo sacándosela. Ya estaba empalmado.

Aparté la vista asqueada y le miré a los ojos con furia.

—Hazlo o despídete —dijo cargando el arma y apuntando a mi cabeza—. Te

pegaré un tiro y luego arrastraré a la pelirroja hasta aquí dentro, que es la que me

ha puesto como un toro. Pero es virgen, y ya me has hecho perder bastante dinero. ¡Empieza! —dijo presionando más la pistola contra mí.

No obedecí y me agarró con la otra mano del pelo.

—Si me la metes en la boca, te quedarás sin ella —advertí.

—¿Quieres morir o qué, puta? —masculló cabreado.

—Voy a morir de todas maneras, así que...

Pareció desconcertado. Le vi buscar en su mente algo con qué amenazarme y

percibí el instante concreto en que su enfado tomaba el control decidiendo quitarme de en medio. En ese momento, se oyó un estruendo. Hubo disparos y

gritos. Él giró la cabeza alarmado y yo aproveché para cogerle la mano que

sostenía el arma. Un par de llaves básicas le dejaron en el suelo jadeante y cogí la pistola rápidamente. Me dieron ganas de pegarle un tiro, pero en lugar de eso,

le di un golpe con la culata en un punto estratégico y perdió el conocimiento.

El panorama al otro lado de la puerta era desolador. Vi por la ventana a alguien

correr hacia mí y, antes de que llegara, abrí la puerta y me agaché a la vez que

comenzaba a disparar. Corrí por un lateral ignorando el fuego cruzado. Vi que se

llevaban a un par de chicas por la puerta de atrás y escuché disparos en el exterior. Estaban rodeados. Vi al niño inconsciente en el suelo, ajeno al caos de

su alrededor. La niña estaba agachada a su lado, tapándose los oídos. Fui directa

a por ellos. No sin disparar un par de veces a colaboradores que reparaban en mí.

Cogí al niño como pude y le grité a la niña que nos siguiera, pero no lo hizo...

No lo hizo.

—¡Noa! —me gritó con ahínco Alex. Sonaba a que era la cuarta o quinta vez que me llamaba.

—¿Qué? —pregunté al darme cuenta de dónde estaba. El ambiente volvió a mutar. Discoteca, ruido, gente...

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, sí... —contesté sudando.

—¿Llamo a Manu?

—No. Voy un momento al baño —farfullé alejándome de él.

No quería recordar la continuación de la pesadilla. Hacía un par de días que no

la visualizaba porque Manu ocupaba mi mente por completo, pero el percance con «el pulpo», había sacudido mi sistema de nuevo.

Entré en el baño y me lavé la cara. Después me encerré en un cubículo para sentarme y tranquilizarme un poco. Si llenas tu mente de sueños, queda poco espacio para los miedos. Solo tenía que pensar en él: recordar sus caricias, recordar mi nombre en su boca, recordarle reprimiéndose por no haberse puesto

condón... Joder, era increíble. Lolo siempre había sido un obseso del control en

las relaciones sexuales, amparado por la graciosa historia de cómo vino al mundo por un descuido. Y después de lo de Sara, pensaba que jamás se fiaría de

nadie para hacerlo así hasta que buscara perpetuar su linaje. Por lo tanto, ¿qué había ocurrido? Y en cualquier caso, ¿por qué no había parado escopeteado

cuando se dio cuenta?

Cien animales alados revolotearon en mi pecho y no pude evitar sonreír al percibir esa confianza ciega en mí. Era parecida a la que yo sentía por él, a pesar

de no haber sido nunca amigos.

De repente, oí un golpe en la pared. Un forcejeo, respiraciones pesadas y ansiosas, y me asusté.

—¿Por qué me haces esto? —resopló una voz que reconocería en cualquier

parte, sobre todo en ese tono lascivo. Diego.

—Yo no hago nada —contestó alguien en voz baja.

—¿Es que no tuviste suficiente anoche?

Abrí la boca con sorpresa. ¡¿Qué hizo anoche y con quién?!

Más forcejeo. Un gemido femenino.

—No me acuerdo, ¿eras tú?

Él gruñó y me quedé petrificada. ¡Martina! No me lo podía creer... Es más, tenía que comprobarlo, así era yo de empírica. Me subí a la tapa del retrete y me

asomé lentamente por encima. ¡Hostias, eran ellos!

Diego tenía una mano debajo de su vestido mientras se presionaba contra un lado de su cuerpo clavándole la erección que seguro tendría.

—Me estabas volviendo loco... —susurró.

—¿Por qué? —preguntó ella interesada.

Él evitó responder silenciando sus labios con un beso salvaje. Martina gimió más fuerte y Diego comenzó a desabrocharse el pantalón enardecido. Ella se subió el vestido y apoyó una pierna en el retrete un segundo antes de que él la

embistiera con fuerza. Ambos gimieron al sentirse conectados. Bajé al suelo alucinada, pero aún más por descubrirme sonriendo.

¡Joder con Dieguito!

Mi reacción me demostró que estaba definitivamente en la zona de los amigos

porque me alegraba por él. Me moría de ganas de que fuera capaz de contármelo

todo, de compartirlo conmigo. Eso me haría inmensamente feliz. Sentir su

cercanía, su confianza, todo lo que echaba de menos sin la necesidad de ser

pareja. Me sorprendí de lo contenta que me puse al saber que Diego estaba tan receptivo a otras personas, porque después de la conversación que tuvimos en su

casa, me quedé preocupada.

—¡Noa! Has venido... —dijo contento al verme esperando en el rellano. Había

llamado al timbre, pero no parecía haber nadie.

—Sí, he venido porque quería hablar contigo de lo de anoche...

—Entra —contestó abriendo la puerta y dejándome pasar.

—Diego...

—Ya lo sé. Te besé. Dos veces. Y habíamos acordado ir con calma.

—Sí, pero creo que estuvo bien que nos besáramos.

Su cara de sorpresa fue cómica. Estaba desconcertado.

—¿Has cambiado de opinión?

—No, simplemente besarte me ha hecho darme cuenta de que no sentí lo que debería haber sentido...

—¿Qué sentiste?

—Fue extraño. A ver, supongo que me besaste porque necesitabas comprobar

una cosa. Los dos lo necesitábamos. Yo también sentí en el bar una sensación tremendamente familiar. Estar juntos, riéndonos, disfrutando. Lo hemos hecho

tantas veces que es normal que nuestros cuerpos tengan ese eco. Por eso lo hiciste, y yo te correspondí porque ese beso iba a ofrecer nueva información.

Aunque puede que a ti te llegara a otra parte de tu cuerpo —dije apurada.

Para mi sorpresa, él sonrió.

—Eso ni lo dudes, pero tienes razón. Me encantó besarte, pero fue... diferente.

—¡Es que somos distintos, Diego! A eso mismo me refiero, hemos cambiado.

No sé si entre nosotros hay más que rascar que la mejor de las amistades...

—No voy a negarte que estoy confuso, pero no tengo prisa, el tiempo pone cada cosa en su lugar.

—Yo también lo creo —dije mirándole intensamente—, y a veces, te sorprende

poniéndolas en un lugar que nunca habías imaginado...

—Bueno... eh, prometo no volver a besarte hasta que me lo pidas, ¿de acuerdo? —sonrió—. Seremos solo amigos, hasta que tú quieras.

—Entonces somos amigos.

—De momento —respondió esperanzado.

Salí del baño disparada recordando nuestra conversación y, automáticamente, la comparé con la que acababa de oír. «Le estaba volviendo loco». Lo que para mí, sin duda, era un claro ejemplo de que algo dentro de él estaba reclamando a Martina. Algo ingobernable, no como lo que sentía por mí, que podía permanecer perfectamente aparcado hasta nueva orden.

Volví a la barra encantada con mi deducción y vi a Manu observándome desde su sitio habitual. Le sonreí y me imitó al momento. Contagiarle así mis sonrisas alborotaba sentimientos que en aquel momento no quería sintetizar.

—¿Dónde estabas? —murmuró cuando pasé por su lado.

—En el baño.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, mejor que bien. Con ganas de volver a casa...

Sus pupilas se dilataron y bajó la vista un segundo hacia mis labios. No pude evitar mojármelos para ver cómo retenía un impulso. Di la media vuelta guiñándole un ojo y noté todo el peso de su deseo acariciándome la espalda. La espera iba a ser agónica.

Me callé lo que acababa de ver porque sabía que la información es poder. Y estaba segura de que, en un momento dado, sería un as en la manga.

Martina y Diego no volvieron a aparecer por la barra. Quince minutos antes de terminar mi turno, Manu me hizo un gesto y, al llegar junto a él, cogió mi mano

y me arrastró hacia su despacho. Antes de que la puerta se cerrara, su boca ya estaba en la mía haciendo que me derritiera contra él.

—Me había jurado esperar hasta llegar a casa, pero no voy a poder... —dijo rozándome los labios al hablar.

—Vaya, y yo que nos había imaginado en tu ducha... —contesté incitante.

—Joder... —se quejó volviendo a besarme con fuerza. Poco después, detuvo el beso y juntó nuestras frentes pensativo.

—Coge tus cosas, vámonos de aquí.

Obedecí y en veinte minutos estábamos comiéndonos la boca en el ascensor de

su casa. Fuimos perdiendo ropa por el camino hasta llegar a la ducha y, cuando adaptó la temperatura, tiró de mí para seguir devorándonos debajo del chorro de

agua caliente. Era demencial estar así con él. Cuanto más intensas se ponían las

cosas entre nosotros, más me excitaba. Conseguía elevarme a un estado tan

insaciable que me daba miedo. Terminé girándome mientras él se adhería a mi espalda como un pulpo. Una mano amasaba mi pecho y la otra se hundía en mi

interior mientras nuestras bocas se encontraban. Era delirante tener tanta hambre

de alguien. Su erección se clavaba en la parte baja de mi espalda advirtiéndome que

pronto estaría dentro de mí.

Él detuvo el beso y bajó la cabeza jadeante.

—El condón... —dijo simplemente.

—Si quieres ve a por uno, pero no hace falta...

Se rozó contra mí y gruñó disgustado, pero no se movió. Esperaba que saliese

de la ducha para ir a buscarlo, pero en vez de eso, me inclinó un poco y solté un

gemido cuando me sentí ensartada por él.

—No aguantaba ni un minuto más... —admitió en mi oído apretándome con fuerza.

Retrocedió lentamente para volver a clavarse con ímpetu y me morí de gusto.

No solo por esa magnífica intrusión, sino por notarle tan ansioso de mí. Me apoyé en la pared y mejoré mi postura abriendo más las piernas y, como si me

leyera el pensamiento, empezó a acelerar el ritmo agarrándose a mis caderas sin

romper un movimiento ondulante exquisito. Cuando ya creía que nada podía

mejorar ese encuentro, hizo presión en mi hombro para impulsarse y hundirse más profundamente en mi cuerpo. Pensaba que me desmayaba de placer. Su otra

mano viajó hasta mi clítoris y, segundos después, me rompí en mil pedazos.

Embistió un par de veces más y se corrió con un grito sordo apoyando la cabeza en mi hombro.

—Eres increíble —musitó. Pero lo verdaderamente increíble era que me estaba enamorando como una insensata.

## Capítulo 20

### *MEJOR IMPOSIBLE*

Noa

No podía cogerles a los dos. Necesitaba una mano libre para poder disparar el par de balas que me quedaban.

—¡Ven! ¡Vamos! —le grité a la pequeña.

Ella me miró asustada. Dudó mirando a su alrededor y, finalmente, comenzó a

andar hacia mí. Un segundo después, como venido de la nada, apareció un

hombre corriendo y la alzó en brazos pegándosela al cuerpo como un escudo mientras yo le apuntaba con mi arma. Al verlo, él no dudó en apuntar a la cabeza

de la niña.

—Tira el arma o la mato —amenazó.

La niña me miró aterrada con sus grandes ojos azules. Yo sabía que no podía

deshacerme del arma, y que si le disparaba a cualquier otro sitio que no fuera a



la cabeza, podría matarla. Estaban muy juntos y yo demasiado lejos.

A su espalda, el equipo de asalto iba barriendo la zona. Había cuerpos de civiles en el suelo y colaboradores de la banda huyendo por puertas secundarias

con agentes esperándoles al otro lado.

—Estás atrapado. Ríndete o saldrás de aquí con los pies por delante.

—Si yo muero, no te quepa duda de que ella también lo hará —dijo

presionando a la niña contra él—. Tira el arma.

—No puedo hacer eso. La matarías igual, y después a nosotros.

—Ese niño está muerto —dijo con una seguridad espantosa.

—No es cierto —contesté temblorosa.

—Eres tú o ella, elige —dijo refiriéndose a la niña.

En cuanto lo dijo me acerqué un par de pasos a él.

—¡Quieta!

—Deja a la niña y vete. No te detendré.

—¿Crees que voy a confiar en ti? —preguntó desdeñoso.

—No tienes otra opción, están a punto de llegar a ti por detrás.

Vio que tenía razón y comenzó a moverse hacia una de las puertas.

—¡Suelta a la niña o disparo! —grité.

Quizá se hubiese fiado de mí, pero no se fió de un agente que ya estaba a punto

de dispararle con su arma de mira telescópica. Al avistarle, giró bruscamente en

el último momento y fue la niña la que recibió el impacto de la bala. Cuando vi

que la había usado como escudo, disparé a matar. Cayó abatido y fui a por la niña, que había quedado parcialmente aplastada por su cuerpo. Presioné la herida

que tenía a la altura de las costillas, pero había mucha sangre.

—¡No! —grité. Miré alrededor y vi que prácticamente todo había terminado—.

¡Qué alguien llamé a una ambulancia!

Le tomé el pulso. Era muy débil.

—No, por favor —supliqué a un ser superior.

Vi que un agente se agachaba y le tomaba el pulso al niño.

—Está muerto —concluyó.

Un dolor intenso se instaló en mi estómago. La culpa. Mi vista se volvió borrosa por las lágrimas que se acumulaban en mis ojos. Habían reventado a un

niño a patadas delante de mí y no había movido un dedo para impedirlo; y ahora, esa niña se estaba desangrando en mis manos.

—¡Ayuda, por favor! —grité histérica.

—La ambulancia está aquí —dijo alguien—, pero no creo que puedan hacer nada. Está muy pálida, lo he visto muchas veces.

—¡No! —grité despertando de golpe en la cama.

—Noa... —dijo Manu con voz serena en la oscuridad de la habitación—.

Tranquila, ya está... todo va bien. Estás conmigo —susurró abrazándome y recostándome contra él.

Me hice una bola en sus brazos y cerré los ojos de nuevo. Vi al niño en el suelo, mis manos llenas de sangre, y cómo los enfermeros se llevaban corriendo

a la niña mientras uno gritaba: «¡Parada!».

Un sollozo se abrió paso desde mi garganta.

—Shhh... Noa, ya está, no llores, por favor —volví a oír su voz y fui

consciente de su tacto y de la realidad de nuevo.

—Eran unos niños... —dije de pronto.

—¿Qué? —Manu me prestó toda su atención.

—Cometí un error. Por intentar salvar a uno que ya estaba muerto, murió el otro...

Manu se quedó petrificado por la información y tardó en reaccionar.

—Seguro que hiciste lo que pudiste para ayudarles...

—No lo suficiente... —lamenté.

—No puedes culparte —dijo cogiéndome la cara—. El mundo está lleno de maldad. El colmo es que alguien que intenta restablecer el orden tenga remordimientos de conciencia.

—Lo vi todo y no hice nada... —sollocé.

—No podías. Seguro que te diste cuenta de que lo único que conseguirías era que te mataran a ti también, no salvar a nadie. Se supone que lo primero a tener en cuenta cuando intentas ayudar a alguien, es no poner en riesgo tu propia vida al hacerlo...

—Tiene gracia que digas eso, ¿sabes qué contestó mi padre la primera vez que le preguntaron por qué quería ser policía? «Para que otros sobrevivan», y yo elegí sobrevivir yo.

—No, Noa. Por favor, no te tortures pensando así —dijo acariciando mi cara

—. Oyéndote hablar, no quiero ni imaginarme el peligro que has corrido estos años —dijo preocupado.

Se abrazó más a mí y yo volví a sentirme mal por estar viva.

—Me alegro de que estés aquí —continuó—, si hubieran llamado de Nueva York diciendo que te ha ocurrido algo... a tu padre le da un infarto por mucho que esa sea su filosofía. Y a Diego otro... —añadió comedido.

—¿Y a ti?

No respondió nada. Solo volvió a acariciarme cerciorándose de que estaba entre sus brazos en ese momento.

—No quiero pensar en eso —esquivó.

—Me odiabas... —concluí.

—No. Quería odiarte, es muy distinto. Descubrir que le gustabas a Diego me

irritó, pero descubrir que me gustabas a mí, fue mucho peor. Me odiaba a mí mismo. Aún lo hago...

—¿Por qué nunca me dijiste nada? —pregunté abrumada.

—¿Para qué? Solo quería que me despreciases, era la única manera de estar a

salvo. Hacía lo indecible para cabrearte, para alejarte, para convencerme a mí mismo de que no me atraías. ¿Podrás perdonarme?

Me acerqué a sus labios y perfilé su forma con el dedo. Después le besé lentamente sellando el pasado. Manu... Manu dando la cara por todas y cada una

de las afrentas que Lolo alguna vez me lanzó con alevosía para protegerse de sus sentimientos.

—Ya está perdonado —aseguré—. Excepto lo del ratón en mi cama. Eso no pienso perdonártelo en la vida —sonreí de soslayo—. Me dan un asco tremendo.

Sus ojos brillaron traviosos.

—Lo siento, pequeña... —musitó rozándose mimoso.

—No pienso perdonarte —dije tan divertida como convencida.

Él soltó una risita que me llegó al alma y se escondió en mi cuello, vergonzoso.

¿Cómo lo conseguía? Hace un minuto estaba llorando...

Esos niños... Las siguientes dos semanas en Nueva York había analizado toda

la escena. Asumido la precaria esperanza de vida de un niño de cuatro años en

mitad de una operación como aquella y aceptado que había intentado hacer lo posible por ellos, pero las pesadillas me hacían revivir el suceso una y otra vez,

impidiéndome olvidar. Y el hecho de que la banda buscara venganza por haber

destapado sus negocios, no hacía más que empeorarlo. Pero era imposible no olvidarme de eso estando en el sitio más seguro y calentito del mundo, los brazos de Manu. Hacía tres días que no sabía nada de ellos, no habían venido a

por mí, claro que, no es lo mismo secuestrar a alguien que no se lo espera, que a alguien que sí, que tiene un arma y que sabe defenderse. Puede que se hubieran

rendido porque nunca estaba sola, tenía a Manu conmigo, y no tenía ninguna intención de separarme de él. Para afianzar lo dicho, me junté más a su cuerpo y

comencé a besarle con devoción. Con gratitud por ocupar mi cuerpo y mi mente

y hacerme sentir que merecía la pena estar viva. Seguimos besándonos

indolentes y, poco después, la cosa comenzó a ponerse al rojo vivo; sin embargo,

él no hizo ademán de pasar a la acción, sino todo lo contrario.

—Noa... —susurró en mi boca deteniéndose—, acabas de tener una pesadilla,

un episodio de estrés postraumático... no quiero... bueno, no hay por qué hacer

nada... —me miró con algo parecido al miedo. ¿Arrepentimiento, quizá?

—¿Y si yo quiero? —pregunté atribulada—, ¿y si te necesito dentro de mí

ahora mismo...?

Resopló y continuó rozándose contra mí. Estábamos hechos un nudo de carne,

y con un simple movimiento se colocó entre mis piernas apoyando los codos a

ambos lados de mi cabeza.

—No quiero que parezca que me aprovecho...

—¿Quién se aprovecha de quién? —cuestioné ansiosa.

—Esto está mutando —comentó preocupado—, a mí nunca se me había perdido nada en la boca de nadie durante veinte minutos...

Esa forma de decir las cosas iba a acabar conmigo.

Tenía un estilo único para impresionarme y, contra todo pronóstico, esa

particular aclaración me pareció lo más romántico que había escuchado en mi vida. Se estaba colando en mi mente como nadie; en mis ganas, en mi

entendimiento, en un órgano que no tenía ninguna intención de resistirse a él para mi sorpresa. Su sola presencia no me dejaba pensar en nada, solo podía concentrarme en sentirle.

—Te necesito... —musité.

Y con un movimiento fácil entró en mí, claudicando. Rendido, odiándose,

vulnerable por haber admitido que aquello se le estaba yendo irremediabilmente de las manos.

Eso no era un polvo. Para que fuera un polvo faltaban todo tipo de sonidos

lascivos, gruñidos, palabrotas, el golpeteo rápido de piel contra piel... y sobraban suspiros, caricias y esa enloquecedora cadencia tan tierna con la que se

movía contra mí.

Supongo que por eso, al terminar, puso una nota de humor para disolver el ambiente solemne que se respiraba.

—Dios, ¿qué voy a hacer cuando tenga que volver a follar con condón? —

preguntó risueño—. ¡Me moriré!

Yo sonreí, a pesar de que una simple frase acababa de poner las cosas de nuevo

en su lugar. «Nada es para siempre, Noa», me recordó mi cerebro.

Él pareció darse cuenta de que no iba a responder nada y se acomodó cerrando

los ojos para volver a dormir. Antes de entregarse al sopor postorgásmico me dio

un beso en la sien y apoyó su cabeza en la mía en un gesto poco propio de un calentón. Abrí el cajón, metí la mano, y comprobé que mi amuleto estaba allí.

Acto seguido, respiré hondo y me dormí.

Nos despertamos a mediodía con mucha hambre y decidimos pedir comida a domicilio. Mientras esperábamos a que llegara, improvisamos un aperitivo consistente en unas aceitunas, un par de cervezas y unos ganchitos.

Se sentó en un taburete y yo hice lo propio a su lado, sobre la encimera. Nunca unos ganchitos me habían sabido mejor.

—Tienes un problema con la comida basura —sentenció.

—¿Por qué lo dices? —dije lanzando otro ganchito al interior de mi boca y sonriendo como el Grinch.

—Porque pareces Triki, el monstruo de las galletas, pero con ganchitos. Sigue, no te cortes. Estabas disfrutando.

—La próxima vez que te comas un *donuts*, pienso grabarte. Es como ver un documental de animales...

Él se rio y se puso de pie metiéndose entre mis piernas.

—Te dije que me gustaban más que el sexo, pero he cambiado de opinión —dijo buscando mi boca.

—Ah, ¿sí? —contesté mimosa, pero en vez de besarle, volví a comerme un ganchito.

Bajó la cabeza sonriente, aceptando que no podía luchar contra Matutano.

—¿Qué te parece si después de comer, nos ponemos a mirar el tema del local que quieres alquilar? —me preguntó sorprendiéndome—. Creo que el segundo que vimos está en un buen sitio, tiene un alquiler razonable, y pronto volará.

—Vale, lo miraremos, pero no sé... ¿Crees que estoy en disposición de firmar

un contrato de cinco años cuando alguien planea borrarne del mapa?

Su cara se puso seria.

—No te va a pasar nada —dijo con seguridad acariciando mis brazos—. No puedes dejarlo todo en suspenso por eso. Voy a ayudarte a empezar, a volver de nuevo a tu vida.

—¡Tú lo que quieres es que deje de trabajar en tu club y me vaya de tu casa!

—le acusé divertida.

—Me has pillado —sonrió ladino—. Odio que estés aquí. En mi cama, en mi ducha, en mi sofá viendo mi maldita serie favorita mientras me das *donuts* y cocinas lasañas intragables. Es horrible... —dijo rozando mi boca.

—Sí, lo sé. —Saboreé sus labios el tiempo que me dejó.

—¿Qué me dices? ¿Lo miramos bien luego? —insistió.

—Sí. Gracias...

—De algo —respondió volviendo a besarme.

Sofoqué una carcajada contra su boca y me cogió de la nuca sin dejar que volviera a separarme de él. Al final, terminamos haciendo más hambre si cabía.

Fue una tarde productiva: risas, trabajo, *Juego de Tronos*, sexo, siesta, más trabajo y, cuando quisimos darnos cuenta, estábamos haciendo la cena. Me

suplicó que hiciera una ensalada y se la concedí. El problema es que le eché un millón de ingredientes y al comérsela, desconfió de ella porque le supo a gloria, según dijo.

—Te suena el móvil —me avisó Manu de repente.

La pantalla reflejaba el nombre de Kevin y lo cogí.

—¡Hola! —saludé. Manu me miraba con cara de cachorro abandonado desde el sofá.

—Sí, todo bien. Bueno, ese tema... No, estoy bien, sí. No ha pasado nada... Sí,



lo tendré. No te preocupes. ¿Cómo estás tú? —miré hacia Manu que parecía preocupado intentando disimular que no estaba atento a la conversación. Kevin

me estaba diciendo lo mucho que me echaba de menos, que se le hacía raro dormir sin tenerme al lado, que se le estaba haciendo duro... y me fui hacia el

sector de las habitaciones para tener algo más de intimidad. Me preguntó por Diego y por mi familia y contestó triste que tenían suerte de tenerme de nuevo

con ellos.

Me dio pena. Esa era la reacción normal después de terminar una relación de

dos años, no andar a salto de mata entre la encimera y la ducha... Era consciente

de que a veces era muy pragmática en cuanto al sexo cuando me apetecía de verdad, muy fría en cuanto a sentimientos que brillaban con cierta intensidad durante un tiempo y un buen día se apagaban; y extraña a todas luces si me comparaban con la mayoría de las chicas que se enamoraban de una forma sana

y normal. Era muy consciente de que era un jodido bicho raro, pero también estaba lejos de ser una persona cínica que se engañaba a sí misma. Manu y yo nos habíamos besado el jueves pasado en la salida de emergencia, y su reticente

reacción a continuar con aquello hizo que al día siguiente me maqueara como una puerta porque sabía que no le era indiferente. Podía ser muy tenaz cuando codiciaba algo, y no quería hacer una montaña de la atracción que estaba

sintiendo hacia él. Sabía que psicológicamente debía atajarla cuanto antes y volver a mi vida con normalidad, pero no me esperaba darme de bruces contra

los sentimientos. Y ahí estaban, apoderándose de todo cuando después de esa llamada, me dejó espacio y permaneció callado aunque sabía que se moría de ganas por preguntarme al respecto. Maldito Manu. Esa templanza me volvía

loca. Aguantó como un jabato hasta que después de cenar busqué que me hiciera

el amor en el sofá y suspiró en mi boca aliviado al recalcarle que hacía tiempo

que no sentía nada por Kevin.

Al día siguiente, salimos a correr, pero me juré que no volvería a hacerlo. Cada

cien metros parábamos con cualquier excusa para tocarnos y terminamos

sentándonos en el césped de un parque cercano mientras nos besábamos y

decíamos tonterías como dos quinceañeros. Más tarde, desayunamos en su bar y

él comenzó con sus gestiones de cada lunes. Me llamaba mucho la atención lo

responsable que era. Cómo trataba a sus trabajadores, cómo comprobaba cada cosa que lo requería, y me sentí mal por tener la osadía de desprestigiarle de algún modo a nivel profesional.

—¿Por qué le estás mirando así? —preguntó una voz plantándose frente a mí.

No había visto que la camarera del mechón rosa había acudido a mi encuentro.

—¿Así cómo?

—Como si fuera comestible.

—Porque lo es —sonreí socarrona.

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡Cuéntamelo todo! —me partí de la risa por su

petición, como si fuéramos las mejores amigas.

—Estoy segurísima de que está muy bien dotado, ¿tengo razón? —preguntó

intrigada.

No podía parar de reírme. ¿De dónde había salido esa chica? Menuda lengua tenía.

—¿De qué os reís tanto? —dijo Manu acercándose sonriente a nosotras.

—Aquí, con tu novia, hablando de lo bien dotado que estás.

No podía respirar. Pensaba que me ahogaba, como cuando una ola te da un

revolcón y no te da tiempo a salir a la superficie porque otra ha cogido el relevo.

Negué con la cabeza con vehemencia para asegurarle a Manu que yo no había dicho ni una cosa ni la otra. No sé qué me parecía más grave, si el término

«novia» o lo del tamaño de su polla.

—Laura... ya lo hemos hablado, cielo. Córtate un poquito con los

desconocidos. Además, ya te dije que estaba en la media la primera vez que me

lo preguntaste.

¡Por Dios! ¡Estaba morada! Querían secuestrarme y yo iba a morir fácilmente

de apnea.

Me apoyé en Manu y sofoqué mi carcajada silenciosa hasta que tomé aire.

—¿Pero queréis matarme?! —dije en cuanto tuve oportunidad—. ¡Si llego a estar tragando algo, la habría palmado!

Ambos sonrieron.

—Deja a mi novia en paz, venga... —dijo haciendo un gesto con los ojos para que no se lo discutiese o empezaría a soltar locas teorías sobre cómo nos mirábamos mutuamente.

—Lo sabía. Lo supe. Lo sabré —dijo ella alejándose de nosotros con una sonrisa de pirada.

—¡Te ha mentido! No está en la media, ¡es más pequeña!

Manu me tapó la boca y me miró alucinado. Laura se ríe.

—No cuele —contestó a lo lejos.

—¡Es enana, de verdad! —mentí con saña.

—¡Ya vale! —sonrió vergonzoso—. No debes darle alas a Laurita.

—Pero ¿de dónde has sacado a esa chica?! —pregunté carcajeándome.

—De la calle... —contestó transformando su sonrisa en una mueca de pesar.

Me giré hacia él y no pude evitar rodearle con los brazos.

—Es increíble lo que haces por ellos —solté justo antes de besarle cariñosamente.

Él se alejó rápidamente incómodo.

—Aquí hay mucha gente que conoce a Diego... prefiero que no nos vean.

Problemas: primera parte.

Nunca había sido chica de la que disfrutar en la torre de marfil de nadie. Me

sentí como una amante: te quiero, pero bajo mis condiciones. ¿Perdón?

—Está bien. —Corregí mi postura y me coloqué mirando hacia delante para terminar mi desayuno—. No vas a tener que preocuparte más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó alarmado.

—No quiero que saltes dos metros en el aire cada vez que te toque en público.

Lo terminamos y ya está, así no se me van las manos. Menos estrés, ¿no te parece?

Su cara se descompuso.

—¿Terminar? —repitió perplejo.

—Sí, estas cosas tienen sentido mientras son simples, en cuanto empiezan a complicarse, malo.

—No es complicado, simplemente no quiero que Diego se entere.

—Y yo no quiero tener que esconderme de nadie. Si me apetece hacer algo, lo hago. Pero mira, curiosamente, ya no me apetece. Será que soy rara.

—Será —contestó molesto.

—¿Nos vamos? —pregunté animada poniéndome de pie.

Debió pensar que estaba loca, y puede que no le faltara razón, pero conocía muy bien los entresijos de las terapias de pareja. «La primera discusión que se tiene, será sin duda el problema principal de la relación». En nuestro caso: Diego. Era preocupante lo mucho que me había molestado que se apartara de mi

afecto. Ya oía la alarma en mi cabeza advirtiéndome que, por mucho que quisiera,

Diego siempre estaría por encima de mí.

Hicimos ruta. Estuvimos en las salas supervisando equipos de limpieza,

repartidores, proveedores, y por fin, llegamos a la inmobiliaria. La chica nos acompañó de nuevo al local y volvió a repetirnos las condiciones que ya

sabíamos. Manu cambió el chip a modo profesional, ignorando el raro ambiente

en el que llevábamos sumidos algo más de una hora.

Sacó un papel de su pantalón y me lo mostró. Era un dibujo al que habíamos

estado dándole vueltas. En la parte inferior estaban los números generales que habíamos calculado tirando por lo alto. Gastos iniciales, inversión, posible préstamo, todo.

—Les dejaré un momento para que puedan hablar —dijo la chica de la agencia.

—Cuadra perfectamente —comenzó Manu—. Es más grande de lo que recordaba. La entrada quedaría aquí, ¿vale? Encargaríamos un panel luminoso para la fachada: Centro de formación Cops y, en medio de la «o», el escudo oficial de la policía. Allí las aulas. El gimnasio en aquella zona, a lo largo de toda la pared. Un despacho aquí detrás...

Me descubrí sonriéndole.

—¿De qué te ríes? —preguntó con una leve sonrisa.

—Me hace gracia tu confianza, tu pasión y tu compromiso.

—Para mí son dos tercios del camino.

—Me da miedo meterme en algo tan grande y no solo por el tema económico...

—¿Crees que no vas a ser capaz de llevarlo?

—Me parece un compromiso muy grande, y ya sabes que tengo problemas con eso. No me gusta sentirme atada a nada... ni a condiciones ni a terceros ni a...

—Lo sé —cortó tajante—, pero amas tu trabajo. Y eso no va a cambiar, es algo innato. Esto es un compromiso contigo misma, con nadie más.

Tuve ganas de ir corriendo a besarle.

«Te pierde esa boquita, Noa», se burló mi cerebro, porque me apeteían sus labios como nunca. Y de repente, entendí que a mí me atrapaba lo que me liberaba. Era la primera persona que intentaba que me implicara más en mi trabajo en vez de menos, como venía siendo lo habitual.

Me acerqué a él manteniéndole la mirada y me rendí.

—Necesito hacer un inciso —dije justo antes de arrasar sus labios. Porque hay amores que no se entienden, solo pueden vivirse y rezar para que no te maten.

Su sonrisa se perdió en nuestros besos. Me cogió la cara disfrutando de cada movimiento como si

pensara que nunca más iba a volver a besarme, y supe que

mi chulería acababa de encontrar la horma de su zapato.

## Capítulo 21

### *LE LLAMAN BODHI*

Manu

Estaba loca.

Como una puta regadera. Peor que una cabra de monte.

Había tambaleado mi universo con una simple frase: «Lo terminamos y ya está», y ahora, volvía a besarme con ganas haciendo saltar mis circuitos lógicos.

Noa era una ola gigante, de esas que si pillas, no lo cuentas. La vi aparecer a lo lejos hace cinco años y sentí un escalofrío recorriendo mi espalda. Fantasear con la idea de cogerla en un momento límite hizo que se disolviera en el acto, pero sabía que algún día volvería a formarse con fuerza. A veces una ola no está en la posición perfecta cuando llega a tu lado. Tiene que estar a punto de romper para poder lanzarte. Y sin esperarlo, me vi surcando la cresta orientado hacia abajo.

El primer tramo fue de vértigo. Casi en vertical, un susto tremendo,

desenfrenado, violento, obsceno. Después logré disfrutarlo, aunque con los

nervios a flor de piel; pero ahora, había llegado el momento de la verdad. Ese momento en el que comienzas a embalarde de más y sabes que si caes, te partirás

el cuello. Hay que aguantar la adrenalina, concentrarse y dejar que vaya

perdiendo velocidad para poder bajarte de la tabla sin peligro, pero yo no llegaría

a verlo. Una simple frase me había costado un desequilibrio que había puesto todo mi cuerpo en tensión. Ya me temía lo peor cuando, de repente, me besó de

nuevo. Alerta.

Aprendí muy joven que no hay nada peor que creerse un experto en materia

autodidacta, porque cuando das por hecho las cosas es cuando suceden los accidentes. Como aquel día escalando hacia mi guarida. Y ese jodido inciso a cien kilómetros por hora fue suficiente para perder de vista la seguridad de una

desaceleración vital y necesaria en nuestra complicada historia.

—Perdóname —susurré cuando me vi con fuerzas de dejar de besarla—, es

que me acojona la reacción de Diego... Él cree que vais a volver y no quiero que sufra... ni quiero perderle, ocurra lo que ocurra entre nosotros.

—Diego y yo no vamos a volver. Si ambos estamos acostándonos con otra persona, será por algo...

—¿Qué? —pregunté desconcertado. ¿Cómo coño lo sabía?

—El sábado le vi triscando en el baño de tu club con Martina.

—¿Cómo?! —exclamé. «¡Joder, no te confíes...!».

—Les escuché y lo comprobé. Eran ellos. Y por lo que decían, no era la primera vez que lo hacían. Así que creo que tus miedos son infundados.

La hostia...

El tema era mucho más complicado de lo que Noa pensaba, pero algo era algo.

Puto Diego, otro que no se encontraba el culo con las manos. Me alegré por Martina, pero eso no cambiaba nada.

—Eso da igual. Diego podría estar casado y aún así me resultaría muy violento decirle que estamos juntos.

—¿Juntos?

—Que nos estamos acostando juntos...

—A mí me parece algo natural.

—Existe un código entre colegas —alegué.

—No puedes mandar sobre los sentimientos.

—¿Sentimientos?

—Sobre la atracción y el deseo... sobre el instinto.

—¿El instinto fornicador? —sonreí lobuno.

—El instinto animal —concluyó.

—Mi instinto no quiere terminar —ronroneé dejando que notara mi erección.

—Y mi instinto no quiere esconderse.

Cerré los ojos y apoyé mi frente en la suya suspirando.

—¿Podemos esperar un poco? ¿Ver hacia dónde va esto? ¿Ver si merece la pena que lo sepa? Porque hace cinco minutos ya no te apetecía más... —dije buscando sus ojos temeroso.

—¿Te lo has tragado? —sonrió con picardía.

—A veces me das miedo —aseguré.

—Pues tú me das valentía —replicó con seguridad—. Voy a firmar el contrato de alquiler.

—¿En serio? —pregunté asombrado.

—En serio —Y volvió a besarme encantada cuando la hice girar entre mis brazos.

Cuando terminó de firmar el papeleo era la hora de comer.

—Te invito a comer para celebrarlo, ¿dónde quieres ir? —pregunté.

—¡A El Rincón del Aura! —exclamó entusiasmada—. Es día de bravas, ¿no?

—Sí —sonreí como un idiota. ¿Podía quererla ya o era demasiado pronto?

—Te juro que no he dejado de pensar en ese lugar en toda la semana. Tiene algo especial, y esa salsa brava... —se mordió los labios.

—Te creo. Me pasó lo mismo cuando las probé por primera vez —contesté

pasándole el casco. Puede que fuera una manía nuestra, porque el día que probé el sabor de sus labios, me sucedió algo parecido.

Cuando llegamos allí, el lugar estaba abarrotado, incluso más que la semana anterior. Como se notaba que era diciembre y que ni Dios estaba a dieta. Fuimos



directamente a la barra y pedimos. No cabía un alfiler. Me apoyé distraídamente y busqué a Rubén para avisarle, pero de repente, noté que Noa se acomodaba a mí de espaldas encajando perfectamente en el hueco de mi tórax.

Una ráfaga del olor de su pelo casi me tumba de espaldas, y una sensación de plenitud me envolvió haciéndome bajar la cabeza justo cuando ella la giraba para rozar su nariz con la mía. Joder... ¿todo aquello era real? Cruzamos una leve mirada un segundo antes de que nuestras bocas se buscaran, pero yo no había dado esa orden. Y tampoco obedecí cuando me insté a dejar de besarla. La inevitabilidad de ese beso fue uno de los momentos más felices de mi vida.

—Pero ¿¿qué ven mis ojos?! —dijo una voz alegre a nuestro lado.

«Oh, no».

—Hola, Rubén —contesté incómodo y vergonzoso.

—¡Hola! —saludó Noa sonriente.

—Vaya, vaya... ¡Felicidades parejita! No sé si tendrá la suerte de conservarte dos semanas más, pero si lo consigue, ¡estás invitada a mi boda! —le aseguró este.

Noa rio con ganas.

—¡Gracias! Pero está difícil, ya sabes cómo es —bromeó.

Él se mofó y me dio un golpe en la tripa.

—Espero que no la cagues, tío. Haz un esfuerzo.

—Vale ya —sonreí con desgana—. Tenemos hambre.

—Tenle siempre bien alimentado —le dijo a Noa confidente—, pero nada de mojarlo después de medianoche.

La risa de Noa era contagiosa y preciosa, y me di cuenta de que nunca me había permitido disfrutarla de verdad. Tendía a irritarme para impedir que me afectara.

Hice ademán de atacar a Rubén y este se alejó deprisa.

—Os aviso cuando se quede libre la mesa, tortolitos.

Noa me miró risueña.

—Tortolitos dice... —repitió divertida.

—Tiene alma argentina. Está enamorado del amor, lo ve por todas partes —  
alegué abochornado.

Ella puso los ojos en blanco y murmuró:

—La gente se toma a la ligera la palabra enamorarse. Para mí estar enamorado  
no es lo mismo que amar a alguien.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunté intrigado.

—Estar enamorado significa estar angustiado por amor —explicó muy  
convencida.

—¿En serio? —sonreí burlón.

—Sí. ¿Lo has buscado en el diccionario? Yo sí, y pone: «Prendarse de amor de  
alguien» o «excitar en alguien la pasión del amor». Deja entrever que no es algo  
correspondido. Es sufrir el amor. Algo que, sin duda, debería evitarse. El amor debería ser algo fácil  
por ambas partes.

—Entonces... ¿tú no has sufrido por amor?

—He sufrido viendo enamorados a los demás... —respondió reticente bajando  
la cabeza—. La verdad es que no sé si sé querer como lo hace la mayoría de la  
gente... ¿quién odia los conejitos con corazones? —murmuró en tono culpable.

—¡Yo los odio a muerte! —bromeé.

Ella sonrió levemente, pero parecía triste.

—Claro que sabes querer, pero cada uno quiere a su manera. El amor es  
complicado.

—El amor no es complicado, lo complicado es encontrarlo de verdad. El resto  
son relaciones vacías, son esos palos de helado en los que pone: «Sigue

buscando», hasta que te toca un premio de consolación.

Me entró la risa. No sabía que fuera tan escéptica con el tema.

—¿Eso era Kevin? ¿No sentiste el flechazo del amor cuando lo conociste?

—No, exactamente. Siempre coincidíamos en el mismo Starbucks, a la misma hora, antes de llegar a la oficina, y los encuentros comenzaron a ser graciosos.

Me invitó a varios desayunos y terminó diciendo que él solo aceptaba que le invitaran a cenas —sonrió melancólica—, así que al final tuve que ceder e ir a

cenar con él. El resto es historia.

—El que la sigue, la consigue —murmuré.

—Exacto. Me dijo que no iba a parar hasta conseguir salir conmigo y le creí. A

veces íbamos a mi casa y otras veces a la suya, y un año pasó volando. Cuando

propuso que viviéramos juntos, debí darme cuenta de que le veía más ventajas económicas que otra cosa, porque dos meses después tuve claro que no

funcionábamos... De hecho... con Diego creo que la relación duró tanto tiempo

porque no llegamos a vivir juntos, y porque estábamos estudiando, si no... No lo

sé. Creo que no valgo para el amor. No creo en los «para siempre» ni en el matrimonio. Ni sé si creo en el amor...

—Algún día creerás. Cuando te toque el premio gordo en ese palo de helado —

dije escondiendo el anhelo de mi cara.

—Eso es un mito.

—A mí me gusta pensar que es cierto —dije cogiéndola de la cintura—, y que, cuando lo encuentras, te sorprende igual que si lo vieras de repente escrito en un

palo de helado. Te pilla desprevenido, es inevitable, y a mí me encanta que la vida me sorprenda —la acerqué a mí y la besé con ternura intentando

transmitirle algo importante sin palabras.

—¿Sabes lo que es sorprendente? —musitó decadente en mi boca—, las ganas

que tengo de volver a casa... —formuló sensual encajándose más en mí.

Joder..., yo llevaba pensando en eso diez minutos.

—¿Las pedimos para llevar? —propuse lascivo.

—No. Quiero volver a disfrutar de tu rincón de Madrid —dijo alejándose de mí con picardía.

—¿Para qué te lo habré enseñado? —lamenté teatral.

—Pues sí, una cagada por tu parte. ¡Me encanta este sitio! De hecho, immortalizamos este momento —dijo sonriente sacando su móvil para hacer un *selfie*.

Bajé la cabeza momentáneamente cohibido, pero hice un esfuerzo por evitar que la cámara captara lo colado que estaba por ella.

—Eh, no está del todo mal —comentó contenta al revisar la foto sin despegarse de mí—. Eres consciente de que, cuando dejemos de ser amigos, seguiré viniendo aquí, ¿verdad?

—Ni de coña. Esto es mío —sonreí divertido.

—Ya no. Ahora es nuestro —sentenció estrellando sus labios contra los míos.

Y quise creerlo.

Quise creer que seguiríamos juntos, que vendría conmigo a la boda, que se quedaría viviendo en mi piso indefinidamente, que la ayudaría con las obras del

local... En mi mundo perfecto ocurriría todo eso, pero no estaba previsto que el hecho de que Diego se enterara de lo nuestro no fuera lo peor que pudiera pasar.

El resto de la tarde no salimos de la habitación. Hicimos el amor, follamos, morimos, y después, revivimos entre besos delicados y tontos. ¿Quién iba a frenar esa locomotora que iba a toda máquina? Alguien impensable.

Al día siguiente, la obligué a contratar a una decoradora para la academia. La imagen era vital y confié en una de mis chicas rescatadas para hacerlo. Era muy buena.

Noa estaba aturdida de la cantidad ingente de dinero que desembolsó aquel día.

Casi todos sus ahorros, dijo, pero estaba convencido de que merecería la pena.

Por la noche cuando llegamos a la cama, nos buscamos con ansiedad. Nos desnudamos mutuamente y nos quedamos de lado. Yo apoyado sobre un codo cerniéndome sobre ella, y Noa envolviendo una mano en mi cuello para atraerme aún más hacia su boca. Era adictiva. Mi otra mano exploraba su cuerpo curiosa, pero la muy tunanta siempre terminaba en el mismo sitio. Incitándola, preparándola para mí, arrancando gemidos de su boca que me gustaba tragarme. Esa noche la notaba especialmente nerviosa, encendida, completamente excitada.

—Manu... no se me pasan —comenzó inquieta.

—¿El qué, pequeña?

—Las ganas de estar contigo... —respondió preocupada.

Mi corazón dio un vuelco. Si no hubiera estado tumbado habría tenido que sentarme. ¿Había oído bien?

—Pensaba que se me pasarían —continuó—, que con un par de encuentros, o tres o cuatro tendría suficiente, pero parece que cuanto más me rasco contra ti, más me picas.

Si ella supiera lo que provocaba en mí...

—Es que no quiero ser pesada... cuando te canses, no tienes más que decírmelo. Lo entenderé, en serio.

La miré alucinado e intenté no boquear.

—¿Y si no me canso nunca?...

Ella sonrió enternecida y quise decirle mucho más, pero tenía que pensar cómo

hacerlo sin pasarme de la raya. Porque yo era de los que cuando se mojaba, el agua no le llegaba solo a la cintura, sino al cuello. Continué acariciando su cuerpo con más devoción tras sugerir la loca

idea de que yo pudiera cansarme de

ella. Quería hacerle ver en qué punto estaba sin asustarla.

—Yo... mañana tendré que ver a Diego, me ha llamado antes, pero me da pánico que se me note en la cara.

—¿El qué?

—Que estoy loco por ti... —susurré, y no le di tiempo a responder nada. La besé con ímpetu y ella respiró aliviada. De repente, tuve la imperiosa necesidad

de hacérselo duro. Me arrimé a su espalda a modo de cucharita y entré en ella con rudeza. Pareció volverse loca cuando la sujeté de la cintura e impuse un ritmo castigador quitándole algo de sentimentalismo a lo que acababa de decir,

pero sin preverlo, nos vimos envueltos en una lujuria que opinaba que esa postura no era lo suficientemente bizarra para ninguno de los dos. Viré y me incorporé un poco. Alcé su precioso culo y me encajé en ella acometiendo una

serie de embestidas que tenían poco de delicadas. Por un momento lo vi todo rojo. Ella gimió desesperada y urgió que quería más. Ya no sabía qué hacer, le estaba ofreciendo un ritmo salvaje y, en un arranque disparatado, acaricié su trasero y tanteé una zona todavía inexplorada. Todos sus sentidos reaccionaron al

toque y se incorporó a cuatro patas arqueándose. Estaba inusualmente dilatada en ese punto y su cuerpo pidió otra caricia con un lenguaje silencioso y universal, que tuve que obedecer víctima del delirio. Noté que se tensaba y se incorporaba completamente buscando mi cercanía. Me pegué a su espalda y

mordí su cuello mientras con la mano libre le agarraba un turgente pecho.

Respiró en mi boca muerta de deseo, y yo continué acariciando esa zona vetada

para la mayoría de mujeres con las que había estado en mi vida. No sabía si tenía experiencia en ese campo, pero por lo nerviosa y sorprendida que estaba, hubiera jurado que no. Y joder, estaba tan receptiva...

—Más... —jadeó sin dejar de moverse contra mí.

Apreté los dientes solo de imaginarlo.

—¿Lo has hecho alguna vez? —pregunté indeciso.

—No...

Bajé la mano hasta su clítoris y gimió excitada.

Dios... ¿iba a darme una primera vez? El corazón me galopaba en el pecho.

Notaba que se derretía en mis manos y yo estaba a punto de pasar a un estado de degeneración preocupante. Tenía que centrarme si quería ser cuidadoso con ella.

Normalmente, habría usado vaselina, pero notaba que no era necesaria. Su cuerpo lubricaba a la perfección y, sin pararme a analizar nada, salí de ella y guié mi miembro hacia el lugar deseado.

Lo que ocurrió a continuación, no me había pasado en la vida. Avancé despacio y con precisión milimétrica hacia su interior y me vi arrastrado por una

humedad sin precedentes. No pude frenarlo. Era un camino libre, sin rozamiento, resbaladizo como una pista de hielo a mediodía e, inevitablemente, entró hasta el fondo sumiéndonos a ambos en un instante de placer único.

—Por Dios... —jadeó enajenada.

Me quedé quieto intentando asimilar una sensación imposible.

—¿Estás bien?... —pregunté preocupado.

—No pares —se quejó.

Tuve que sostenerla para que no se cayera cuando comencé a moverme lentamente contra ella.

Estaba sudando a destajo en pleno invierno por intentar retener una presión atroz en mis huevos. Me iban a explotar de un momento a otro de verla tan abandonada al placer. Al notar que resbalaba de mi agarre, la insté a que apoyara

las manos en la cama. Besé su espalda y, cuando me erguí, decidí llegar hasta donde ningún otro lo había hecho antes, hasta su corazón. Mi ritmo se volvió implacable. Ella se retorció de gusto mientras gritaba que no me detuviese, sobre

todo que no parase, y, por un momento, creí enloquecer.

«No puedo más», escuché en la lejanía.

Me agaché a duras penas notando como un orgasmo escapaba de mi control y llevé mis dedos donde me necesitaba. Sentí cómo su cuerpo explotaba al mismo tiempo que el mío y absorbí sus sacudidas impresionado.

¿Qué coño iba a hacer con el resto de mi vida si la perdía?

Me tumbé a su lado mientras ella disfrutaba de su pequeña muerte. Me daba pavor comentar nada al respecto porque, por algún motivo, en aquellos momentos solo quería ser sincero con ella. De manera natural, recostó su espalda contra mi pecho y nos quedamos en silencio durante largo rato. Solo sintiendo nuestras respiraciones, siendo incapaces de hablar, hasta que finalmente, el más valiente dio el paso.

—Podría ir contigo... —dijo simplemente.

Supe que hablaba de ir a casa de Diego y lo que significaba esa idea me llegó al alma.

—Podemos decirle que me estás ayudando a buscar el local para la academia —continuó—, que nos vea juntos, ¿no? Ponerle un marco al desarrollo de nuestra... atracción.

Me recorrió un escalofrío, pero...

—Es buena idea. Hay que demostrarle que ahora somos amigos. Tú estás trabajando en el club y yo estoy ayudándote con la academia. Podría funcionar...

—Está bien. Iremos mañana a verle —dijo soñolienta acariciando mi brazo.

Si hubiésemos sabido lo que nos deparaba esa visita...

Aquella noche no hablamos más. Alargué la mano, apagué la luz y Morfeo

vino a por nosotros. Supongo que no estábamos listos para asimilar la grandeza

de nuestros sentimientos. Antes de dormirme, recordé nuestra conversación en El Rincón del Aura: «No valgo para el amor», había dicho. ¿Qué sería entonces

para ella lo que había nacido entre nosotros?



Acudimos a casa de Diego con bastante antelación. Era tan tonto que mancillé todas mis habituales camas con su esencia y con su recuerdo gimiendo encima, debajo y de espaldas a mí. Al terminar, nos quedamos tumbados abrazados descansando.

Aunque estábamos en invierno, ese piso era como la boca del infierno. ¡Parecía

Punta Cana incluso con la calefacción apagada! Yo me quedé sin camiseta

porque tenía calor por la reciente actividad aeróbica que había incurrido entre sus muslos, pero por suerte, Noa se vistió. Cinco minutos después, la puerta del

apartamento se abrió sobresaltándonos a los dos. Era demasiado pronto. No

estaba previsto que Diego nos pillara en mi habitación, lo lógico es que

estuviéramos en el salón, sentados en el sofá tranquilamente, pero no

reaccionamos ante los gritos que escuchamos.

—¡Cómo se te ocurre decirle eso a Pedro! —gritó Martina.

—Muy sencillo: si veo un fallo en quirófano, lo lógico es avisarlo. ¡Tenía la cabeza en la polla, no en la operación! Es un negligente —replicó Diego

enfadado.

—¡No es cierto! Admítelo, Diego, ¡lo has hecho a propósito! Ese polvo

violento en la sala de mantenimiento ha sido una reacción a que Julio me invitara a un café, y después, no has soportado que Pedro tontease conmigo durante ese

bypass coronario. ¡Solo te falta mearme encima!

—¡No te pases de lista, que hayamos follado tres veces no significa que de repente te quiera!

—¡¿Quererme?! —chilló ella—. ¡Tú no verías el amor ni aunque lo tuvieras

delante echándote las largas!

—Yo lo único que veo es un buen par de tetas y un culo de infarto.

Una bofetada cruzó el aire.

—Vete a la mierda —escupió ella caminando furiosa hacia la salida.

En ese momento, llamaron al timbre y Martina abrió la puerta dispuesta a irse.

Nosotros hacíamos dos frases que estábamos pegados a la pared de la habitación escuchando alucinados.

Hubo un silencio.

—¿Diego Torres? —preguntó una voz extraña.

—Soy yo —contestó aún de mala leche.

El sonido de un disparo se mezcló con el de un grito. Noa abrió la puerta de la

habitación, a la par que cogía su arma de la cintura y apuntaba a un individuo que sujetaba una pistola en alto.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Disparó al cuerpo, pero la sangre no brotó. El hombre vio que no estaba herido y volvió a alzar la pistola hacia ella con intención de disparar.

En ese momento, Martina empujó al hombre con un placaje que ni los All

Blacks y la trayectoria de la bala se desvió. Noa corrió hacia el tipo y le aplastó

la mano con un pie para que soltara la pistola y apartarla de una patada. Después

comenzó una sarta de golpes que lo dejaron inconsciente en veinte segundos.

—¡Diego! —gritó Martina agachándose a su lado.

Abrió su camisa de un tirón haciendo que los botones saltaran por los aires.

—¡Llamad a una ambulancia! ¡Rápido! —exclamó mientras buscaba la herida.

Yo estaba paralizado, y ver sangre saliendo por la boca de mi mejor amigo me bloqueó por completo.

—¡Tranquilo, Diego! ¡Lo veo! ¡Te ha perforado un pulmón, pero sé lo que tengo que hacer! —exclamó Martina.

—Una ambulancia a la calle Zaragoza número 6, décimo A. Disparo de bala, dense prisa —informó Noa con voz monótona. Sabía lo que significaba esa actitud: el fin de su humanidad si Diego no sobrevivía.

—¡Manu, trae paños limpios, rápido! ¡Y el film de plástico! Tengo que impedir

una traumatopnea.

La voz de Martina me activó. Me había sonado a chino, pero esa convicción y seguridad me hizo tener esperanzas y me moví más deprisa que si tuviera el poder de supervelocidad. En pocos segundos, estaba agachado a su lado intentando ayudarla y los ojos de Diego me miraban perdidos.

—Aguanta, tío, por favor... —le supliqué. Pero no parecía oírme.

—Está en shock —explicó Martina—. Tranquilo, Diego, todo va a ir bien...

—No lo entiendo —susurré para mis adentros—. No puede ser... Esto no tiene sentido.

Noa, que estaba agachada sobre el asaltante comprobando si llevaba más armas y su nivel de inconsciencia, me miró.

—¡Claro que tiene sentido! —contestó enfadada—. Me querían a mí... Le han disparado por mi culpa. Sabía que esto pasaría...

Había llegado el momento de que la ola me tragara con tabla incluida y no volver jamás a la superficie. No podía permitir que pensara eso. Me acerqué con

miedo a ella, dispuesto a perderla y a decir la verdad para hacerla libre.

—No, Noa..., nadie te persigue. Me lo inventé todo —dije con voz clara. Ella me miró patidifusa.

—¿Qué?

—El mensaje amenazante, los lazos, revolver tu casa... Fui yo. Nadie te persigue.

—¡¿QUE QUÉ?! —gritó furiosa acercándose a mí—. ¡¿Cómo has podido?! —

comenzó a empujarme con una fuerza que iba perdiendo poco a poco por el impacto de la noticia. La rodeé con los brazos amortiguando sus golpes mientras trataba de librarse de mí.

—¡Para, Noa! ¡Basta! —intenté calmarla.

—¿Por qué lo has hecho?! ¡Por qué! —chilló quedando derrotada contra mí mirando al vacío con los ojos llenos de lágrimas.

—Tenía mis razones —dije apesadumbrado contra su pelo—. Te lo contaré todo, pero... por favor, créeme, yo no tengo nada que ver con esto. Diego... No entiendo nada... No sé qué ha pasado... —Ya no era capaz de formular una frase coherente cuando dejé que se alejara de mí muy seria.

—Eso pronto lo sabremos —dijo enfadada pateando al hombre que había en el suelo. Fue a por su arma y se giró hacia mí con una expresión de repulsión muy familiar en la cara.

—¿Cambiaste las balas por unas de fogeo?

—Sí... —admití—. No podía permitir que fueras por ahí con un arma cargada en tu estado...

Miró al suelo tragándose una bola de decepción y asintió con la cabeza.

—Sin embargo, sí podías follarme en mi estado...

No supe qué decir. No tenía excusa.

Sacó su móvil del bolsillo clavándome una mirada que solo se usa para la gente a la que jamás vas a perdonar y desvió los ojos despidiéndose de mí, justo antes de llamar a la policía.

A partir de aquel momento, Noa me ignoró, pero Martina no. Me miraba con rabia, como si me culpara de lo ocurrido. Era un hijo de puta, pero no tenía nada que ver con lo de Diego. No entendía cómo podían ser capaces de pensarlo siquiera. ¡Estaba más desconcertado que ellas! Y pendiendo de un puto hilo ante

lo que significaría para mí que terminara de la peor manera. A pesar de no ser creyente, elevé una plegaria dedicada a Diego. Necesitaba que se salvara, que sobreviviera, aunque nuestra amistad no lo hiciera. Me hubiera cambiado por él

sin dudarle, sobre todo cuando se lo llevaron en camilla y vi que dos lágrimas habían surcado su cara dejando un cerco brillante. Lágrimas que cayeron en nombre de la traición. El tío no podía reaccionar, pero lo había escuchado todo y

atado cabos.

Seguí a la ambulancia con la moto hasta el hospital. Noa se desplazó con el detenido hasta la comisaría y Martina formó parte del equipo que operó a Diego.

Cuatro horas después salió a la sala de espera.

—Está vivo. Llama a sus padres —dijo únicamente.

—Martina... —la llamé, pero desapareció por la puerta sin mirar atrás.

Le escribí un WhatsApp a Noa y no le llegó. Intenté llamarla por teléfono, pero

después de un tono, una voz me dijo que no estaba disponible y me derivó al buzón. Conclusión: me había bloqueado. No tenía nada que hablar conmigo,

pero yo necesitaba explicarle mis razones o me moriría.

Me quedé allí sentado, respirando a cámara lenta mientras el mundo se movía a

una velocidad vertiginosa a mi alrededor, como en las películas, pero no quería

estar en ningún otro sitio. Llamé a mi padre y a duras penas pude darle detalles

cuando noté lo nervioso que se puso. Le dije que estábamos fuera de peligro, pero perdió los nervios cuando descubrió que había sido en nuestra propia casa.

—¿Tú estás bien? —preguntó ansioso.

—Yo preferiría estar muerto...

Se hizo un silencio en la línea y supe que acababa de aclararle que, aunque la

bala solo había alcanzado a Diego, había muchos más heridos.

—Tranquilo, llegaremos en menos de veinticuatro horas.

—Estaré en el hospital —respondí abatido y colgué.

Estuve dos horas más sentado en la misma posición sin moverme. Solo

recordando los hechos, asimilando su odio y deseando ver a Diego para

comprobar por mí mismo que estaba bien.

Creía que estaba teniendo alucinaciones, porque veía a Noa andando hacia mí.

Y de repente, me di cuenta de que era muy real por lo mucho que dolía la expresión que me lanzaba. Me hubiera abalanzado sobre ella y comenzado a dar

mil explicaciones, pero algo en sus ojos me advirtió que no lo hiciera. Sentí una

presión en el pecho, era mi corazón resquebrajándose. Nunca nos había hecho falta hablar. Su mirada me decía todo lo que necesitaba saber y, en aquel momento, no era odio lo que mostraba. Ni decepción ni desengaño ni traición, sino lo contrario. Como si se esperase algo así de mí. Como si siempre hubiera

sabido que, en el fondo, era un monstruo. Como si nunca me hubiera querido realmente... y fue lo más doloroso que había experimentado en mi vida.

## Capítulo 22

### *AMERICAN BEAUTY*

Noa

Morí varias veces ese día.

De verdad, me sentí morir. La primera, cuando oí el disparo y vi a Diego rebotar contra el suelo; la segunda, cuando no funcionó mi arma y aquel hombre

me encañonó; y la tercera, cuando Lolo me demostró que el amor no existe.

Manu: caso cerrado.

No quería pensar en él ni en la alevosía de su plan. No quería oír sus putas razones, no me importaban. Me avergonzaba de mí misma, de que me doliera

tanto, así que lo aparté de inmediato. Fuera. Tenía cosas más urgentes en las que centrarme.

Diego: ¿quién coño le había disparado y por qué?

Era lo único que había ocupado mi mente racional en las últimas horas. Mi humanidad había desaparecido, solo era una precisa máquina en busca de

posibles algoritmos y combinaciones para hallar al maldito culpable.

A pesar de todo, tenía la certeza de que aquello estaba relacionado conmigo, y

entré en la sala de interrogatorios dispuesta a descubrir de qué manera,

utilizando el truco más viejo del mundo.

—Seré breve —dije apoyándome en la silla reservada para mí en la mesa donde estaba sentado el sospechoso. No pensaba ni sentarme, así tendría mayor credibilidad—. Te van a caer quince años. Sabemos quién te contrató. ¿Intentar matarle en su propia casa? Me da que no eres un experto... Deberías haber esperado a que estuviera en la calle, de lo contrario, el cerco de quién querría ir a matarle a su casa se estrecha mucho. En este caso no hay duda, y te aseguro que tarde o temprano podremos demostrarlo. Estoy aquí para darte la oportunidad de reducir tu condena a la mitad admitiéndolo, pero no es una oferta formal, de hecho, expirará en diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco...

—Kevin Douglas me contrató —confesó rápidamente.

«¡Me cago en mi puta vida!», cerré los ojos y volví a morir.

—Suficiente. —Salí de la sala de interrogatorios sin mirarle a la cara y, cuando cerré la puerta, mis piernas fallaron. Aterricé en una pared con las manos en la cara soportando una culpabilidad que no me cabía en el cuerpo.

«Kevin. No. Joder... ¿Por qué?... ¡¿Cómo no lo he visto?!», pensé desolada.

Las dos últimas personas por las que había sentido algo me acababan de traicionar a lo grande.

¡Putos psicópatas! ¡Vivía rodeada y yo sin darme cuenta!

Cuando recuperé un poco la compostura, hice un par de llamadas internacionales llena de furia. Contra Kevin, contra Lolo, pero sobre todo, contra mí misma. En menos de una hora, mi ex estaba detenido. Seguramente, en esos momentos, estaría comiendo en la cafetería de la última planta de un lujoso edificio de oficinas en Manhattan y la escena habría sido de lo más bochornosa.

Con lo «bienqueda» que era, fue gratificante imaginar su vergüenza incluso a tantos kilómetros.

¡Hijo de puta!

Si Diego estuviera muerto, yo misma habría ido en su busca para meterle un tiro entre ceja y ceja. Se podía decir que acababa de salvar su vida de milagro.

Sentía odio puro. Y una tremenda decepción conmigo misma. Era una policía pésima. No vi un perfil peligroso en los ataques de celos de Kevin ni en la fuerte discusión que mantuvimos por mi regreso a España ni en el odio que destilaba su voz cuando mencionó a Diego en su última llamada. Tal vez porque lo notaba lejos, en otro continente, pero Manu llevaba pegado íntimamente a mí más de una semana y me había cegado tanto su nueva persona, que no recordé de lo que era capaz la anterior.

«¡Estúpida! ¡Soy estúpida!», me insulté mentalmente.

En mitad de todo aquello, Martina me llamó para informarme de que Diego estaba fuera de peligro y respiré aliviada, aunque no me sorprendió mucho. La experiencia me decía que la cosa acababa rápido si una bala había hecho un destrozo irreparable. Quien no sucumbía en los primeros momentos, tenía

muchas posibilidades de salvarse. En su casa, ver la sangre me afectó de tal manera que no pude ni acercarme a él. Me aterraba la idea de que muriera, pues

no me había despedido de él, pero no quería llevarme ese último recuerdo de Diego. Si soñaba con desconocidos, verlo a él, directamente me mataría. Así que

recé con todas mis fuerzas y, cuando pasaron los minutos y siguió vivo, tuve la consabida intuición de que saldría adelante.

Martina también me dio mucha seguridad. No dejó de cogerle la mano en

ningún momento, y de algún modo, entendí que no le dejaría morir. Que haría hasta vudú si fuera necesario, y no quise meterme en medio... Ese ya no era mi

lugar. La discusión que había escuchado estaba llena de sentimientos

desconocidos para mí. Eran nuevos, potentes y muy auténticos, por mucho que al cabezón de Diego le costara verlo.

Fui a casa de Manu temiendo encontrarlo allí, pero confiaba en que estuviera

en el hospital con su mejor amigo. No le veía separándose de él hasta que pudiera verlo. Me odié por sentir pena por él por estar enfrentándose a su mayor



miedo, que no era precisamente perderme a mí, sino a él.

Chasqué la lengua y seguí recogiendo todas mis cosas con rapidez. El modo

alerta había desaparecido de mi organismo dejando paso a un dolor tan grande que no me dejaba ni pensar. El alivio por no ser perseguida realmente se perdió

en medio de mis ganas de volver a abrazarle, de besarle sabiéndome a salvo, de

sentir que, por una vez en mi vida, prefería ser prudente con él que ser una temeraria sin nadie. Me duché en casa de mis padres y coloqué la ropa en el armario sabiendo que me quedaría allí una larga temporada. Acababa de

deshacerme de todos mis ahorros. Porque confié en él, en mí, en nosotros. En un

nosotros que ya no existía.

A las once de la noche, salí de casa. Quería ver a Diego y hablar con el mentiroso de Lolo. No para saber sus motivos, sino para odiarle un poco más y

dejar de echarle tanto de menos. Era horroroso. Cuando la ira se imponía estaba

arriba, y en ese momento estaba peligrosamente cerca de desmoronarme muy abajo. Cuantos más datos conociera de sus pérfidas acciones, antes lo borraría de

mi corazón.

Me puse unos vaqueros, un jersey negro de cuello alto y me hice una trenza a

un lado que me libraría de las rastas resultantes de pasar metida en la cama los

próximos tres días.

En cuanto le vi, me dolieron hasta las pestañas.

Estaba en la sala de espera, sentado e inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y llevaba la misma ropa que yo le había arrancado por la

mañana. Subió la cabeza como si me hubiera olido y encontré sus ojos vacíos de

esperanza. Suplicó audiencia y fui hacia él dejándole claro que, dijera lo que dijera, jamás podría volver a dedicarle mi sonrisa.

Al ver que acudía a su lado se puso de pie apresuradamente.

—Diego está bien —Fue lo primero que dijo.

—Lo sé. Me lo ha dicho Martina.

—He intentado llamarte...

Desvié los ojos porque no soportaba su mirada ávida por una absolución que nunca llegaría.

—El hombre que ha disparado a Diego... ¿sabes algo?

—Sí. Le envió Kevin...

—¿Qué?! —exclamó sorprendido.

—Sí. Siempre ha odiado a Diego, pensó que le abandonaba por él y, creyendo que alguien me perseguía, aprovechó la contienda para eliminarlo de mi vida.

—Joder, no me lo puedo creer —contestó alucinado.

—La gente está fatal. Y tú no te quedas atrás...

—Noa, no es lo que crees, yo no...

—No me interesa, Lolo —dije cortante—. Solo quiero saber cómo averiguaste lo de los lazos y quién coño tuvo los huevos de allanar la casa de tres policías, si no te importa decírmelo —dije como un robot evitando el contacto visual.

—Un amigo de mi completa confianza.

—No mereces llamarte amigo si metes a alguien en una situación como esa.

Responde a lo de los lazos —ordené seria.

Me mostraba dura por fuera, indiferente, profesional, pero por dentro estaba haciendo verdaderos esfuerzos por pronunciar las palabras sin echarme a llorar.

Sobre todo, después de la cara que puso cuando oyó que le llamaba de nuevo Lolo. Sus reacciones me estaban matando, transmitiendo un mensaje

contradictorio a la creencia de que no le importaba. Se mordió los labios afligido y se puso nervioso por la breve oportunidad de ser escuchado.

—Cuando me enteré de que volvías a España me preocupé. Por Diego.

Contacté con mi tía Jessica para que me contara el motivo. Lo único que pudo decirme es que estabas teniendo síntomas de TEPT porque habías llevado un

caso que terminó mal.

—Céntrate en los putos lazos —articulé con dificultad—, ¿cómo conseguiste esa información?

El corazón me iba a mil por hora, estaba sudando por contener las reacciones que mi cuerpo estaba deseando liberar.

—Le dije a mi tía que quería ayudarte a superarlo... que necesitaba encontrar un símbolo de todo aquello que no te dejara indiferente, que estabas cerrada en banda, que no querías hablar del tema y que necesitaba que tuvieras una reacción a un objeto; fue entonces cuando su marido le dijo lo de las cintas... No sabía lo que significaban... me arrepentí cuando me lo contaste, lo siento mucho...

No quería darle la satisfacción de verme llorar, pero no pude detener las lágrimas al recordar el abrazo que me dio aquel día. También recordé sus

palabras: no dejes que nadie te asuste. «Ni siquiera yo», debió pensar, y después, intentó resarcirse tentándome con unas pizzas familiares.

—Vale —dije girándome para que no viera mis ojos anegados, y tuve que fingir que buscaba a una enfermera—. Voy a preguntar si puedo ver a Diego.

—Lo hice para que continuaras a mi lado... Para ganar algo de tiempo...

—No hacía falta que montaras este numerito para llevarme a la cama, aunque reconozco que me manipulaste muy bien haciéndote el difícil. Una actuación magistral.

—¡No lo hice por eso! —exclamó ofendido—. El plan inicial era alejarte de Diego. ¡Por Martina! Quería darle la oportunidad de mover ficha por la presión

de tu vuelta. Lleva años enamorada de él y contigo aquí pensé que espabilaría.

Notaba que a Diego le gustaba, pero seguía obsesionado contigo. ¡Yo no quería que pasara nada entre nosotros! Intentaba separaros y aún así acabaste besándole

—dijo frustrado—. Se me dio de pena manteneros alejados. El plan se me

ocurrió la noche que llegaste, no antes. Chocaste conmigo en el bar con la sensación de que alguien te perseguía y mencionaste que seguramente serían

alucinaciones. Cuando vi lo insistente que se puso Diego por llevar a Martina a casa por su torcedura, pensé que solo era cuestión de tiempo, ¡y quise dárselo!

Le dije a Adriana que se fuera a dormir a casa de Diego para conseguir tu número de móvil y te escribió el mensaje con la opción de número desconocido.

Me giré lentamente y pregunté por el último cabo suelto:

—¿Y cómo sabías que te llamaría a ti y no a Diego para contarte lo del mensaje amenazante?

—¡Porque te conozco, joder! —exclamó airado—. ¡Tú misma dijiste: «No se

lo digas a Diego», y me dejaste bien claro que yo era el único al que le permitirías saber que «en Nueva York te querían muerta»! Sabía que me

llamarías, lo supe por cómo te abrazaste a mí...

Me quedé atónita. Y él continuó su diatriba enfadado.

—Pero esto no era un puto *masterplan* para que cayeras en mis redes. En todo caso, yo he caído en las tuyas, no creas que no he intentado resistirme, pero al final conseguiste hacerme renunciar a la única persona que significaba algo para mí.

Me costó la vida misma contener una reacción de loca para arriba, pero le di una de alguien con muy mala hostia.

—Eres un cabrón de mierda, Lolo, no me acordaba.

Di media vuelta con los ojos completamente encharcados y me alejé de él más rápido de lo que jamás lo había hecho de nadie. Me metí en el baño y me abracé a mí misma. Respiré hondo y, por primera vez en mi vida, lloré con una angustia insólita en mí. Necesitaba sacarlo todo. Fuera. «Vete de mí, por favor». No quería sentir eso. No soportaba pensar que se arrepintiera de estar conmigo.

¿Era cierto? ¿Le había hecho caer en mis redes mientras él verdaderamente

intentaba no hacerlo? Tuve flashes de todas sus reacciones: acariciarme la cara y acto seguido apartarse, interrumpir el beso que yo había buscado en la salida de emergencia, rogarme que no subiera la mano por su pantalón... Él pidiéndome esperar, yo subiendo a horcajadas sobre él en el sofá, él admitiendo que tenía miedo de volver a casa... Yo desnudándole porque él era incapaz de moverse, yo, yo, yo...

Dios mío...

Quince minutos después, Martina entró en los servicios.

—¿Noa?

—Aquí —murmuré disgustada.

Cuando me encontré, vi en sus ojos un mundo de sentimientos que hasta ahora no había sido capaz de diferenciar, pero en ese momento, me resultó transparente. Solo me quedaban un par de dudas por resolver.

—¿Tú sabías que Manu me tenía engañada?

—No. Antes de que os acostarías me mencionó que estaba metido en un lío enorme y que no sabía qué hacer, pero nunca imaginé que fuera eso. Aunque no me sorprende... le gusta jugar a ser Dios, aunque lo disfrace de buenas acciones.

—¿Por qué te liaste con Manu si querías a Diego?

—No quería perder mi virginidad borracha en la parte trasera de un coche con un tío al que no le importase en absoluto. Notaba que cada uno me quería a su manera; Diego desde el otro lado del telón de acero y Manu saltándose cualquier límite por cumplir todos mis deseos. Así que le pedí que me iniciara en el mundo del sexo porque sabía que así tendría un buen recuerdo. Y él me lo concedió aunque no quisiera, porque nunca ha podido negarme nada.

Cerré los ojos turbada por descubrir ese punto de vista.

—¿Puedo ver a Diego? —balbuceé.

—Sí, ha preguntado por ti. Vamos.

Me puse de pie y estuve a punto de tambalearme cuando mencionó que Diego

había dicho que no quería ver a Manu.

Tragué saliva y la seguí.

Pasamos fugazmente por la sala de espera y vi a Lolo apoyado contra la

ventana, con las manos en los bolsillos y el semblante hundido. Cerré los ojos con fuerza luchando contra la horrible sensación de querer ir a consolarle y desear que hiciera lo mismo conmigo.

—Acaba de despertarse —informó Martina acercándose a él—. Diego, Noa está aquí —le dijo con cariño—. Os dejaré solos.

Me acerqué a él y me sonrió débilmente.

—Mala hierba nunca muere —gorgoteó.

Me tapé la cara con las manos y me desplomé a su lado.

—No me lo hubiera perdonado en la vida... —musité.

—No es culpa tuya.

—Sí es culpa mía. Fue Kevin, Diego.

—Puto pirado —resopló renqueante.

—Me siento fatal...

—El muy idiota no sabía que yo no era la amenaza real...

Le miré con pena. Y el nombre de Manu volvió a desgarrarme por dentro.

—Siento que te enteraras así...

—Eso tampoco es culpa tuya, te engañó. Nos ha engañado a todos.

—No, Diego... él...

—No quiero saberlo —dijo molesto—. No es por ti, Noa. Esto es un problema entre nosotros. Si no te quiere es un cabronazo, y si te quiere es un cobarde.

—Pues yo creo que el único problema es que te quiere más a ti —dije con la voz temblorosa.

Sus ojos se humedecieron.

—Quiere verte... —añadí—. Está destrozado.

—Yo no quiero verle. Estoy muy furioso con él por cómo me ha manipulado con Martina.

—¿Qué ha hecho?

—Nos drogó, joder. Por eso nos acostamos. A partir de ese momento, mi relación con ella ha sido un sinvivir. ¿No has oído nuestra discusión? Que entrara alguien a matarme, solo ha sido la guinda perfecta para una semana de mierda.

No pude evitar sonreír.

—Si eres capaz de comparar una cosa con otra, es que Martina te importa más de lo que crees.

—¡Claro que me importa! Es mi mejor amiga, y lo último que hubiera hecho antes de morir si ese tío hubiera apuntado unos centímetros más arriba, habría sido cruzarme la cara y con razón.

—No parece enfadada contigo...

—Porque está en modo trabajo. Me he convertido en un paciente. Aún no se ha reencontrado con el Diego que le dijo que no era más que un par de tetas y un buen culo —dijo cerrando los ojos arrepentido.

—Te perdonará.

—¡Ya lo ha hecho! —sonrió desquiciado—. Me ha dicho que volviéramos al día antes de acostarnos, porque todo lo demás ha sido producto de las drogas y la manipulación.

—¿Tú piensas igual?

—Yo ya no sé qué pensar... —dijo confundido—. Nada es lo que parece, ni siquiera tú.

—Yo soy, ante todo, tu amiga. Siempre lo he sido y siempre lo seré. Y si tú me

cuentas cómo te sientes de verdad, yo te contaré lo jodida que estoy por descubrir que mi lío con Manu no ha... —no podía decirlo—, significado... —

era incapaz de seguir—, nada... —Mi voz falló al final de la frase. Bajé la cabeza compungida y me eché a llorar contra su brazo. No podía parar. Era un

puto grifo abierto. Y la realidad de que estaba enamorada de él me aplastó igual

que a una cucaracha, incluyendo ese grotesco sonido que se oye al hacerlo.

Él puso una mano en mi cabeza y me la acarició.

—Joder... —maldijo—, en cuanto pueda levantarme le voy a hostiar.

Ni siquiera podía reírme. Solo me agarré más fuerte a él y compartí mi dolor,

mi susto por casi perderle y mi angustia por saber que esa noche no iba a dormir

ni con Manu ni con Lolo.

Me quedé con Diego hasta que se durmió por los calmantes. No quería salir de

esa habitación e irme sola a casa... No quería verle en la sala de espera y cruzarme con sus ojos, con sus manos, con el calor de su cómodo cuerpo...

Caminé despacio y recé para que no me viera, pero no hubo suerte. Se levantó

deprisa y me siguió hacia la salida.

—¿Cómo está? —La preocupación en su voz abrió un poco más la herida y no

pude evitar contestarle.

—Está bien. —Seguí mirando al frente sin dejar de andar.

—Noa, por favor, espera. —Me cogió del brazo para frenarme.

Miré hacia donde me tenía agarrada y su contacto me quemó.

—No te atrevas a tocarme... —farfullé.

Él me soltó abatido, pero no se apartó.

—Lo siento... Todo esto ha sido... Por favor, perdóname. Por lo que he hecho,

por lo que te he dicho antes... No todo es mentira, mis sentimientos son reales.



—¿Qué sentimientos? —dije despectiva.

—Ya sabes lo que significas para mí —musitó afligido.

—Sí, me lo has dejado claro: soy el estorbo al que intentar resistirse mientras juegas al químico loco con tus mejores amigos. Muy buena idea lo de drogarles

—solté esquivándole.

—¡Nunca hubieran dado el paso! —se justificó.

Me giré y hablé con odio.

—¡Eso no lo sabes! Ese es tu problema, que te crees que lo sabes todo. Diego no está enfadado contigo porque te hayas liado conmigo, sino porque se lo has escondido. Verás cuando se entere de que tienes un piso desde hace años —dije emprendiendo la marcha de nuevo.

—¿A dónde vas? —preguntó preocupado.

—A casa de mis padres. Ya he recogido todas mis cosas de tu casa, y tú deberías hacer lo mismo de la de Diego. No creo que quiera que estés allí cuando

le den el alta.

—Eso tendrá que decírmelo él —apostilló herido.

—Como quieras. Adiós.

Me fui con un nudo en la garganta.

¿Sentimientos reales? Yo también los tenía. Estaba rabiosa, humillada,

sorprendida, hundida y bien jodida. Y aún quedaba lo peor: la reacción de La Mafia. Porque en menos de veinticuatro horas aparecerían los mayores y

querrían saberlo todo para intentar resolverlo a su manera, como siempre.

## Capítulo 23

### *UNA MENTE MARAVILLOSA*

Manu

Me fui de la sala de espera a las doce de la noche y volví a las siete de la mañana sin haber pegado ojo. Cada vez que las enfermeras cambiaban de turno, me acercaba a preguntar si Diego quería recibirme. Y ya acumulaba tres negativas.

Llevaba veinticuatro horas sin comer, sobreviviendo a base de Coca-Cola, cuando aparecieron los padres de Diego, mi padre y César.

—¿Cómo está?! —preguntó su madre preocupada.

—Bien, bien. Está estable. Martina estaba allí cuando le dispararon y supo exactamente qué hacer.

—Gracias a Dios —Naia, la madre de Diego, juntó las manos cerca de su boca en un agradecimiento silencioso.

—¿Se sabe algo de quién fue? —preguntó César.

—Eh... sí —dije acentuando la atención de todos sobre mí—, alguien que envió el ex novio de Noa desde Nueva York...

La conmoción fue generalizada.

—Ya está detenido —informé—. Los demás estamos bien, Noa dejó al tío inconsciente, aprovechando que Martina le atacó por detrás.

—Coño, ¿no se os puede dejar solos, ¿eh?! —dijo mi padre.

Todo el mundo le miró sorprendido y varias sonrisas cruzaron el aire. Era el payaso del grupo, supongo.

—Vamos a entrar —dijo el padre de Diego.

Cuando se fueron, mi padre me abrazó.

—¿Estás bien?

—No.

César posó sus ojos en mí haciéndome una pregunta que finalmente materializó.

—Y Noa, ¿está bien?

—Tampoco —respondí con los ojos brillantes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi padre.

Negué con la cabeza incapaz de hablar.

—¿Estabais los cuatro juntos en el mismo habitáculo cuando dispararon a

Diego? —preguntó César enigmático.

A simple vista parecía una pregunta sencilla e inofensiva.

—No. Martina y Diego estaban en el salón, discutiendo... y Noa y yo

estábamos en mi habitación, escuchándoles...

—Ah, vale. Voy a intentar resolver —comenzó César como si estuviera en un

programa de televisión—, Noa y tú os habéis liado y Diego se ha enterado. Y a

la vez, Diego se está calzando a Martina. ¿Voy bien?

Abrí los ojos como platos.

—¿Pero cómo...?

—¿Cómo lo sabe? —terminó mi padre por mí—. Su mente es de otro planeta.

No intentes entenderlo. ¿Te has liado con Noa?! ¿Cómo se te ocurre? ¿No sabes

gestionar los caprichos de tu polla?

—¡No es ningún capricho! —me defendí sin pensar. César me miró torciendo

la cabeza y tuve que tragar saliva. Dios... era como si alguien estuviera

hurgando en mi alma con un punzón.

—Si eso es cierto, no creo que haya problema —concluyó César.

Sonreí irónico.

—Es bastante más complicado. Ella me odia.

—¿Por qué? ¿Qué le has hecho? —preguntó con un deje peligroso.

Me pasé las manos por el pelo y me rendí. César y mi padre eran culo y pedo.

Y en cuanto las noticias llegaran a Nueva York, mi tía Jessica lo cascaría todo.

Les conté por encima por qué todos se habían enfadado conmigo y me dio escalofríos la sonrisa que ofreció la cara de César cuando terminé.

—¿Por qué sonríes? —pregunté desconcertado.

—Porque las historias de drogas me traen buenos recuerdos... —dijo

melancólico—. Bueno, me voy a casa. Mi pequeña me necesita —agregó

poniéndose en pie—. Nos vemos, tío —chocó el puño con mi padre, me alborotó el pelo y se largó.

—Por cierto, me debes cien pavos —vociferó mi padre. César no se volvió,

solo levantó una mano y le mostró el dedo corazón a modo de respuesta. Mi padre sonrió satisfecho.

—Entremos a ver a Diego, chaval. —Se levantó.

—No quiere verme, papá...

—Vamos —dijo tirando de mí y poniendo una mano en mi hombro mientras comenzaba a andar sin dejarme alternativa.

Avanzamos hacia la habitación de Diego, y al entrar me clavó la mirada desafiante.

—¿Cómo estás, Dieguito? —preguntó mi padre—. Menuda historia para contarle a tus nietos, ¿eh?

—Ya ves, a veces te enamoras de la chica equivocada. Atrae a los psicópatas...

—soltó irónico.

Mi padre empezó a reírse.

—Es que esas son las mejores, niños...

Quise morirme.

—Bueno, gente —continuó—, ya veis que está bien, no le atosiguéis, que tiene

treinta tacos. ¿Vamos a por un café?

Algo debió de decirle con la mirada al padre de Diego, porque cogió a su mujer del brazo y la arrastró fuera de la habitación dejándonos solos.

Seguramente sería una palabra en clave, porque me pareció de lo más surrealista.

—¿Cómo estás? —pregunté cohibido en cuanto la puerta se cerró.

—Cabreado.

—Lo siento muchísimo.

—¿Qué de todo? Porque tienes para elegir...

—Haberme liado con Noa...

—Respuesta incorrecta, capullo —ladró molesto de veras.

Le miré sorprendido y me quedé bloqueado por su nueva aversión hacia mí.

—Tío, has dicho lo único que no quería oír —espetó—, podías haber dicho que

sientes no habérmelo contado, que sientes haberme drogado para que me liara con Martina, que sientes haberme mentido a la cara múltiples veces, ¿cómo voy

a volver a confiar en ti, si tú no confías en mí? —alegó.

—Yo sí que confío en ti —musité—, pero no me atrevía a contártelo por miedo

a tu reacción. Me avergonzaba de mí mismo, llevo muchos años esquivándola

porque me sentía atraído por ella...

—¿Años? ¡Lo estás empeorando! —se rio sin ganas—. Pensaba que nosotros

estábamos por encima de todo... Nunca me has dicho una palabra sobre ella, y

puede que, si lo hubiera sabido, me hubiera hecho a un lado mucho antes...

—¿Qué coño estás diciendo? —dije anonadado—. ¡Hace tres días me dijiste

que ella volvería a ti porque vuestro vínculo era irrompible!

—Eres idiota, tío. Yo puedo decir misa. ¿No has pensado alguna vez que puede

que me equivoque? ¿Crees que estoy enamorado de Noa? Sinceramente, ¡¿lo

crees?!

—¡No! ¡Claro que no! Si hubieses estado enamorado la habrías seguido a

Nueva York, ¡y no lo hiciste!

—¿Y por qué no lo hiciste tú?!

—¡Porque no era mía! ¡Para mí ella siempre fue tuya! ¡No había más

posibilidades!

—Si de verdad piensas eso, la traición es más grande de lo que creía. Te equivocaste al pensar que nuestra amistad terminaría si te la tirabas, pero es lo que creías y lo hiciste igualmente, ¿dónde nos deja eso, Manu? ¿Te das cuenta?

—Sí, pero te juro que no pude pararlo. ¡No pude!

—¿Ha merecido la pena romper nuestra amistad? ¿A que es una puta fiera en la cama?—preguntó malicioso.

Me mordí la lengua para no contestarle una burrada. Mi corazón amenazó con salirse del pecho. Por un segundo, pensé en abandonar la habitación, pero yo no era el único en la cuerda floja a tenor de la conversación que había escuchado con Martina.

—Parecida a Martina, ¿tú qué opinas? —pregunté mordaz—, porque supongo

que el día que te la follaste en el baño de la VON ¡no estabas bajo el efecto de

ninguna droga! Sabías lo que sentía por ti, y aún así volviste a tirártela. Tú tampoco eres una persona ejemplar.

—Ya, pero tú no solo te la follaste, sino que jugaste con su salud mental. A tenerla psicológicamente mutilada para poder llevarla por donde querías. La

tenías engañada y te lo pasabas en grande haciéndote el héroe, maravillándola, protegiéndola para hacerle pensar que te debía algo.

—¡¡Te equivocas!! —rugí—. Pensaba que tenías un mejor concepto de mí, que

eras el único que me veía de verdad, pero ya veo que no —dije dirigiéndome hacia la puerta.

—Lo que no sabía es que eras un cobarde —murmuró deteniendo mi huida.

—No soy ningún cobarde —mascullé furioso.

—Pusiste balas de fogueo en la pistola de Noa... Si Martina llega a quedarse parada como hiciste tú, ahora mismo podríamos estar todos muertos.

Me tragué un quejido y puse pies en polvorosa. Salí con tanta violencia que choqué contra el cuerpo de mi padre y el del padre de Diego, pero me zafé y continué corriendo a pesar de que escuchaba cómo me llamaban a lo lejos.

Me senté en la moto y escuché la voz de mi madre retumbándose en la cabeza: «Prométeme que nunca cogerás la moto alterado». Me lo repetía todos los putos días y, por lo visto, había servido de algo. Me bajé y me senté en el bordillo con la cabeza entre las piernas.

Era cierto. Me había quedado impasible cuando ese tío disparó a Diego, pero mi cabeza no podía asimilar lo que estaba sucediendo. La realidad y las mentiras se mezclaron en mi mente y un segundo después Martina saltaba sobre él al ver

que iba a dispararnos a los demás. Todo pasó muy deprisa, y ver a Diego desplomado en el suelo me dejó en shock. Era como si ya no mereciera la pena

intentar salvarse.

Me escocieron los ojos, y cuando el asfalto se volvió borroso, me aparté las lágrimas a manotazos. Después de esa conversación, no hacía falta que Diego me pidiera que me fuera de su casa, sin embargo, aquella noche fui a dormir allí,

porque sabía que no soportaría entrar en mi piso y notar la ausencia de Noa como una bola de demolición golpeando en mi tristeza.

Comí unas sobras que encontré en la nevera y me tumbé en la cama sin prever

que un efluvio maligno entraría por mi nariz. «Noa». Joder... ¿Cómo podía

haber albergado alguna esperanza de que todo aquello pudiera salir bien? La intervención de Kevin había resultado más destructiva que un acelerador de

partículas, pero solo había un modo de que lo mío con Noa hubiera podido funcionar: contárselo todo a Diego, y eso era algo que nunca habría sido capaz de hacer, por lo tanto... estaba condenado desde el principio.

Necesitaba un nuevo plan: mudarme a mi piso y asumir mi mierda de vida;

seguir con mis negocios e intentar buscar a alguien nuevo en HAZLO POSIBLE,

para que mis problemas me parecieran irrisorios. Solía funcionar, pero algo me decía que, esta vez, no sería tan sencillo. Intenté conciliar el sueño deseando

que al despertar todo doliera menos y, cuando ya estaba más allá que acá, la voz de Diego irrumpió en mi cabeza: «¿Ha merecido la pena?».

¿Saborear por un momento tener el premio gordo del palo del helado? Joder, puede que sí.

*César*

Entró en su casa y casi se vuelve loco al ver todos los muebles movidos de uno a dos centímetros de su lugar habitual. Era como estar borracho.

Se acercó a la habitación de Noa, que tenía la puerta entornada, pero Jorge lo interceptó antes de que decidiera entrar.

—Está dormida —le advirtió.

—Ah... Quería verla.

—¿Cómo está Diego? —preguntó interesado.

—Bien, se curará. Pero el disparo ha sido solo un daño colateral de la bomba atómica que ha estallado entre nuestros muchachos, me temo.

—¿Qué quieres decir?

—Que ha llegado el momento. ¿Te acuerdas cuando hace unos años te dije que Diego y Manu acabarían peleándose por Noa?

—Sí.

—Pues está pasando.

—¿La quieren los dos?

—Eso es lo más curioso, creo que no, pero lo que realmente necesito saber es cómo se siente ella.

—Noa tiene la cara demacrada de tanto llorar. ¿A quién tengo que partírlas las piernas? —gruñó Jorge crujiéndose los nudillos.



César sonrió por evocar su vena pendenciera. Le parecía irresistible.

—Creo que a Manu, pero si lo hubieses visto... Pobre crío, está hasta las trancas por nuestra niña.

—¡Anda ya! ¡Si se odian!

—Se odian como se odiaban su padre y su madre en su día. Pero ¿sabes a quién me recuerda Manu?

—¿Al tonto de su padre?

—No. A ti.

Jorge se sorprendió.

—Es como si pensara que no se merece enamorarse. Como si no mereciera que nadie le quisiese... Y menos que nadie, nuestra niña. ¿No es maravilloso?

—Te encantan las causas perdidas, ¿verdad? —sonrió.

—Si pude salvarte a ti... podré ayudarle a él, pero ante todo, quiero saber en qué punto está Noa.

—César... —oyó que le llamaba una vocecita de duende desde la habitación.

Entró lentamente y se sentó en la cama.

—¿Cómo estás, preciosa? —dijo acariciándole la cara—. He visto a Manu en el hospital.

Quería ver su reacción al pronunciar su nombre.

Ella hizo una mueca que terminó en un llanto contenido y, como era habitual, sin decir nada, se lo dijo todo.

—Shhh... tranquila, pequeña. Me lo ha contado.

—Seguro que no todo... —le tembló la voz.

—El resto me lo imagino. ¿Le quieres?

Ella negó con la cabeza, pero perdió fuelle ante el sondeo de sus penetrantes

ojos.

—Quiero odiarle... —sollozó.

Él sonrió indulgente y le dio un beso en la frente.

—No te preocupes. Duérmete, mi vida.

Salió de la habitación y encontró a Jorge en el salón ávido de información.

—¿Qué te ha dicho?

César sonrió satisfecho frotándose las manos.

—Cariño, a veces me das miedo —resopló.

## Capítulo 24

### *CASABLANCA*

Noa

Dos días después reuní fuerzas para salir de casa.

Me sentía inútil. Solo servía para ver *Juego de Tronos*.

Había hablado con Diego por teléfono, pero quería verlo de nuevo en persona.

El batacazo emocional había sido fuerte. ¿Qué es peor: que alguien se te muera o

que decida estar muerto para ti? El factor elección juega un papel decisivo, porque normalmente nadie quiere morir, pero, el desamparo y el vacío que deja

la ausencia de alguien no justificada por causas naturales, también podía ser muy doloroso. Y yo había perdido a alguien. A alguien que ya nunca volvería porque en realidad no existía.

Entré en el hospital temiendo encontrarme con el innombrable, pero dudaba de que le quedasen ganas de estar por allí después de la fuerte discusión que había mantenido con Diego.

Al acercarme a la puerta de la habitación oí una frase que me dejó clavada en el sitio.

—No ha sido solo sexo, siento algo por ti, de verdad —sentenció Diego.

Martina hizo un sonido jocoso.

—¿Pero qué dices? ¡Por favor! Ya sabes que después de una experiencia

cercana a la muerte la gente piensa cosas rarísimas. No pierdas la cabeza. ¿Te acuerdas del tío que volvió del coma y quería casarse con su perro?

—Joder, ¡lo digo en serio! y tú cachondeándote...

—Diego, lo que sientes se llama agradecimiento. Estaba allí, te salvé y fin de la historia. Cinco minutos antes tenías muy claro lo que sentías por mí y lo que

no.

—O puede que no quisiera verlo.

—Le diré a alguien de psiquiatría que baje a verte, ya sabes que es normal cuestionárselo todo después de un episodio así. Te sientes culpable,

discutimos... tus sentimientos están intensificados. Dime una cosa, ¿a que estos

días la comida te sabe cien veces mejor de lo normal?

—El *catering* del hospital ha mejorado mucho en los últimos años... —

murmuró incómodo.

—¡Ja! ¡Lo dice el tío que le puso pegas a DiverXo! —se mofó Martina—

Diego, cielo... tranquilo. Somos amigos. Siempre lo hemos sido, lo de estos días

han sido las drogas, la sequía y, por último, un balazo en el pecho, ¿vale?

Relájate.

—Pues nada, como no me tomas en serio, ya hablaremos cuando salga de

aquí...

—Como veas, pero te libero de tener que cumplirlo si una vez que llegas a casa

te das cuenta de que tengo razón —dijo ella viniendo hacia mí—. Luego me paso, «mi amor» —Y se empezó a partir de risa a pesar de haberme visto en la

puerta y saber que lo había escuchado todo.

—Ten paciencia con él —bromeó sonriente—, si te pide matrimonio, dile que

te lo vuelva a pedir en Nochevieja, para entonces se le habrá pasado la locura transitoria.

Sorprendida por la hilaridad con la que se había tomado sus palabras me

adentré en la habitación y bordeé la cama. Me encontré a un Diego molesto, resignado y muy frustrado.

—No me cree... —resopló a modo de saludo.

Su tono protestón me hizo sonreír.

—¿Ya has aclarado tus ideas? ¿De repente se ha encendido la llama del amor?

—No. Simplemente llevaba una venda en los ojos y con el disparo se me ha caído. Así de simple, no creo que sea tan difícil de entender. Tú estás de mi parte, ¿no?

—Sí, yo diría que algo te pasa, porque conmigo nunca fuiste celoso y con ella estás de color verde. Te vi la cara cuando bailaba con Alex el viernes y cuando

tonteaba con ese chico el sábado enfundada en ese vestido que me puso

cachonda hasta a mí; y según la discusión en tu salón, te comportaste como un

crío de guardería cuando alguien comenzó un leve tonto con tu nuevo juguete

en el quirófano...

—Genial, pues a ver si se lo explicas, porque quiere mandarme a un loquero —

gruñó cruzándose de brazos.

—Yo soy loquera.

—Dos por el precio de uno.

—Manu también creyó que te gustaba Martina... —dije sin pensarlo mucho—.

Me dijo que me engañó para mantenerme alejada de ti, mientras vosotros os decidíais a dar el paso... y que como le entró la prisa porque iba a caer en mis

garras, os metió una ayudita en los chupitos. Yo solo he visto lo que has hecho

desde que estoy aquí, pero él ha debido percibir mucho más. Si alguien puede convencer a Martina, es él...

—Lástima. Porque no creo que volvamos a ser amigos, y menos después de lo

que le dije el otro día —Parecía arrepentido, pero también peligrosamente resignado—. Seremos conocidos de «hola y adiós» en las reuniones de La Mafia.

—Diego...

—Déjalo, de verdad.

—No quiero que os peleéis por mi culpa, sois como hermanos.

—Sí, un hermano que miente más que habla.

—Dado el giro de los acontecimientos, quizá hasta tengas que agradecersele,

¿no crees? Porque te recuerdo que al día siguiente de mi llegada ya estábamos liándonos como dos idiotas... ¿notas la diferencia cuando besas a Martina?

Él me miró curioso.

—¿Y tú, cuando le besas a él?

—Claro que es diferente, pero no te quiero ni un ápice menos a ti por sentir eso

por él. Es un sentimiento distinto. Uno es amor fácil, bonito. El otro... es más complicado. Es nocivo. Es... como una droga.

—¿Nocivo? —sonrió triste.

—Sí. Es un amor que te destruye lentamente. Que te despoja de ser dueño de tus actos... que duele.

—O sea, el auténtico. El amor duele, ¿no lo sabías?

—No —respondí con los ojos húmedos—. No lo sabía...

Él me apretó la mano y supe que estaba pensando en nuestra historia. A mí me

había parecido preciosa..., tierna, no dolorosa. ¿Significaba eso que nunca nos habíamos querido? No. Significaba que nuestro amor fue siempre algo puro,

algo que estaba más allá de todo: de la atracción física, de compartir nuestra vida

como pareja, de los demás... No había celos, apenas hubo dolor cuando nos

separamos. Desde el principio supe que acabaría atendiendo a razones, y a él le

costó un poco más deshacerse de los cuadrículados planes que se había hecho en

la cabeza, pero era solo eso..., porque siempre supimos que nos tendríamos

pasara lo que pasara. ¡Habíamos compartido chupete, por el amor de Dios! Y eso  
une cantidad. Nuestro vínculo estaba por encima de todo, pero no era amor del  
doloroso, del que tiene la capacidad de destruirte, del que cabe la duda de que algún día te falte y te  
mueras. Diego no era Manu... Solo pensar en él se me erizaba todo el cuerpo, como a los gatos.  
Mala cosa.

—No me puedo creer que te engañara así... Me dijo que llevaba años sintiendo  
algo por ti, y que recurriera a esto para conseguir estar contigo me sacó de quicio.

—Según él no quería liarse conmigo —musité abochornada—, puede que... yo  
lo llevara un poco al límite. Pero me da igual, se ha aprovechado de mi situación  
y eso no puedo perdonárselo. Podía haberme dicho la verdad sobre vosotros en  
cuanto le dije que no quería estar contigo.

—Pero... ¿te ha tratado bien?

—Demasiado bien, ese es el problema... —dije mirando al suelo.

—Joder, estamos hasta arriba de problemas amorosos, ¿no?

Yo solté una carcajada.

—Tú sí, pero lograrás convencerla. Lo mío es diferente: no somos amigos y le  
odio. No hay nada que hacer —aparté la mirada intentando reprimir un millón de  
sentimientos negativos—. Ni siquiera creo que vuelva a hablarme mientras sigas  
enfadado con él...

—Madre mía... ¡acabo de darme cuenta! —dijo alarmado.

—¿De qué?

—¡De que sois tal para cual! ¡Los dos unos jodidos manipuladores! —se rio—.

¡Has venido aquí con la única intención de meterme en la cabeza hacer las paces  
con él! Primero me dices que él puede convencer a Martina de que en realidad  
me interesa, y ahora, que si no somos amigos nunca volverá a acercarse a ti. ¿Te

das cuenta de que soy cirujano? ¡Tengo licencia para abrir un cuerpo y cortar cosas! A veces, hasta tengo actividad cerebral.

Me entró la risa.

—Solo quiero que lo arregléis. ¿Hablarás con él?

—Ya veremos, lianta. Y ahora cuéntame qué es eso de que has alquilado un local...

Resoplé y le conté el proyecto del que ahora era madre soltera. Cuando vio mi

cara de apuro por embarcarme en una aventura de semejante envergadura,

prometió que me ayudaría en lo que pudiera. Estaba muy segura cuando firmé los papeles teniendo a Manu a mi lado. Exudaba confianza, tenía experiencia...

y ahora, estaba sola y no sabía ni por dónde me daba el aire.

Un par de horas después, Martina apareció a la par que traían la comida.

—Ya está aquí tu menú de estrella Michelin —se mofó.

—¿Cuándo le darán el alta? —pregunté solícita.

—Normalmente, por el tipo de herida, en una semanita los mandamos a casa,

pero le daré el alta un par de días antes, así estará en casa en Nochebuena.

—Gracias, doctora —dijo Diego guiñándole un ojo.

—De nada. He tenido que decirles que te veré dos veces al día para comprobar

que todo va bien, pero no puedes estar solo, Diego, y yo trabajo.

—¿Solo? Pero... ¿y Manu? —murmuró él sin pensar, aunque al momento

pareció recordar su última conversación.

—Manu, seguramente, ya no estará en tu casa cuando regreses. Se habrá

mudado a su piso —explicó Martina.

—¿Qué? ¿Qué piso? —preguntó descolocado.

—Uno que se compró hace un par de años...

—¿¿Cómo que tiene un piso?! ¡La madre que lo parió! ¡Un piso clandestino!

—exclamó enfadado—. Pero ¿qué clase de amigo es?!

—Uno que prefería vivir contigo —musité con la vista perdida.

Él se quedó pensativo.

—Puto Manu... ¡Me va a oír! ¿Quién se cree que soy, Shrek? ¿Pensará que no comparto mi ciénaga con alguien que tiene propiedades inmobiliarias? Hay que joderse...

Ambas sonreímos.

—Yo puedo cuidarte hasta que estés bien —me ofrecí—. Es lo mínimo que puedo hacer después de que mi ex intentara matarte...

Diego sonrió, pero Martina no parecía tan feliz, sin embargo dijo:

—Es buena idea.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió.

—¿Cómo estás, hermanito? —preguntó Adriana haciendo una entrada triunfal

—. Tienes buen aspecto, no como otros...

—Hola, Adri —contestó Diego recibiendo su beso—. ¿Te refieres a Manu?

—Sí, ayer estuve toda la tarde con él y parecía que acababa de alcanzarle un

rayo después de que una manada de lobos hubieran querido sacar leche de sus pezones. ¿Qué coño le habéis hecho?

—¿Nosotros?! —salté indignada contra la mujer que seguramente habría

disfrutado de su cuerpo «toda la tarde»—. ¡Dirás qué nos ha hecho él!

—A ti ya me imagino las maravillas que te habrá hecho... y no creo que estés

en disposición de quejarte. Desde luego, chica, no sé qué les das —me ignoró y

se centró en Diego—. Respecto a ti, pensaba que no acertarías a meterla en una

tía que te gustase de verdad ni borracho, pero mira, drogándote, Manu lo ha conseguido, y tú —dijo mirando a Martina—, debería darte vergüenza...



Conociéndole como le conoces, ¿cómo puedes pensar que ha hecho nada de esto por otro motivo que no sea ayudarte? Que lo piensen ellos, vale, es su rollo, pero tú acabas de escupirle a la cara que también crees que no tiene derecho a ser feliz.

Martina abandonó la habitación al momento con un cabreo monumental y yo me quedé callada. No tenía fuerzas para enfrentarme a una prolongación de Lolo sin pizca de atracción hacia mí.

—Adri... —se quejó Diego.

—¿Estoy mintiendo? —preguntó desdeñosa.

—Tu opinión nos queda clara, pero ¿qué te dijo él?

—Que no se soportaba a sí mismo. Nunca le había visto tan deprimido.

—Él se lo ha buscado —mascullé sin poder reprimirme.

Adriana me lanzó una mirada peligrosa.

—Manu no te ha obligado a hacer nada, enana, tú has podido elegir en todo momento, te has metido tú solita donde has querido. Y Diego, encanto, el éxtasis

no hace que te folles todo lo que se mueve a tu alrededor. Solo aumenta la empatía hacia los demás y tienes una percepción sensorial exaltada, pero no controla ni tu mente ni tu polla.

—Ya lo sé, joder, Adri..., me han pegado un tiro. Ten piedad de mí —dijo

haciendo un puchero.

Ella sonrió y le abrazó.

—Te quiero, feo. ¿Puedes dejarme a solas con mi hermano, por favor? —me pidió.

—Volveré mañana, nos vemos —dije abandonando la habitación, pero dejé la puerta entornada y no pude evitar escuchar lo siguiente que le dijo, aunque ojalá no lo hubiera hecho.

—Por favor, habla con Manu cuando vuelva. Ayer le dije que se fuera un par

de días, que tomara distancia. Se estaba muriendo desgastando el suelo en ese puto piso.

—¿Tú sabías que existía ese piso?

—Sí, pero apenas lo usaba. Lo compró cuando empezaste a salir en serio con

Marta... Su plan no era liarse con Noa, pero no iba a dejar que su aparición desbaratara los sueños de su mejor amiga. Hace más de un año que me dijo que,

si sacaras la cabeza del culo, te darías cuenta de que estaba hecha para ti.

Oí su sonrisa en su respiración, pero después suspiró.

—Lo que me duele es que me oculte sus sentimientos. Por Noa o por

cualquiera. Que pensara que no lo entendería, que creyera que no le perdonaría y

que aún así lo hiciera...

—Se ha equivocado, Diego. Le daba pánico perderte. Y ahora que cree que lo

ha hecho, no le importa nada. Ni siquiera la quiere a ella...

Me fui corriendo.

No sé por qué me impactó tanto escucharlo, si ya lo sabía. Diego estaba cien

pisos por encima de mí. «Me has hecho renunciar a la única persona que

significaba algo para mí», recordé sus palabras. La única. Los demás no

significábamos nada.

Seguí caminando hasta coger un taxi intentando que el dique de mis ojos

inundados aguantara la presión de las lágrimas y no se rompiera. Me sentía impotente. Quería deshacerme de los recuerdos engañosos, de las sensaciones

contradictorias, de esos besos tan tiernos y desesperados que dejó en mi boca.

Puse rumbo al local e intenté serenarme. Había quedado a la una y media con

Almudena, la decoradora, y con la directora de obra. Iba a dejarme aconsejar e

intentar salir de aquel entuerto para seguir adelante.

—¡Hola! ¿Eres Noa? —preguntó una chica nada más bajarme del taxi.

—Sí.

—¡Soy Almudena! Encantada.

Te das cuenta de lo deprimida que estás cuando la normalidad en los demás te parece una exaltación de la amistad.

—Manu me ha dado un montón de indicaciones y he intentado hacer lo posible para complacerle —se rio—. Pero es muy exigente.

Me quedé parada.

—¿Manu? ¿Cuándo?

—Antes de ayer me mandó una lista de ideas que tenía.

Una chica dobló la esquina a la carrera y su aparición me dio tregua para disimular mi turbación.  
«¿Antes de ayer?»

—¡Hola! —exclamó la recién llegada—. Soy Olaia, la arquitecta, ¿vemos cómo hincarle el diente a esto? —dijo divertida señalando el local en obra.

Me cayó bien al momento. Era muy guapa y parecía más o menos de mi edad.

Metí la llave y entramos. Estuvieron viendo el plano, fijándose en las

instalaciones que necesitaba: en la ventilación, en las salidas de emergencia, en

cosas que yo ni me había planteado al firmar un papel que decía que todo aquello sería mío durante cinco años.

—Qué buen ojo tiene Manu —afirmó la arquitecta—. Este local está muy bien.

Tiene pinta de no dar los típicos problemas. Está en buena zona y el presupuesto que calculó a ojo de lo que costará adecentarlo es bastante aproximado —explicó satisfecha.

—Yo voy a hacer maravillas con tanta luz —aplaudió Almudena—. Menos mal, porque no quería decepcionarle. Me dijo que este encargo era superimportante.

—¿Eso te ha dicho? —pregunté alucinada.

—Empezaremos mañana mismo con lo básico —intervino Olaia—. Lo mejor es que me des unas llaves y cierres los ojos. El principio es bastante sangriento.

Pásate dentro de unos días, cuando esto no parezca el fin del mundo —bromeó.

—Está bien... —dije agradecida tendiéndole una copia—. Gracias por todo.

—¡Gracias a ti! Y no te preocupes por nada.

Me fui a casa reconfortada, pero qué cabrón. Seguir ayudándome con el local.

Me ofendía que sus migajas de afecto levantaran de una forma tan humillante mi estado de ánimo, pero seguía odiándole con fuerza, ese tipo de cosas no iban a despistarme. Engaño. Traición. Dejarme ir por la discoteca recogiendo vasos esperando a que alguien me ataque... ¡qué denigrante!

—¿Qué tal ha ido? —preguntó mi padre al verme aparecer en el salón.

—Bien. Diego se recupera favorablemente. Le darán el alta el día de Nochebuena.

—Qué bien, ¿no?

—Sí. Oye, papá... va a necesitar ayuda y... yo quiero molestaros lo menos posible, así que... igual me voy a vivir con él una temporada... —dije titubeante.

—No nos molestas cariño, pero ¿estás segura? —preguntó confuso.

—Sí... ¿por?

—No, por nada, por nada... Te acompañaré con el coche cuando quieras, si estás segura...

—Estoy segura —insistí desapareciendo por el pasillo.

¿Qué mosca le había picado? Ya estaba temiendo la intervención de los mayores aplicando una maniobra militar en cuanto se enteraran de la guerrilla que teníamos montada los niños.

César me pilló haciendo las maletas.

—¿A dónde nos vamos? —preguntó entrando en mi habitación.

—Me mudo a casa de Diego, para ayudarlo a recuperarse.

—Ajá. ¿Sabes algo de Manu?

—Lo tengo bloqueado en el móvil. Lo último que quiero es saber de él... —

nuestra mirada coincidió y vi mi mentira reflejada en sus ojos.

—¿Sabes algo de él? —volvió a preguntar. Mismo tono. Misma pregunta.

Solía hacerlo cuando no obtenía la respuesta que esperaba oír.

—Les ha dado recientes indicaciones a las chicas que se van a encargar de reformar mi local, como si le importara...

César sonrió.

—Qué mono.

—Sí. Monísimo —repuse con ironía.

Seguí recogiendo mientras ese sádico me observaba con sus escrutadores ojos grises.

—¿Por qué no hablas con él?

—Porque ya sé todo lo que necesito saber. Me ha mentado.

—Noa... —insistió cansado.

—¡Porque siento que no tengo el control! —grité.

—Solías manejarle muy bien, vuestra interacción era especial como enemigos, y sospecho que como amigos lo ha sido aún más. ¿No podrías perdonarle?

—No. Mi orgullo me lo impide. Estoy hasta las narices de relacionarme con sociópatas.

Él sonrió genuinamente, quizá dándose por aludido.

—¿Y qué vas a hacer? No puedes ignorarle para siempre.

—No lo sé. Todo esto es muy frustrante. No sé cómo voy a actuar o cómo debo

comportarme ahora. Tengo ganas de pegarle y de besarle a la vez. ¡Es

desconcertante! Si finjo indiferencia no tendría derecho a estar enfadada... y si me muestro afectada le hundiré a él en la culpabilidad y a mí en la humillación.

—Esto ya lo he vivido, ¿quieres un consejo?

—Por favor —dije mirándole fijamente como si tuviera la respuesta a todos los males del mundo.

—Sé siempre sincera con él. No falla —dijo enigmático dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Yo he sido sincera con él! ¡Es él el que me ha mentido! —le grité a la nada.

—Cumple lo que te he dicho y se solucionará solo —escuché su voz a lo lejos.

Sinceridad. ¡Ja! Casi nada, vaya.

## Capítulo 25

### *SOLO EN CASA*

Manu

No lo soportaba.

Adriana tenía razón, si no me iba de ese piso iba a acabar arrancándome la piel

a tiras. Todo me recordaba a Noa. No podía cocinar ni ducharme ni ver la televisión sin buscarla cerca. Me habían exiliado a la mayor tortura posible, echarlos de menos a todos, mientras la soledad supuraba de una herida todavía en carne viva.

En apenas tres horas me planté en Zarauz con el X6.

Mi perfecto paraíso de olas interminables. Era un pueblo ideal para perderse.

Se vivía bien, se comía mejor y el mar nunca te fallaba. En cualquier momento o

época del año, me ofrecía lo mejor de sí mismo para romper con mi tabla cualquier sentimiento que tuviera enquistado.

Nada más llegar, aparqué en primera línea de playa. Un 22 de diciembre no estaba muy cotizada, aunque aquel arenal nunca estaba desierto. Los

incondicionales no perdonaban el paseo lloviera o diluviara. Me cambié de ropa allí mismo. Ajusté mi neopreno de cuatro milímetros y me lancé al mar.

Me sentó de lujo que estuviera embravecido. Furioso conmigo. Era un día gris con viento y niebla, es decir, mis días favoritos para pelearme con el océano. Y esta vez, esperaba que me diera mi merecido.

Tres horas después, tomé una ducha caliente en la pensión y dormí como un niño. Me dolía tanto todo el cuerpo que no diferenciaba la agonía de mi corazón.

Mi mente al fin se desconectó y pude descansar.

Me desperté casi a las diez de la noche. Me arreglé y fui al bar de tapas que regentaba Lucía, una amiga con derecho a roce de toda la vida. Otra loba solitaria cansada de luchar armada hasta los dientes contra la infame hostelería.

—Luci, ponme un txakoli o mátame —dije con una sonrisa palmeando la barra.

Ella se giró sorprendida y, cuando me vio, su cara se llenó de felicidad. Era agradable sentir que alguien no me odiaba.

—¡Lolo! ¿Qué haces aquí?!

—Necesitaba el mar.

—Uy, el lío será gordo si necesitas algo tan grande para aplacarlo.

—Has dado en el clavo, como siempre.

—Marchando un txakoli doble.

—Con calma. Ya sabes cómo nos afecta ese líquido diabólico a los del centro del país.

—Tienes mala cara.

—Gracias, chata. Tú estás buenísima, como siempre.

La sonrisa que me lanzó me dijo que esa noche no tenía por qué dormir solo si no quería.

—¿Sabes que con un poco de mala suerte, no podrás volver a casa en Navidad?

A veces las carreteras se congelan por aquí.

—Ojalá —farfullé—. He discutido con Diego.

—Ay, madre.

—Me he ido de su casa.

—Oh, joder...

—Me he follado al amor de su vida...

—Voy a por la botella de txacoli.

Me comí seis pinchos y aún así ese maldito vino adictivo me sentó como una

patada en la cabeza. Lucía cerró a la una y la esperé. Después nos fuimos haciendo eses a un par de bares en los que había ambiente. Me tomé el primer

gin tonic de un trago para sabotear a mi polla. No estaba solo, ya podía dejar de

cuidar de mí mismo, así que me dejé llevar. Claro que se me fueron un poco las

manos después del tercer cubata, y claro que nos comimos la boca sin dejar de pensar en esos dulces y jugosos labios que tanto añoraba, pero me encargué personalmente de no poder servir para nada más.

Amanecí oficialmente a la una y media del mediodía, después de un par de visitas al inodoro para expulsar todo el etanol que envenenaba mi cuerpo.

Hice acto de presencia en el bar de Lucía cerca de las tres y levantó una ceja

cuando me vio aparecer.

—Lo siento —la saludé.

—¿Qué te pongo? ¿Quieres un hígado nuevo?

Hasta sonreír me dolió.

—Lo siento mucho, de verdad. Gracias por rescatarme.

—Aceptaré tus disculpas cuando me cuentes quién es Noa.

Su nombre aún me provocaba calambres.



—La chica de la que me he enamorado como un imbécil.

—Nos vamos entendiendo —dijo poniendo delante de mí una botella de agua grande—. ¿Es la novia de Diego?

—Lo era, lo será. ¿Qué más da? Nunca podremos estar juntos.

—¿Por qué no?

—Porque es suya.

—¿Estamos en el siglo xii y no me he enterado? Nadie es de nadie, la esclavitud está abolida.

—Ya me entiendes...

—No, no te entiendo. Pensaba que Diego no tenía novia...

Le conté la historia a Lucía y se rio en mi cara.

—Si tanto la quiere, ¿no crees que él habría entendido mejor que nadie lo que sentías por ella? Tú no puedes evitar sentirte así, pero era importante que fueras sincero. No digo que se lo cuentes todo... pero en cuanto volvió, debiste decírselo, y más si ella estaba interesada en ti.

—No es tan fácil.

—Era sencillísimo, Lolo. Diego tiene razón. Lo hiciste pensando que sería el fin de vuestra amistad y aún así lo hiciste. Eso es grave.

—Renunciar a ella no solucionaba nada. Ya no podía ser yo mismo con él...

Iba a romperse de todas maneras. He estado cinco años con un aguijón clavado en el pecho, notando la molestia, y cuando volvimos a besarnos el veneno se extendió por todas partes. Estaba sentenciado.

—Vuelve, Lolo. Habla con ellos. No te pega esconderte.

—Es imposible esconderse de La Mafia —aclaré pensativo.

Mierda de Navidad. Era una época que de normal me encantaba, pero no en

estas circunstancias. La Mafia era una familia, y como tal, tenía sus propios días

de celebraciones reservados. La cena del día 25 siempre era en casa de los padres de Diego. Nos reuníamos todos para cenar de picoteo, y el día 31

comíamos siempre en un restaurante al que llevábamos acudiendo más de diez años. Eran citas ineludibles, solo perdonadas si estabas en un continente distinto.

Pensé vagamente que aún estaba a tiempo de comprar un billete de avión con destino a ninguna parte.

Después de comer me fui a coger olas con todo lo que Lucía me había

aconsejado dando vueltas en mi cabeza. Su filosofía se resumía a una frase, que

se convirtió en mi nuevo mantra: «Da la cara». Dar la cara a los errores que había cometido con todos y cada uno de ellos. Y en cuanto lo decidí,

comenzaron a llegar las buenas noticias. Un WhatsApp de Martina estaba

esperando en mi móvil cuando volví a mi habitación.

Martina: He ido a tu casa, ¿dónde estás? Quiero hablar contigo.

Manu: En Zarauz. Volveré mañana a mediodía.

Martina: Llámame en cuanto llegues a Madrid, podemos comer juntos.

Su respuesta fue escueta pero esperanzadora. Después de aquello dormí una

hora e invité a Lucía a cenar al restaurante de Arguiñano, por las molestias del

día anterior.

Seguimos hablando del tema y su visión objetiva me dio valor y confianza.

Después, nos tomamos una inocente copa en su bar y me despedí de ella con un

abrazo.

—Cuando te desenamores, vuelve por aquí —bromeó—, te estaré esperando.

—Está difícil, Luci... está difícil —sonreí con pena.

—Ya sabía yo que iba a pagar caro que me tocara ayer la pedrea... ¡Me he vuelto una desafortunada en amores!

—No te vas a librar, ya llegará tu momento... No invoques al amor, estar

enamorado es muy tortuoso. Cuídate, pequeña, y feliz Navidad.

Llegué a Madrid hecho una mierda. Con lo relajado que me había quedado

después de mi terapéutica visita al País Vasco, no sé en qué estaba pensando cuando decidí escuchar a James Blunt de vuelta a casa. «Algo tranquilo,

sosegado», me dije, pero me entraron los siete males cuando descubrí que había cosechado todos sus éxitos destripando mi alma. ¿Cómo era posible?

Me enfebrecí con un tema en concreto, *Goodbye my lover*, y si no lo escuché cincuenta veces, no lo escuché ninguna. Porque llevaba mi nombre en cada puta palabra.

*¿Acaso te decepcioné o te fallé?*

*¿Debería sentirme culpable o dejarme juzgar?*

*Porque vi el final antes de empezar.*

*Sí, te vi cegada y supe que había ganado.*

*Así que tomé lo que es mío por derecho eterno.*

*Tomé tu alma al anochecer.*

*Y tal vez haya acabado, pero no quiero que termine así.*

*Estaré aquí para ti, si no te importa.*

*Tocaste mi alma, tocaste mi corazón*

*cambiaste mi vida y todas mis metas.*

*El amor es ciego y lo supe cuando*

*mi corazón se cegó por ti.*

*He besado tus labios y sostenido tu cabeza*

*compartido tus sueños y compartido tu cama.*

*Te conozco bien, conozco tu olor.*

*Me he vuelto adicto a ti.*

*Adiós mi amada, adiós mi amiga.*

*Tú has sido la única, has sido la única para mí.*

Cuando llegué a casa esperé a Martina poniendo una y otra vez la dichosa canción a todo trapo.

El timbre del piso sonó entre la voz rasgada de Blunt y me arrastré hasta la puerta como alma en pena. Al abrirla, los ojos de Martina me devolvieron una mirada triste.

*Te he visto llorar, te he visto sonreír,*

*durante largos ratos te he visto dormir.*

*Hubiera sido el padre de tus hijos,*

*hubiera pasado la vida contigo.*

*Conozco tus miedos y tú los míos*

*y yo te amo, te juro que es verdad,*

*no puedo vivir sin ti.*

—¿Cómo estás? —preguntó insegura.

—¿Cómo crees que estoy? —dije haciendo ademán de que entrara para cerrar la puerta.

—Si estás escuchando a James Blunt, es que estás fatal.

—Me debe dinero. El cabrón se ha hecho rico a mi costa.

Ella sonrió.

—Al revés. Es rico porque ha sido capaz de componer una canción que ahora mismo te viene como anillo al dedo.

*Y aún sostengo tu mano en la mía al dormir*

*y soportaré mi alma a tiempo cuando me arrodillé ante ti.*

*Estoy tan vacío sin ti.*

—Me siento vacío, exactamente. Sin ella, sin él, sin ti... —admití mirándola intensamente y reprimí las ganas de llorar.

—Estaba asustada, Manu... —comenzó—. Vi a Diego en el suelo, pensaba que os iba a disparar a vosotros también... yo...

—Nos salvaste a todos, Marti... a todos —dije abrazándola—. Soy yo el que no hice nada. Él único que no hizo nada —me lamenté.

—Bueno..., tú provocaste esa situación, eso ya es mucho.

La miré alucinado y ella me miró divertida.

—¡Que no, bobo! No tienes la culpa de que el ex de Noa esté loco, pero en ese momento no sabía quién había sido. No es que pensara que habías sido tú, pero de alguna manera sentía que era por tu culpa. Estaba muy furiosa, Manu...

—Lo siento. Joder, te he echado tanto de menos... —dije abrazándola con fuerza—. Pensaba que me moría, de verdad. Soy como un puto drogodependiente vuestro.

—¿Has hecho examen de conciencia? —fingió reñirme.

—Sí. Sé que la cagué con todos. Pero solo quería ayudarte, a ti y a Diego...

porque creía que él también sentía algo por ti. Pero después de oír vuestra discusión supe que había metido la pata. No podéis romper vuestra amistad por esto...

—Tranquilo, ese tema ya está hablado. Volveremos al día anterior a que nos drogaras y aquí no ha pasado nada.

La miré con pena.

—Lo siento. Yo no quería esto.

—No se puede luchar contra el destino, Manu... —dijo resignada con los ojos brillantes—. Vengo a decirte algo que no te va a gustar, pero hay que asimilarlo y seguir adelante.

—Dime...

—Se han ido a vivir juntos. Ella se ha mudado a su casa, hoy le han dado el alta a Diego, acabo de dejarles allí.

La noticia me golpeó como un tren de cercanías. Un intenso dolor inicial me paralizó, después se extendió dejando una estela de malestar que avanzaba en todas direcciones y, por último, la calma, con un desconsuelo de fondo que reverbera como un recordatorio constante.

Yo sabía mejor que nadie que, si vivías con ella, no podías evitar enamorarte como un loco. De su sonrisa, de sus gestos, de su aroma, de su adicción a la comida basura...

—Tienes razón —resoplé—. No se puede luchar contra lo inevitable. Me equivoqué. Mis percepciones fallaron. Yo pensaba que no estaban enamorados, pero se quieren a su manera y eso les basta. Siento mucho haber provocado todo esto.

—Yo no lo siento. Gracias a ti he tocado fondo, ya te lo dije. Estoy lista para continuar con mi miserable vida —apostilló secándose los ojos.

—Bienvenida al club —murmuré volviendo a abrazarla.

Lo lamentaba profundamente por ella, que además iba a tener que poner buena cara delante de ellos.

—¿Y tú? Con Noa...

—Yo, nada. —La solté y me alejé de ese nombre en sus labios—. Les pediré perdón y empezaré de nuevo. Intentaré recuperar un mínimo trato cordial con Diego, pero con ella... no puedo. Es imposible. No somos amigos y nunca lo seremos.

—Todo parece imposible hasta que se hace.

Negué con la cabeza.

—No puedo sonreírle sin más. No soy tan buen actor como para fingir que no ocurre nada cuando mi corazón está a ciento ochenta pulsaciones estando en reposo. Hablaré con ella lo justo y necesario y, el resto del tiempo, la ignoraré, como he hecho siempre.

—¿Podrás hacer eso después de lo que habéis compartido?

—No hay más opciones —dije zanjando el tema escudo.

Comimos juntos y después cada uno se fue a celebrar la Nochebuena con su familia. Eché de menos la última copa que nos tomábamos siempre Diego y yo

en el bar debajo de casa. El último abrazo por cenar separados la noche más emblemática del año, recordándonos que lo más importante es con quién cenar

los restantes trescientos sesenta y cuatro días. En el trayecto en coche con mis padres hacia la cena, no pude soportar romper esa tradición y me atreví a enviarle un WhatsApp.

Manu: Me alegro de que ya estés en casa. Espero que pases una buena noche. Un abrazo.

Se puso en línea y me mordí un carrillo al ver que estaba escribiendo.

Diego: Gracias, igualmente. Mañana nos vemos.

No era mucho, pero era algo.

Inconscientemente, entré en el chat de Noa y pasé el dedo por el cristal pensativo. No serviría de nada escribirle, me tenía bloqueado. No me mostraba

su foto, eso era una pista clara. Por un momento, fantaseé con la idea de que esa

bala nunca hubiera existido. Diego nos habría encontrado en el salón. Se hubiera

alegrado de vernos juntos siendo amigos, puede que después de vernos unas

cuantas veces, él mismo hubiera intuido que nos gustábamos, pues podía ser muy audaz cuando no se trataba de sí mismo. Sabiendo cómo había reaccionado

a la noticia puede que lo hubiera encajado bien, puede que Noa y yo nos hubiéramos pasado la noche de hoy mandándonos WhatsApp diciéndonos lo

mucho que nos echábamos de menos. Puede que el año siguiente no tuviéramos

que cenar separados porque seríamos una pareja de las que va muy en serio, puede que...

—¡César! —gritó mi padre de repente.

— *Hola, ¿qué tal?* —se escuchó la voz de este por el manos libres.

—¿Ya de camino a casa de tu hermano Erick?

— *Sí. Llegaremos en breve, ¿y vosotros?*

—También, estamos todos en el coche.

Noa estaba escuchando.

Casi hago una locura. Casi me pongo a gritar su nombre, a rogarle que me perdonara, a jurarle que la quería. No sé ni cómo me contuve, pero me di miedo

a mí mismo por aquel impulso. Estaba ahí, tan cerca y tan lejos a la vez...

Apreté las manos con fuerza hasta que se pusieron blancas.

—Que paséis muy buena noche, colega —soltó mi padre.

— *Lo mismo digo.*

—¡Y no comáis mucho! —terció mi madre.

— *Yo no prometo nada* —contestó Jorge de buen humor.

—Mañana nos vemos, pasadlo bien —salté yo.

Se hizo el silencio durante unos segundos, como si todo el mundo estuviera esperando una respuesta de alguien en concreto.

— *Hasta mañana, feliz Navidad* —contestó la voz más bonita del mundo. Cerré

los ojos por un momento, y cuando volví a abrirlos vi a mi padre mirando hacia atrás sonriente. ¡Puto psicópata entrometido!

—Adiós, chicos. —Se cortó la comunicación.

Sobrellevé como pude la cena recordando una y otra vez sus palabras. «Hasta mañana». Nunca las horas habían pasado tan despacio. Segundos eternos.

Amorticé el reloj que me ponía como complemento para ir más arreglado en las ocasiones especiales mirándolo cada cinco minutos y, tras lo que me parecieron años enteros, llegó el momento.

Nos vi llamando al timbre de la casa de los padres de Diego al anochecer del día 25 y su madre abrió la puerta.

—¡Hola! ¡Feliz Navidad! —exclamó repartiendo besos.



En cuanto entré, lo vi. Diego estaba sentado en el sofá de una forma un tanto

antinatural, descansando su herida de bala. Éramos los primeros, y no me

sorprendía porque había metido mucha presión para salir antes de casa. Vi una mesa llena de comida deliciosa y la bordeé para llegar hasta él.

—Hola...

—Hola.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien, mejor.

—Me alegro mucho.

—Gracias.

Me senté a su lado con cuidado.

—Siento mucho no haber sido sincero contigo, era la clave de todo.

—Empiezas fuerte. Me gusta —sonrió.

Yo le imité y una sensación de bienestar se apoderó de mí.

—Tenía miedo de perderte y me lo callé...

—Yo siento haberte llamado cobarde por no reaccionar cuando me dispararon.

Sé que no podías...

—Fue horrible —le corté—. Cuando te vi caer al suelo lleno de sangre me quedé bloqueado.

—Lo sé, siento haber dicho eso.

Negué con la cabeza y le quité importancia.

—Me alegro mucho de que estés bien —dije mirando hacia su pecho.

—No me dijiste que tenías un piso.

Bajé los hombros y agaché la mirada.

—Fue una inversión... pero no quería vivir en él. Me gustaba la zona y sabía

que no íbamos a vivir juntos para siempre...

—¿Y no me lo contaste porque creíste que te echaría de mi casa? —preguntó incrédulo.

—No, pero... en realidad no sé por qué no te lo conté —dije cohibido.

—Yo te lo diré: porque llevas toda la vida ocultándome secretos, tus auténticos deseos y tus miedos, y ese solo era uno más.

—He hecho muchas cosas de las que no me siento orgulloso... Temía que si te enterabas te dieras cuenta de que soy... como soy.

—Creo que las imperfecciones son la mejor parte de una persona, Manu.

Siempre he echado de menos que me llevaras más la contraria, que discutieras más conmigo, que rebatieras mis ideas cuadrículadas como hacía Noa... Cuando

sientes eso, sabes que esa persona te querrá para siempre, ya no tienes miedo, pero tú nunca me desafiaste, por eso no sabías cuál podría ser mi reacción.

—Tienes razón, es así.

—¿Lo ves? Has vuelto a hacerlo —sonrió resignado—. No vaya a ser que me enfade y acabemos discutiendo otra vez, ¿no?

Miré alrededor. Estábamos hablando, pero si abordábamos el tema de tres letras y volvía a insinuar algo raro, se proclamaría una pelea.

—Hablaremos largo y tendido si quieres, pero todo lo que has dicho es cierto.

Lo he hecho todo mal, desde siempre, yo también lo creo.

—Algo habrás hecho bien para conseguir que Noa se interesara por ti, ¿no?

Me puse serio y me quedé callado.

—Me dijo que intentaste resistirte a ella muchas veces.

Comencé a ponerme nervioso. No quiera hablar de eso. Los mayores estaban mirándonos a lo lejos desde la cocina, y el objeto de la conversación estaba a

punto de aparecer por la puerta en cualquier momento.

Me levanté del sofá.

—Solo espero que puedas perdonarme —dije antes de aclararle que iba a buscar algo de beber.

Llamaron al timbre justo en el momento en que abría la nevera para coger una cerveza, y supe instintivamente que era ella porque mi corazón dejó de latir.

## Capítulo 26

### *ORGULLO Y PREJUICIO*

Noa

Nunca había estado tan nerviosa.

Llevaba impasible veinticuatro horas, desde que su voz misma me aseguró que nos veríamos al día siguiente a través del manos libres. Antes de que el pánico lo ocupara todo, mi cerebro decidió que le ignoraría y listo; pero al subir en el ascensor me di cuenta de que eso iba a ser imposible; como mínimo tendría que saludarle. César, Leo y mi padre me daban un miedo atroz. No confiaba en ellos. Seguro que se las ingeniaban para meternos en un aprieto. Nos miraríamos y, con solo un vistazo a mi cara, se daría cuenta de lo vulnerable que me sentía frente a él.

Cuando su propia madre abrió la puerta, quise esconderme detrás de mi padre como una cría de tres años.

—¡Noa! ¿Qué tal cariño? ¡Estás guapísima!

Dios santo. Lo que mal empieza...

—Hola, gracias —contesté saludándola y dejándola atrás con mis padres.

En un microsegundo estudié el espacio. Diego en el sofá. Sus padres y Leo de pie en la barra americana y un bulto no identificado en la cocina.

—Hola, feliz Navidad —saludé a los mayores. Mi intención era besarles rápidamente y llegar junto a Diego al estilo correccaminos. ¡Mec, mec!

—Hola, guapa —me saludó el padre de Diego—. Eres mi heroína.

—Estás que enamoras, cielo —prosiguió el padre de Manu—. Ahora entiendo muchas cosas... —murmuró por lo bajo.

¡Joder, joder, joder!

—Te agradezco que vayas a cuidar de mi niño —me dijo la madre del herido

—. Y entiendo que prefiera que lo hagas tú —sonrió guiñándome un ojo.

Pues nada. Lista para cortarme las venas.

Y de repente le vi. Su imagen me golpeó físicamente. Sus ojos, sus labios, su pelo perfectamente descolocado, su maldito *aftershave* invadiendo el aire... y, para rematar la faena, llevaba mi jersey favorito.

—Hola —dijo cauteloso.

Seis ojos o más aguardando mi respuesta.

—Hola... —Iba a gritar cuando lo vi acercarse a mí para darme un beso en la mejilla. «¡Ahhh!». Mi cuerpo hierático. Yo luchando contra él como si estuviera en la casa magnética del parque de atracciones. Todos mis poros querían irse con el enemigo, pero no lo permitiría.

—¿Quieres? —me preguntó tendiéndome una Shandy.

—Gracias. —La cogí automáticamente, aún no sé por qué, puede que para tener algo que estamparle en la cabeza.

Mis padres se mezclaron con los demás apretando manos y dando besos. Hasta que vi como mi padre se acercaba a Manu y le ponía una mano hostil en el hombro. «Tierra, trágame».

—¿Cómo estás, Manu? —preguntó sardónico.

—Bien, bien... —respondió este, precavido, después de tragar con dificultad

un sorbo de cerveza. Vi sendas sonrisas en las caras de César y Leo. Se lo estaban pasando pipa viendo la actitud de matón de mi padre.

—Me han dicho que has engañado a Noa... para invertir todos sus ahorros en un local.

Esa pequeña pausa y esa elección de palabras casi hace que salga corriendo hacia a la puerta.

—Confío mucho en su idea —dijo lanzándome una mirada abrasadora—.

Saldrá bien, en un par de años recuperará la inversión.

—Y yo confío en que te encargues de que así sea... quiero que todo salga bien, que esté contenta... ella no tiene mucha idea de cómo funciona un negocio.

—Sí, señor —afirmó rápidamente. Lo cual me hizo pensar que quizá le estaba apretando el lugar donde le tenía agarrado más de la cuenta.

—Eh —dijo Diego de repente, alzando la voz desde el sofá—. Al que le han pegado un tiro es a mí. ¿Puede alguien venir a consolarme?

Todos sonreímos, y yo vi la excusa perfecta para dejar atrás el foso de los leones. Me acerqué a él y le di un beso en la frente.

—Hola, guapo.

—Hola, ¿estás bien? —preguntó preocupado al verme casi sudando.

—Sí...

—Estás muy guapa.

—Gracias.

Me había puesto un vestido rojo corto de manga larga, medias negras y unos zapatos de tacón del mismo color; y por supuesto, mi sempiterna cazadora de cuero. ¡Tampoco era para tanto! Aunque puede que mi pelo rugiendo en ondas y

mis labios pintados de rojo impactaran más de lo que yo creía. Me quité la chaqueta agobiada. No sabía por qué me había arreglado tanto. Bueno, vale, lo

sabía: para ocultar que me había pasado los últimos cuatro días en pijama y con

un moño indescriptible en lo alto de la cabeza.

Manu y su increíble jersey se quedaron charlando con los mayores, hasta que

llamaron al timbre y se acercó a abrir.

Al ver a Adriana y a Martina le cambió la cara.

—¡Mis chicas! ¿Cómo estáis? Aparte de guapísimas.

—Bien, Lolito. Feliz Navidad —contestó Adri dándole un pico corto en la boca.

Sentí cómo mis colmillos bajaban y me entraba sed de sangre. «Contrólate, Noa», me aconsejó mi cerebro. «Maldita».

—¡Martina! —llamó Diego jubiloso.

Joder, había quién no se cortaba un pelo.

La aludida acudió a su encuentro.

—¿Qué quieres, paciente número 6238?

Él sonrió encantado.

—Un beso, lo primero; y tus cuidados, lo segundo. —Él volvió a apoyar la cabeza en el sofá derrotado, como si le hubiera costado un gran esfuerzo decir eso.

Martina se acercó a él divertida por su sobreactuación y le dio un beso en la mejilla mientras le acariciaba la cara. Él se rozó contra su mano y yo abrí los ojos como platos.

«¡Pero ¿esto qué es?!». Ahora entendía de lo que Manu había sido testigo durante años. Lo de aquellos dos no era normal...

—¿Cómo estás? —le preguntó ella maternal.

—Bien, ahora que has llegado...

Ella puso los ojos en blanco y se alejó del sofá en busca de Manu que había vuelto a huir hacia zona segura al ver que «sus chicas» iban hacia nuestro encuentro.

—Ya ni te molestas en disimular, ¿eh, hermanito? —acertó a decir Adriana.

—No tengo por qué. Y estoy lisiado, necesito mimos extras.

—Le sugeriré que necesitas una cura con final feliz.

Diego soltó una carcajada.

—¿Has hablado ya con tu mejor amigo? —presionó su hermana.

Cuando Adri estaba a punto de volver a increparle, se calló y desapareció sin decir nada.

—Hola, chicos —saludó Ander segundos después. ¿Uno más uno?

—Feliz Navidad, Señorita —respondí vacilona.

—¿Cómo sigues? —le preguntó a Diego.

—Dicen que sobreviviré...

Ander buscó a alguien entre la gente, e hizo una mueca extraña al no localizar a la persona que estaba escondida en el baño.

—Voy a saludar.

—¿Vas a hablar con Manu? —me preguntó Diego de repente cuando nos quedamos solos.

—¿De qué? ¿Para qué? No.

—Noa...

—Diego...

Él soltó un largo suspiro de rendición.

—Os informo de que este baño está fuera de servicio —dijo Adriana en general cuando decidió salir de él.

—Te dije que se embozaba —le comentó la madre de Diego a su marido.

—Será mejor que nos sentemos ya —replicó este cambiando de tema—.

¿Quién me ayuda a levantar a Diego del sofá?

—Yo. —Se ofreció Manu rápidamente.

Acercaron a Diego a la mesa, y Manu y yo nos sentamos a sus respectivos lados. Era perfecto, así no tendríamos ni que vernos las caras.

Cuando mi cupo de cerveza con limón se llenó, me levanté para ir al baño y, al salir, tuve un *déjà vu* al ver a Manu esperándome en el pasillo.

—Solo quiero hablar contigo un segundo —dijo levantando las manos como si fuera a ponerme a gritar.

Me quedé parada y él se acercó a mí.

—Quería volver a disculparme. No me creo que la jodiera así... Ya sé que me repito, pero lo siento, de verdad. Siento haberte hecho creer que alguien te perseguía, lo hice porque...

—Sé por qué lo hiciste, Lolo —le corté—, y lo entiendo. Ya está hecho. Déjalo

—intenté esquivarle. Él me cortó el paso y la distancia entre nosotros disminuyó peligrosamente.

—Espera un momento. Solo quería que supieras que me arrepiento. No me daba cuenta de cuánto te afectaría a ti porque estaba cegado con mi plan para hacer que sucediera algo entre Diego y Martina. Me equivoqué. Ojalá pudiera volver atrás, pero no puedo.

¡El niño lo estaba mejorando! Se arrepentía. Volvería atrás. Lo borraría todo.

Anotado. «Joder, ni se te ocurra llorar», me amenacé.

—No se puede borrar el pasado, pero sí puedo empezar a escribir un futuro mejor —dijo de pronto—. Dentro de mí hay un tío decente que quiere que le perdones, pero lo entenderé si necesitas más tiempo.

—Te perdono. ¿Has terminado? —pregunté seca.

—No —contestó nervioso pasándose una mano por el pelo—. Me gustaría ayudarte con el local, en serio, tengo un montón de ideas que podrían...

—Ya tengo quién me ayude —mentí.

—Noa, por favor...

—Mira, no tienes que hacer esto. Recuperarás a Diego muy pronto, estoy



segura. No para de hablar de ti, es muy cansino.

Él sonrió ampliamente y mi corazón se aceleró.

—¿Te he dicho que me encanta que pienses tan bien de mí? Pero no lo hago por eso. Quiero ayudarte, de verdad, estaba muy ilusionado con este proyecto.

—Me hago cargo, pero a mí no me apetece verte, Lolo. No vaya a ser que empiece a ponerte trampas y caigas en mis redes otra vez —dije intentado

esquivarle por el otro lado.

—Noa... —rogó aprisionándome contra la pared. Nuestras caras a diez centímetros. Nuestros cuerpos reconociéndose—. Por favor, no me llames Lolo...

No quise mirarle. Si lo hacía y reconocía a Manu en sus ojos, los míos se llenarían de lágrimas.

Subió una mano y giró mi cara buscando mi mirada. No sé si fue más doloroso darme cuenta de cuánto echaba de menos su contacto o ver la culpa reflejada en sus pupilas.

—No pienses ni por un segundo que yo no quería estar contigo —susurró lentamente—, llevaba años muriéndome de ganas, pero no me parecía el momento adecuado. Veía a Diego ilusionado con tu vuelta y es mi hermano... Sé que el error fue no hablarlo con él.

—¿Y por qué seguiste engañándome cuando supiste que a mí no me interesaba Diego? Podías haberme contado tu plan para juntarle con Martina, no tenías por qué seguir haciéndome pensar que alguien me perseguía...

—Porque nunca había tenido un palo de helado ganador... No quería estropearlo. Te habrías enfadado mucho, de todas formas. Ser sincero significaba perderte, y no podía. Fui un egoísta.

El corazón me martilleó en el pecho, y él continuó.

—Cuando empezamos lo nuestro apenas recordaba ese dichoso detalle, excepto cuando tú lo mencionabas. Estaba tan cegado... cegado por ti —Bajó la vista hacia mis labios y los acarició con el pulgar, pero un instante después, se alejó de mí.

—Joder... —farfulló metiéndose en el baño y cerrando la puerta.

Volví a la sala pensando en ese «cegado por ti». ¿Era yo, o esa frase implicaba disimuladamente que era culpa mía? En ese momento, noté un extraño silencio y descubrí que todo el mundo me estaba mirando como si yo fuera la mala de la película. Como si fuera una hechicera que sumía a los pobres hombres en una espiral de placer. ¡Manda huevos!

—¿Quién quiere más tortilla? —ofreció la anfitriona rompiendo el silencio—.

¡No me la dejéis ahí! —se quejó.

Me senté junto a Diego y se acercó a mí con secretismo.

—¿Cómo ha ido?

—¿El qué?

—Cuando te has levantado al baño, le he dicho a Manu que aprovechara para hablar contigo a solas. Quería pedirte perdón.

—Sí, y lo ha hecho. Ya está. Perdonado. Caso cerrado.

Magnífico. Manu no se había levantado por su propio pie, Diego le había incitado, y él haría cualquier cosa para satisfacerle.

—Dios... ¡sois como niños! Madre mía... —rio Diego.

—Shhh... baja la voz —le reñí.

—Joder, aún tendré que darle las gracias al puto Kevin por abrirme los ojos a las gilipolleces que hace la gente por amor con tal de perder el tiempo.

—¿Qué?

—Nada, nada, sigue en tu mundo de unicornios. Martina, cariño —la llamó de repente—, ¿esta noche me miras qué tal va el vendaje? Desde ayer por la mañana has descuidado tus labores facultativas —sonrió juguetón.

—Qué malos enfermos son los hombres ¡por Dios! —comentó ella sonriente

—. Sí, Diego, al volver a casa te lo miro.

—Excelente —dijo juntando los dedos maquiavélico.

Poco después, apareció Manu y nuestras miradas coincidieron por un momento.

Joder. Era chocante que fuera tan atractivo.

Había estado muy cerca de tropezar otra vez con la misma piedra. Nuestra atracción siempre terminaba imponiéndose al enfado, pero Manu había logrado detenerse, se había echado atrás y no podía evitar que eso me molestara. ¡Sí!

¿Qué pasa? ¡Era una jodida bipolar!

Noté que algo dentro de mí comenzaba a girar sobre sí mismo con rapidez. La malicia de mujer, supongo, que se moría por ceder al travieso impulso de poner a prueba otra vez el autocontrol de semejante maromo. Estaba más bueno, era más guapo y olía mejor de lo que me permitía recordar. Una combinación que remarcó una idea en mi cabeza: aquel era un juego al que no podía ganar, porque si conseguía desafiar a sus hormonas, yo caería detrás con todo el equipo emocional.

Después de la cena nos fuimos pronto, y me preocupó dejar a Manu hablando en un aparte con César. Solo Dios sabía lo que le estaría diciendo, pero Manu parecía desconcertado.

Cuando llegamos a casa de Diego, mi nuevo hogar, Martina subió con nosotros.

—Hasta mañana, chicos, estoy muerta —dije poniendo rumbo a mi recién

estrenada habitación.

El problema fue que las paredes eran de papel y se escuchaba absolutamente todo; así que, o me ponía unos cascos o me hacía unas palomitas.

—¡Ay! —se quejó Diego al sentarse en la cama.

—Con cuidado —instó ella.

Se escuchó perfectamente cómo se acomodaba. Era la primera vez que dormía en su cama, pues el día anterior había ido directamente a casa de sus padres para no marearlo mucho, porque en teoría debería hacer reposo absoluto. Se había agenciado una silla de ruedas del hospital.

—Coge esa camiseta de ahí, por favor, me la pondré cuando termines de revisarme —le pidió Diego.

—Voy —respondió ella.

—Gracias.

—Veamos cómo lo tienes... —comenzó Martina—, está cicatrizando muy bien, Diego... Dentro de dos semanas ni tendrás hematoma ni recordarás que te ha atravesado una bala.

—La bala no, pero seguiré teniendo una flecha atravesada con tu nombre, justo aquí... —Yo sonreí por la cursilada y me lo imaginé tocándose el corazón.

—¿Aún sigues con eso? —contestó ella cansada.

—Sí, aún.

—Pues ya se te pasará...

—¿Y si no lo hace?

—Lo hará, tú mismo lo dijiste y con eso me quedo. Que hayamos estado juntos tres veces no significa que me quieras...

—Pero significa que me gustas, ¿eso al menos lo crees?

Ella no contestó nada.

—Nos gustamos —insistió él con convicción, e imaginé que la cogía de la mano como solía hacer—. Y podríamos dejarlo pasar, seguir siendo amigos, no arriesgarnos a más, pero yo no puedo... ¿Por qué crees que estaba tan irascible? Porque me di cuenta de que no podía alejarme de ti por mucho que lo intentara...

«¡Bien, Diego!», pensé.

Oí movimiento y agudicé el oído.

¡¿Se estaban besando?!

—Llevaba una semana muriéndome de ganas por besarte —susurró él treinta segundos después.

Di saltitos.

Se oyó un gemido.

—No, Diego, para... Estás mal... Estás... alterado. Tú quieres a Noa.

—Sí, la quiero, pero como amiga, y a ti ya no puedo quererte así...

—¿Por qué no? —La voz de ella sonó amortiguada e imaginé que, aunque se había apartado de sus labios, él la mantenía pegada a él.

—Porque no pararía de hacerte el amor en todo el día...

Más movimiento. Más gemidos. Joder, ¡qué calor...! ¡Y qué envidia de la mala!

—Diego... de verdad —le frenó ella—. Espera a estar curado, creo que lo que sientes es agradecimiento. Volveremos a hablar de esto cuando te recuperes del todo.

—¡Estoy bien! —exclamó él angustiado, e imaginé que ella se había levantado

de la cama—. Me duele un poco, pero estoy bien. ¡¿A dónde vas?! Por favor, no te vayas.

—Tengo que irme. Volveré mañana...

—¡No, espera! Te necesito...

Pero diez segundos después oí cómo la puerta del apartamento se cerraba.

Me levanté de la cama a cerrar con llave, y al volver me asomé a la puerta de

Diego sonriente.

—Vaya, vaya. Estás hecho un Romeo —dije con sorna.

—Sí, de pacotilla. ¡Se ha ido corriendo! —exclamó enojado.

—Tiene que asimilarlo, Diego. Te recuerdo tu última frase antes de que te dispararan: «Yo lo único que veo es un buen par de tetas y un culo de infarto» —

dije entrando en la habitación.

—Joder, ¡qué bocazas soy! —se enfadó consigo mismo.

—Pues sí, pero no te preocupes, está loca por ti.

—No lo sé... al principio lo pensaba, pero creo que también se le ha caído una

venda de los ojos conmigo. Está desengañada... Ha visto que el tío del que estaba colgada no es más que un mierda.

Yo me reí.

—Mira que eres quejica, ¡si le acabas de robar un par de besos!

—Sí, ya... —se quedó pensativo—. Y Manu... ¿ha conseguido robártelos a ti?

—preguntó audaz.

Le miré y vi en su cara que realmente no le importaba nada lo que hiciéramos

o dejaremos de hacer y, por un segundo, me costó creerlo. ¿Por qué se había complicado tanto el idiota de Lolo?

—Puede que haya habido un amago, pero me ha soltado al momento y se ha

ido corriendo.

—Joder, ¡Dios le da alas a quien no quiere volar! Si yo pudiera andar, te aseguro que Martina no se

hubiera escapado.

—No pienso perdonarle, así que volar iba a volar poco.

Él sonrió.

—¿Y por qué no te creo? —respondió perspicaz.

—¡Porque estás loco! —chillé divertida—. Y enamorado. Una pésima combinación.

Pareció ruborizarse, pero su sonrisa emanaba felicidad. Era increíble verle así.

Me acerqué a darle un beso de buenas noches.

—Descansa. Y si necesitas algo, me llamas.

—Gracias. Me encanta que estés aquí.

—Y a mí. Es genial. Adoro ser amigos, hablar de nuestras cosas... y me alegro mucho por ti y por Martina.

—No cantes victoria.

—No seas cenizo.

Me fui a la cama e intenté dormir, pero no podía. Aquella era la habitación de

Lolo. Nuestra última vez había sido en esa cama, y recordé la enloquecedora frase que me dijo al oído mientras empujaba muy dentro de mí: «¿Sabes cuántas

veces he imaginado que lo hacíamos aquí?». Yo respondí con un gemido

interrogante, imaginando una respuesta perversísima, pero como siempre,

volvió a sorprenderme: «Ninguna. Era algo que no me atrevía ni a imaginar, ¿te das cuenta de lo que significas para mí? Eres más que un sueño». Joder, ¿cómo

no iba a enamorarme como una idiota?

Al día siguiente era lunes, y llegué al local sobre las once de la mañana, aunque la gente llevaba allí desde las ocho en punto. Estaba todo manga por hombro. No reconocía nada del plano, pero intenté no preocuparme.

—¡Noa! ¡Hola! —exclamó la arquitecta al verme—. No te pongas nerviosa,

¿vale? Ya sé que esto parecen los restos de una explosión nuclear, pero vamos muy bien.

—Vale —sonreí.

—Manu se acaba de ir, y estaba contento con lo que ha visto.

—¿Ha estado aquí? —pregunté sorprendida.

—Sí, pero no creo que vuelva. Le veré esta noche, ¿quieres que le diga algo?

—Eh... no, no.

¡¿Cómo que le vería esa noche?!

No me había gustado ni pizca la carita de boba que había puesto al decirlo. Me sonaba demasiado.

Di una vuelta y busqué a la decoradora. Realmente había quedado con ella para elegir varias muestras, y estuve toda la hora con el ceño fruncido pensando para qué habrían quedado una arquitecta guapa y un surfero cañón aquella noche. La respuesta evidente no podía digerirla, así que pasé el tiempo buscando otras excusas plausibles y que no me destrozaran por dentro. Correcto. Era total y absolutamente bipolar.

Me fui de allí a mediodía y, automáticamente, pensé que era día de bravas en

El Rincón del Aura.

«Güeee...», lloriqueé mentalmente, porque no podía ir. Imposible.

«Noa, no», me advirtió mi cerebro.

No, no. No iría ni loca.

Pero... ¿y si entraba con una bolsa en la cabeza y las pedía para llevar?

## Capítulo 27

*SEVEN*

Manu

Era un pecador de los pies a la cabeza.

La lujuria intentaba dominarme, sobre todo después de verla aparecer el día de



Navidad con ese vestido rojo, esos labios mordibles y esa chaqueta de cuero que le daba un rollazo alucinante. Me daba pereza cocinar, porque tenía gula de su comida basura. La ira se instauró dentro de mí castigándome por no saber hacer las cosas mejor; y la avaricia me llevó a colarme a primera hora de la mañana en el local para husmear proyectos y sueños ajenos. La envidia me corroía solo de pensar que Diego estaba viviendo con ella, y la soberbia se impuso cuando la vi aparecer en El Rincón del Aura y supe que, al menos, una parte de mi vida la había fascinado lo suficiente como para no poder renunciar a ella tan fácilmente.

Esperé a que le tomaran nota, de esa forma no podría escapar cuando me acercara a ella. Estaba encogida, sin duda intentando pasar desapercibida. Eso me hizo sonreír. Ni siquiera hizo amago de buscarme en mi rincón, pero cuando se atrevió a echar un vistazo alrededor y me vio avanzando hacia ella, cerró los ojos lamentándose.

—Tres lunes seguidos... yo diría que tienes una pequeña obsesión —dije al llegar a su lado.

—Pues ya se me pasará... —masculló ella.

—No cuentes con ello. Llevo cuatro años viniendo cada lunes.

—Puede que ese sea motivo suficiente para no volver —dijo secamente.

—¿Te importo más que las mejores bravas del mundo? ¡Vaya! Conociendo tu amor por la comida, me siento halagado.

Ella me miró con furia infantil. Era un lujo volver a estar en ese plan, en este tono, sabiendo que era un comportamiento «me atraes» barra «te odio».

—¿Por qué has ido al local esta mañana? —preguntó en el mismo tono malhumorado.

—Porque quería saber cómo iba Olaia con la cirugía.

—Olaia es muy guapa —repuso con dureza—. Me ha dicho que habéis

quedado esta noche. Enhorabuena.

—¿Cómo que enhorabuena? —respondí perplejo—. Hemos quedado para hablar del proyecto.

—¿En tu piso tomando una sexy copa de vino? Ya he visto esa película.

¿Estaba celosa? Joder, ¡Dios existe!

Vi la oportunidad y nada en el mundo podía impedir que la aprovechara, ni siquiera yo mismo.

—Sí, hemos quedado en mi piso. Quiero verlo con calma, es un momento clave de la obra. Una cosa es lo que se proyecta en el plano, y otra muy distinta lo que te encuentras al abrir en canal. Siempre hay que adaptarse, hacer modificaciones, y quiero que queden bien. Podrías venirte... Creo que deberías dar tu opinión.

—Paso. Me fío de ti —objetó rechazando la invitación.

—¿En serio? ¡Gracias! —sonreí dándole la vuelta a la frase.

—No te hagas ilusiones. En el resto de los ámbitos no me fío un pelo, pero en esto no tengo ni idea, así que no me queda más remedio —refunfuñó.

—Y si no te implicas, nunca tendrás ni idea. ¿De verdad no quieres formar parte de las decisiones que vamos a tomar?

—¿A qué hora habéis quedado? —masculló.

—A las ocho.

—Podríamos quedar en un bar —propuso reticente.

—Necesito tranquilidad —objeté.

—Vaaale. Iré —cedió contrariada.

Un coro de aplausos se hizo eco en mi cabeza.

—Aquí tienes, guapa —interrumpió el camarero colocando una bolsa encima de la barra.

—¿Las has pedido para llevar? ¡No saben igual sin las vistas adecuadas...! —

dije señalando mi mesa.

—No digas chorradas.

—Quédate conmigo y cómetelas aquí —le pedí buscando en sus ojos a esa chica cariñosa que había rozado su nariz contra la mía en esa misma barra.

—Ni loca. Suficiente te voy a ver ya hoy —dijo sacando la cartera.

—Apúntalas a mi cuenta —le dije al camarero que esperaba el dinero.

—Recibido.

—¡No, espera! —le gritó ella, pero el tipo ya había desaparecido como buen camarada.

Noa achicó los ojos enfadada y tuve ganas de comérmela a besos.

—Adiós —murmuró esquivándome.

—¡Gracias por venir! —le lancé sarcástico.

—¡De algo! —respondió. Y no pude evitar echarme a reír. Era única. Era diferente. Y tenía que ser mía.

«Dios, Manu... pon el asiento en posición vertical y prepárate para el

impacto», me dije, porque mis planes de aquella tarde se habían reducido a uno:

hablar de una vez por todas con Diego sobre ella y confesarle que esa chica me

tenía sorbido el cerebro. No era algo nuevo, pero me acababa de dar cuenta de

que tenía algo de lo que no podía prescindir durante el resto de mi vida. Ese factor equis, como ese mismo lugar. Te enamorabas de El Rincón del Aura y no

podías dejar de volver. Lo necesitabas en tu vida, a pesar de todo. Y ella también

lo había sentido, porque ya pertenecía allí. Me pertenecía a mí.

Curiosamente, aquel día las patatas me supieron mejor que nunca, a pesar de los nervios que anidaban en mi estómago. Pero la decisión estaba tomada.

Sinceridad pura, dura y brutal para con Diego; y lo primero que le diría es que

no podía vivir sin él, pero tampoco sin ella... Lo había intentado, pero me era imposible seguir luchando contra mi felicidad, sobre todo después de escucharle

decir que puede que se hubiera hecho a un lado antes... ¡Qué gilipollas había sido! Y ya era hora de llegar al fondo del asunto.

Me sentía diferente, pero ¿por qué? De repente, recordé la conversación que había mantenido el día anterior con César en la cena. El tío era un genio del control psicológico. Fui consciente de su maniobra como buen manipulador,

pero lo suyo era nivel experto. Me daba cien mil vueltas y lo admití cuando, metafóricamente, tras revolverme un par de veces, terminó cogiéndome del

pellejo del cuello como lo haría una madre con un gato recién nacido. No tuve más remedio que quedarme quieto y dejar que dispusiera de mí. Hizo conmigo lo que quiso, y logró hacerme cambiar de actitud. Pura magia.

Llamé a Martina y le rogué que entretuviera a Noa para poder hablar con Diego a solas en su casa.

—¿Ya estás otra vez con tus truquitos? ¡No aprendes!

—Marti... ¡necesito hablar con él y en ese piso se oye todo!

—¡Qué se va a oír!

—Todo. Se escucha todo. No sé qué habrás hecho, pero si había alguien más en casa, lo sabe, créeme —sonreí con sorna.

—¡No he hecho nada!

—Por favor, iré a las cinco, procura que no esté...

—Le diré de ir a hacer la compra. Te avisaré, tendrás un rato.

—Gracias, guapa. Eres la mejor.

Colgué contento. Había echado de menos mis charlas con Martina, otra persona que me hacía inmensamente feliz.

A las cinco en punto estaba llamando al ascensor. No había dejado mis antiguas llaves en el piso... me las había quedado en un ataque de propiedad infantil. Diego accedió con rapidez a vernos cuando le envié un WhatsApp.

Al llegar a su piso, pensé en llamar al timbre, pero no pude llevar a cabo un gesto tan desarraigado e

impersonal. Así que abrí la puerta y la cerré de golpe.

—¿Hola?

—Estoy aquí —respondió la voz más familiar del mundo. Por un momento imaginé que seguía viviendo allí, que no habíamos discutido, que aún seguíamos siendo los mejores amigos.

Me acerqué hasta su cuarto y me asomé vacilante. Era demencial, pero íbamos a tener por fin «esa conversación». Tampoco había imaginado nunca cómo sería

ni lo que le diría porque sencillamente me parecía impensable llegar a eso. Di unos golpes en la puerta con los nudillos, aunque ya me había visto.

—Hola, ¿cómo te encuentras?

Parecía no solo que tolerase mi presencia, sino que estuviera comedidamente contento de verme.

—Mejor. Cada día mejor. ¿Qué tal tú?

—Bien...

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó perspicaz, y me quedé bloqueado.

—Yo... te echaba de menos... —balbuceé juntando una mano con la otra haciéndolas rebotar.

—Ajá. Y ahora dime la verdad, venga, tú puedes —dijo con seguridad—. A partir de ahora te lo preguntaré todo dos veces.

Me sentí mal porque tenía razón. Era hora de ser valiente.

—Está bien, no he venido por eso, pero también te echo mucho de menos... —

Le lancé una mirada intensa.

—Yo también... Sigue.

—He venido a hablar de Noa.

—Alabado sea Dios. Empieza.

Me hubiera reído, si no tuviera la sangre solidificada.

—No sé por dónde empezar... —dije amasándome el pelo—. Es muy difícil hablarlo contigo...

—Pues empieza por el principio.

—Creo que es mejor empezar por el final. Hoy la he visto.

—¿Y?

—Y tengo un problema.

—¿Cuál? —preguntó divertido.

—Que no puedo vivir sin ella.

Para mi sorpresa, Diego palmeó la cama efusivo. No sabía cómo tomarme eso.

Parpadeé varias veces sin mover ni un músculo y continué.

—Pero tampoco puedo vivir sin ti —añadí despacio.

Él recogió su sonrisa rindiendo pleitesía al serio discurso que auguraba en cualquier momento.

—No quiero perderte —continué—, pero no puedo ignorar más tiempo lo que siento por Noa. Estar con ella ha sido... increíble. Nunca... nada... nadie... —

hice una pausa larga porque sin verlo venir me estaba emocionando—. Me

dijiste que no estabas enamorado de ella... Estoy intentando decirte que... yo sí.

—Ya veo... —respondió enigmático.

—He intentado seguir adelante, de verdad, pero no puedo. Cada vez que la

veo... Dios... no puedo evitar... El otro día casi vuelvo a besarla en el pasillo cuando fue al baño. Hoy casi no la dejo irse del restaurante donde nos hemos encontrado, y esta noche hemos quedado con la arquitecta del local en mi casa y

no creo que pueda dejarla marchar sin...

—Entiendo —me cortó seco. Y menos mal, porque no iba a dejar de hablar

hasta que dijera algo. Debió pensar que me faltaba un hervor por la supersintaxis

de mis frases, pero aún así, le miré interrogante.

—¿Tengo que decir algo? —preguntó confuso.

—Eh... bueno... ¿qué te parece? —pregunté cauteloso.

—Que lo tienes jodido —sonrió—. Creo que te odia.

Su actitud risueña hizo que me relajara un poco.

—Ya lo sé, pero eso no es ninguna novedad.

—Cierto.

—Si consiguiera que me perdonara... ¿qué opinarías?

—Vaya, me siento afortunado de que me pidas opinión —dijo sarcástico—.

Pensaba que tú mismo decidías lo que los demás vamos a pensar sobre cualquier tema.

—Lo siento, joder... como tú dijiste: ha sido más tuya que de nadie y...

—La clave de esa frase es «ha sido». Pasado. Y quién sabe si hubiera

renunciado a ella por ti si hubieras sido sincero conmigo desde el principio, porque hubo un periodo de tiempo en el que pensé que te gustaba y tuve mis dudas...

—¿Qué? ¿Cuándo?! —exclamé anonadado.

—Cuando empezamos... Te notaba extraño. Tus peleas con ella fueron a peor.

Había algo entre vosotros, pero no pensé que fuera por eso, hasta que ese mismo verano, en las fiestas del pueblo de al lado, Noa se encaprichó de un colgante de

una pistola en la tómbola... Nadie pudo ganárselo, sin embargo, al día siguiente

apareció en su almohada y sé que fuiste tú porque los demás me juraron que no

habían sido, y les creí. Eso me hizo dudar. Antes de dar el paso definitivo con ella intenté tantearte una última vez... ¿te acuerdas cuando te pedí un condón?

Hacía meses que mi padre me llenaba los bolsillos con ellos, pero quise ver tu reacción... y cuando ni siquiera parpadeaste, olvidé el tema. Me convencí de que

estaba equivocado y no volví a pensar más en ello.

Me quedé patidifuso. No quise creer que su amor pudiera ser tan volátil cuando

el mío había sido indestructible, por mucho que lo intentara.

—Habéis estado juntos muchos años... Tú la querías —insistí incrédulo.

—La quería infinito, pero no la amaba por encima de todo, nuestra relación era cómoda precisamente porque ambos nos sentíamos igual, si no la cosa hubiera reventado mucho antes. Llevamos cinco años sin ser pareja, Manu, y como bien señalaste, nunca me he planteado ir a Nueva York a por ella, aunque no tuviera novia.

—Es que sí tenías novia —me mofé—, pero no disfrutabas de tus derechos carnales sobre ella.

Diego alcanzó un rollo de papel higiénico y me lo lanzó a la cabeza.

—Eso sí que me cabrea, ¿ves? Creías que me gustaba Martina y no me dijiste nada ¡¿por qué, cebollón?!—

—Creía que si te lo decía, la descartarías al momento. Tenías que darte cuenta por ti mismo, para mí era tan evidente... Pensaba que era cuestión de tiempo, pero me equivoqué y forcé las cosas... —dije con tristeza.

—No, tenías razón. Ocurrió justo eso, y sucedió antes de que nos drogaras.

—¡¿Qué?! ¿Qué quieres decir? —pregunté alucinado.

—Cuando me enteré de que habíais estado juntos algo dentro de mí despertó.

Y no eran celos, más bien al contrario, me impresionó. De repente, me di cuenta de que Martina era una mujer y que la tenía catalogada como a... ni lo sé, pero a partir de ese día empecé a verla con otros ojos.

—Vuestro trato nunca ha sido muy normal, créeme. La peña flipa.

—Ya lo sé, ¿crees que no me doy cuenta? Cuando nos hicimos inseparables al empezar la residencia llegamos a un punto donde la confianza que tenía con ella se convirtió en otra cosa y ya no era suficiente tenerla de amiga, necesitaba más, pero a la vez para mí era intocable, por eso llegamos a esa extraña simbiosis.



Cuando nos diste el éxtasis... joder... se me fue la cabeza, ¡me asusté! Mi mente se expandió a lo bestia, igual que mis sentidos, pero lo achaqué todo a la droga. Era eso o me había vuelto loco. Su sabor corría por mis venas y la sensación no se me pasaba. No quería creer que existía algo así y que era tan tonto que no me había dado cuenta hasta ahora. Estaba asustado y enfadado por sentir que no tenía el control. Me tapé la boca maravillado.

—¿Me estás diciendo que... te gusta?

—Te estoy diciendo que en cuanto me desperté en el hospital le dije que sentía algo muy fuerte por ella y se lo tomó a pitorreo. ¡Dijo que iba a mandarme a un psicólogo! Que era normal desvariar después de una experiencia cercana a la muerte.

Yo solté una risotada.

—Ayer volví a besarla. ¡Dos veces!

Mis cejas llegaron al inicio de mi pelo.

—¡Y se fue corriendo! —exclamó indignado.

Volví a partirme de risa.

—No te rías, esto es serio.

—Perdona —dije intentando controlar la sonrisa—. Estoy intentando procesarlo.

—Es muy simple: tú quieres conseguir a Noa y yo a Martina. Tenemos que ayudarnos —concluyó suplicante.

No daba crédito. ¿De verdad había dicho eso? Imposible.

—Entonces ¿No te... importa que yo vaya a por Noa? —pregunté fascinado.

—¿Esperas que te dé permiso o qué? ¡Haz lo que quieras! No se me ocurre una persona mejor para que esté con ella.

Me puse la mano en el pecho para impedir que mi corazón saliera disparado por la garganta. Estaba a punto de llorar ¡y él estaba impasible! De repente,

entendí que yo había sido mi peor enemigo. Yo y mis jodidos secretos.

—Diego... Necesito ser totalmente sincero contigo. No quiero ocultarte nada nunca más... Seguramente volverás a enfadarte, y si Noa se entera de que te lo he dicho, no creo que vuelva a hablarme en la vida, pero quiero empezar de cero, quedarme totalmente limpio...

—¿Qué pasa? —preguntó intrigado.

—Cuando me enteré de que Sara estaba presuntamente embarazada, Noa estaba en casa esperándote. A mí me dio una pequeña crisis y ella fue muy amable conmigo, hasta me dio un abrazo. Fue muy *heavy*. Apenas nos hablábamos en esa época y eso desató tempestades en mi interior. Sensaciones que llevaban años guardadas... y creo que ella... bueno, no lo sé, la cuestión es

que dos semanas después, el día del cumpleaños de tu padre, Sara me dijo que había sido una falsa alarma justo cuando ella se acercó a mí en la terraza y me puse tan contento que... la besé... ¡fui un idiota! El problema fue que ella me devolvió el beso...

Diego estaba perplejo. Así que continué.

—Se fue corriendo y al día siguiente se marchó a Nueva York.

El silencio reinó en la habitación. Sondeé sus ojos preocupado intentando obtener alguna información en ellos, pero no rastree nada.

—¿Qué puedo hacer con Martina? —soltó pensativo.

—¡¿Pero has oído lo que acabo de contarte?!

—Sí. Os besasteis, vale. ¿Y qué? Noa y yo cortamos ese mismo día y no me

voy a parar a pensar si fue por ti, por mí o porque ella quería perseguir su carrera. Seguramente, fue una mezcla de las tres cosas. Seguramente, le pareció

la señal perfecta para alejarse una temporada. Seguramente, nos hiciste un favor

a todos. ¿Qué más da? Para mí ese beso no cambia nada, aunque, por la cara que pones, a ti te debe haber torturado durante años... —dijo mirándome extrañado—. No me das pena. Eres tonto por callártelo, ahora aguántate a ti mismo. ¿Qué hago con Martina?

Me acerqué a él y le abracé con fuerza.

—¡Ah! ¡Joder! —se quejó Diego dolorido.

—¡Uy, perdón! —Le solté rápidamente. Hostia, la herida.

—Mira que eres animal.

—Dios, tío. Es que estoy como nuevo —dije ilusionado.

—¡Ja! Pues te queda lo peor: recuperar a Noa. Y no va a ser fácil... ¿Qué me dices de Martina? —insistió ansioso.

Estaba tan contento que la sonrisa me dolía en los labios.

—¡Con Martina lo tienes chupado! —sonreí—. Puedes usar mi técnica de cuando me dice que no a algo. Nunca falla.

—¿Y cuál es?

—Sencillo. No le dejo opción. Lo doy por hecho. Es supercómica llevando la contraria reiteradamente, pero siempre acaba haciendo lo que le pido sin volver a mencionar el tema.

Diego sonrió como un tonto. Por Dios...

—Gracias, tío. Y espero que, de ahora en adelante, seas sincero conmigo en todo.

—Dalo por hecho.

—Suerte con Noa, vas a necesitarla, es muy cabezota.

—¿Ningún consejo, entonces? —pregunté con avidez.

—Solo puedo decirte que no te confíes. Quizá te deje poseer su cuerpo si tanto

le pones, pero llegar a su corazón es más difícil, sobre todo si ya tiene razones para no confiar en ti.

Me hubiese ido muy contento de allí de no haber sido por esa última frase que

me dejó preocupado. Era cierto que ella no había mostrado sentimientos

románticos por mí. En todo momento habló de atajar la tensión sexual que

exigían nuestros mutuos cuerpos, tan solo dijo que no se cansaba de rascarse contra mí. Y en ese momento me supo a gloria, pero eso no significaba que quisiera estar a mi lado haciendo cualquier otra cosa que no fuera... estar en la

cama. No había ocultado que era una chica que desconfiaba del amor y, después

de lo sucedido, no iba a ser fácil llevarla al nivel en el que estaba yo. La atracción era una buena baza para volver a engancharla, pero puede que también

fuera un impedimento para avanzar hacia donde quería. A veces, la carga sexual

puede enmascarar los sentimientos reales haciéndote pensar que solo necesitas satisfacer a tu cuerpo y no a tu alma. En mi caso, cuando una tía me ponía

demasiado cachondo, automáticamente la descartaba como posible pareja seria, no viendo nada más allá que un cuerpo bonito. En resumen, estaba acojonado.

Porque mucho me temía que aquellos días Noa se había abierto como una rara flor que solo lo hace una vez al año durante pocos segundos, siendo mimosa, derritiéndose en mis brazos y en mi boca, dejándose llevar porque se encontraba

psicológicamente en un estado concreto y vulnerable; y a raíz del balazo, había

vuelto a cerrarse en banda. Empezando por darle una paliza brutal al tío que disparó a Diego, y terminando por defenderse verbalmente de mí con ferocidad

detrás de esa trenza a lo Lara Croft cuando apareció en el hospital.

¿Qué me había llamado? Cabrón de mierda. Y puede que lo fuera, pero para mí

no era más que un cabrón enamorado e iba a luchar por mi causa; porque

mientras eres un feliz ignorante de lo que te estás perdiendo puedes seguir viviendo, pero cuando rozas algo celestial con los dedos, lo mundano ya no te sabe a nada.

Estaba vacío, y solo ella podía llenarme.

Limpié la casa, me duché, preparé un pisco para tomar mientras

hablábamos del proyecto y me cambié de ropa tres veces, como si fuera una maldita quinceañera. Estaba nervioso. Incluso hice diez flexiones cuando llegó la

hora H. «¿De verdad acabas de hacer eso?», preguntó atónito mi cerebro.

Segundos después, sonó el timbre. Tomé aire profundamente y me dispuse a abrir a Noa, ya que la había citado quince minutos antes que a Olaia.

## Capítulo 28

### *LOCA ACADEMIA DE POLICÍA*

Noa

Me había vuelto a engañar como a una niña.

En cuanto abrió la puerta, supe que había sido un tremendo error acudir allí. Su

pinta de recién duchado, esa camisa remangada y su mirada hambrienta

provocaron que la mitad de mi cerebro se quedara en el umbral cuando me invitó a pasar.

—Hola... Adelante —logró articular.

Mi olfato policial estaba averiado. Solía alertarme de las oscuras intenciones de la gente, pero con él fallaba. O, tal vez, era que yo misma entorpecía mis competencias cuando se trataba de Manu.

Me maldije a mí misma por mi vestuario. ¿Por qué había dejado atrás mis infranqueables vaqueros y me había cascado un vestido de punto fino? Era blanco roto y tenía unas preciosas manchas negras de leopardo esparcidas aleatoriamente por los lados. Iba con medias y botas altas de cuero negro.

Huelga decir qué chaqueta remataba el conjunto. ¿Por qué no se lo ponía aún más fácil y me desnudaba directamente? Sus ojos resbalaron sin poder evitarlo

de mi cara a mi cuerpo y se apartó de mi camino con un resoplido que me habría

hecho gracia, si no fuera porque se me erizaron los pezones en protesta por la estela del aroma que dejó en ese movimiento.

«Eres tonta del culo. ¿Y ahora qué?», me acusó mi cerebro.

—Gracias —farfullé entrando.

Dejé el vestíbulo atrás y apoyé mi bolso en la encimera de la cocina, pues era el primer mueble que había antes de llegar al salón.

Por el amor de Dios... ¿estábamos solos? Genial.

—¿Qué quieres beber? —preguntó adentrándose en la cocina.

—¿Dónde está Olaia? —cuestioné contundente.

—Llegará en cualquier momento.

—Una Shandy, si hay.

—Hay —contestó rebuscando en la nevera.

Cuando me la tendió, bebí y nos quedamos en silencio. Notaba que me estaba mirando, pero me limité a estudiar la botella como si fuera algo fascinante.

—¿Puedo preguntarte algo? —solicitó posicionándose al otro lado de la barra.

Esa distancia me dio seguridad y le miré, pero no pensaba ceder ni un ápice para mantener una conversación civilizada.

—¿Sigues con las pesadillas? ¿Cómo estás durmiendo? —preguntó con interés.

Ese encantador tono de preocupación detonó una congoja dentro de mí que estaba intentando esconder bajo la alfombra de mi indiferencia. Tenía tres opciones: no contestar, mentir o ser sincera, como me había recomendado César.

¡Maldito fuera!

—Empeoró después de que dispararan a Diego. El sonido del arma, la sangre... esa noche apenas dormí nada. Mezclaba las escenas en mi cabeza... pero cuando llegaron mis padres fui a mejor. Ya no estaba sola...

Su cara de culpabilidad me torturó todavía más.

—¿Y ahora en casa de Diego? —insistió.

—Estoy mejor. Se me pasará... —respondí desviando la vista—. Ahora tengo muchas cosas en la cabeza.

—Leí en internet que emprender nuevos proyectos ayuda a que desaparezca el TEPT. Centrarte en otra cosa. Intentar olvidar.

—Es difícil olvidar cuando crees que la gente que mató a esos niños quiere matarte a ti también.

Él cerró los ojos y recondujo su lamentación. Se tragó un «lo siento» y volvió a sorprenderme con un tono que tenía poco de afligido.

—Intenté aplacar ese hecho todo lo posible haciéndote sentir segura y creo que lo conseguí —contestó chulesco clavándome la mirada—. Te engañé por ayudar

a Diego y a Martina, pero a la vez también intenté ayudarte a ti y, antes de que lo sugieras, no me refiero a follándote precisamente. Investigué en internet y vi que necesitabas un nuevo reto. Después, te escuché decir que te haría ilusión montar una academia y puede que te empujara un poco para que tu vida continuara hacia delante; porque al margen de mi mentira, en esos momentos era completamente incierta. Si no te hubiera mandado ese mensaje amenazador, ¿qué estarías haciendo ahora?

Levanté las cejas y la cólera se arremolinó alrededor de mi garganta.

—No contestes —me cortó enseguida—, solo piénsalo un momento. Estarías sola en casa de tus padres. Metiéndote día sí, día también en la cama de Diego.

¿Y luego qué? —dijo dándome la espalda y paseando tranquilamente.

Curiosamente, mi enfado disminuyó un poco cuando se alejó de mí y se transformó en un ataque de incredulidad.

—¿Pretendes que encima te dé las gracias por haberme mentado?

—Yo no he dicho eso —contestó serio—. Solo te pido que pienses cuánto te ha

afectado en realidad la única mentira que te he dicho, porque el resto ha sido todo verdad.

—El idiota de mi ex le ha pegado un tiro a Diego aprovechando la coyuntura de que me perseguían. ¿Te parece poco hasta dónde me podía haber afectado?

—Pero Diego está bien. ¿Entonces?...

—¿Entonces qué? —pregunté perpleja. De repente, me dio la sensación de estar hablando con César, con su lógica entrañable y aplastante. La ira había desaparecido y una sensación de terror se apoderó de mí porque la necesitaba si quería mantener mi dura fachada frente a él.

—¿Tan mal me he portado contigo? —musitó con la vista perdida. De pronto, sus ojos me encontraron y sentí cómo me acariciaba con ellos. Tuve que abrir la boca para regular mi nivel de oxígeno en sangre.

—No —murmuré desconcertada. Sinceridad. Lo estaba intentando...

Se mordió los labios esperanzado y se acercó algo más a mí.

—Le prometí a tu padre que todo saldría bien con el local..., si no, creo sinceramente que me arrancará la cabeza.

Sofiqué una sonrisa. ¿Lo pensaba de verdad?

—No le hagas caso, ya sabes cómo es.

—Me tomo muy en serio la integridad de mis miembros.

Algo volvió a tirar de mis labios hacia arriba.

—Habértelo pensando antes de meterte conmigo, pero llevas toda la vida haciéndolo sin tenerle ni pizca de miedo.

—Miedo no, pero siempre me ha mirado de un modo extraño y el otro día

César por fin me explicó por qué.

Centré toda mi atención en él cuando mencionó a César.

—¿Qué te dijo? —pregunté nerviosa.



No me importó que se acercara más a mí y se quedara apoyado en la barra a mi lado.

—Me dijo que me llamaba igual que tu tío, el que murió cuando era un niño, y que deberías perdonarme porque me debes un favor muy grande —Y se le dibujó

una sonrisa en la cara que ni Elena de Troya hubiera podido ignorar. Era puro estilo Manu. Una esencia tan hecha para mí que sentía las ondas expansivas provocando destrozos en cada rincón de mi cuerpo. Si movía un solo músculo sería para agarrarle de la nuca y atraerle hacia mi boca, así que me quedé paralizada.

—¿Qué favor te debo? —farfullé.

—Por lo visto me debes la vida —sonrió con un gesto humilde—. Me dijo que en cuanto tu padre me tuvo en brazos y supo mi nombre, decidió que tú existirías.

Conocía esa historia. Para mí era el secreto mejor guardado del mundo. Me la contaron la primera vez que pregunté dónde estaba mi madre, y mi padre me contestó que no la necesitaba porque él me amó desde el momento en que decidió tenerme; y carambolas del destino, recibió esa señal al sostener a Manu entre sus brazos. No pude evitar que una sonrisa naciera en mis labios, pero se borró cuando noté que se acercaba demasiado a mí y me cogía de la mano.

—¿Crees que... teniendo eso en cuenta... algún día podrás perdonarme y ser amigos? —preguntó con dulzura.

Comenzaron a temblarme las piernas. ¡¿Amigos?!

En ese momento llamaron al timbre. Menos mal.

Él se fue a abrir la puerta después de darme un beso en la mano como promesa

de que esa conversación no había terminado y yo intenté recomponerme del

esponjoso tacto de sus labios mientras decidía que algo así no podía repetirse por

el bien de mi cordura. Dios, eran droga pura... ¡¿Amigos?! ¿En serio? ¡Yo no podía ser su amiga!

—¡Manu! —exclamó *Miss Simpatía*—. ¡Dos besos!

—Hola, preciosa.

¿Preciosa? Necesitaba un whisky, porque esa no venía a ser su amiga precisamente.

—¡Me encantan estos pisos! —comentó Olaia fascinada.

—Me alegro de oírte decir eso, porque lo tengo a la venta.

Me quedé planchada. ¿Lo tenía a la venta? ¿Desde cuándo?

—¿Bromeas? —exclamó Olaia—. ¡Estos pisos son la bomba! Incitan a muchísimas cosas, por ejemplo esa cristalera de ahí, podrías comprarte un piano y hacer escenas tipo *Cincuenta sombras de Grey*... ¡Oh, Noa! —dijo sobresaltada—, no sabía que vendrías.

Un comentario poco afortunado cuando la chica ya había revelado qué le suscitaba ese salón sexualmente hablando. Lo siguiente hubiera sido ir a la habitación para explicarle cuál era la mejor estructura de cama para atar a alguien.

—Pues sí, he venido. Quería ver cómo os lo montabais... para adaptar el local, me refiero.

—¡Claro! —rio nerviosa.

—Extiende los planos aquí, Olaia —ofreció Manu señalando la mesa de cristal.

Ella llevaba un gran tubo rígido en la mano y lo abrió rápidamente. Cuando desenrolló los planos y los colocó, Manu comenzó a estudiarlos con detenimiento.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunté mostrándole mi cerveza.

—Una de esas estará bien, gracias —contestó extrañada.

Fui hacia la nevera y no perdió detalle de lo bien que me desenvolvía en el piso cuando encontré sin problema el abrebotellas en un recóndito cajón.

—Cuéntame los cambios de los que hemos hablado esta mañana, por favor —

le instó Manu cuando llegué a su lado y le di la cerveza.

Ella señaló distintos puntos con problemas y mostró sus posibles soluciones.

—Eres muy buena, Oscar tenía razón —afirmó Manu con una sonrisa.

Ella le dedicó otra deslumbrante y mi piel comenzó a arder. «Noa, no. Quieta.

No lo hagas...», siseó mi cerebro.

—¿Qué se puede hacer con esta esquina? —señaló Manu en el plano. Ella se

acercó más a él y vi como le rozaba el brazo. ¡No eran imaginaciones mías! Era

policía e investigadora privada, estaba programada para fijarme en los jodidos detalles. No quería odiarla, pero en ninguna otra ocasión su ropa me había llamado la atención como aquella tarde. ¿Era de recibo ir a ver a un cliente con

tamaño escote?

—¿Este es el despacho? —pregunté de repente.

Los dos giraron la cabeza hacia mí sorprendidos por escuchar mi voz.

—Sí.

—Es un poco pequeño, ¿no, cariño? —dije mimosa acercándome a Manu y apoyándome en él.

Ambos abrieron los ojos más de lo normal, pero Manu reaccionó al momento de manera natural adaptándose a mi cuerpo y rodeándome la cintura con el brazo.

—¿Lo quieres más grande, nena? —susurró cerca de mi boca dotando a la frase de un tono obsceno inconfundible.

—Me gustan las cosas grandes, ya lo sabes...

La pobre arquitecta fingió un acceso de tos y desvió la vista, pero Manu clavó su ardiente mirada en mí y vi en sus ojos una diversión peligrosa.

—¿Se podría ganar un poco de espacio al despacho? —le preguntó a Olaia

violándome con los ojos.

—Si retrasamos esta pared cincuenta centímetros ganaremos sitio... —

contestó acongojada.

Él fingió estudiar el plano acercándose disimuladamente a su cuerpo para que

notase su erección.

—¿Te sirve así? —preguntó con la voz ronca señalando el papel mientras presionaba su «enorme» deseo contra mí.

—Servirá —respondí excitada, y me alejé rápidamente de él. Mi labor ya

estaba hecha, aunque me hubiera costado humedecerme. El resto de los detalles

no me interesaban demasiado. Lo único que quería era no sentirme enclaustrada

en la academia, y que dejaran de usar mi local como excusa para tontear entre ellos.

A partir de aquel momento, estuve moviéndome por el salón a sus espaldas, observándoles, como si fuera un profesor vigilando un examen; y de vez en cuando, me acercaba a echar un vistazo a algo que comentaban. Olaia se estaba

poniendo de los nervios, una reacción inequívoca de que sus intenciones eran turbias; él sin embargo, destilaba profesionalidad, interés y perfeccionismo. Me

llamó la atención esa inusual concentración. ¿De verdad le importaba tanto todo aquello?

—Muchísimas gracias por venir, Olaia —agradeció Manu cuando terminaron.

—Ha sido un placer. Gracias por ofrecerme este proyecto, va a quedar

fantástico —dijo sin poder evitar comérselo con la mirada.

—Con tu ayuda, estoy seguro —replicó galante.

Puse los ojos en blanco y les seguí hasta la cocina.

—Bueno chicos... —Olaia miró alrededor dudando de si yo iba a quedarme allí o me iba a ir con ella.

—Nos vemos por el local —me despedí dejando claro que me quedaba, aunque me marcharía veinte segundos después que ella.

—De acuerdo, hasta luego —respondió demorando un poco más la vista en el dueño del ático. ¿Qué había en sus ojos? ¿Un «llámame si estás solo»? Mierda.

Ella se dio la vuelta y él le acompañó hasta la puerta.

—Gracias por todo —repitió Manu—, nos vemos.

Cerró lentamente y se quedó momentáneamente apoyado. Cuando se dio la

vuelta, vi algo en sus ojos que me convirtió automáticamente en un mamífero que huye de un depredador. De repente me sentía rápida, despierta, con la adrenalina a flor de piel. También tenía un punto de mal genio acumulado en la

lengua por su más que cortés trato hacia ella.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó avanzando hacia mí.

Yo bordeé la barra de la cocina en dirección contraria y cogí mi bolso para colgármelo dando a entender que me iba.

—¿A qué ha venido qué? —Me hice la tonta.

—«Me gustan las cosas grandes, cariño» —me imitó.

—Ah... Sencillamente, cuando se viene a trabajar se viene a trabajar, no a trabajarse al cliente. Es muy profesional, ¿eh? ¿De dónde la has sacado?

—Me la recomendó un amigo y es muy buena.

—Ya. No paras de repetirlo, pero debe de pensar que la comisión te incluye a ti

—solté mordaz.

—¿Estás celosa? —preguntó petulante.

—¿Qué hubiera sucedido si yo no hubiese estado aquí? —contraataqué.

—¿Es de familia lo de contestar a una pregunta con otra?

Intentó acercarse a mí y yo me escabullí rodeando de nuevo la barra.

Su mirada cambió. Comportamientos ancestrales. Éramos animales, y aquello

se había convertido en una persecución en toda regla. En una excitante y peligrosa caza. Sabía que si me dejaba atrapar, no saldría viva.

—¿Por qué huyes de mí? —preguntó con la voz ronca.

—¿Por qué vienes hacia mí?

—No estamos avanzando, «cariño» —sonrió gatuno.

—Lolo, para. Tengo que irme —dije nerviosa.

—Hazlo. No voy a impedirte —dijo interponiéndose en la trayectoria hacia la salida.

Me lancé hacia la puerta y, como era de esperar, me cortó el paso con su cuerpo en el último momento haciendo que rebotara contra él. Como para confiar en él.

—Un momento... —Noté su voz acariciándome la cara—, antes te he hecho una pregunta... —susurró con una tranquilidad pasmosa.

Su cercanía me noqueó.

¿Nivel de fuerza de voluntad? Cero.

¿Nivel olfativo ante su esencia? Saturado.

No me fiaba de él, pero mucho menos de mí. No quería despegar mis ojos del suelo porque en aquel momento ya no cooperaban para fingir desinterés.

—Mírame —dijo levantando mi barbilla con un dedo.

Nuestras pupilas se encontraron y comenzaron a escocerme de deseo. Él

escrutó mi mirada intentando descubrir algo concreto en ella y no tuve más remedio que mojarme los labios. Su vista se desvió rápidamente hacia ellos y correspondió el gesto.

—¿Cuál era la pregunta? —balbuceé temblorosa.

Manu regresó a mis ojos con un sufrimiento desconocido. Y vi el momento exacto en que cedía derrotado por una necesidad impronunciable que lo

asfixiaba llenándolo todo.

—Olvídalo, es imposible —dijo atrapando mi boca con desesperación. Me sometió con un movimiento exquisito que coordinó agarrándome con fuerza de la nuca. Por poco me desmayo. Me quedé sin fuerzas, como si acabaran de inyectarme algo letal en vena. A él.

Su sabor no me dejaba pensar en nada. Las piernas no me respondían, y sus sonidos fueron el atajo más rápido para perder el control sobre mí misma.

Le besé con ansiedad porque por momentos me estaba insuflando una vitalidad que hacía días que no sentía. Me agarré a él como quien se encuentra una mascarilla de oxígeno en mitad de un incendio. Era una última oportunidad, un deseo, una esperanza y, una vez más, un error.

—No... —dije apartando la cara.

Él no me soltó ni se separó de mí lo más mínimo.

—Me estoy volviendo loco sin ti —susurró atormentado—, te echo muchísimo de menos...

Acarició mi cara con devoción y reaccioné a su toque arqueándome

instintivamente, lo cual tomó como una invitación para volver a devorar mi boca. Sentía electricidad donde su lengua tocaba la mía. Me dolían los pechos, y

una parte de mí se tensó cuando una mano invasora traspasó la tela del vestido y me agarró con posesividad del culo presionándome contra él.

Tres..., dos... ERROR FATAL. Combustión realizada.

Era una bola en llamas que iba sin frenos y cuesta abajo.

«¡ *Stop, right now!* ».

—No sigas, de verdad... —rogué contra su boca poco convincente.

—No puedo parar... —dijo volviendo a besarme con maestría. Con un hambre que convertía en vergüenza lo mucho que me gustaba esa faceta de él. Volvió a

seducirme con sus insaciables besos hasta que dejé de resistirme y notó como me sumaba a su propósito.

«¿Por qué no?», jadeó una voz en mi cabeza.

«¡Porque no se lo merece!», me grité exasperada. Pero estaba vencida, como quien pierde de vista la posibilidad de ganar incluso antes de que empiece la partida. Lamentable, viniendo de alguien que creía que nada está perdido hasta

que te rindes.

En ese momento, chocamos contra la pared del vestíbulo. Todo su cuerpo confinando el mío. Lo estaba colonizando, arrebatándomelo todo, hasta la dignidad, porque era incapaz de luchar contra mi deseo por él. Sus manos subieron mi vestido hasta la cintura y de un tirón me rompió las medias.

—Joder... —jadeé conmovida. Nunca había sido la típica que rompía la ropa en un arrebato de pasión, y no sabía cuánto me gustaba hasta que escuché cómo se rasgaba la mía.

—Déjame tocarte o me moriré —musitó en mi oreja.

Metió la mano entre mis piernas y en cuanto notó mi humedad, soltó un gruñido que se convirtió en el sonido más erótico que había escuchado hasta la fecha.

—Dios... —susurró enloquecido metiendo dos dedos en mi interior con fruición.

Gemí desconcertada y sus labios respondieron rápidos al mensaje zambulléndose de nuevo entre los míos.

«No se lo merece, te ha engañado», murmuró aturdida mi cabeza.

«Pero yo sí me lo merezco», jadeé al notar como su otra mano se colaba por

debajo del sujetador. Grité al sentir cómo amasaba mi pecho con codicia. Sus dedos haciendo exactamente lo que me gustaba en todas partes. Era



completamente suya. Nunca nadie me había despojado así de mí control y sentí más vértigo que nunca.

—No podemos hacerlo —gemí esquivando sus besos.

Él menguó paulatinamente sus caricias hasta dejar de mover las manos y rozó mi cuello con sus labios dándose tiempo, calmándose, intentando reponerse del

estado animal en el que estaba sumido para valorar mi apelación. Estaba temblando de placer, y al verlo así, supe que si le dejaba poseerme sería mi fin.

Tendría que aceptar la verdad, reconocer que había desbaratado todos mis principios, y no estaba lista para eso. Seguía muy cabreada con él, humillada en realidad, pero la necesidad me quemaba por dentro e incidía directamente en mi mortificación multiplicándola por dos.

Me quitó las manos de encima y se quedó apoyado contra mí incapaz de separarse todavía, era como si una ola de cordura acabara de llegarle de la nada.

¡Había esperanza! Aún podía salir ilesa de esa situación.

—No lo empeoremos, por favor... —supliqué muerta de ganas. Era su turno de ser el fuerte. Yo no podía.

—Joder, necesito sentirte una última vez... —rogó rozando su sien contra la mía—, no pudimos despedirnos... yo...

No siguió hablando porque yo misma le silencié con un beso que reclamaba ese adiós. Esa promesa de que sería el final. Pero de verdad. Puede que fuera lo

que necesitáramos para sellar el círculo y pasar página, porque lo que más deseaba en ese momento era acabar con esos sentimientos tan poderosos. Eran demasiado peligrosos, incluso para mí.

Le besé intentando canjear toda la angustia que llevaba acumulada en los

últimos días por su culpa. Era curioso pensar que sus besos eran a la vez la enfermedad y su cura. Él se volvió loco al recibir luz verde y comenzó a desabrocharse el pantalón frenético mientras me respondía al beso con la misma

violencia. Ni siquiera noté cómo rompía mis braguitas dejándome accesible,

hasta que sentí cómo su miembro se acoplaba a mi sexo. Metió una mano por detrás de mi trasero elevándolo un poco y, colocándome en el ángulo perfecto, arremetió con fuerza en mi interior.

Ambos gemimos a la vez. Se quedó quieto por un momento, y después,

comenzó un movimiento demencial mientras sus manos me sujetaban por la parte inferior de los muslos.

—Eres un puto vicio... —murmuró abstraído.

No podía analizar lo cachonda que me ponían sus peculiares frases cuando nos enzarzábamos en un amasijo de carne. Tenía semejante sobredosis de endorfinas

que apenas era consciente de nada que no fuera él hundiéndose en mí, duro y exigente. Con un ritmo que parecía sobrehumano, con una pasión que recordaba

a la intensidad de un sprint final y que me hizo llegar a la cima en pocos segundos cuando encontró el punto exacto de mi máximo placer.

—Dios, Manu... —gemí desbordada.

Con unas cuantas embestidas más, sentí la tensión en sus músculos

confirmando con un sonido sordo que todo había terminado.

Nadie dijo una palabra. Solo nuestro resuello era testigo de que en realidad no

había nada más que decir.

—Quédate conmigo esta noche... —sugirió de repente en voz baja.

Había vuelto a engañarme, pero esta vez era él el que quería matarme.

—Tengo que irme —musité resentida. Bajé la cabeza incómoda y le insté a

alejarse de mí. Necesitaba ir al baño, y después, largarme de ese maldito piso trampa.

Salió lentamente de mí y, además de con su mirada afligida y mis sinsabores mentales, tuve que lidiar con los bochornosos inconvenientes de la gravedad deslizándose por el interior de mis muslos.

Antes de que se separase del todo, me bajé rápidamente el vestido y huí hacia

el servicio sin mirarle. Mis medias estaban rotas, mis bragas desaparecidas, y quería borrar las pruebas del delito cuanto antes. Le oí chasquear la lengua y dirigirse a la cocina.

Estuve unos tres minutos mirándome al espejo del baño hasta que me tapé la

cara con las manos mientras me sentaba en el retrete. No quería ni verme. Ni siquiera me hablaba mentalmente, y maldije en voz alta sintiendo una flagrante

decepción por haberme vuelto a fallar a mí misma.

Me refresqué un poco antes de salir de allí con una frialdad que yo creía impenetrable, pero al llegar a la cocina, le vi apoyado en la encimera por la parte

de dentro y me di cuenta de que mi coraza de hielo era más fina y delicada que el

crystal de bohemia. Todo él era un puto espejismo. Exudaba sexo por todos los

poros, todavía tenía los labios hinchados de nuestros ardorosos besos, y decidí

que sería mejor no detener la marcha. Tenía que cerrar ese capítulo de una vez por todas.

—Adiós... —murmuré.

Él permaneció inmóvil sin cambiar su postura ni un milímetro.

—¿Podemos hablar? —preguntó con desidia.

El tono y su poca predisposición para perseguirme hicieron que me detuviera.

Giré la cabeza, pero no el cuerpo, pues seguía castigado.

—¿De qué?

—De nosotros.

—Ya no hay nosotros. Esto era la despedida —aclaré—. Sigue con tu vida y yo seguiré con la mía.

—No puedo. Mi mundo ya no gira sin ti.

Mi corazón comenzó a latir rápido.

—Sí yo no hubiera aparecido hoy aquí, tu mundo ahora mismo estaría girando en los brazos de otra, créeme —respondí displicente.

—Te equivocas.

—Me equivoco constantemente —contesté ácida—. Tengo muy malas ideas: venir aquí, disuadir a Olaia de sus intenciones... No es culpa tuya. Yo misma me meto en estos berenjenales, como bien indicó Adriana.

—Si te metes será por algo. ¿Por qué no puedes perdonarme y seguir donde lo dejamos? —preguntó con brusquedad.

—Porque eres un mentiroso y no puedo confiar en ti. Has dicho que solo necesitabas hacerlo una última vez.

—¡Y era cierto! Lo necesitaba más que respirar. Contigo siempre voy a necesitar una última vez... Si te quedaras, no pararía de hacértelo en toda la noche. Y tú también lo deseas, quédate, por favor... —suplicó vulnerable.

Giré la cara y visualicé la puerta. Tenía que irme de allí YA.

—Precisamente por eso, no te quiero cerca de mí a no ser que sea estrictamente necesario. Y solos, nunca más —sentencié con dureza.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —preguntó herido.

—No he estado más segura de nada en mi vida —escupí inflexible.

Intentaba frenarme a mí misma. A latigazos si hacía falta. Hacer retroceder a esa pequeña parte de mí que quería quedarse con él, no esa noche, sino para siempre.

—¿Y por qué coño te has interpuesto entre Olaia y yo? ¿Qué más te daba? — preguntó cabreado.

—Porque después de la que has liado, me jode que sigas con tu vida como si nada. Estoy harta de que te salgas siempre con la tuya.

—¿Salirme con la mía? —replicó incrédulo— ¿Qué crees que es esto, un juego? —Su cara mostró desprecio—. Eres una inmadura, Noa. Siempre lo has sido. Yo estoy hablando de sentimientos reales.

—¿Crees que era real lo que sentía por ti mientras me tenías engañada? Lo único real ha sido que, definitivamente, eres una maquina bien dotada —dije dispuesta a irme.

Manu entornó los ojos.

—¿Lo único? ¡Y una mierda! —exclamó enfadado—. Yo también estaba allí y eso no era sexo a secas.

—No recuerdo haberte prometido la luna —escupí fríamente.

Él soltó una risita dolida.

—Me río de tu honestidad contigo misma: ¿así que te escudas en que estás dolida porque te he mentado cuando en realidad no sientes nada por mí? ¿Solo resulta que funciono bien en la cama? — resopló cabreado—. Creo que tu

problema con el compromiso es que sigues creyéndote muy superior a los demás, y en concreto a mí. ¡Joder! Y pensar que me estaba enamorando como un imbécil... —murmuró molesto consigo mismo.

—¿Enamorándote? Pues eres más tonto de lo que creía si crees que el amor se puede afianzar sobre una mentira.

—No, no puede. Tienes razón, pero el engañado he sido yo. Ahora que sé cómo eres de verdad, será más fácil luchar contra lo que llevo años sintiendo por

ti. Somos muy distintos. Seré muchas cosas, pero mi orgullo no está por encima

de todo ni reniego del amor ni me obsesiono por mi carrera llegando a ser un jodido kamikaze, así que lo mejor será que...

—¿Qué acabas de decir?

—Que nadie es suficientemente bueno para ti, ni siquiera tú misma.

—¿Me has llamado kamikaze? ¿Por qué? —pregunté achicando los ojos ofendida—. ¿Por intentar salvar a unos niños en medio de un tiroteo?

—No me refería a eso —respondió serio.

—¿Sabes que eso es lo que me llamaba siempre Kevin?

Él cerró los ojos arrepentido y noté que los míos se inundaban. «¡Basta!».

Fui hacia la puerta casi corriendo y antes de que se cerrara de un portazo, ya no

veía nada. No hice ni el menor ruido. No pensaba darle la satisfacción de oírme

llorar por él. Creo que ni siquiera respiré hasta que el ascensor se abrió en la planta baja y solté un sollozo que me encogió el alma. Salí a la calle y cogí el primer taxi que pasó en dirección a casa de mis padres. No quería que Diego me

viera así. Estaba destrozada, y en ese maldito piso se oía todo. Iba a pasarme llorando toda la noche por muy inverosímil que me pareciera. Era el efecto Manu. Manu decepcionado conmigo por ser una insensible, una orgullosa, una

obsesa del trabajo y una suicida incapaz de salvar a unos niños. Era lo que siempre pensaban los demás de mí, sumado a lo peor que pensaba yo de mí misma. No había una combinación peor.

Entré en casa de mis padres con la cara congestionada y los vi cenando en la

mesita del sofá. Ambos me miraron alarmados.

—Ignoradme —supliqué reteniendo el llanto, e hice un gesto con la mano

incapaz de decir nada más.

Llené la bañera de agua caliente, me desnudé y sumergí todo mi cuerpo hasta

que solo quedó el óvalo de mi cara sin recubrir.

Intenté tranquilizarme escuchando los latidos de mi corazón, pero retumbaban

a un ritmo extraño, como si estuviera exhausto de intentar no romperse en mil pedazos.

La sensación de ingravidez única que proporciona sumergirse a la misma

temperatura que tu cuerpo permitió volar lejos a mi cabeza. Recordé hasta la última caricia que me había profesado aquella noche y me tranquilicé un poco,

pero a la vez sus palabras comenzaron a colarse en mi mente.

«¿Estás segura de que eso es lo que quieres?», había dicho.

Y la voz de Diego intercedió dando la amarga réplica: «¿Y por qué no te creo?».

## Capítulo 29

### *GATTACA*

Martina

Sobre esa misma hora, el móvil de Martina sonó y maldijo al ver que era Diego.

«¿Qué querrá ahora?», pensó cansada. Llevaba días torturándola con sus atenciones.

Diego: ¿Subes a cenar conmigo? Estoy solo y desvalido. Noa tenía una cita romántica con Manu.

Martina: No te creo.

Diego: No es romántica, pero han quedado y terminará siéndola. ¿Subes y te lo cuento todo?

Martina: Nunca he sido una cotilla.

Diego: ¿Vas a deshonorar tu juramento hipocrático? Necesito atención médica. Estoy sangrando...

Martina: hfjhspifnwe.....

Diego: Te espero. No tardes. :)

«¡Maldita sea!», se lamentó.

Cada vez le era más difícil mantener las distancias. No quería discutir con él, pero es que ¡no atendía a razones! Era médico..., y debería conocer los efectos

secundarios que sufría por haber sobrevivido a una situación como esa.

Antes del disparo era «el perro del hortelano», ni comía ni dejaba comer.

Entonces... ¿qué diantres había pasado? ¡Sus explicaciones paranormales no le servían! En cuanto se entregara a él en cuerpo y alma, chasquearía los dedos y volvería a cambiar de opinión. ¡Ocurría muchas veces! Estaba agradecido, convaleciente y había perdido a Manu. Su normalidad ya no existía, pero pronto volvería a su ritmo habitual y se daría cuenta de que estaba confundido, de que en el fondo no la amaba. A ella no.

Se gustaban, hasta ahí podía admitirlo, pero si él supiera hasta qué punto le estaba afectando todo aquello: sus palabras, sus sonrisas y sus apasionados besos, no se perdonaría a sí mismo cuando todo se aclarara.

Joder, cada vez que la besaba con esa avidez pensaba que ya podía morir en paz... Puede que quisiera acostarse con ella, pero nunca se plantearía algo serio.

Ni pensaría en boda ni en formar una familia... No, sabiendo lo que sabía... ¿Se quedaría un mecánico con un coche que sabe que está defectuoso de serie?

Él siempre la había tratado como si fuera de cristal. Recordaba a su madre diciéndole que siempre debía cuidar de ella, que cuando era pequeña les había dado un susto de muerte porque no le funcionaba bien el corazón y, desde entonces, notó que le imponía un escudo protector, una distancia a las posibles amenazas, en las que él mismo se incluía. La tenía guardada a buen recaudo en

el fondo de su corazón, en la zona de los inválidos, y nunca podría caber en otro

sitio. Era una «no válida», como decían en la película *Gattaca*. Puede que la adorara, pero tenía una cardiopatía extraña que podía reproducirse en cualquier

momento y, seguramente, a su edad sería inoperable. Él lo sabía mejor que nadie,

en realidad era el único que lo sabía. Su esperanza de vida no era muy

prometedora, pero esa información era secreto profesional entre médico y

paciente.

Manu siempre había insistido en que se lanzara a por él, pero le parecía una crueldad. Sabía que Diego no era un chico de una noche. ¡Lo conocía! Y quería



que tuviera una vida larga y feliz con una chica sana y normal, no una que le podía fallar a la primera de cambio y dejarle colgado con dos o tres críos. No.

No le haría eso. Pero cuanto más se resistía ella, más ganas le tenía él. Pura matemática.

Las opciones no eran muchas: si le seguía la corriente y esperaba a que se cansara de ella, seguramente, entraría en depresión los diez o quince años buenos

que le quedaban de vida... pero si se negaba, Diego entraría en una espiral amorosa con ella y quién sabe hasta cuándo podría resistirlo su amistad. Él era

obsesivo. Cuadrulado. Cuando se le metía algo en la cabeza, siempre lo

conseguía. Por eso subió a su casa con miedo. Con mucho miedo de que le rompiera el corazón.

—¿Cómo estás? —le preguntó al aparecer en su habitación.

—Ahora mejor —sonrió—, ¿me lo miras?

Ella se acercó a la cama y tiró de su camiseta hacia arriba con suavidad. Una

ola de su olor corporal le nubló el cerebro al momento.

—A ver... —comenzó inspeccionando la herida—. ¿Te duele?

—Muy poco —replicó él como un niño que está deseando saltar de la cama

para ir a jugar—. ¿Qué tal en el hospital? ¿Me has echado de menos? —preguntó esperanzado.

Ella disimuló una sonrisa por su tono de preocupación.

—Sabes que sí.

—Seguro que no tanto como yo a ti —dijo poniéndole una mano en la pierna.

—Estás aburrido, cuando salgas de la cama...

—Cuando salga de la cama, más vale que eches a correr —sugirió—. Crees

que voy a alejarme de ti, pero tengo la intención de hacer justo lo contrario. Voy

a estar encima de ti todo el día... o debajo, como más te guste... —susurró lascivo.

Ella comenzó a ponerse nerviosa. Diego no había dejado de hacerle caricias en

la pierna mientras hablaba. Tragó saliva y desvió la vista.

—Así que, ¿cuándo podré levantarme, doctora? —preguntó con voz seductora.

Ella carraspeó.

—Ya lo sabes, eres médico.

—Ahora mismo solo soy un paciente. Uno que necesita cuidados muy concretos —dijo cogiéndole una mano y depositándola en su miembro.

—¡Diego!... —replicó azorada levantándose de la cama.

Él la sujetó para impedirselo con una risita y la pegó a él.

—¡Cuidado! ¡Voy a hacerte daño! —exclamó ruborizada. Estaba acalorada. Le daba una vergüenza infinita. ¡Ese no era el Diego comedido que ella conocía!

—Me duele, créeme, y no precisamente en la herida —susurró desesperado.

—Yo... solo he venido a darte la cena —replicó aturullada.

—Genial, porque estoy hambriento —atajó libidinoso.

—Diego... basta —sonrió sin poder evitarlo.

—Marti... ¿Por qué nos haces sufrir? —preguntó cansado.

—Porque antes del disparo no querías esto, y ahora, lo quieres porque crees que me debes algo, pero se te pasará...

—No es cierto. Y no me cansaré de repetirlo. ¿Qué puedo hacer para que me creas? —la interrumpió—, esto no es algo temporal.

—Ese es el problema, Diego, que sí lo es —sonrió con tristeza—. Yo soy temporal. Lo sabes. Olvida lo que ha pasado entre nosotros, es lo mejor.

—No vuelvas a decir eso jamás —replicó serio—. Estás perfectamente.

—De momento. Pero de verdad, no tienes que...

—¡No es que tenga, es que quiero! —exclamó harto—. ¿Te preocupa morir?

Yo podía haber muerto la semana pasada, o podría morir mañana o la semana que viene cuando vaya

a comprar el pan. Si algo he aprendido de todo esto es que solo tenemos el ahora. ¡Y ahora mismo quiero estar contigo! Quiero que te

desnudes. Quiero que te subas a horcajadas sobre mí y que me dejes perderme en tu cuerpo mientras tú te pierdes en el mío. ¡Quiero amarte...! Lo demás me importa muy poco.

Martina hizo una mueca que evidenciaba que iba a llorar, pero Diego la atrapó entre sus brazos y buscó sus ojos.

—Quiero estar contigo —repitió justo antes de devorar sus labios.

Ella respondió al beso enajenada. «El ahora». Un lunes, a las diez de la noche.

Era muy tentador ceder a sus deseos, pero...

—Diego... No, yo no soy para ti. Tú te mereces...

—¿Qué estás diciendo? Martina,... ¿sabes por qué me hice cardiólogo? Por ti.

Para cuidar de tu corazón. Porque mi madre me dijo una vez que éramos lo más valioso que tenía y se me quedó grabado en la retina. Nunca he tenido otro motivo para estudiar Medicina que tú. Quería salvarte si alguna vez volvías a necesitarlo. Esa meta, esa fijación ha estado siempre por encima de todo, incluso

de Noa. Para ella lo más importante era su trabajo, y para mí también, y mi trabajo eras tú. Así que no me digas que no eres para mí.

Su mandíbula se abrió sola y él no esperó contestación. Volvió a atrapar sus labios con posesividad y metió las manos entre su pelo sujetándole la cabeza.

—Estoy enamorado... desde hace tiempo, pero no quería verlo... —musitó

contra su boca—. Por favor, déjame demostrártelo.

Ella le devolvió el beso desesperada. ¿Enamorado? No necesitaba más para

lanzarse al vacío. Creía firmemente que no se podía luchar contra el destino, y si

el suyo era poder disfrutar de él aunque solo fuera unos días en los que era correspondida, que así fuera. Sus manos cobraron vida propia y se colaron por debajo del pantalón de pijama de él. Diego soltó un gemido de sorpresa al sentir las y se puso como loco.

—Shhh... —lo calmó ella acariciándole el pelo—. Tenemos que hacerlo

suavemente o tendremos que esperar a que estés bien.

—¡Suave, suave...! —afirmó él nervioso.

Ella tiró de su pantalón hacia abajo dejándole completamente desnudo. Diego

se mordió los labios con un deseo primitivo en su mirada, mientras Martina dejaba un reguero de besos por su cuerpo en dirección a su parte más necesitada.

Cuando vio a donde se dirigía, echó la cabeza hacia atrás muerto de deseo.

—Dios... —jadeó cuando ella traspasó la zona del ombligo.

Un alarido cruzó el aire al dejar caer un lametazo aislado. Ella nunca había tenido tantas ganas de hacer eso como en aquel momento, y le sorprendió lo mucho que se estaba excitando.

—Madre mía... —soltó Diego acariciándole la cabeza un par de minutos

después advirtiéndole de lo cerca que estaba del final. Era delicioso, se veía incapaz de parar, pero quería cumplir todos sus deseos.

Se separó de él y comenzó a desnudarse lentamente. Él no le quitaba la vista de encima como si su vida dependiera de ello.

—Eres una diosa... —murmuró cuando se subió a la cama y se colocó entre sus piernas.

Sus pechos fueron engullidos con ansiedad en cuanto quedaron a su alcance.

Los sonidos que hacía rebozándose en ellos la estaban poniendo a cien. Después, atacó su boca enajenado mientras la atraía más hacia él y sus zonas erógenas se tocaron.

—¿Tienes condones? —preguntó ella precavida.

—Sí, en la mesilla —resopló sin dejar de acariciarla con vehemencia.

Ella alcanzó uno y Diego se lo colocó a la velocidad del rayo. Segundos después, buscó su entrada y encajaron a la perfección.

—¡Ah! —gritaron al sentirse conectados.

—Dios,... —jadeó él—, no he dejado de pensar en esto desde la primera vez que lo hicimos.

Ella gimió y comenzó a moverse con un ritmo ondulante y sensual que él quiso

corresponder.

—Con cuidado —advirtió Martina pensando en su herida.

Diego no parecía preocupado, subía y bajaba las manos por sus caderas y rozaba sus labios contra cualquier zona que podía.

—Joder, cómo te mueves... —gimió él—, vas a hacer que me corra en breve...

Ella se frotó contra él cerrando los ojos y disfrutando al máximo de sentirle tan profundamente enterrado en su cuerpo. Buscó su boca y se besaron

obscenamente hasta que ambos se corrieron a la vez en un grito compartido.

—Ha sido increíble —aseguró él impresionado.

—Lo llaman sexo con amor —dijo socarrona.

—¿Significa eso que también me quieres?

—¿Aún lo dudas? —sonrió ella ufana.

—Después de cómo me he comportado contigo...

—Te he querido toda mi vida —respondió ella—. Para mí siempre has sido tú.

Todas y cada una de las veces que he estado con un hombre, solo pensaba en ti.

—¡Maldita sea! Hemos desperdiciado media vida...

—No, cariño —dijo cogiéndole la cara—. La vida es ahora y esta clase de amor solo se vislumbra cuando ya has vivido bastante.

—Me asusta un poco la intensidad de lo que siento —suspiró él en sus labios.

—Y a mí me asusta que alguna vez dejes de sentirla, porque yo no voy a dejar de quererte así, ni ahora ni nunca.

Se fundieron en un beso esperanzador que dejaba muchas cosas flotando en el aire que no encajaban con la inmensidad de sus emociones. Su edad, sus tradiciones, sus casas, sus mutuas ganas de haber tenido hijos antes, la relación

de sus familias...

—No puedo ir despacio contigo —susurró Diego en su cuello—. Se me va la cabeza pensando en cien cosas. Me siento tan...

—Diego, no empieces a planificar nada —imploró ella cerrando los ojos—. Te suplico que estemos mínimo un mes sin pensar en nada. Después hablaremos de lo que tengamos que hablar, pero por el momento, vamos a disfrutar solo de nuestra intimidad: del aliento de nuestras bocas diciéndonos cosas bonitas, de los orgasmos sincronizados, de no salir de la habitación en todo el fin de semana y tener que pedir unas pizzas porque no queremos salir de la cama ni para cocinar. Solo quiero disfrutar de este tiempo...

—Hecho —claudicó él—. Voy a quitarte las dudas a golpe de cadera.

Ella se rio y él le mordió los labios embelesado.

—Si te hubiese pasado algo —rememoró Martina seria juntando sus frentes.

—Estoy aquí, mi vida. Siempre estaré aquí, a tu lado.

Se fusionaron en un beso testigo de esa promesa y, por primera vez, sintió una felicidad absoluta.

## Capítulo 30

### *LÍMITE VERTICAL*

Noa

Entré el martes por la mañana en casa de Diego y vi que todavía estaba dormido. Mejor, porque hubiera pegado un grito al ver mis pintas: ojeras, pelos de loca, ojos rojos y ni rastro de sonrisa.

Al menos tenía un motivo para levantarme de la cama, cuidar de mi primer ex, por una amenaza de mi reciente ex fomentada por el último tío con el que me había acostado. ¡Todo quedaba en casa! O más bien entre mis piernas.

Cuando un par de horas después pronunció mi nombre, me acerqué a su habitación pareciendo perfectamente humana.

—Buenos días, ¿cómo estás?

—Mejor que nunca —contestó con una radiante sonrisa.

—Vaya, ¿mejor que el día antes de que te pegaran un tiro?

—Mil veces mejor —afirmó convencido.

—Vale, me rindo. ¿Qué ocurre?

—Martina y yo estamos juntos —anunció feliz.

—¡Me alegro hasta explotar! —exclamé entrando en la habitación—.

Cuéntamelo todo.

—Fue anoche. Le dije que estaba muy solito y que subiera a verme. No sé ni cómo la convencí, pero terminó cediendo.

—Y, por cómo sonrías, parece que cedió hasta el fondo...

Diego sonrió vergonzoso, y su cara reflejó una ilusión que no podía

compararse a nada. Una agradable sensación se abrió paso en mi pecho. Sin embargo, debí transmitirle otra emoción porque se preocupó al momento.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmado.

—Nada —negué con la cabeza desviando la vista—. ¿Qué necesitas?

—¿Cómo te fue anoche en casa de Manu?

Cerré los ojos e intenté impulsar lejos el recuerdo del laberinto carnal en el que me perdí.

—Digamos que no vamos a ser amigos.

—¿Qué? Pensaba que Manu... bueno, prácticamente me pidió permiso porque quería estar contigo —comentó confuso.

Mi corazón se agrietó un poco más y negué con la cabeza.

—Yo también quería estar con él, pero ya no.

—¿No puedes perdonarle?

—No. Cuanto más alto subes, mayor es la hostia al caer...

—¿Tan alto has subido? —preguntó interesado.

—Sí... —susurré avergonzada—, y si él hubiese sentido lo mismo que yo

cuando estuvimos juntos, no habría sido capaz de mentirme así. Ya no confío en

él. Lo ha roto todo. Me ha roto a mí.

Él me frotó la espalda y me sentí mal por despojarle del rictus con el que se había despertado.

—Ya se me pasará —dije quitándole importancia. Tenía que hacerlo por él.

Lolo y yo no podíamos eclipsar ese momento de su vida. Quería que estuviera contento—. Ayer discutimos y está reciente, pero ya está aclarado y seguiremos

adelante. Cuéntame más cosas de vosotros, ¿te ha dicho que te quiere? —forcé

una sonrisa cotilla y a él se le iluminó la cara.

—Sí. Me ha dicho que me ha querido siempre, y eso es más de lo que me merezco. Quiero compensárselo todos los días de ahora en adelante...

—Diego, cariño, sabes que en este piso se oye todo, ¿verdad? Te lo digo para que tengas en cuenta que estoy aquí al lado cuando se lo estés «compensando»

—me carcajeé.

—Sí, ya lo sé —aceptó risueño.

—Me iré en cuanto te recuperes —ofrecí—. Necesitáis intimidad.

—No —saltó tajante—. No quiero que te vayas, y menos ahora que lo estás pasando mal. Tenemos su piso. Seremos ruidosos allí —sonrió.

—Gracias —dije acariciándole la mano.

—Bueno, ¿me traes un desayuno de campeones, por favor? Necesito reponer

fuerzas después de lo de ayer —dijo jactancioso levantando varias veces las cejas.

—Qué asco dais. Me alegro mil. Ahora vuelvo —sonreí.



El suspiró, y yo puse los ojos en blanco. Aquello olía a boda a principios de verano.

Al día siguiente fui al local. Me arreglé como nunca para encubrir mi facha deprimida, y el resultado me gustó. Cabe destacar que a los obreros también.

Vi a Olaia al entrar y fue muy amable conmigo. Cuando Manu no estaba

alrededor y vestía de manera civilizada hasta me caía bien. Los días que llevaban

trabajando de sol a sol les habían cundido bastante y comencé a ilusionarme, pero las emociones positivas duraron poco cuando vi aparecer a Lolo a lo lejos

mientras hablaba con mi decoradora.

Estaba soberbio. Debajo de la cazadora con más morbo del mundo, llevaba un

jersey fino negro de pico con una camiseta blanca, pero lo que me dejó sin respiración fue apreciar que se había cortado el pelo. Madre mía... ¿cómo

podían tener tanto poder unas tijeras? ¡Que alguien haga algo!

Habló con un par de obreros y sus ojos me encontraron. Aparté la vista y tragué toda la saliva que se había acumulado en mi boca. Al momento, me

reprendí por actuar así. No tenía por qué esconderme y recordé al instante que yo

tampoco le era indiferente. Además, ¿qué coño...? Yo también estaba divina.

Llevaba mis vaqueros favoritos de Pepe Jeans. Una cazadora de motorista color

crema y unas botas a juego. Debajo un jersey único de manga larga comprado en

el Soho con mil colores, transparencias y distintas texturas. Me había arreglado

el pelo con ondas naturales que caían en cascada por mi espalda y maquillado a

conciencia con colores vivos. Estaba más que lista para demostrar que estaba perfectamente después de nuestro último encuentro mortal.

Pero fue verle viniendo hacia mí y mis ovarios protestaron. Era una tortura para todo el sector femenino y parte del masculino.

—Hola —saludó al llegar junto a nosotras.

—¡Manu! —se levantó Almudena—. ¡Me alegro de verte!

—¿Qué tal te va, Almu? —dijo dándole dos besos.

—¡Bien! Superbién, ¿verdad, Noa? —apeló mi ayuda nerviosa.

—Esta chica tiene un don, gracias por contratarla para ayudarme —sentencié maternal.

Ella sonrió agradecida y se tranquilizó un poco. Lolo la miró con cariño, pero en cuanto sus ojos volvieron a mí cambiaron totalmente de registro, y no pude evitar sentirme mal por ello.

—¿Podemos hablar un minuto? —me preguntó con una expresión indescifrable.

Mi primer pensamiento fue decirle que no, pero había testigos. Le había dicho que no quería volver a verle, y menos a solas. Además de mentiroso, desobediente.

Me levanté y le aclaré a Almudena que volvía en tres minutos. Me dirigí a una zona deshabitada del local y me siguió.

—¿Qué quieres? —pregunté tajante cruzándome de brazos cuando me giré hacia él.

—Solo aclararte una cosa —comenzó indolente.

Me quedé callada dejándole hablar.

—Estaba enfadado. Es evidente que lo de ayer fue un error. Yo quería un principio, tú un final, y me entró un berrinche de los míos, ya me conoces... — chasqueó la lengua reprendiéndose a sí mismo—. Solo quería decirte que no creo que seas orgullosa, me pasé tres pueblos inventándome esa historia tan a la ligera, y tienes derecho a no querer perdonarme. Tampoco creo que estés

obsesionada con tu trabajo, sino que te encanta y que tienes un don que no puedes esconder, y ahora, gracias a la academia vas a poder transmitírselo a otros; y lo de kamikaze, no lo pienso en absoluto. Solo es la preocupación la que

habla por los demás cuando te llamamos eso, pero no creo que seas una

inconsciente ni que tu vida no te importe, simplemente eres valiente, y lo intentas todo para salvar a los demás. Y eso es admirable.

Los brazos se me descruzaron como por arte de magia. Mi cuerpo ya no estaba a la defensiva. Intenté cerrar la boca, pensar en algo que decir, pero la sorpresa me había dejado muda impidiéndome reaccionar.

—Si no te importa, me pasaré algún que otro día por aquí, para ver qué tal va todo, pero no te molestaré más —informó solícito—. Si hay algún problema con la obra, Olaia me lo dirá y lo solucionaré. No te preocupes por nada.

Hubo una pausa en la que esperó a que dijera algo, pero no sabía qué contestarle, era como si me hubiese estado hablando en otro idioma.

—Eh... bueno, ya está. Yo... me voy —anunció al ver que no tenía intención de responder. Él no era consciente de que en realidad no podía. Porque ¿qué le iba a contestar a eso? ¿Disculpas aceptadas?, habría sido una posibilidad, pero mi mente no procesó que acabara de pedirme perdón. Y ahora que lo pensaba...

¿lo había hecho? No. Ni siquiera me había hecho ninguna pregunta. Había sido un discurso. Una declaración de intenciones. Simple información que quería que escuchara, me gustara o no. Y ese era el puto problema: que me gustaba demasiado lo que había oído.

Le vi alejarse incapaz de articular palabra y observé impotente cómo Olaia se le acercaba simpática. Él sonrió ante sus palabras y asintió varias veces. ¡Alerta máxima declarada! ¿Pero qué coño me pasaba? Mi nuevo yo no me gustaba nada. No era coña lo de que estaba rota, no funcionaba.

Cerré los ojos e intenté olvidarles. «Déjale, Noa, que se vaya, que haga su vida, que te deje en paz. Es lo mejor para ti», opinó mi cerebro.

Volví junto a Almudena y seguimos con lo nuestro. Un minuto después, le

busqué entre la gente y entendí que se había ido para siempre. «Adiós, Lolo», recé. Y al momento me di cuenta de que tres días después le vería en la comida

de Nochevieja. «¡Me cagüen la Mafia!». Mierda.

Un par de días después, noté que estaba en un estado de hipervigilancia

extraño, pero no era el TEPT, era que esperaba que Manu apareciera. Me había

dado cuenta de que solía pasarse por la obra en días alternos, y esperaba que su

imagen sacudiera mi sistema de un momento a otro. Intenté distraerme e hice un repaso a conciencia de los avances.

—¿Por qué aquí hay un hueco en la pared? —le pregunté a Olaia curiosa.

—Ah, eso... Manu dijo que quería colocar un mueble hecho a medida y que

dejáramos ese hueco —contestó titubeante.

—¿Qué mueble? —pregunté aturdida. Lo de «a medida» sonaba caro.

—Uno que corre de su cuenta según me dijo. Es muy misterioso. ¿Quieres que

intente sonsacarle información? Le veré esta noche —dijo sin acritud, y al momento se dio cuenta de que había metido la pata por el nuevo tamaño de mis

ojos—. Eh... bueno, hemos quedado porque me interesa su piso. Me dijo que lo

tenía a la venta y... ¡Vale, joder, es una excusa! Me gusta Manu. ¡Un montón! Y

creo que yo también le gusto... —dijo en tono culpable—. Le pregunté qué

había entre vosotros porque no quería meterme en medio de nada, y me dijo que

nunca fuisteis nada más que... bueno... —reculó—, espero que no te importe...

Es que me gusta más que meter el dedo en la nocilla —se mordió los labios culpable.

Me hubiera hecho gracia la metáfora, si no fuera porque a mí me gustaba más

que meter el dedo en nocilla, untarlo en su piel y lamerlo entero hasta dejarlo reluciente. Pero la decisión estaba tomada. Manu era peligroso para mí. Era la única persona que me había hecho perder el control a lo bestia. La única con la

que me había nacido hacer cosas parecidas a las estupideces que se hacen por amor, y descubrir que me había mentado hacía que me avergonzara de mí misma

hasta límites que no podía tolerar. Quería ser feliz, pero no a cualquier precio.

No podía pasar por encima de mi amor propio.

Hice un esfuerzo y sonreí. En el fondo, Olaia no me caía mal. El problema es que esa noche su lengua estaría en la boca de Manu, y no podía soportarlo.

«Detente, Noa», imploró mi cordura. Tranquila, no iba a caer dos veces en la misma trampa.

—Todo tuyo. Pasadlo bien, y sí, a ver si le sonsacas algo de lo que tiene pensado hacer aquí porque igual no me gusta. Debería consultármelo.

—Lo haré —contestó con una sonrisa brillante de agradecimiento.

Esa misma noche, Diego esperaba descansando en el sofá a que Martina fuera a recogerle.

—¿A dónde vais a cenar? —pregunté curiosa.

—Aquí al lado, vamos a ir andando. Es que quería tener una primera cita como Dios manda.

—Siempre has sido un romántico —le acusé.

—Ese soy yo, pero ha insistido en venir a recogerme ella. Quiere que camine a su lado y no vaya solo a ningún sitio, por si me caigo. Cree que soy un ancianito...

—¿También vas a necesitar una pastilla de Viagra al final de la noche? —me mofé.

—Lo que necesito es una pastilla anti- Viagra para poder llegar al final de la cena sin que nos echen del restaurante —murmuró canalla.

—Manu también tenía una cita hoy. —Mi boca traicionera soltó la información sin venir a cuento.

—Ya lo sé —respondió para mi sorpresa—. Ayer le vi en casa de Martina...

—¿Te dijo algo más? —pregunté con una avidez patética.

Diego me observó, y se quedó pensativo dudando entre si decirme o no algo que le rondaba la cabeza.

—Nos contó lo mismo que tú. Que habíais discutido, y que había visto claro que no había nada entre vosotros aparte de... bueno... ya sabes. Concerniente a

ti, poco más... Después nos estuvo hablando de Olaia —terminó con la boca pequeña.

Apreté los dientes sin darme cuenta. «Relájate, joder».

—No sé de qué me sorprende, siempre ha cambiado de chica como de camisa, y eso que, según él, conmigo sintió algo especial... —mascullé resignada.

—Solo quiere pasar página, Noa... ¿Por qué te parece mal si eres tú la que no quiere estar con él?

Giré la cara para que no viera que yo me hacía la misma pregunta.

—No me parece mal. Que haga lo que quiera —dije como un robot levantándome del sofá. Me acerqué a él y le di un beso en la cabeza.

—Pasadlo muy bien. Ya me contarás. Me voy a dar un baño con burbujas y a comer un montón de cosas perjudiciales para la salud.

—Buena idea —rio Diego.

Me encerré en el baño y me quedé cinco minutos apoyada en la puerta. Todo el

mundo tenía una cita, y yo ni siquiera tenía a una amiga con la que ver una película de Brad Pitt y hartarnos de margaritas... ¿Qué me esperaba? Había

estado cinco años viviendo fuera. No supe mantener las amistades del colegio, a

las de la carrera les había dado largas mientras luchaba por sacarme la plaza de

policía, y después me había ido. Ni un *e-mail* ni una llamada, puede que fuera cierto y no supiera querer a nadie, solo a mi trabajo, pero entonces... ¿por qué

me dolía tanto estar sola? Porque era eso... ¿no?

Mierda.

Me metí en la bañera y fingí que no eran lágrimas lo que caía por mi cara, sería

agua. Cuando llegó la hora de cenar, lejos de plantarme delante de la nevera, aterricé en la cama y

cerré los ojos con fuerza deseando dormirme ya. Era incapaz de tragar nada. Tenía un nudo en el estómago solo de pensar en lo guapo

que se habría puesto Manu esa noche para recibir a Olaia. En sus cuerpos encontrándose, en sus bocas devorándose. El huracán Manu arrasándolo todo

hasta que solo pudiera rendirse a él, como solía pasarme a mí. ¿Qué tía en su sano juicio le rechazaría? Conclusión: estaba loca de atar.

Saqué mi amuleto del cajón de la mesilla de noche y lo miré fijamente. La pequeña pistola que colgaba de él relució y me sentí mejor al momento. Ese colgante dormía a mi lado desde hacía quince años, para mí era como pensar que

tenía un ángel de la guarda. Demostraba que alguien velaba por mí mientras dormía, y siempre supe que me lo había regalado él. Cuando no salió a la luz el

culpable de dejarlo en mi almohada, seguí las pistas como buen detective en ciernes. Aquel caso era bien fácil. Fui directamente a la caseta de la tómbola a

preguntar quién lo había ganado y me quedé atónita cuando aseguraron que

había sido Lolo. Nunca dije nada, pero ese gesto me ayudó a perdonarle muchas

afrentas futuras por pensar que, en el fondo de su negro corazón, me apreciaba

algo.

Cogí el móvil y enchufé los cascos. Puse una lista aleatoria de Spotify y Ed Sheeran empezó a contarme que el amor a veces duele... ¿Por qué no le hice

caso antes? Me encantaba lo mucho que me deprimían sus canciones, que consiguiera remover a un alma frígida como la mía; y seguí escuchando

*Photograph*, porque me recordó a la foto que nos hicimos juntos en El Rincón del Aura.

Rebusqué en el móvil y la encontré. Siempre había tenido un punto de

masoquista. Yo estaba mirando a cámara con una sonrisa deslumbrante haciendo

gala de lo feliz que era en aquel momento y él parecía algo cortado; pero segundos después, cuando le aseguré que ese lugar ya nos pertenecería a ambos,

saqué otra foto instantes antes de besarnos, y capturé una sonrisa en su cara a tres centímetros de mi boca evidenciando lo feliz que había sido él también.

*Mantengamos este amor en una fotografía*

*hagamos estos recuerdos para nosotros mismos*

*donde nuestros ojos nunca se cerraron*

*nuestros corazones nunca se rompieron*

*y el tiempo está congelado, todavía.*

*El amor puede sanar.*

*El amor puede reparar tu alma*

*es la única cosa que sé.*

*Mantengamos este amor en una fotografía.*

*Así puedes tenerme dentro del bolsillo de tus vaqueros rotos*

*sintiéndome cerca y nunca estarás sola.*

*Y si me lastimas, bueno, está bien, nena,*

*simplemente abrázame y no te dejaré ir.*

*Espera a que llegue a casa...*

Maldito, Ed. Me estaba destrozando.

*Puedes encajarme en el interior del collar que recibiste*

*cuando tenías 16, junto al latido de tu corazón*

*donde yo debería estar.*

*Mantenme dentro, en lo profundo de tu alma.*

*Espera a que llegue a casa...*

Firmado: Noa.

¡¿Por qué coño no nos escuchamos más?! ¡Ni siquiera escuchamos las jodidas canciones! ¡Si está todo ahí!

¿Cambiar de opinión no era de sabios? ¡Mierda!

Capítulo 31



Manu

Entré en el restaurante y la vi. Que me arrancaran un brazo me habría dolido

menos, y eso que venía anestesiado hasta las cejas después de la cita con Olaia.

Hice un esfuerzo por ignorarla y centrarme en las caras de las restantes doce personas que ya estaban sentadas porque llegaba tarde.

—¡Mirad quien se digna a honrarnos por fin con su presencia! —Saltó mi

padre—. ¿Quién te ha entretenido bajo las sábanas?

No se me ocurrió otra cosa que mirar a Noa. Había uno más torpe que yo, pero

murió.

—Siento llegar tarde —farfullé ignorando la pregunta.

Me senté en el sitio que me habían dejado al final de la mesa al lado de Martina y enfrente de Adriana. Tenía a Noa a las diez en punto. Lo que me obligaba a relacionarme solo con gente que estuviera a las nueve o a las doce.

—¿Qué tal tu cita de anoche? —chismorreó Adriana—, por lo visto muy bien,

¿no?

Hice una mueca.

—No llego tarde por eso. He tenido que pasar por los clubs, hoy es

Nochevieja, ¿sabes? Tengo un follón de puta madre.

—Y tienes una boda —añadió.

—También —afirmé, y no pude evitar volver a mirar a Noa y recordar que

Rubén la había invitado, aunque como predijo, no había podido conservarla

hasta entonces. Ella no me miró, pero vi en su cara que estaba atenta a la conversación.

—¿Tienes una boda hoy? ¿Quién se casa en Nochevieja? —preguntó Ander

atónito.

—Alguien que quiere empezar el año unido a la persona que ama... —

ratifiqué.

Se hizo un silencio y vi cómo Diego posaba su mano en la de Martina

entrelazándolas. Estaba tan contento por ellos... Nunca había visto a una de mis

chicas tan feliz. Brillaba con luz propia. Busqué sus ojos y sonreí ante lo que veía. Había estado en su casa hacía un par de días y me había contado

entusiasmada su nuevo estado de Facebook: tenía una relación con Diego Torres.

Parecía imposible, pero algunas personas merecen que sus sueños se hagan

realidad.

—¿Vas a ir solo? —preguntó de repente Diego.

Tuve ganas de asesinarle.

—No... Contaban con que fuera acompañado y... bueno, le he pedido a Olaia

que venga conmigo —dije sirviéndome un poco de vino en la copa para

obligarme a concentrar la vista en algo y no en alguien.

—¿Tan pronto? Qué animal —opinó Martina—. Esa chica va a querer un

anillo de compromiso para San Valentín.

Se escuchó una silla arrastrándose y cerré los ojos al oír una palabra:

—Disculpadme —dijo Noa abandonando la mesa.

Quise ir tras ella, pero me sujeté al mantel para no salir disparado, e

inexplicablemente lo logré. No me convenía meterme en otro cruce de palabras

hostil tan pronto. Acababa de disculparme por el último. Estábamos en paz. No

quería remover más la mierda. Ya apestaba lo suficiente sin hacerlo.

—¿A qué hora es la boda? —continuó Adri.

—A las seis y media —contesté molesto por ser el protagonista de la cháchara

—. ¿Qué vais a hacer vosotros esta noche? —pregunté en general para desviar el

foco.

—Nuestras familias cenan juntas, como siempre —informó Diego dándole un

beso a Martina en la mano.

—No vamos a salir, si es eso lo que estás preguntando, —aclaró ella—, Diego todavía debe guardar todo el reposo que pueda.

—¿Y los maratones de sexo que os estáis pegando, no impiden que descansen?

—chinchó Adriana.

Martina enrojeció.

—Es sexo tántrico, hermanita —replicó Diego.

—Sí, ya. ¿Orgasmos de veinte minutos? Eso no existe.

—Cuando quieras te lo demuestro —susurró Ander lascivo. Y todos nos

quedamos boquiabiertos. ¿De repente habían intercambiado los papeles? ¿Qué

estaba ocurriendo? Escruté el rostro de Adriana y encontré la turbación que normalmente había en el de Ander cuando ella le soltaba alguna frase de ese estilo. Tenía que hablar urgentemente con ella, porque esa escena no coincidía con lo que me había contado el día que apareció en mi piso señalando que lo que

necesitaba era una buena sesión de oleaje.

En ese momento, un camarero repartió los menús y todos nos centramos en

diseccionarlo deseando guardar silencio.

Noa regresó del lavabo y pude comprobar atrincherado en mi carta que estaba

menos pálida que cuando se fue.

«Deja de mirarla, Manu. Como si no existiera», recordé.

Fue una comida muy incómoda. Ella apenas abrió la boca, se dedicaba a

escuchar. Me había librado de saludarla al entrar, pero tendría que despedirme de

ella o quedaría muy raro. Si superaba aquel encuentro, no tendría que volver a verla hasta el aniversario de los padres de Diego, en Febrero.

A las cinco de la tarde pidieron la cuenta y comencé a ponerme nervioso por

dentro, porque por fuera estaba impasible. Nos levantamos, salimos del

restaurante y comenzamos a despedirnos. La vi entre los brazos de Ander y esperé mi turno.

—Feliz año —susurré acercando mi mejilla a la suya. Ella se tensó y yo

contuve la respiración. Si su esencia entraba en mi nariz, estaría perdido. Ese aroma evocaría noches enteras perdido en su piel, en su suavidad, en su sabor e

intentaría idear planes inútiles para recuperarla.

—Igualmente —respondió cerca de mi oído.

Cuando nos separamos nos miramos a los ojos. Mala idea.

—Felicita a Rubén de mi parte.

Dolor.

Nadie dijo que pasar página sería como voltear una pared de ladrillos.

—Gracias, lo haré.

Quise decirle mucho más. Quise preguntarle si estaba tan mal como parecía, preguntarle por qué no quería poner fin a nuestra agonía o por qué me había empujado a los brazos de una mujer muy plausible para continuar con mi vida,

pero en vez de eso, me di la vuelta y me alejé de ella en busca de otra persona de

la que despedirme.

Antes de que pudiera huir, César me encontró y me dio la mano acercándose a

él.

—¿No te sirvió de nada lo que te dije en Navidad? —murmuró confidente.

Mi sonrisa triste debió responderle a eso.

—Me contestó que me alejara de ella.

—Pero... si nació por ti, para ti... y tú lo sabes, creo que lo has sabido siempre. La sentías tuya, pero no podías reclamársela a tu mejor amigo, por eso

estabas tan enfadado siempre.

Mire al suelo descompuesto y, por un segundo, fui incapaz de moverme

mientras las palabras de César me golpeaban como un rodillazo en los huevos.

Ni siquiera volví a mirarle. Me alejé del grupo esquivando varios cuerpos. No podía interactuar con nadie en ese momento. Al torcer la esquina, me apoyé en

la pared, y me froté la cara intentando detener un inminente ataque de ansiedad por tener que afrontar esa verdad. Esa dura verdad. Segundos después, sentí una mano en la espalda. Me giré y vi de nuevo a César.

—Lo siento —empezó mecánicamente—, lo siento mucho, a veces no llego a tiempo a filtrar las cosas que digo. Es que no me cuadra nada. ¿Cómo pudo rechazarte con eso?

—No lo hizo... —confesé—, fue después de estar juntos cuando me dijo que solo quería verme lo estrictamente necesario.

—Te tiene miedo —sentenció firmemente—. Y ella nunca había tenido miedo de nadie. Sentir que estás en manos de alguien puede ser desconcertante. Se está protegiendo de ti, ¡es como su padre!, pero te quiere. ¡Estoy seguro!

—Eso da igual, no confía en mí.

—Pues gánate de nuevo su confianza.

—¿Cómo? No podemos ser amigos. Es imposible.

—Con hechos. Haz algo.

—Ya estoy intentando ayudarla con el local.

—¿Cómo? ¿Follándote a la directora de obra?

La vergüenza inundó mi cara. Joder, ¡a todos los efectos estaba hablando con su padre! Y no pude contestarle como estaba deseando hacerlo.

—Tengo que irme —murmuré mordiéndome la lengua.

Me fui sin mirar atrás. Tenía una boda a la que acudir.

De normal, me lo pasaba bien en ese tipo de celebraciones, pero no pude evitar cambiar de año con una horrenda sensación de pérdida en el pecho.

Había estado tan cerca... y lo había echado todo a perder.

«No te quejes», advirtió mi cerebro, y tenía razón. Podía haber perdido a Diego

en el camino, y a Martina, pero solo había perdido a Noa. Solo eso. Nada más.

El problema es que ella podía haberlo sido todo.

Después de dejar a Olaia en su casa, acudí a última hora a los locales para la revisión de daños de una de las noches más importantes del año.

Cuando por fin llegué a la cama, me repateó no poder conciliar el sueño por ver su imagen una y otra vez mientras las palabras de César retumbaban en mi

cabeza. «Te quiere, ¡estoy seguro!». Puede, pero para mí, lo importante es que no quería quererme.

Pasé el domingo como un zombi. Comiendo sin saborear nada y durmiendo el

resto de la tarde. Quería pensar que no volvería a verla hasta dentro de mes y medio, pero el lunes a mediodía se me pasó por la cabeza ir a El Rincón del Aura, por si ella aparecía en busca de su pertinente ración de bravas. Casi tuve

que atarme para no acudir allí. Encontrarnos solo nos traería problemas, y si ella

no aparecía, me rompería el alma. Así que me encerré en el despacho de la Sala

DeVizio —el que no había sido profanado por su boca en mis zonas delicadas—

y procuré concentrarme en las cuentas anuales. Aunque fue por poco tiempo, porque una hora después sonó mi móvil.

Rubén: Tu chica está aquí, sin ti y con cara de pena. Venir a la boda con una amiguita, pase, ¿pero vas a ignorar esta señal?

Rubén era un gurú de la felicidad y el destino.

Cerré los ojos y mi corazón resucitó. Joder, estaba allí... Inevitablemente, algo

dentro de mí comenzó a arder de nuevo: la esperanza. Según Rubén, todo estaba

escrito en las estrellas, por eso yo les tenía una manía espantosa. Siempre me había considerado un estrellado.

Pues sí.

A pesar de mi éxito con las mujeres, a pesar de que a veces mis negocios iban

bien y otras genial; a pesar de que tenía buenos amigos y mucha gente a la que

pedirle un favor casi de cualquier tipo; a pesar de todo... y con toda la vergüenza de mi corazón, me consideraba un estrellado porque nunca había sido completamente feliz. Era como si toda mi vida hubiera cargado con la tristeza y la incompreensión de alguien que no es correspondido. Y me había acostumbrado al dolor... hasta que hacía unas semanas ella me besó. Fue como atravesar un túnel de kilómetros en la oscuridad más absoluta y aparecer al otro lado en un paraje completamente nevado. Me había quedado ciego. No podía respirar. No podía pensar. Solo podía ser feliz... Ni siquiera la latente preocupación por estar mintiéndoles a todos me frenó, sencillamente porque sentía que ella me quería y eso llenó por fin un hueco en mi pecho que siempre había estado vacío. Y ahora, en medio de la jodida ventisca que se había desatado a raíz del disparo, me llegaba la noticia de que, a pesar de todo, ELLA estaba en El Rincón del Aura.

No necesitaba saber más, porque hacía tan solo un par de días se enteró de que tuve una cita con Olaia y de que la llevé a la boda, así que aquello solo podía significar una cosa: me quería de verdad. Aunque le diera miedo, aunque no quisiera, ya me pertenecía. A mí y a El Rincón del Aura.

«Mantén la calma, tío. No la lées. No pienses en plantarte allí en nueve minutos con la moto. No pienses en colarte esta noche en tu antigua habitación y doblegarla ante vuestros apetitos», me dije, porque ¿de qué serviría? La respuesta no era «de nada», sino «para que me odiara más todavía» por empujarla a hacer algo que deseaba tanto como la humillaba. La conocía bien y, la última vez que la convencí para algo parecido, tenía una cara de indignación que solo ponía cuando se culpaba a sí misma por haber cedido a sus debilidades.

No soportaba fallar, ser torpe o parecer previsible. Desde niña, había sido muy obstinada y perfeccionista, y hasta que no me perdonara, no se permitiría amarme como quería que lo hiciera. Quién sabe si para entonces, yo ya estaría en un frenopático.

Recurrí a la terapia de la música y busqué la canción perfecta en Youtube. Mi

buen amigo Jason no me fallaría. Él siempre alimentaba mi esperanza. Sanaba mi alma con sus letras, solo necesitaba buscar la frase adecuada, y Mraz tenía la

cura.

*No me rendiré, recé. Y la música fluyó regenerando mis sueños.*

*Cuando miro tus ojos es como ver el cielo nocturno,  
contienen tantas cosas, igual que las viejas estrellas.*

*No renunciaré a nosotros*

*incluso si los cielos se vuelven tormentosos.*

*Te estoy dando todo mi amor, todavía sigo mirando hacia arriba.*

*Y cuando necesites tu espacio, esperaré aquí pacientemente.*

*No renunciaré a nosotros.*

*Dios sabe que soy lo suficientemente fuerte.*

*Esperaré para ver lo que encuentras, pues incluso las estrellas arden,  
algunas hasta caen a la tierra, aún tenemos mucho que aprender.*

*Dios sabe que lo valemos.*

*No, no renunciaré a nosotros.*

En un repentino ataque de arrogancia tras saber que Noa estaba en mi escondite de Madrid, contesté al mensaje.

Manu: Puede que la haya perdido, pero pronto la recuperaré.

Tres días después, desde el futuro, me llamé bocazas.

Sabía que ese jueves no sería una noche tranquila. ¿Vispera de Reyes? Era la segunda noche más cotizada del año. Todo el mundo esperaba que alguien tipo Baltasar, entrara por su ventana y le echara un polvo en condiciones.

Aquella noche acudí pronto al local. Yo mismo les enseñé lo básico a un par de camareros extra que había contratado específicamente para la ocasión. Su misión



principal consistía en recoger vasos, lavarlos a toda velocidad y secarlos. Había aprendido con los años que aquella noche poner lavavajillas no servía para nada, y si quería evitar un *skyline* de vasos sucios amontonados, no bastaba con una persona, tenían que ser dos.

Creía que lo tenía controlado, hasta que la vi.

«No, por Dios».

Diego llevaba a Martina de la mano y empujaba a una reticente Noa que avanzaba reacia hacia la barra.

—¡Manu! —gritó Diego haciéndome espavientos. Como si no fuera a fijarme

entre doscientas personas en una morenaza vestida de negro con unos *leggings* brillantes, una camiseta elástica que no dejaba lugar a la imaginación y un cinturón de cuero a juego con su chaqueta y sus botas. Parecía una sexy cazadora

de vampiros, con su apabullante cantidad de pelo repartido en deliciosas ondas y esos labios rojos de pecado.

—¡Hola, chicos! —conseguí reaccionar—. No sabía que vendríais.

—A mi chica le apetecía salir —sonrió Diego—, y mi compañera de piso necesita bailar un poco.

Miré a Noa y ella puso los ojos en blanco mientras mascullaba algo ininteligible.

—Ya veo —sonreí. Hasta su mala leche me parecía irresistible.

—¿Os pongo unos chupitos? —sugerí.

—Sí, pero sin sustancias psicotrópicas, por favor —añadió Noa picajosa.

Otra sonrisa me estalló en la cara.

—¡Prometido! —Y me fui veloz, porque esa simple interacción había

despertado mi vena indómita y rebelde. Así que cogí el móvil y pedí refuerzos.

Necesitaba que Olaia estuviera allí. No me fiaba de mí mismo. Cuando Noa

estaba en esa actitud, me sentía como un licántropo en luna llena. Podía transformarme en cualquier momento y arrasar con todo lo que oliera a ella.

Diego arrastró a Noa hasta la pista de baile y yo salí de la barra para acompañar a Martina.

—¿Cómo estás? —preguntó con guasa, adivinando mi sufrimiento.

—Acabo de llamar a Olaia —murmuré.

Ella negó con la cabeza sonriente.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo con esa chica?

—Estoy siendo sincero con ella.

—Estás otra vez jugando con fuego, Manu. Es peligroso.

—Lo único peligroso es que Oli no esté aquí —respondí con acidez echando un vistazo hambriento a Noa, fallándole a mi fuerza de voluntad.

Martina me miró con pena.

—Diego solo ha logrado convencerla de que viniera sacando la artillería pesada, haciéndola sentir culpable por el disparo.

—Qué cabrón. Desde pequeño le ha gustado torturar cosas. Esa maldita fijación escudada en la biología... y ahora es mi turno.

Marti se meaba de la risa.

—No te rías, verás cuando descubra el sado. Prepárate.

—¡No me hagas ilusiones! —replicó divertida.

La miré y volví a ser feliz por un minúsculo instante.

—Es un jodido sádico —aseguré—, que traiga a Noa aquí lo demuestra...

—Intentaba hacerte un favor. ¡Te está muy agradecido! Aún estoy esperando

un asalto sexual en el que no aparezca tu nombre entre jadeos jurando que te hará un monumento.

Solté una carcajada. Estaba alucinado con ellos. Daba gusto verlos, pero Diego se estaba confundiendo y, en lugar de ayudarme, me acababa de empujar a una trampa mortal.

Cuando volvieron de bailar, me escabullí de nuevo dentro de la barra. Era eso, o arrastrarla hasta mi despacho en plan Neanderthal. Poco después, mi salvadora apareció. ¡Bendita fuera! Y por fortuna estaba de lo más cariñosa.

Se acercó a la zona de los camareros y salí de la barra. Me abracé a ella como si fuera la cura contra el cáncer y, después de susurrarme unas palabras reparadoras al oído, buscó mis labios con suavidad y me besó con ternura.

Noté que la fiera se amansaba al momento y respiré aliviado, pero me duró poco. Mis desobedientes ojos se posaron en Noa y, al ver un dolor lacerante en los suyos, volví a flaquear.

Decidí esconderme en el despacho cuando Olaia anunció que iba a saludar a unas amigas. Era un mal día para tener a Noa cerca. Tenía dudas. ¿Acaso lo estaba haciendo todo mal?

Intentaba seguir un plan. Continuar con mi vida e intentar ignorarla porque, evidentemente, no quería lo mismo que yo, pero nunca fui capaz de prever sus

movimientos y, un minuto después de cerrar la puerta, escuché que alguien llamaba. Supe instantáneamente que era ella. ¿Poderes premonitorios? No.

Simplemente, me ardía la piel cuando estaba cerca. La puerta se abrió y una Noa cabreada se cruzó de brazos delante de mí. Tuve que tragar saliva.

—Hola... —musité aturdido. Dios... era preciosa, sobre todo con el ceño fruncido.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó molesta.

—¿Perdón? —dije alucinado.

—El lunes pasado dijiste que te estabas enamorando de mí, ¿y el viernes ya estás con otra? ¿Y te la llevas a la boda? Joder, Manu... —dijo presionándose la

nariz—, ¡no soy de piedra!

—¿Vuelvo a ser Manu?

Colocó las manos en la cintura esperando una respuesta seria. Mantener la cordura era todo un desafío.

—¿Qué esperabas que hiciera? —pregunté atónito.

—¿Qué tal seguir insistiendo y no pasar de mí como de la mierda? —escupió iracunda.

—¿Insistir? ¿Para qué? ¿Para terminar como el otro día?

—¡No! ¡Para que pueda perdonarte!

—Ese es el problema, Noa, tú no quieres perdonarme. Te da un miedo atroz hacerlo porque temes lo que implicaría.

—¿Y qué implicaría?

—Estar juntos en serio, y eres incapaz. Por mí o porque tienes un problema, pero tú también podrías haber venido a buscarme. Tuviste cuatro días para recapacitar —la acusé.

—¡Fui a por ti el lunes a El Rincón del Aura! —gritó—, cuando recobré el conocimiento de la hostia que me llevé al enterarme de que ya te habías pasado a

otra por la piedra durante el fin de semana. Y de que la habías llevado a una boda a la que me invitaron a mí. Eso fue de muy mal gusto, por cierto, pero aún así fui allí tragándome mi orgullo ¡y no estabas! Pensaba que no faltabas ningún lunes a las bravas desde hacía cuatro años. ¡Lo hiciste a propósito!

Mis cejas casi se salen de mi cara, pero intenté defenderme:

—¡Fui el martes a pedirte perdón al local y no te dignaste a decir nada! Tuve la esperanza de que me llamaras para arreglarlo hasta el viernes, y después ya era

tarde para cambiar la distribución de las mesas del banquete. No quise que hubiera un hueco vacío a mi lado que me recordara cómo habíamos terminado.

—¡Pues haber pensado en la alternativa más obvia! ¡Pedírmelo!

—¿Habrías venido conmigo? —pregunté perplejo—. ¡Si dijiste que no querías volver a verme si no era necesario!

—¡Y eso lo era! Aunque no creo que a tu novia le hubiera hecho mucha gracia —masculló apartando la vista.

—Olaia no es mi novia —corregí—. Todavía.

Ella achicó los ojos ante esa última coletilla y se acercó más a mí. Tuve ganas de retroceder por miedo a abalanzarme sobre ella. Aunque no llevara un pernicioso vestido como con el que apareció en mi casa, su atuendo era mortífero.

—¿Entonces ya te has rendido? —preguntó con aspereza—. ¿No vas a luchar más por mí? ¿Prefieres pasar página?

No me lo podía creer.

Uno, había que tenerlos cuadrados o estar muy loco para plantarse delante de alguien y ser tan brutalmente honesto; y dos, aunque era jodidamente bipolar, todo lo que necesitaba saber acababa de soltarlo gratuitamente por la boca. Vi la

luz. Aquella escenita psicótica acababa de esclarecer las cosas en mi cabeza para siempre.

—No voy a luchar por ti porque ya no quiero estar contigo —dije sorprendido por mi epifanía.

Su cara de consternación me dejó frío. Parpadeó intentando comprenderlo y la incredulidad se adueñó de sus ojos.

—¿De repente no quieres estar conmigo?

—Exacto. Estás como una puta cabra. No me interesa estar con alguien así —dije convencido.

—Mientes de pena —dijo con dureza.

—Hablo muy en serio —insistí con seguridad. La vi cambiar de postura con sensual alevosía y algo en mis ojos le susurró lo mucho que la deseaba.

—Así que... ¿ya no te gusto? —ronroneó acercándose a mí como un pantera con piel de cuero.

Invadió mi espacio vital y sus nudillos acariciaron lentamente mi tripa mientras tanteaba mi reacción.

—Me la pones durísima... si te refieres a eso —jadeé rendido bajando la cabeza y aspirando su aroma—, pero estoy en un punto de mi vida que no me apetece cargar con una cría que no se aclara ni a la de tres. Si tienes ganas de follar, búscate a otro que te monte.

—¡Eres un cabrón! —Se lanzó a por mí golpeándome el pecho con la base de los puños—. ¡No me mientas, joder! —comenzó a sollozar. La sujeté contra mí

para no dejarle libertad de movimiento. Sabía que, si quería, podía tumbarme con un solo dedo. Lo había visto, pero entendí que se estaba rompiendo por dentro al verle las orejas a la verdad. Noa necesitaba madurar mucho en cuanto a

vínculos amorosos. Estábamos a años luz. Había estado encerrada en dos relaciones de las que no había salido —aunque no funcionaran— hasta que algo externo le había hecho reaccionar a la fuerza.

—Tú me quieres... —gimoteó convencida—, Olaia no es nadie, pero yo... —su voz sonó amortiguada por mi cuerpo—. Le pusiste mi nombre a tu local... ¿eso no significa nada?

—¿Qué? —pregunté aturdido.

—Me di cuenta cuando empecé a trabajar en la barra y leí el logo desde otro punto de vista. La historia que me contaste es muy buena, pero sé que VON es mi nombre al revés...

Disimulé bien gracias a que estaba estupefacto. El logo del local estaba

plasmado debajo del cristal de la barra y desde su perspectiva había leído

perfectamente su nombre como si de un espejo se tratase. La letra N era capicúa, la O también, y la V era una A invertida por la que cruzaba la línea de sangre.

Era muy buena descifrando las cosas, pero no sus sentimientos y no dejaría que se agarrara a aquella hipótesis para alimentar su psicosis.

Levanté la vista y encontré una petición de auxilio en sus ojos que tambaleó peligrosamente mi convicción. Le acaricié la cara disfrutando de tenerla tan cerca y, por un momento, miré hacia sus labios y deseé morirme en ellos. Pero

no podía. Me defendí con fiereza del beso que amenazaba con salir y ella lo captó con tristeza.

—Está bien, nunca sabré si es coincidencia o lo hiciste a propósito, pero por lo menos respóndeme a una cosa —comenzó en voz baja—, ¿por qué has puesto a la venta tu piso?

Tuve que desviar la vista. Aquella pregunta me demostró que era jodidamente buena en su trabajo. No quería responder a eso, pero me cogió la cara obligándome a mirarla.

—¿Por qué? —suplicó con insistencia—. Sé sincero por una puta vez en tu vida.

Y tuve que serlo.

—Porque ese piso nunca fue mío... y ahora, era nuestro.

Sus ojos encontraron la verdad en los míos y un segundo después me estaba besando.

Notar su cálida saliva en mi boca me dejó paralizado, como un peligroso

veneno de lo más profundo del Amazonas. Su lengua entrelazó la mía mientras

sus dedos asían mi pelo con fuerza y mis manos fueron automáticamente a su culo en vez de a sus hombros para frenarla y alejarla de mí. Acaricié sus suaves

curvas y lamenté que ese beso llegara una semana tarde.

«¡Sé fuerte, Manu!», me grité con todas mis fuerzas.

—Venga, Noa... —gemí girando la cabeza con esfuerzo—. Esto no nos lleva a ningún lado.

—Discrepo —susurró buscando mis labios de nuevo y frotándose contra mí en puntos estratégicos.

Cerré los ojos de placer y me perdí unos segundos más en su boca, pero en cuanto noté que las yemas de mis dedos rozaban su cinturón, supe que estaba cometiendo un grave error.

—Noa... para —dije incapaz de poner distancia.

—¿Por qué? —preguntó desolada.

—Porque después solo hará que nos sintamos peor con nosotros mismos. ¿Qué pasará en cuanto terminemos? Venga, dime: ¿seremos novios? Porque yo estoy buscando una relación estable... y tú no quieres lo mismo, ¿verdad?

—Yo... —intentó decir, pero esa frase se quedó huérfana y mi última duda se disipó. La alejé de mí como quien se arranca una tirita de una herida en carne viva.

—Mira, Noa, he pasado el fin de semana con una chica a la que quiero seguir conociendo, una que me quiere para algo más que un polvo bruto y desenfrenado sustentado en el resentimiento y los celos. ¿Tengo razón?

Su silencio otorgó mis palabras y la empujé suavemente hacia la puerta.

—Vete, por favor. Esto solo nos hace más daño. Olvidemos este encuentro. Te aseguro que no se lo mencionaré a nadie.

Ella bajó la vista al suelo apesadumbrada, parecía que iba a echarse a llorar en cualquier momento y me sentí fatal. Avanzó lentamente hacia la salida y no pude evitar decir algo:

—Los días que estuvimos juntos fueron maravillosos —aclaré—, superaste todas mis expectativas y perdí el norte, pero tenías razón, no fue real. La realidad



es esta: no confías en mí y si le sumas tu miedo al compromiso, nos convierte en un blanco fácil para alargar esto de forma muy dolorosa, y somos casi familia...

Puede que esté huyendo hacia adelante con Olaia, pero es alguien que encaja mejor con lo que estoy buscando en este momento.

No dijo nada. Abrió la puerta y se fue mirando al suelo.

Una forma cojonuda de empezar el día de Reyes. Con su sabor en mi boca y sintiéndola más lejos que nunca, pero fundirme en su piel a esas alturas me habría destrozado. Noa me había buscado por un motivo muy concreto, y no era

el que yo quería. Tenía que parar antes de que acabara conmigo. Por lo pronto, había profanado el último sitio de mi vida que no me recordaba a ella. ¿Debería

vender también las salas? En aquel momento lo veía todo negro. Tenía ganas de prenderle fuego a algo y quedarme a verlo arder, pero una semana después conseguí relajarme un poco. La distancia fue la clave.

No quería que mi relación con Diego se enfriara ahora que no nos veíamos todos los días, pero no podía ir a su casa porque en aquel momento también era

la de Noa. Así que acudía a casa de Martina para estar con ellos. Realmente daban mucha envidia, pero era una gozada verles así, sentados en el sofá uno encima de otro como siempre los imaginé, como si por fin todo encajara. Sin embargo, no podía evitar notar que su felicidad se veía enturbiada por su preocupación por mí. Por nosotros. Y en un alarde de control parental, Martina

quiso conocer a Olaia para tantear lo cerca que estaba del borde del suicidio. Nos invitó a cenar a su casa y, antes de entrar por la puerta, me di cuenta de que había sido una feliz idea que nos podíamos haber ahorrado.

## Capítulo 32

### *VIERNES 13*

Noa

Me estaba volviendo loca.

Temía que llegara esa fecha en el calendario porque, últimamente, tenía instintos homicidas. Me moría por ponerme una máscara de hockey e ir por ahí,

machete en mano, descuartizando arquitectas.

Puede que Manu tuviera razón y fuera una despechada de manual —encima

por requerimiento propio—, porque cada vez que veía a Olaia por la obra con esa sonrisa fabricada a base de orgasmos, me ponía enferma. Orgasmos que

llevaban mi nombre, para más datos.

Los celos me ardían en la piel y no soportaba el miedo que me daba hacer algo

al respecto. Así era yo, un dechado de virtudes. Hasta hacía unos días intentaba

mantener mi orgullo por encima de todo, pero después de la deplorable escena en su despacho, lo había perdido.

No podía estar con él ni sin él. Tampoco podía evitar buscarle, y lo grave era

que Manu se había dado cuenta.

Era lo que se conoce como un mal comienzo de año. El lunes, día 2 de enero,

estaba segura de que lo vería en el restaurante de las bravas, y al no hacerlo, sufrí un incontrolable síndrome de abstinencia. Noté que le estaba perdiendo, y mi corazón exigió chillarle que no estaba cumpliendo su parte en las conocidas maniobras románticas que aparecen en las películas después de cortar. ¿Que ya

estaba con otra? ¡Vamos, no me jodas! ¡Lo nuestro era demasiado especial!

¿No?

Cuando todavía le odiaba, me atraía con una fuerza sobrehumana; después de

haber disfrutado de su ternura, me sorprendí amándole por encima de sus actos

amorales; y ahora que había pedido perdón y había admitido que se había

enamorado de mí, ¡estaba con otra! Eso me demostraba claramente hasta qué

punto no podía permitirme quererle. ¡Sería mortal! Una sola estocada y no

levantaría cabeza.

Vivía en la fantasía de que era una decisión propia, pero ¿a quién quería engañar? Me había plantado delante de él en su despacho, después de que el psicópata del DJ me impulsara a hacerlo cuando puso un remix de la canción de

Miley Cyrus, *Wrecking Ball*, y su abierto rechazo había vuelto a dejarme sin palabras con las que

defender lo que sentía por él. Parecía tonta. Al volver a casa

analicé la letra de la canción, e intenté razonar por qué volví a intentarlo una vez más después de haberle visto besar a Olaia con tanto cariño. Lo hice porque todo aquello estaba mal, porque lo estábamos rompiendo todo con una jodida bola de demolición y no podía permitirlo.

*Esta vez encadené mi corazón en vano,*

*salté sin preguntarme el porqué.*

*Nos besamos, caí bajo tu hechizo*

*es un amor que no se puede negar.*

*No vuelvas a decir que simplemente me alejé,*

*yo siempre te querré.*

*Entré como una bola de demolición,*

*nunca me golpeé tan fuerte en el amor,*

*todo lo que quería era romper tus paredes,*

*y todo lo que tú hiciste es destruirme,*

*tú me rompiste.*

*Esto cambió lentamente,*

*me dejaste quemarme y ahora*

*solo somos cenizas en el suelo.*

*No vuelvas a decir que simplemente me alejé,*

*yo solo cerré los ojos y me levanté*

*cuando tú me dejaste caer de rodillas sobre el fuego.*

*Nunca quise iniciar una guerra,*

*solo quería que me dejaras entrar de nuevo,*

*y en vez de usar la fuerza,*

*supongo que debí dejarte entrar a ti.*

Y eso hice. Pedirle que volviera a entrar, pero ya no quería.

Una semana después de nuestro último encuentro, consiguió herirme de muerte

cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja y Manu apareció al

otro lado con Olaia cogido de la mano. Tenía manchas rojas alrededor de su boca, símbolo de que acababan de besarse con pasión. No pude hacer otra cosa

que abrir los ojos como platos, como si no me los hubiera imaginado ya mil veces en la postura del perrito.

—Hola —saludó él apocado.

—Hola —respondí sumisa bajando la cabeza.

—No sabía que seguías viviendo aquí —murmuró—, como Diego ya está

bien...

—Sí... hasta que la academia no arranque, es esto o vivir con mis entrometidos

padres, así que... Diego y Martina hacen prácticamente vida en casa de ella.

—¡Queda muy poco, Noa! —saltó Olaia con energía sin dejar de acariciar su

mano—. Pronto el local estará en funcionamiento.

—Eso solo significa que va a dar gastos, no beneficios —sonreí sardónica.

Ella me correspondió con lo que me pareció compasión. Una compasión que se

me atravesó en la garganta y comenzó a ahogarme.

—Ya verás cómo va muy bien —me animó.

—Gracias, hasta luego —dije apretando el botón correspondiente.

Justo antes de que las puertas se cerraran, nuestros ojos coincidieron. En un segundo rastree preocupación, cautela, ganas, recuerdos y dolor. Porque seguía doliendo. Su mano en la de ella, restos de maquillaje en la cara... Claro que

seguía doliendo, y mucho. Es más, iba *in crescendo* en vez de disminuir. ¿Qué coño iba a hacer?

«Dile que quieres estar con él, que deje a Olaia...», sugirió mi cerebro rendido a mis lamentos.

¿Y si dice que no? No podría soportarlo.

¿Y si dice que sí? Me moriría de miedo entre sus labios, entre sus brazos, entre sus sábanas. Si no fuera por la academia, ya habría huido del planeta.

«¿A dónde te irías?». Seguramente, a la mierda.

Como decía, llegó el viernes 13 de enero. Diego y Martina me habían invitado a cenar con ellos a un nuevo restaurante japonés en compensación por haberme encontrado con Manu y su rémora al volver de su casa, pero les dije que no me apetecía. Había cuadrado esa noche con el final de la sexta temporada de *Juego*

*de Tronos* que prometía ser apoteósica. Me había bañado, alisado el pelo y estrenaba pijama. ¿Qué más se le podía pedir a la vida? Que Manu llamara al timbre en ese momento no hubiera estado mal.

Algún productor de *El show de Noa* hizo sonar dicho artefacto para darle más emoción a la retransmisión, pero yo me quedé helada. Seguramente, sería

Martina... ¿verdad?

Diego salió raudo y veloz a abrir la puerta, y oí un «pasa, tío» que me dejó petrificada.

«No me jodas».

No me atreví a girar la cabeza. Solo quería chuparme el dedo y comenzar a balancearme. Eso, sin verle.

—Es que... Martina no me abre la puerta —escuché a Manu justificarse

cortado.

Le oí entrar reticente y, como se supone que era una adulta, tuve que seguir respirando, girar la cabeza y saludarle.

Hubiera dicho «hola», pero al verle, perdí la capacidad motriz de mover los labios. Los mamones solo estaban dispuestos a cooperar de una manera. Una

muy húmeda y perversa.

El miró hacia atrás planteándose abandonar el piso en cuanto me vio de esa guisa en el sofá, pero Diego cerró la puerta de golpe y perdió la opción.

—Enseguida termino y bajamos, espera un segundo —le dijo mi compañero de piso desapareciendo en su habitación.

Se quedó de pie, con unos vaqueros grises desgastados, unas zapatillas negras de Munich y una cazadora nueva que le quedaba de muerte. Nuestras miradas se cruzaron y me perdí en la extraña tonalidad de sus iris. Eran ojos de brujo. Te hechizaban sin remedio. Hace tan solo quinientos años le habrían colgado por ellos. Tenían un color tan inusual... un azul eléctrico bordeando un verde

esmeralda que te hacía desear que te mirara desesperado. Yo había llegado a contemplar ese extraño fenómeno en alguna ocasión, y puedo jurar que nunca había sentido tanta adrenalina, y ojo, era policía.

—Noa, hola... —farfulló.

—Hola, Manu —saludé envolviendo su nombre, porque para mí Lolo había muerto, y admitirlo era el primer paso para salir del fango.

Se acercó renqueante y se fijó en la televisión.

—¿Qué estás viendo?

—Nada. Estaba esperando a que Diego se fuera para poner los dos últimos capítulos de *Juego de Tronos* de la sexta temporada.

Hizo un gesto extraño, pero se recompuso al instante.

—Están genial. Son... impresionantes —dijo escueto. Se pasó una mano por el pelo y se fijó detenidamente en mi pijama. Diego me lo había regalado para Reyes. Era negro y ajustado, pero tenía corazones blancos y rosas dibujados a rayones como lo haría un niño pequeño.

—Bonito pijama —comentó con una sonrisa alucinante. Sentí una presión en el cerebro. El ictus, que se avecinaba.

—Sí, bueno... lo estoy intentando —dije ruborizada—. Puede que los corazones no estén tan mal, sin los conejitos...

Nos mantuvimos una mirada intensa abierta a interpretaciones.

«Noa, para».

—Me alegro de que sigas viendo *Juego de Tronos* —repuso esquivando el tema.

—Y yo me alegro de que me obligases a verla.

—No era mi intención obligarte a nada...

—Y no lo hiciste...

El ambiente volvió a tensarse.

—Estoy listo —intervino Diego poniéndose la chaqueta—. No me esperes a dormir, Noa. —Se despidió acariciándome la cabeza desde detrás del sofá.

—Pasadlo bien —dije en general.

Manu me miró sabiendo que debía decir algo.

—Disfrútalos. Esos dos capítulos los he visto un millón de veces; además, hay una muerte de las que te gustan —sonrió melancólico. Y quise gritarle que se quedara conmigo. Habría dado mis dedos meñiques del pie para verlos con él mientras nos dábamos de cenar mutuamente. «Mierda».

—Gracias, adiós —me despedí sin respirar, porque no quería soltar un suspiro de amargada.

Era patética. ¿Por qué me hacía eso a mí misma? Muy sencillo: era una cobarde. Otra novedad de mi nuevo yo.

Mi espíritu kamikaze por fin había encontrado una razón para ser prudente. Un tormento peor que la asequible muerte: el desamor. Algo capaz de hacerte sentir muerto en vida.

Me había lanzado a acariciar su alma con mi habitual insensatez, ignorando la primera señal de cautela que tan astutamente había lanzado mi cerebro al entrar en el restaurante el primer día que volví a verles, en la jubilación de mi padre.

En cuanto lo detecté, agaché la cabeza. Como un guepardo que se encuentra con un elefante en la trayectoria de una necesidad primaria y su instinto le grita

que, por muy hábil y poderoso que sea, no hay nada que hacer frente a él. Lo supe al momento. En ese instante, percibí que podía pulverizarme si me atrevía a

amarle, pero nuestro común mejor amigo me distrajo. Y recordé a Diego a su lado, con el ceño fruncido, cambiando el peso de un pie a otro, nervioso e incómodo. Pero como siempre, no hice caso.

Una vez asimilado mi nuevo rango en la vida —el de enamorada fusilada—,

imaginé cómo sería su noche: llegarían al restaurante entre risas, encontrarían a

Olaia, la besaría y ella saborearía su dulce boca; pedirían cosas extrañas de la

carta que tendrían buena pinta y se lo pasarían en grande los cuatro juntos; y yo aquí, más sola que la una. ¿Era eso lo que realmente me molestaba? Ojalá. La verdad es que no quería estar en ese jodido restaurante, sino justo donde estaba,

como estaba, y haciendo lo que me disponía a hacer... lo único que realmente me faltaba era él. Todo él y su silencio. Solo él y su contacto. ÉL.

Un par de minutos después, Diego entró en tromba.

—¡Joder! —exclamó de mala leche pegando un portazo.

—¿Qué ocurre? —pregunté asustada. Venía solo.

—Martina no nos abre la puerta. He venido a por el martillo. Vamos a echarla abajo —contestó nervioso.

—¿Qué dices?... —respondí preocupada poniéndome de pie.

De repente, el teléfono de Diego sonó y lo consultó rápidamente. Su cara desencajándose por momentos.

—Le ha abierto a Manu —informó—, al que no quiere ver es a mí... —dijo mirando al vacío.

—¿Cómo que no quiere verte?

—Eso me pone Manu —dijo cerrando los ojos.

Fruncí el ceño.



—¿Pone algo más?

—No. Que va a hablar con ella y que enseguida me dirá algo.

—¿Habíais discutido? —pregunté recelosa.

—No...

Diego se sentó en el sofá y apoyó la cabeza entre sus manos sin soltar el móvil.

—¿Qué está pasando? —pregunté desconcertada.

—Lo que me temía. Se ha dado cuenta de que en realidad no me quiere tanto como pensaba...

—¿No la habrás presionado, no? ¡Diego, que nos conocemos y lleváis una semana! —le reñí.

—No... —musitó—, ¡no! —repitió mirándome—. Ella me paró los pies desde el principio. Me dijo que no quería pensar en nada ni tomar decisiones sobre nosotros durante un tiempo... Seguro que porque no estaba segura de todo esto

—se lamentó pasándose las manos por el pelo—. Creo que me va a dar algo —dijo presionándose la herida del pecho.

—No te estreses. Seguro que enseguida sabremos más.

Dicho y hecho. Poco después, sonó su móvil, y cuando lo leyó, su cara se contrajo.

—¿Qué? —pregunté, pero no me contestó. Se giró contra el sofá intentando reprimir sus emociones: furia, rabia, amargura, o sencillamente, un corazón roto.

—Diego... —Él no se movió.

Le cogí el móvil de la mano y leí el mensaje.

Manu: No me dice nada. No deja de llorar y de repetir que «no lo mereces», pero no me explica por qué. He llamado al restaurante diciendo que no iríamos. Le he dicho que hable contigo, pero no quiere. Está histérica. Puede que dentro de una hora o dos, cuando se tranquilice. En cuanto sepa algo más, te digo... Lo siento.

Era preocupante.

Estuve diez largos minutos acariciándole la espalda y el pelo en silencio, asegurándole de vez en cuando que pronto entraría en razón. Que algo o alguien

habría despertado sus demonios y sus dudas, pero que terminaría reaccionando.

Veinte minutos después, Diego se levantó del sofá y se fue a su habitación con el rostro demudado. Se tumbó boca abajo encima de la cama y no quise molestarle más. Ni siquiera le pregunté si quería cenar algo, porque sabía la respuesta.

Cuando la pena se apodera de tu cuerpo, no deja sitio para nada más.

Quise ayudar, y decidí que no perdía nada si iba más tarde a casa de Martina e intentaba razonar con ella. Aunque yo no era nadie, podía ser el abogado defensor de Diego, porque algo me decía que Manu era más bien el de ella.

Después de ver un capítulo, bajé sigilosamente las escaleras hasta el cuarto piso en zapatillas de andar por casa y en mi superpijama nuevo. Eran casi las once de la noche. Cuando llegué a mi destino, saqué el móvil, desbloqueé a Manu, y le escribí un mensaje.

Noa: Estoy en la puerta de Martina, ábreme.

Se puso en línea y escribió.

Manu: ¿Estás sola?

Noa: Sí.

Poco después, la puerta se abrió y vi a Manu con el dedo índice apoyado en los labios demandando silencio.

Me adentré en el piso y él cerró con cuidado. Martina estaba dormida en el sofá abrazada a un cojín y envuelta en una manta. Manu me hizo un gesto para

que le siguiera y nos dirigimos a la cocina.

—¿Qué ha pasado? Diego está hecho una mierda —dije bajito en cuanto entornó la puerta.

Vi en su cara que sabía algo. Algo gordo, y me acerqué más a él.

—Dímelo —exigí.

—Diego no debe enterarse.

—¿Es tu frase fetiche? ¿Ya estás otra vez cayendo en lo mismo? —dije enfadada.

—Esta vez es diferente. No nos incumbe a nosotros.

—Pero sí a su novia. ¿Qué pasa?

—Ella se lo dirá cuando esté lista.

—¿Se va a morir? —solté de repente escrutando sus ojos. Sabía que su corazón era frágil. Diego me confesó una vez su preocupación por ella en ese sentido. Me mordí el carrillo esperando una negación porque, si era eso, sería el fin de La Mafia tal y como la conocíamos. Cualquier tiempo pasado sería mejor y Diego se moriría a continuación de tristeza, como lo hacen los ancianos que han pasado la vida juntos, aunque acabaran de empezar.

—¡No! —respondió rápidamente—, está embarazada —susurró acariciando las palabras con una sonrisa preciosa que hizo que se me empañaran los ojos al momento.

—¿Qué...?

—Está embarazada —repetió emocionado contagiado de mi reacción.

Me tapé la nariz y la boca con las manos intentando contener mi alegría y

Manu procedió a explicármelo.

—El día que dispararon a Diego estuvieron juntos en un cuarto recóndito del hospital después del ataque de celos de Diego, por el que venían discutiendo cuando les oímos entrar en casa. Ella estaba cabreada porque sería la segunda pastilla del día después que se tomaría esa semana, pero luego le dispararon y se le fue el santo al cielo. Cuando quiso darse cuenta ya era tarde para tomarla, y pensó que, por probabilidad, sería imposible, pero... hoy se ha hecho la prueba y ha dado positivo —sonrió.

—¿Y cuál es el problema?! —exclamé encantada.

Él me miró divertido y yo le devolví la sonrisa juguetona.

—Vaaale... aparte de lo obvio, pero ¿por qué está así?

Manu puso los ojos en blanco.

—Martina cree que Diego se cansará de ella y que está disfrutando mientras le

dure el siroco de que ha sobrevivido a la muerte. Por eso no quería tomar ninguna decisión. Esto, sin embargo, lo cambia todo. Me ha dicho que no piensa

deshacerse del bebé y que eso va a obligar a Diego a cargar con ella por honor y no por amor. Un rollo macabeo.

—¡Pero si está loco por ella! —repuse vehemente—. Se lo va a tomar genial.

Si por él fuera, se habrían casado en Nochevieja.

Ambos nos partimos de risa en voz baja frenando nuestra diversión con la

mano. Esa complicidad me estaba haciendo rejuvenecer por momentos.

—Lo sé —sonrió feliz—, es un puto loco. Le conozco muy bien, y lo hubiera hecho sin parpadear.

—Para conocerle tan bien no supiste ver que respetaría nuestra mutua atracción... —vomité las palabras sin poder evitarlo.

Él se puso serio. «Genial, Noa».

—A veces, el miedo nos hace ser estúpidos, como por ejemplo le pasa a

Martina ahora mismo. No te deja ser objetivo. Te hace ponerte de entrada en lo

peor y te entregas a él porque no soportarías que te sorprendiera haciéndote ilusiones. ¿No te ha pasado nunca?

*Touché.*

Era justo lo que me sucedía a mí con él. Podría ser maravilloso, pero también

terrorífico. Nunca hubo nada definido entre nosotros, pero si lo hubiera, le creyera y lo perdiera, seguramente me moriría.

—¿Qué vamos a hacer? Diego está moribundo —informé deshaciéndome de aquellos pensamientos sin solución.

—Nosotros no podemos hacer nada. Hay que esperar a que ella lo asimile, a que quiera verle y se lo diga.

—Pues Diego cree que no le quiere. Y no tardará en venir mañana a aporrear la puerta como un energúmeno.

—Hablaré con él. Le diré que le dé algo de tiempo. Martina se ha tomado un tranquilizante. No creo que se despierte en toda la noche.

—No creo que Diego esté dormido, ¿por qué no subes a hablar con él?

—Vale. Espera, voy a meterla en la cama.

Observé todos sus movimientos y me enterneció el trato que le dio a Martina.

Era como si la venerase. Exudaba un cariño exagerado. La dejó en su cama y la tapó. Después, suspiró sonoramente y le acarició la cara una última vez.

¡Qué estúpida había sido al juzgarle tan rápido cuando sucedió todo!

No entendí sus motivos ni sus intenciones. Pensé lo peor de él, pero

presenciando aquella escena estaba peligrosamente cerca de cambiar de opinión

y parecerme buena idea llevar a cabo un plan tan descabellado. Era cierto que ambos habían cuidado de Martina a su manera toda la vida, con el miedo oculto

de perderla en cualquier momento por su maltrecho corazón.

Subimos en el ascensor hasta la décima planta en un silencio cómodo y abrí la

puerta de su antigua casa. Todo estaba en calma. Manu se acercó a la habitación

de Diego y se giró hacia mí apoyando la cabeza en una mano para informarme

de que, sorprendentemente, nuestro amigo dormía.

Decidí sentarme en el sofá. Él se acercó y se apoyó en él.

—Bueno, me voy a casa...

—¿Te están esperando? —pregunté sin acritud.

—Eh, no. Esta noche no. Le he dicho a Olaia que se fuera a su casa cuando ha explotado el caos...

—¿Quieres quedarte a ver *Juego de Tronos*? Solo me queda el último capítulo... —ofrecí cordial.

Él titubeó. Miró hacia la puerta, después a mí y, por último, otra vez al sofá mordiéndose los labios.

—Te estás muriendo de ganas —tarareé.

Sonrió con un gesto *made in Manu* que me provocó una arritmia.

—Debería estar prohibido sonreír así —solté a bocajarro.

Sin filtro. Sin control. Sin vergüenza. Me rendí ante mi idiotez y me dispuse a ignorarle apretando el mando de la tele para encenderla.

—Va en contra de mi religión rechazar ver el último capítulo de la sexta temporada —dijo descalzándose con un puntapié y pegando un salto para rodar

por encima del sofá. ¿No podía dar la vuelta como una persona normal? No. Era Manu. Era tan...

«No empieces, Noa».

Comenzó a frotarse las manos como si fuera un niño y me entró la risa.

¿Dónde se había ido la tristeza? Ni lo sabía ni me importaba. Estaba a mi lado y, simplemente verlo así, me hacía feliz.

—¿Te ha gustado el anterior? —preguntó solícito.

—¿Estás de coña? ¡Ramsay ha muerto! Es el mejor día de mi vida.

Él se carcajeó.

—Echaré de menos a ese cabronazo.

Le lancé un cojín a la cabeza y continuó riéndose.

—Yo he echado de menos esto... —dije de pronto.

Él me miró y su sonrisa se difuminó en sus labios.

—Yo también —murmuró pensativo.

Quise lanzarme hacia él y resguardarme en sus brazos para continuar hablando y riéndonos juntos... ¿Cómo podía pensar que solo me interesaba su lado físico?

¿Por qué no veía cuánto me gustaba él? Y, de repente, lo recordé: no era libre.

Sabía por Diego que Olaia y él ya eran oficialmente novios. Seguramente, Manu habría sellado el acuerdo la misma noche que frenó mi beso y se dio cuenta de lo que de verdad quería.

—Pensaba que no tenías tiempo de echarme de menos con Olaia alrededor —  
grazné inmadura.

Me clavó la mirada y se mordió los labios impidiendo que saliera una respuesta

rápida, dándome una lección al ignorar con elegancia la pulla. Y menos mal, porque no quería que cambiara el ambiente.

Comenzamos el visionado de la serie y notaba que me miraba de vez en cuando observando mi cara de alucine en momentos claves.

—¡Maldita Sersei! —exclamé al terminar.

Él se rio.

—No lo entiendo —dije alucinada—. ¿Cómo ha podido hacer eso?

—La gente es capaz de destruir vidas por su enorme ego. Por venganza, por orgullo. En cualquier caso, es totalmente autodestructivo. La fuente de todas las

miserias —dijo levantándose del sofá.

No le seguí. Me quedé pensando en su frase. En que el orgullo destruye vidas.

Y en que quizá, el mío estuviera saboteando la mía.

—Manu... —me levanté rápido y fui hacia él.

Este se giró y se asustó un poco al verme tan cerca.

—Ya sé que dijimos que era imposible ser amigos, pero... ahora que estás

oficialmente con Olaia, podríamos intentarlo... Me gusta estar contigo. ¡Lo sé, qué raro! —Me reí para quitarle hierro al asunto—, pero estaría muy bien poder

estar en la misma habitación todos juntos sin que sea incómodo. ¿Qué opinas?

—¿Ya me has perdonado? —preguntó cauteloso.

—A días —contesté con sorna.

—¿Hoy sí?

—Sí —confesé—. Hoy es un buen día. Ramsay ha muerto, vamos a tener un minisobri y estreno pijama con dibujitos.

Le nació una sonrisa genuina y pensé que me estrellaba contra su creadora.

—¡Entonces estoy de suerte! —se cachondeó, pero yo permanecí seria.

—No sabía cuánto querías a Martina... ahora lo he visto.

—Os quiero mucho a todos... sois como mis hermanos —susurró desviando la vista.

Levanté una ceja recordando cómo empujaba entre mis piernas como un animal.

—Menos mal que eres hijo único...

Él soltó una risotada adorable.

—Y te equivocas. A pesar de Olaia, te he echado de menos... —dijo de repente dejándome el corazón sostenido en sus ojos bicolor.

Me mordí los labios emocionada y él supervisó el gesto.

—Vale, entonces... ¿somos amigos? —pregunté esperanzada.

—Claro. Genial... —respondió inseguro.

—¿Lo sellamos con un abrazo? —sugerí—. Creo que ayudaría para borrar el recuerdo de nuestro último contacto...



Comenzó a palidecer.

—¿Crees que es buena idea? En fin...tú eres la experta en abrazos, pero...

Sonreí divertida y me acerqué a él.

—Sí, creo que es justo lo que necesitamos.

Nos envolvimos el uno en brazos del otro en un movimiento muy natural y

familiar que evocó una nostalgia dolorosa al comprobar lo bien que

encajábamos. Apoyé la cabeza en la parte superior de su pecho y aspiré

profundamente su olor, como si fuera alguien que hubiera vuelto de entre los muertos. Alguien que no pensaba volver a tener nunca tan cerca y noté en mis huesos la magia sanadora del gesto. Acaricié su espalda con las manos y le apreté con fuerza. Él hizo lo mismo, parecía estar disfrutando tanto como yo. Sus

manos dejaban mi piel en llamas allí donde se posaban, y terminó subiéndolas hasta mi cara para mirarme a los ojos. Ambos nos reconocimos afectados, pero

ninguno quería estropear esa nueva conexión haciendo algo que no procedía, así

que en ningún momento tuve miedo de que me besara, pero vi ganas en sus pupilas dilatadas y con eso me bastó, por el momento.

—Que descanses —dijo dándome un casto beso en la frente—. ¿Nos vemos el

lunes en el local?

—Me encantará.

Nos soltamos y me sonrió satisfecho. Reconocí esa sensación porque era justo

la que yo estaba teniendo. Nos estábamos dando mentalmente palmadas en la

espalda por nuestro férreo autocontrol.

«¡Vamos a ser amigos!», pensé ingenua.

—Que pases buena noche, Noa.

—Igualmente, Manu.

Y lo cierto, es que aquel día dormí como un bebé de biberón. Ni siquiera me hizo falta comprobar que el colgante seguía en su sitio, y en ese momento me di

cuenta de que siempre había recurrido a ese objeto cuando Manu faltaba en mi vida. Los días que le sentía mío, no lo necesitaba.

## Capítulo 33

### *THE GAME*

Noa

Es curioso cómo el karma nivela el universo.

Hacia tan solo una semana pensaba que estaba avanzando en la dirección

correcta con Manu. El viernes trece noté que un pesado bloque de hormigón dejaba de oprimirme el pecho cuando nos abrazamos, y me pasé el fin de semana

casi flotando, pero el lunes Olaia me bajó de nuevo a la tierra.

Apareció sonriendo como nunca y me dio mala espina. Es jodido que la

felicidad de alguien te genere desconfianza, pero así fue. ¿Se puede ser

demasiado feliz?

—Que buen humor traes, ¿qué te pasa? —pregunté temerosa.

—¿Sabes ese momento de la vida en que todo va sobre ruedas? Trabajo,

familia, amor, no te sobran quilos de más... simplemente creía que no existía este estado —dijo como si hubiera dormido con una percha en la boca.

—Me alegro por ti. Entonces, ¿con Manu bien?

—¡Sí! ¡Ayer hablamos de trasladarme a su casa! Ha recibido varias ofertas por

el piso y le he convencido para que no las acepte de momento. Le he dicho que

lo quiero yo, pero a ser posible, con él dentro —dijo divertida—. ¡Y ha

aceptado!

Me dio un mareo solo de pensar en las repercusiones de esos acuerdos. Un momento... ¡Terminaría acudiendo a su boda, ¿verdad?!

Estaba a punto de cortarme las venas imaginando centros florales cuando

apareció Manu y vino directo hacia mí con actitud afable. Me saludó con dos besos y una caricia en

la cintura que me dejó traumatizada. Su novia ni se inmutó ante el gesto.

—¿Ha llegado ya, pequeña? —le preguntó con una sonrisa enigmática a modo de saludo. Cuatro pupilas se dilataron al oír el cariñoso apelativo.

«Mátame, pequeña».

—Sí —respondió Olaia rápidamente—, a primera hora, como dijiste.

—¿De qué habláis exactamente? —pregunté frustrada.

—¡De mi regalo de inauguración! —exclamó él contento.

Habían guardado con celo la información de todo lo referente a la pared del despacho.

—Me ha dicho que confíes en él, que sabe que te va a gustar —me había dicho

Olaia la semana anterior. Y por fin había llegado el momento de saberlo.

La empresa constructora que seguía sus órdenes se vanagloriaba de ser más

eficiente que la de los gemelos de *Divinity*. Esos que te construyen la casa en seis semanas y les queda de revista. Y la verdad, no tenían nada que envidiarles

viendo el resultado. Parecía imposible, quedaban cinco días para la

inauguración, lo habían terminado rapidísimo y me alegraba de tener a Manu de

nuevo a mi lado, aunque tuviera que sufrir por no poder agradecérselo como quería.

Se acercó a mí ilusionado y me cogió de la mano.

—¿Quieres saber lo que es o puedes esperar al día de la inauguración? Sería genial que lo vieras terminado —comentó suplicante jugueteando con sus dedos

entre los míos mientras nos balanceaba. En sus ojos había un anhelo al que fui

incapaz de resistirme. Era tan agradable estar así con él...

—Jo, quería verlo ya —me quejé tontorróna.

—Venga, anda, solo unos días más. Es más impactante verlo en vivo —me

rogó con los ojos llenos de esperanza. Y no pude negarme. Tenía la sensación de

que no podría negarle nada nunca más. Haría lo que quisiera conmigo para el resto de mis días.

—Está bien... —cedí.

—¡Bien! —exclamó como un niño.

Me encantaba. Punto. Mierda.

—Pues Noa, cielo, te voy a pedir que desaparezcas de la obra hasta el final —  
intervino Olaia con una sonrisa—, así lo ves el mismo día de la inauguración y  
lloras un poquito como si fuera un programa de la tele —se rio.

«Voy a llorar, pero de verdad», pensé cuando vi a Manu abrazarla por la  
cintura desde atrás y apoyar la barbilla en su hombro con naturalidad. Aparté los  
ojos y volví a ceder. Era como si les gustara torturarme.

—Vale, vale. Haced lo que queráis.

«Pero que yo no lo vea».

—Voy a quedarme controlando que lo monten bien —me informó Manu—, tú  
tienes una cita a las doce con Toño en El Rincón del Aura, es mi chico de marketing. Hay que llenar  
esto para la inauguración —sonrió.

—¿Una cita? ¿En El Rincón del Aura? —pregunté extrañada. Era  
desconcertante. ¡Yo solo quería ir a ese sitio con él!

—Sí, es lunes —me guiñó un ojo—, allí podréis hablar con calma y, de paso,  
picar algo.

—Ya verás, Noa, ¡Toño es majísimo!, y muy atractivo —cuchicheó Olaia—.

¿A que el sitio es la bomba? ¡A mí me tiene alucinada!

¿La había llevado allí? ¿A nuestro rincón de Madrid? ¡¿Por qué no me

atravesaban directamente el corazón con una estaca?! Dolería menos... pero la pregunta era: ¿hasta  
cuándo podría soportarlo? No dejaba de imaginármelos

besándose en la barra y, encima... ¿me estaban apañando una cita?

Madre de Dios... Tenía que irme de allí urgentemente.

Me despedí de ellos y acudí a la «cita» de trabajo para terminar llegando a casa con un bajón monumental por intentar asimilar que iban a vivir juntos...

Sentí que una mecha se encendía en mi interior y no sabía cuánta cuerda quedaba. Lo único que sabía es que tarde o temprano se acabaría y algo explotaría. Y solo Dios sabía qué podía ocurrir entonces.

Cuando Diego llegó del trabajo parecía un despojo humano. Había aceptado con un inquietante sosiego que Martina no hubiera querido verle en todo el fin de semana, y que después hubiera pedido vacaciones en el trabajo para no tener que coincidir con él de momento. Bajó un par de veces a conversar con su puerta, pero no sirvió de nada. Se quedó allí horas esperando a que saliera de casa, pero tampoco lo hizo. Estaba deshecho. Acumulando malas noticias mientras aguantaba el tipo, y sabía que pronto agotaría su cupo de paciencia y empezaría la fiesta.

—¿Alguna novedad? —pregunté con cautela.

—Acabo de encontrar una nota —murmuró cabreado cruzando el salón—. Se ha ido a casa de sus padres. ¿No podía mandarme un WhatsApp como una persona normal? ¡No! Tengo que encontrarme una puta nota en la puerta con ríos de lágrimas marcadas para morirme de dolor. ¡No hay derecho! Como se nota que es leo... ¡Drama, drama, drama!

Cupo alcanzado. Y el portazo que se escuchó a continuación lo confirmó.

El amor no era fácil, ahora lo sabía, y de primera mano. Aunque a mí siempre me había dado problemas, esto era diferente. Cuando era auténtico, pasaba de ser una leve molestia a un dolor que no te dejaba ni respirar. Rezaba para que Martina reaccionara cuanto antes. Menuda pardilla: ¿a casa de sus padres? La Mafía no tardaría en tomar cartas en el asunto. De hecho, usaron la inauguración

de la academia para juntarles asegurándole que no podía faltar porque ese local era algo parecido al nacimiento de mi hijo. Me pareció una alegoría estupenda:

ese local me quitaría el sueño, me daría dolores de cabeza, estaría

constantemente preocupada por él, pero le querría porque era mío.

El día de la inauguración, Diego y yo llegamos con antelación al lugar.

Necesitaba que me ayudara a adornarlo, a recibir a los del catering y darnos apoyo moral mutuo para encontrarnos con nuestros respectivos objetos de deseo.

Él estaba ansioso por ver a Martina y le indiqué la habitación aislada donde podría montarle un numerito a sus anchas, porque era muy capaz de hacerlo delante de los invitados. Sabía que estaba muy enfadado. Esa calma en sus ojos

lo gritaba y no me gustaría estar en el lugar de Martina, la verdad. Pero, como

suele ocurrir con la mayoría de los problemas sentimentales, ella misma se lo había buscado.

Al entrar en el local, abrí los ojos como platos.

—Hostia... —soltó Diego olvidándose momentáneamente de su depresión.

Me quedé sin habla. Todo estaba perfecto. Impecable. Y sin encender las luces,

un resplandor proveniente de una pecera gigante creaba un ambiente con una atmósfera preciosa.

Diego me palmeó la espalda.

—¡Qué pasada, Noa! Ha quedado fantástico. Ese acuario es la bomba. Te habrá

costado un dineral, ¿no?

—Yo... no sabía lo del acuario... —logré decir.

—¿Cómo que no?

—Es el regalo sorpresa de Manu —balbuceé con los ojos aún fijos en esa magnífica obra de arte.

Él sonrió como si guardara un secreto.

—Está loco... —sentencié alucinada.

—Sí. Por ti —replicó mi mejor amigo.

—Eso díselo a su novia.

—¿La que se echó después de rogarte que volvieras con él?

—Me olvidó muy rápido —señalé a la defensiva—, y yo todavía no he podido hacerlo, es más, no creo que lo haga nunca...

Diego mostró sorpresa ante mis palabras.

—Perdona, pero... ¿se lo has dicho? ¿Has sido sincera con él mientras rehacía su vida para superar que estaba locamente enamorado de ti? —preguntó con inquina—. ¡Joder, Noa! ¡¿Qué le pasa a todo el mundo?! ¿Queréis que os meta un balazo para que empecéis a pensar con claridad? ¡Hostia! —exclamó golpeando la pared. Era su enfado con Martina el que hablaba.

—Más vale que nadie te vea así... —aconsejé.

—¡Estoy harto de tanta estupidez! ¿Quieres a Manu? Pues ve, joder, ¡ve y

díselo! ¿Martina no quiere estar conmigo? ¡Pues que venga y me lo diga a la cara! Dejemos de perder el tiempo.

Le miré con pena. Parecía resignado, asqueado y muy triste. Y me pareció

injusto. Muy injusto que tuviera que aguantar esa incertidumbre. La verdad te hará libre, ¿no? Eso me recomendó César también...

Una hora después, la gente comenzó a llegar. Saludos, felicitaciones y un

vértigo brutal al darme cuenta de que aquello iba en serio. Todo el mundo alabó

la idea de negocio, afirmó que el local era maravilloso y vaticinó que me iría

muy bien. Y yo quise creerles. Miré alrededor y no pude sentirme más agradecida. A Manu, a Olaia, a Almudena, a toda la gente que había hecho posible embarcarme en esa aventura que estaba a punto de comenzar. Y gracias a

ella, llevaba días sin tener pesadillas sobre lo que ocurrió en Nueva York, ahora las tenía de otro tipo...

Había bastante gente en el local, pero no encontraba caras conocidas.

—Disculpe, ¿es usted la directora? —me preguntó un chaval de veintitantos.

Joder... ¿Lo era?

—Sí, soy yo.

—El chico que me ha dado el *flyer* me ha dicho que hablara con usted. Quería saber dónde puedo apuntarme.

Me quedé tiesa.

«¡Reacciona, coño!», me gritó mi cerebro.

—Sí, pasa por aquí —dije poniendo rumbo al mostrador de recepción. Cogí una hoja en blanco y le dije que apuntara su nombre, su teléfono y su email. Lo hizo y se fue directo a hablar con un grupo que estaba disfrutando de los canapés como si no hubiesen comido en su vida. Curiosamente, poco después fueron en manada a apuntarse en la misma hoja.

Le dije a Toño que custodiara ese valiosísimo trozo de papel, porque no quería hacerlo yo y ponerme a dar saltos de alegría cada vez que una persona se apuntara.

De pronto, me topé con mis padres. Ambos me abrazaron y me dijeron lo

orgullosos que estaban de mí, pero sentí que no me lo merecía, porque en realidad yo no había hecho nada.

Cuando el verdadero artífice llegó, me temblaron las piernas. Iba todo de

negro, a juego con su pelo. Dios..., si me cortaban no sangraba. Llevaba una camisa remangada y unos vaqueros ceñidos. Quitaba la respiración, y cuando sus

ojos encontraron los míos, su gesto pillo hizo que algo en mi interior reventara.

Era una explosión anunciada, la mecha se había terminado y las ganas de llorar por no poder agarrarle en ese momento y gritarle que le quería, me superaron.

Pero en vez de eso, tendría que conformarme con darle las gracias. Las gracias por todo. Por existir, por ser como era, por hacer sentir amor puro a la fría e

inflexible mujer de alma inglesa que había dentro de mí. Una que no creía en nada hasta que llegó él y me convirtió en poesía.

—¿Te ha gustado mi regalo? —preguntó animado.



—Te has pasado mucho —contesté encantada.

—¿Eso es un sí? —sonrió como un dios.

—Lo único que podría demostrarte cuánto y hacerte justicia es oralmente  
inviabile teniendo novia —susurré envalentonada.

Sus ojos aumentaron de tamaño y yo exploté de risa.

—¡Eso es un sí! —chillé y le abracé eufórica—. ¡Me ha encantado! ¡Gracias por todo, de verdad!  
¡Al entrar he flipado!

Él rodeó mi espalda con rigidez. Cuando busqué sus ojos entusiasmada aún no  
se había repuesto de mi frase anterior.

—Me alegro de que te guste... —contestó cortado.

Me separé de él y se fijó en mi cuerpo descaradamente.

—Estás guapísima —dijo con un deje lastimero repasando mi vestuario. Me  
había puesto un vestido muy similar al que llevaba el día que me lo hizo contra  
la pared de su casa. Se mordió los labios y yo quise hacer lo mismo.

—Gracias. Tú más. ¿Sabes que ya hay ocho personas apuntadas? ¡Estoy  
emocionada!

—¿Ocho? —preguntó extrañado.

—¡Sí! ¿No es alucinante? —sonreí.

En ese momento, apareció Olaia y hasta me alegré de verla.

—¡Hola! —la saludé jovial.

Ella sonrió con menos efusividad de la que esperaba y se colgó del brazo de Manu con posesividad.

—¡Ha quedado genial! Gracias Olaia, de verdad. ¡Eres muy buena! —exclamé  
feliciana.

—De nada —contestó precaria—. Cariño, ¿tomamos algo? —le dijo a Manu  
mimosa.

Fue una situación rara. ¿En serio iba a permitir que Manu compartiera su vida con esa bendita?

Se alejaron de mí, y Manu miró hacia atrás preocupado. ¿Me estaba pidiendo ayuda? Porque aquello olía a secuestro encubierto por todas partes. Me estaba volviendo loca, pero esos ojos no mentían, como mínimo parecían estar despidiéndose del lugar en el que en realidad le apetecía estar.

Ignoré esa sensación y me dediqué a saludar a más gente, evitándoles.

Apareció todo el mundo para dar apoyo, pero la partida de *catering* no dio abasto cuando nos vimos invadidos por cantidad de gente joven que parecían auténticos pozos sin fondo. Por ende, la comida se acabó enseguida, pero el ambiente era bueno.

Cuando llegó Martina, avisé a Diego y le aconsejé que le entrara suave, pero se deshizo de mí y avanzó hacia ella sin importarle que estuviera custodiada por sus padres. Y le imaginé en plan *Dirty Dancing*, diciendo: «No dejaré que nadie te arrincone, *baby*»; pero en vez de eso, llegó hasta ellos y desplegó su magia.

¿Cómo había podido dudar de él? Era muy listo.

Primero, saludó a sus futuros suegros con una sonrisa muy política, después, se acercó a ella y le puso una mano en la cara que bajó acariciando su brazo hasta entrelazar sus dedos dejándola embelesada y, soltando un eficiente «disculpados», se la llevó de allí hacia la sala donde le había dicho que podía montar gresca.

Vale. No pude evitarlo y les seguí. Deformación profesional. Pero pensé que era importante ser testigo para bien o para mal. Y no solo yo, sabía quién tendría

que recoger los cristales rotos de esa conversación, así que saqué el móvil y le mandé un mensaje a Manu para que se reuniera conmigo en la sala contigua a la de ellos. En realidad era una sala grande, con unas puertas correderas en el medio, así cuando convenía podía utilizarse todo el espacio, o dos diferentes.

Un minuto después, abrió la puerta extrañado. Se acercó a mí y le hice el gesto

de escuchar:

—Quiero que seas sincera conmigo, no creo que sea mucho pedir, llevas una semana ignorándome...

—comenzó Diego herido—, pensaba que me querías,

¿estaba equivocado?

—No —respondió ella en voz baja.

Él suspiró aliviado.

—Entonces... ¿Acaso crees que yo no te quiero?

—No es eso...

—Martina, mi vida... vas a volverme loco —y me lo imaginé pasándose las manos por el pelo—. ¿Qué pasa? ¿Por que de repente no quieres verme?

—Porque me odio... —susurró ella bajando la cabeza—. Y no quería que tú me odiases también.

—Pues te he odiado mucho estos días... He odiado estar lejos de ti, de tu boca, de tu cuerpo, de tu risa, de tu ruido. Te he odiado por alejarte de mí, y sobre todo, te he odiado por no poder odiarte en absoluto —dijo acercándose a ella—.

Deja de llorar, por favor...

—Lo siento, es que...

—¿Es que qué? —apremió él con ansiedad.

—Yo...

—¿Estás embarazada? —preguntó de pronto, temeroso.

Todos sofocamos una exclamación.

Ella pareció no reaccionar ante la sorpresa.

—¿Lo estás? —insistió Diego con firmeza.

—Sí... —sollozó ella—, lo siento mucho.

—Joder... —la voz de Diego sonó amortiguada. Seguramente estaría

tapándose la cara.

—Yo... no sabía... no creía... no lo hice a propósito, de verdad —aseguró ella temblorosa.

—No quería creerlo —susurró Diego visiblemente afectado—. Era una esperanza tan remota que fuera eso y no que en realidad no me quisieras...

De repente, se escuchó mucho movimiento. Oímos gemidos. ¡Se estaban besando!

—Diego, ¿pero qué...?

—¡Soy un puto afortunado! —gritó entusiasmado—. Todos mis deseos se cumplen a tu paso. Desde el momento en que me dijiste que me amabas, lo quise

todo contigo, y lo quise ya. Quería que fueras mi mujer, quería tener hijos porque si tú no eras la madre no iba a serlo nadie. Quise hasta morirme si era a

tu lado, porque si me faltas, todo me sobra... ¡Y me has obligado a ello siete días, cariño! Lo único que me ha hecho soportarlo es pensar que este podía ser el

motivo, y que estabas asustada haciéndote una película que solo podría borrarte a besos.

Volvieron a oírse sonidos que los evidenciaban.

—Te quiero —murmuró él—, te amo mucho —se escuchó entrecortado por los

besos—. Gracias, gracias por esto... y ahora, o me das tu palabra de que te casarás conmigo antes de que nazca ese bebé o salgo ahí fuera y monto un belén

de puta madre delante de tus padres.

Martina soltó una carcajada.

Yo me tapé la boca y miré a Manu alucinada. Estaba sonriendo como nunca, a medio camino entre la felicidad absoluta y el llanto.

—¡Está bien, garrulo! Me casaré contigo... —aceptó a regañadientes—, pero solo porque me has dejado preñada.

Él sofocó su risa apaciguándola con más besos.

A mí casi se me escapa un grito.

Se escucharon pasos rápidos seguidos de un «¡vamos!» y, al abandonar la habitación, oímos como Diego le gritaba a La Mafia: «¡Voy a ser padre y vamos a casarnos!».

Se escucharon exclamaciones de júbilo y aplausos mientras me los imaginaba dándose un beso de película al producirse algunos silbidos.

Manu y yo nos miramos, y lo siguiente que recuerdo es estar besándonos como dos lunáticos. No sé quién buscó la boca de quién, el caso es que nos fundimos en un beso lleno de alivio, pasión y esperanza que me recordó mucho al primero que nos dimos por la ansiedad con la que me acariciaba todo el cuerpo.

—Dios... ¡Lo siento! —se disculpó alejándose de mí arrepentido—. Me he dejado llevar por la emoción...

—Pues yo no lo siento —comencé decidida.

Él me miró cauteloso.

—Pensaba que íbamos a ser amigos...

—¿Y cómo voy a conseguirlo si me muero por ti? —jadeé desesperada.

Su cara mostró desconfianza.

—Piensa lo que quieras... —dije resignada—, pero sé que estoy enamorada de ti. ¿Sabes por qué? ¡Porque vivo en el infierno!

Manu resopló.

—Tú y yo tenemos conceptos muy distintos de lo que es el amor. Seguramente todo esto es porque estoy con Olaia.

—¡No, joder! Aunque ¿sabes cuánto me hace sufrir eso?

—No, no lo sé porque no me lo has dicho —dijo rotundo.

—¡Porque me estaba agarrando a la poca dignidad que me quedaba! Me hiciste daño, Manu. Era la primera vez en mi vida que me daba entera, ¡y me traicionaste!... Sentí pánico. Nunca me había sentido tan vulnerable.

Él sonrió con ironía.

—¡Tú no me quieres! —explotó—. Cuando alguien ama de verdad se lanza a por todas. ¡Yo estaba dispuesto! Y si estuvieras enamorada, ¡me habrías perdonado! Te hubieras trasladado conmigo porque no querrías estar en ningún otro sitio y hasta creerías en los «para siempre», porque creerías en nosotros...

—¿Y si te dijera que estoy dispuesta a hacer todas esas cosas? —proclamé con certeza.

—Noa... Joder, no bromees —dijo tapándose la cara—. Tú no quieres eso...

—¡Contigo sí! —dije agarrándole las muñecas y obligándole a mirarme para que viera la convicción en mis ojos.

—¿Estás segura? —preguntó conmocionado—. Ni siquiera crees en el amor...

—Te equivocas, creo en él desde el día que me dejaste ese estúpido colgante en la almohada...

Qué beso...

Le respondí al momento sintiendo que acababa de levantar la cabeza de un cubo de agua un segundo antes de ahogarme.

Siempre me habían vuelto loca sus rudos arrebatos y, cuando consiguió recuperarse, musitó contra mis labios:

—¿Sabías que te lo había regalado yo?

—Sí, siempre lo he sabido, por eso era tan valioso para mí. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque cuando nadie logró ganarlo, me miraste como si yo pudiera hacerlo.

Fue increíble... Quise que lo tuvieras. Que amaras algo mío, y tuve la esperanza de que, algún día, me amaras a mí.

—Cuando descubrí que habías sido tú te instalaste en mi corazón y lo dejaste

inútil para todos los demás, Manu... por eso fui incapaz de sentir algo intenso con nadie, hasta que estuve contigo.

—Dios... ¿estás segura? —susurró sonando a súplica.

—Me muero de miedo, pero sí, no puedo estar más sin ti —contesté volviendo a besarle.

—Pero ¿de qué tienes miedo, mi vida? —dijo acariciándome la cara con su pulgar.

—De que me dejes como lo has hecho, apenas sin esfuerzo. De que no luches por nosotros, de que no entiendas cuánto te necesito. Me estaba muriendo, Manu... —sollocé.

—Claro que he luchado por ti, pequeña, y no ha sido fácil —dijo rendido besando mi frente.

Le miré sin comprender y él sonrió con culpabilidad.

—Todo lo de Olaia ha sido un montaje.

Me quedé paralizada.

Una extraña mezcla de alivio e ira se formó dentro de mí.

—¿Qué has dicho? —amenacé incrédula.

—No renunciaría a ti por nada del mundo. Sabía de sobra cuánto me

necesitabas porque yo sentía lo mismo tirando de mi pecho hacia ti, pero era la

única manera de vencer tu miedo, y si hubiera ido a por ti como un loco, hubieras huido cada vez más lejos. Necesitaba que lo vieras por ti misma.

Reacciones ancestrales del ser humano. Tú me lo enseñaste: tenías que descubrir

lo que sentías al no poder tenerme.

—¡Eres un...! —dije furiosa.

Él sonrió.

—¿Un romántico?

—¡Un jodido manipulador y nunca cambiarás! —chillé.

—Sabía que funcionaría, porque yo supe que te quería en cuanto me di cuenta de que nunca podría tenerte —dijo acercándose de nuevo a mí para susurrarme al oído—. Llevo toda la vida esperándote...

Cerré los ojos y noté que se llenaban de lágrimas.

—¿Cómo has podido mantener este plan durante semanas?

—Soy clavado a mi padre, pero también soy hijo de mi madre. ¡Son comerciales! Unos manipuladores natos —sonrió—. Y cuando lo tienes claro, no

hay más que hablar.

—Encima ladrón. ¡Esa frase es de Rubén! —sonreí.

—Pero es cierta.

—La llevaste a la boda. Casi mato a alguien al escucharlo.

—Conozco a Olaia desde hace años, y también conozco a su novio.

—¿Tiene novio? ¡Os habéis besado!

—Gajes del oficio —se carcajeó.

—¿Y aquel día en el ascensor?

—Diego estaba en el ajo. Calculó a qué hora volverías de correr y nos avisó para coincidir contigo.

—¡Lo de psicópatas se os queda muy corto!

—No ha sido fácil, pequeña. Me volvías loco. Eres imprevisible. La víspera de Reyes casi claudico cuando apareciste en mi despacho. Después del abrazo del viernes pasado, estuve toda la noche masturbándome mientras imaginaba



posibles continuaciones, y ahora mismo, no he podido evitar besarte. En

realidad, no soy tan buen psicópata —sonrió vergonzoso.

—Aún así... ¿De dónde has sacado la fuerza de voluntad para llevar a cabo esto? Llevo mes y medio destrozada... Me da miedo que tengas tanto autocontrol.

—Fue gracias a César. Yo estaba a punto de raptarte y naufragar en una isla desierta, créeme, pero el día de Navidad, César me dijo que siempre había pensado que yo sacaba lo mejor y lo peor de ti, igual que Jorge de él.

Los ojos comenzaron a picarme y se inundaron de nuevo.

—Fue cuando me dijo que... habías nacido por mí y para mí, y yo le creí.

Bajé la cabeza y rompí a llorar. Llevaba años sin hacerlo, pero desde que pisé España había batido un puto récord. Él rozó mi cabeza con la suya consolándome y pareció temblar.

—Noa... ¿es cierto? ¿Cesar tiene razón? —susurró mirándome con intensidad.

—¿Alguna vez no la tiene? —dije solemne. Una sonrisa sincera apareció en mis labios y él cerró los ojos aliviado, justo antes de besarme para sellar a fuego esas palabras.

Cuando salimos de la habitación radiantes de felicidad todo el mundo nos

observaba intrigado. No hizo falta decir nada, La Mafia lo captó enseguida porque Manu no me quitaba las manos de encima. Vi a César sosteniendo un punto de dolor entre sus ojos, símbolo de que tenía ganas de llorar; y a mi padre

bromeando con los padres de Manu sobre que ellos también tenían ganas de ser abuelos.

Diego y Martina habían desaparecido y yo estaba deseando hacer lo mismo.

Necesitaba estar a solas con Manu, urgentemente.

Olaia se me acercó pidiendo perdón con la mirada.

—Lo siento, Noa —comenzó risueña—. ¡Manu me imploró ayuda! Y nunca le había visto enamorado. No podía decirle que no...

—Tranquila. Es un estafador profesional. Nadie está a salvo cuando esos ojos te miran desesperados —bromeé—. Gracias por todo, Olaia.

—Gracias a vosotros —se despidió apretándome la mano.

Poco a poco la gente se fue marchando. Manu apenas se había despegado de mí en toda la tarde. Me acariciaba suavemente con sus dedos, creando un nuevo

lenguaje, e iba contándome todo lo que tenía planeado hacerme más tarde. Como

cuando dibujaba líneas imaginarias sobre mis nudillos con las yemas o cuando estiraba los dedos y los entrecruzaba con los míos. Me estaba poniendo

taquicárdica. Estuve a punto de arrastrarle a los lavabos, pero habría sido un cantazo.

Nuestros padres se despidieron soltando frases manidas que avergonzarían a

cualquiera y vi que César le susurraba algo a Manu que le hacía sonreír. Cuando

quedaron diez personas, mi chico les echó sin mucha sutileza alegando que

estaba ovulando y que mi temperatura corporal había llegado a su pico.

—Eres un demente —me carcajeé—, ¿cómo se te ocurre decirle eso a la gente?

—Soy como la madre de Forrest Gump, intento explicar las cosas con

ejemplos fáciles para que me entiendan.

—¡Son posibles clientes! —me quejé divertida, aunque ya me ardía la piel por

él.

—No, mi vida. Los clientes están aquí —dijo mostrándome la hoja de papel.

Los nombres se habían multiplicado por cinco.

—¡Madre mía! ¡¿De dónde ha salido tanta gente?! —exclamé alucinada.

—Puro *marketing*. Toño ha estado moviéndolo por internet, anunciándolo a bombo y platillo en las redes sociales de oposiciones para Fuerzas y Cuerpos de

Seguridad del Estado.

—Es increíble... —afirmé contando los nombres—. ¡Hay cincuenta y dos! ¡Ni siquiera sé si tenemos capacidad para tantos alumnos!

Manu sonrió.

—Ya les haremos hueco. Ahora deja eso y hazme sitio a mí —dijo colocándose entre mis piernas a lo bruto.

Yo sonreí encantada.

Nos besamos con desenfreno, destilando humedad y calor. Iba a sugerir irnos a su casa, pero no creo que llegáramos ni a la esquina.

—¿Quieres que nos vayamos a casa? —preguntó.

—Querer no es poder —jadeé.

Él gruñó y sofocó una risita.

—Dios... pienso hacértelo tantas veces que seguramente nos toparemos con ese uno por ciento que tienen de fallo los anticonceptivos... —dijo besándome el cuello.

Sonreí como una idiota.

—Algo me dice que no reaccionarías tan bien como Diego.

—No paré, Noa... La primera vez que nos acostamos no sabía que tomabas nada y no tenía intención de parar... porque no me importaba en absoluto lo que pasara, si era contigo; aunque me gustaría disfrutar un poco más de ser solo dos antes de que lleguen nuestros tres hijos.

Solté una risita al percibir tanta seguridad en su voz.

—¿Tres? Para eso hay que practicar mucho antes —susurré melosa—, ¿dónde podemos empezar?

—Voto por estrenar tu mesa. El día que la trajeron fue un buen día para mini-

yo. No dejaba de imaginar todo lo que te haría sobre ella.

Exploté de risa. Le había echado tanto de menos...

Me alzó poniendo mis piernas alrededor de su cintura y emprendió la marcha hacia el mueble elegido.

Me sentó sobre la mesa y empezamos a desnudarnos a zarpazos. Mi mano encontró lo que buscaba y él gimió en voz alta.

—Dios, pequeña... ¿ves cómo me tienes?

Madre mía, eso no era ni medio normal.

—Y yo pensando que te lo estabas pasando en grande todo este tiempo... —  
alegué.

—Casi se me gangrena —resopló—, cada vez que te veía tenía que ir a donar sangre.

Los cumplidos de Manu. Palabras que me llegaban más hondo que cualquier «te quiero».

Nos dimos prisa porque la teníamos, y en pocos segundos le tuve dentro. Era demencial. Un jodido suicidio emocional, pero fui suya y le sentí mío. Yo llegué enseguida con la espalda arqueada sobre la mesa y sus manos aferrándose a mi cintura como si nunca más fuera a soltarme, y tuve una réplica cuando él se dejó llevar forzando las embestidas al máximo. Su piel era mi casa. Sus besos, lo único necesario para vivir.

Nos vestimos y volvió a colocarse entre mis piernas. Nuestros cuerpos advirtiéndome que no tenían intención de volver a separarse jamás.

—Te quiero tanto... —susurré abrazándole.

—Nunca le he dicho a una chica que la quiero... —confesó en mi oído—. No con esas palabras...

—Dímelo —exigí divertida buscando sus ojos.

—Le puse tu nombre a mi sala, ¿qué más quieres? —sonrió granuja.

—Idiota... —le aticé por no confirmármelo en su momento, aunque en el fondo, lo sabía.

Volvió a besarme y suspiró.

—Llevaba un año sin pensar en otra cosa que no fueras tú. Necesitaba sentirte cerca aunque no estuvieras. Siempre te he querido, Noa... pero ahora te amo con locura.

Me derretí en sus brazos y volvimos a besarnos.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó bajito.

—¿A cuál? ¿A la tuya o a la mía?

—A la nuestra.

Epílogo

*Un año después*

Manu

—No me ha gustado ir en moto con los ojos vendados —se quejó Noa—.

De momento, tu sorpresa de cumpleaños ha empezado de culo.

Solté una risotada.

—Paciencia. Merecerá la pena.

Cogí su mano y la insté a andar.

—¿Dónde estamos? Huele a pino. Llevo tacones, ¿sabes?

No pude evitar volver a sonreír. Llevábamos un año viviendo juntos y todavía me robaba sonrisas secretas. Esas que nadie más ve y que te hacen sentir inmensamente afortunado.

—Odio las sorpresas —refunfuñó.

—Ya lo sé. Hago esto porque me fascina oírte protestar.

Pegó al aire intentando alcanzarme, pero la esquivé y me mofé de ella.

—Creo que te odio —resolvió.

—Yo también, cariño —aseguré con dulzura—. Estamos cerca. Solo un poco más. —La animé arrastrándola de las manos.

Al llegar, saqué una llave del bolsillo y abrí la puerta. Me fijé en que todo estaba dispuesto y la miré por última vez. Tenía una sonrisa ciega pero

ilusionada mordiendo sus labios y el corazón comenzó a latirme rápido sugiriendo que me diese prisa en llevar a cabo lo que estaba a punto de hacer.

Llevaba dos meses planeándolo, y recordé el momento exacto en el que entendí que tenía que arriesgarme a ello.

Fue en la boda de Diego y Martina, cuando casi muero de felicidad al ser el elegido para sostener a su hijo de dos meses sentado en primera fila mientras ellos se daban el «sí, quiero». El pequeñajo era el portador de los anillos, y yo

era el encargado de acercarle para ofrecerlos, descansando en mis brazos, en el instante preciso. Fue un momentazo. El crío pareció ser consciente de todo, hasta me dio la sensación de que sonreía, y no pude evitar emocionarme cuando vi en los ojos de mis mejores amigos la felicidad que siempre había deseado para ellos.

Volví al banco parpadeando para desempañar mi mirada y Noa sonrió burlona.

—Lo sabía. Eres un obseso de las bodas.

—Pues sí. Y para que lo sepas, también me apasionan los conejitos y los corazones.

Ella sonrió traviesa y yo volví a amarla.

—Lo tendré en cuenta, pero no prometo nada —murmuró chulesca.

Y, como la conocía, y sabía que seguía siendo una niña con un par de tetas que me volvían completamente loco, arremetí.

—En realidad, no quiero que te cases conmigo, con que te disfraces una vez al año de conejita de *Playboy*, tengo más que suficiente.

Ella me miró divertida pero desafiante. Dios... me ponía tan tonto.

—Deseo concedido —musitó sensualmente.

Sonreí satisfecho y le di un besó al bebé para celebrarlo con él mientras ella me observaba melancólica.

—Quiero uno —dije mirando al frente.

—Calma, campeón. Las mamás no tienen tiempo de jugar a las conejitas de *Playboy*...

Estuve a punto de soltar una carcajada.

—Por suerte, a ti te encanta romper los cánones.

Ella sonrió poniendo los ojos en blanco, acarició al bebé embelesada y supe que pronto seríamos padres. Porque éramos jóvenes e impetuosos, y no iba a dejar que nuestros hijos se llevaran demasiado tiempo con su primito.

Fue un banquete espectacular, lástima que Ander y Adriana desaparecieran misteriosamente. Ella tenía mala cara. Me preocupé cuando la vi llegar, pero no

pude hablar con ella a solas. Sin embargo, me pidió ayuda con Ander en un par

de ocasiones, y la apoyé sin saber lo que estaba sucediendo entre ellos. Desde que estaba con Noa, le había perdido un poco la pista, y me dio pena que no estuvieran en el momento de entregar el ramo. Los novios se acercaron a

nosotros con la extraordinaria versión acústica de la canción *It's my life*, de Bon Jovi, y Noa se emocionó cuando Martina se lo regaló asegurándole que: «No iba

a vivir para siempre, y que quería vivir su vida mientras estuviera viva».

Asimismo, Diego canturreó en mi oído que: «Era ahora o nunca», y todo el mundo aplaudió deseando que fuésemos los siguientes. Noa alzó el ramo

abochornada y nos dimos un beso, pero lo interesante vino después.

—Qué majaderos —comenté con guasa cuando dejamos de ser el centro de atención—. Saben de sobra que odias las bodas.

—No odio las bodas. ¡Me lo estoy pasando en grande!, y me encanta verles tan

felices. Es solo que no necesito un papel ni gastar un montón de dinero para saber que te quiero — dijo dándome un cálido beso.

—Yo tampoco —concluí.

—Mientes muy bien, cariño —dijo con ternura—, pero a mí ya no me engañas.

Te encantan estas cosas, pero yo no me veo siendo el centro de atención y montando este jaleo. Entiéndelo.

Estuve a punto de replicarle que se equivocaba, pero ¿para qué? En vez de eso me acerqué a ella y volví a besarla.

—Claro que te entiendo. Y paso de bodas, si me prometes que pronto te olvidarás de tomar la píldora —susurré en su oreja. Después intenté mordérsela, pero no se dejó, y comenzó a ruborizarse porque sus padres nos estaban mirando.

—Voy al baño —anunció acariciándome el pelo de la nuca. Yo torcí la cabeza como un gato mimoso y la seguí con los ojos hasta que desapareció. Cuando volví la vista al frente, César estaba sentado a mi lado y sonreí de antemano, porque ya sabía a qué venía.

—¿Cuándo será? —preguntó directamente sin mantener contacto visual.

—¿El qué? —respondí haciéndome el tonto.

—Huelo tus ideas cociéndose a fuego lento para desposar a mi hija. ¿Cuándo será?

Solté una carcajada y me crucé de brazos.

—Lo siento, viejo. Acaba de decirme que no quiere casarse.

—No has respondido a mi pregunta —dijo imperturbable.

Sonreí. Me había tocado un suegro guay del Paraguay.

—En su cumpleaños.

—Gracias por la información. —Se levantó y se fue sin decir nada más.



Menudo personaje. Era como un jodido polígrafo humano.

Lo cierto es que las ganas que tenía de casarme con ella llevaban tiempo molestándome como una abeja en un pícnic, pero procuraba pasar

olímpicamente de ellas. Sin embargo, hacía diez días había ocurrido algo que hizo que me planteara si no debía aprovechar las oportunidades que la vida me

pone en el camino y exprimir las al máximo.

Y ahí estaba, un par de meses después, a punto de quitarle la venda de los ojos a la mujer de mi vida y proponerle una locura el día de su cumpleaños.

—Voy a quitarte esto. ¿Estás lista?

—Sí —contestó nerviosa.

Cuando sus ojos estudiaron el entorno se tiñeron de una luz anaranjada y sonrió genuinamente.

—¡El Rincón del Aura! —exclamó juntando las manos—. ¡Qué bonito!

Algo así como un millón de farolillos de velas iluminaban el sitio. No había luz

artificial. Estábamos solos. Rubén había abierto el local para nosotros, y me aseguró que a las diez en punto la cena estaría humeante y el vino blanco en la

cubitera.

—Feliz cumpleaños —dije acercándome a ella—. ¿Te gusta? Cena para dos en el mejor rincón de Madrid.

—¡Me encanta! Me fastidia reconocerlo porque es un poco cursi, ¡pero me da igual! ¡me flipa! —Se lanzó a mis brazos y nos besamos.

—Quería dejar caer algunos cuchillos y pistolas por el suelo junto a las velas, pero no me ha dado tiempo —bromeé.

Nos acercamos a nuestra mesa de la mano y vimos un despliegue

impresionante. Rubén había preparado la cena perfecta. Había una gran plancha

de piedra en el centro salpicada de bandejas con comida lista para cocinar al momento. Chuletones, entrecot, solomillo, una bandeja de verduras crudas, y

otra de quesos de todo tipo para añadir a una fondue eléctrica que esperaba ansiosa al lado de una gran barra de pan.

—¡Buah... qué rico! —gritó Noa—. Tendremos que hacerle un buen regalo a Rubén.

—Sí, ya lo tengo pensado.

Nos acomodamos en la mesa y empezamos a comer. Una vez que terminamos, comenzó la diversión. Cada vez que metía la mano en mi chaqueta o hacía algún movimiento extraño, se ponía tensa, y puede que lo hiciera un par de veces más de las necesarias porque me lo estaba pasando en grande.

—Está previsto tomar el postre en aquella zona y acto seguido hacerte el amor

—informé señalando un espacio frente a otro ventanal en el que había una alfombra y cojines en el suelo. Ella sonrió como siempre hacía cuando le

informaba indirectamente cuánto la deseaba y le dije que fuera acomodándose mientras yo preparaba el postre, que consistía en el clásico valenciano: zumo de

naranja con helado de vainilla aderezado con licor Grand Marnier al gusto.

Al poco tiempo, me acerqué a ella con las dos copas en la mano y me senté a su lado.

—Esto es perfecto, Manu. Me ha encantado tu regalo, en serio, esta cena ha sido... Estar aquí de noche es precioso —comentó soñadora.

—Aún no te he dado tu auténtico regalo, esto solo era un marco —dije enigmático.

Sus ojos adquirieron un nuevo tamaño cuando saqué una cajita del bolsillo de mi pantalón y la deposité delante de ella.

Parecía aterrada.

—Dime que ahí dentro no hay un anillo —rezó.

—Para saberlo tendrás que abrirlo —sugerí.

Ella obedeció temerosa y al ver lo que había dentro, me miró perpleja.

—¿Una llave? —preguntó desconcertada.

—Sí, una llave.

—¿Es una metáfora? ¿No abrirá tu corazón o algo así? —preguntó horrorizada.

Intenté no partirme de risa.

—No, abre El Rincón del Aura —contesté tratando de sonar indiferente.

Ella abrió la boca paralizada y procedí a explicárselo.

—Rubén me dijo hace un par de meses que habían decidido volver a Argentina

y que lo traspasaban. El restaurante da beneficios y quiere mantener a la misma

plantilla trabajando: cocineros, camareros, son como una familia. Y yo... te lo estoy regalando a ti. Feliz cumpleaños.

Noa hizo amago de hablar, pero no le salió nada.

—Tú... ¿me regalas El Rincón del Aura? —articuló por fin.

—Sí. Es tuyo.

—Madre mía —dijo tapándose la cara.

—¿Te gusta?

—¡Estás loco!... Te diría que no puedo aceptarlo, pero... ¡Es el Rincón del

Aura! —chilló—, es... como algo nuestro.

—Exacto. Aquí han pasado muchas cosas. Aquí me di cuenta de que no podía

renunciar a ti, y tú seguiste acudiendo sin poder evitarlo... volvías a nosotros.

No podía dejar que desapareciera... —sentencié.

—No sé qué decir... —dijo ella acongojada con los ojos brillantes.

—¿Gracias, cariño, me ha gustado mucho? —sugerí.

—¡Gracias, cariño! ¡Me ha gustado mucho! —reaccionó al momento, pero con

una felicidad que no le llegó a los ojos.

—¿Y por qué tienes esa carita? —dije cogiéndole la mano.

—Es que... estoy sorprendida, esto es... ¡muy gordo!

—Hay algo más. Pareces decepcionada...

—¡No!, es que... pensaba que el regalo sería otra cosa.

Puse los ojos en blanco mentalmente porque hacía tiempo que tenía asimilado que estaba enamorado de una bipolar.

—¿Qué pensabas que sería?

Ella me miró reticente.

—¿Qué esperabas? —presioné un poco más.

—Nada —recoló. Sonreí cuando cogió la cajita y comprobó que no había nada más dentro.

Era tan transparente para mí. Leía en ella como en un libro abierto, y todo lo que veía me maravillaba. ¡Era muy graciosa! Se puso a dar vueltas con la pajita en el cóctel para comprobar que no había nada sumergido en él y no pude resistirlo más.

—Está debajo de ese cojín —le informé.

—¿Qué?

—En ese. Levántalo —Señalé uno de ellos y ella lo hizo.

Un solitario brilló en el suelo engarzado en una alianza de oro blanco. Y al verlo, se quedó paralizada con el cojín en la mano.

Hubo un silencio. Me incliné hacia delante y lo cogí con cuidado. Ella no apartaba los ojos del anillo. Me recordó a Frodo cuando estaba poseído.

—Ya sé la respuesta —comencé resignado—, pero voy a preguntártelo de todos modos...

Ella tragó saliva.

—La gente se casa por muchos motivos: por los hijos, por las ventajas fiscales,

por los quince días de vacaciones, por la fiesta... Yo quiero casarme contigo porque te quiero más que a mi vida. Porque siento en mi pecho con claridad meridiana que nunca he querido ni querré a nadie como te quiero a ti. Para mí no

es una celebración más ni un papel firmado, es un compromiso. Y no hablo de

un contrato blindado para jurar que te querré en lo bueno y en lo malo incluso

cuando ya no quiera hacerlo, sino una promesa de que mi amor es tuyo para siempre, precisamente, porque no crees en los «para siempre». —Cogí su mano

y deposité el anillo cerrándola sobre mi puño—. Noa, ¿quieres casarte conmigo?

—pregunté tembloroso.

Sus ojos tenían un brillo especial.

—¿Te parecería una loca si te dijera que sí?... —musitó mordiéndose los

labios.

Aliviado, dejé escapar el aire de mi boca con una risita.

—Eso sería muy tú —dije acercando mi cara a la de ella esperando una respuesta en firme.

—Entonces, sí... quiero casarme contigo —susurró.

La besé ensimismado, disfrutando de su locura como un maldito adicto.

—Está bien, pequeña. —Acepté emocionado—. Tu secreto está a salvo

conmigo, no dejaré que nadie te encierre en un manicomio. A la gente le diremos

que solo lo haces porque no puedo esperar ni un segundo más para llenar las habitaciones de nuestra casa de niños.

Había ganado la línea, y ahora quería el bingo.

—Muy buena idea —me continuó la broma—. Y se lo creerán porque para que

eso suceda, solo tendrás que esperar ocho meses más... —anunció con la sonrisa

más alucinante del mundo.

Sentí que el corazón me estallaba.

—¿Qué?!

—Que el pollo está en el horno.

Me lancé a abrazarla.

—Dios... ¡Te quiero! —la apreté con fuerza y comencé a besarla como si fuera la primera vez que lo hacía.

Ella sonrió y me acarició la cara.

—Yo también te quiero más que a nada, cariño, y haría cualquier cosa por ti, incluso casarme contigo con un vestido de conejitos y corazones —sonrió.

—¡Gracias, eso es justo lo que quiero! —bromeé.

Ella me golpeó juguetona.

¿Era legal ser tan feliz?

—Podríamos hacerlo aquí —dijo de pronto—. Una comida, un sábado cualquiera. Con el bar a reventar, con la familia y los amigos, sin trajes ni ramos.

Sin detallitos y sin cámaras.

—¡Lo compro! —la corté de inmediato. Estaba tan contento que no podía ni pensar, solo quería perderme en ella y la besé de nuevo.

Ella sonrió encantada.

—¡Tengo una idea! ¡Podríamos quedar con la gente el mismo día que nos den cita en el juzgado, y después soltar en medio de la comida que nos hemos casado! —gritó entusiasmada. La pobre llevaba mal lo de ser el centro de atención.

—Imposible... —confesé con culpabilidad.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo, si consulto el móvil, tendré WhatsApps de César y de Diego preguntándome qué tal me ha ido la pedida. Diego nos guardaría el secreto, pero César...

—¿César? Pero ¿cómo...?

—¡Me obligó a decirle cuándo te lo pediría! Ya sabes cómo es... Me taladró con esos ojos y ¡me repitió la pregunta varias veces como un pirado!

Ella sonrió con ganas.

—¡Será entrometido! —se mofó—. Tienes razón, Cesar es incapaz de guardar un secreto. Se lo dirá a mi padre. Mi padre a Naia, Naia a Isa y a Axel, y Axel a tu padre. En menos de dos horas lo sabrá toda La Mafia.

—Sin ninguna duda —resoplé.

Nos quedamos pensativos y se me ocurrió algo:

—¡Podemos decirles que nos casamos, y en la comida de la boda soltamos el bombazo del bebé!

—Tampoco —gimió ella—. Creo que César lo sabe... —dijo tapándose la cara

—. ¡Esta mañana me ha dicho si quería que me comprara unas galletitas saladas!

—¿Qué? No lo entiendo...

—¡Son típicas para las náuseas! Lo sabe, estoy segura. Estamos perdidos. Si lo sabe César, lo sabe toda La Mafia. ¡Maldita sea!

Mi niña... Sonreí estrechándola entre mis brazos, y le cogí la cara.

—No la maldigas, mi amor, al fin y al cabo, es la que nos ha unido.

—No, cariño. A nosotros nos ha unido la magia —afirmó besándome convencida.

*Selecta*

*Y ahora tú*

Heather Lee Land

Si te ha gustado

*La magia que nos une*

te recomendamos comenzar a leer

*Y ahora tú*

de *Heather Lee Land*

1

Derek sacudió la cabeza antes de abrir los ojos. Todo le daba vueltas y sentía

que el estómago se le iba a salir por la boca. Un sabor amargo y putrefacto le llegaba desde el fondo de la garganta. ¿Había vomitado antes? Fuera lo que fuese lo que hubiera ocurrido en la fiesta de fin de año en casa de Howard, él no

se acordaba de nada.

Los padres de su amigo se habían ido de vacaciones a las islas Barbados y su



hermano y él se habían quedado solos durante varios días, lo que había dado lugar a una fiesta tras otra sin control.

Derek no había asistido a todas, básicamente, porque su madre sospecharía de algo, se enteraría, llamaría a los padres de Howard y el hermano mayor de este, Christian, le retorcería el cuello por chivato. Sabía que ese bruto lo haría porque lo conocía y porque no era la primera vez que se había visto envuelto en alguna pelea.

A la fiesta de fin de año sí que había asistido, y había sido un desfase. Había muchísimas personas y no conocía ni a la mitad de ellas. Hasta que apareció Nora.

La verdad era que no había esperado encontrársela allí después de saber que ella y el hermano de Howard habían terminado muy mal, pero ambos se habían

ignorado durante toda la noche, hasta que Christian se había emborrachado demasiado y comenzado a decir estupideces, a las cuales nadie hizo caso.

No recordaba muy bien qué había dicho, pero seguro que no merecía la pena.

Lo único que recordaba era que se había despertado en la habitación de invitados de la casa con Nora a su lado. Pensar que podría haber pasado algo y que no se acordase provocó que le diera una arcada que lo obligó a salir corriendo y meter la cabeza en el inodoro y no querer sacarla hasta el año siguiente.

—¿Estás bien?

Derek escuchó la voz de Nora desde la habitación. Había terminado de vomitar

y se sentía fatal. Además, tenía que enfrentarse a una mujer que bien podía ser su madre y que tenía un trillón de años luz de experiencia más que él. Sin duda, había hecho el ridículo más absoluto de toda la historia de la humanidad.

Él no iba a engañar a nadie; era virgen y nunca había imaginado estrenarse así.

—¿Derek?

Derek cerró los ojos. Sabía que así no iba a hacer que la mujer desapareciera,

pero al menos lo ayudó a centrar un poco la mente. Respiró hondo y regresó al cuarto.

—Estoy bien —anunció con la mano en el estómago. La muerte y ese dolor que sentía por todo el cuerpo tenían que ser primas hermanas, porque no podía imaginarse nada peor a eso—. Creo que bebí demasiado.

Ella sonrió. Estaba apoyada en el cabecero de la cama, medio sentada y fumándose un cigarrillo. Se había quitado los zapatos y, al parecer, eso era lo único que faltaba de su vestimenta.

Lo sensato habría sido adecentarse la ropa y salir de allí, pero Derek no se caracterizaba por tener momentos como esos, sino todo lo contrario.

—No... —comenzó, intentando formar el resto de la frase en su cabeza antes de decirla—. No recuerdo gran cosa. ¿Pasó algo... entre nosotros?

Nora no pudo evitar esbozar una tierna sonrisa, viendo cómo el joven se sentaba en el borde de la cama y se llevaba las manos a la cara para taparse con ellas.

Derek era un muchacho encantador. Con dieciséis años, aparentaba algunos menos. Llevaba meses acomplejado porque su padre, que era dentista, le había puesto un aparato para corregirle una pequeña desviación en los dientes. Eso, unido a que parecía ser el único de su clase que aún no había pegado el estirón,

lo hacía sentirse inferior a los demás. Siempre había sido un joven seguro de sí mismo que pasaba de ese tipo de cosas, pero llegar a la pubertad y descubrir que no tenía claro si le gustaban los chicos o las chicas era demasiado confuso incluso para él.

Nora lo miró con cariño. Le recordaba un poco a su hijo cuando tenía esa edad.

A sus cuarenta y tantos años, ya venía de vuelta de muchas cosas: de ver crecer a sus hijos, de un matrimonio fallido y de las habladurías de la gente. Le gustaban

los veinteañeros, sí, pero no tenía por qué tener una connotación sexual. Ella los veía como un diamante en bruto que, bien pulidos, podían llegar a brillar con luz

propia. Los hombres de su misma edad ya no querían cambiar. La mayoría no quería mejorar, hastiados ya de la vida. Por eso se sentía tan fascinada por hombres más jóvenes: porque solían tener una mentalidad mucho más abierta y

sin obstáculos. No era una asalta cunas. No tenía absolutamente nada que ver.

—¿De verdad que no te acuerdas de nada? —En lugar de responderle, ella le formuló otra pregunta, lo que se ganó una mirada furibunda del joven.

—Me voy a casa —anunció y buscó alrededor buscando las pocas prendas que le faltaban de su indumentaria. Le dolía la cabeza y apestaba a alcohol y a vómito.

—Te llevo. —Ella se levantó, pero se quedó clavada en el sitio cuando vio el gesto de Derek, que negaba con la cabeza.

—No hace falta, de verdad. Vivo muy cerca. —Se agachó para buscar los zapatos debajo de la cama. Cuando los encontró, se los puso y suspiró—.

Gracias. Siento... bueno, siento todo esto.

Nora fue a decir algo, pero Derek no le dio la oportunidad porque salió de la habitación y cerró tras él. Tuvo la impresión de que el joven había tergiversado toda esa situación. Tenía que sacarlo de su error, pero iba a tener que dejarlo para otro día porque ese no era el mejor momento.

Derek solo tenía que caminar unos trescientos metros o menos para llegar a su casa. Entró por la puerta de atrás porque sabía que, si su madre lo pillaba en ese estado, iba a echarle la bronca del siglo.

Subió los escalones hacia su habitación de tres en tres y llegó a su cuarto.

Cogió algo de ropa limpia y se metió en el baño para quitarse ese hedor de encima.

Se lavó tres veces los dientes, pero ese aliento nauseabundo seguía ahí. Se metió un caramelo de menta en la boca y se deslizó entre las sábanas. Cuando se

despertara ya analizaría lo que había pasado, a ver si con suerte recordaba parte de la fiesta de fin de año para poder lamentarse y quejarse a gusto.

Kate llegó a la cabaña a primera hora de la mañana. Todos sus compañeros habían quedado para pasar el fin de año juntos en una fiesta privada en casa de

uno de ellos, pero ella no había asistido. En un principio pensó hacerlo, sobre todo sabiendo que su hermano no tenía intención de hacer nada salvo tirarse en

la cama con el gato y ver películas antiguas, pero entonces la veterinaria con la

que estaba haciendo las prácticas le preguntó si no le importaba echarle una mano esa noche. Tenía guardia y se le habían juntado varios casos complicados.

No tenía por qué ofrecerse, de hecho, no iba a cobrar nada, pero asintió de buen grado. Ella era veterinaria por vocación, no por el dinero que podía ganar, y

en casos como ese no le importaba sacrificar una noche por ayudar a los

animales. Además, tampoco le parecía tan buen plan ir a una fiesta con gente a la

que apenas conocía.

Sus compañeros eran buena gente, aunque ella no encajaba del todo entre ellos;

ni en el grupo de las chicas ni en el de los chicos. Ellas estaban en su mayoría

más pendientes de estar monas que de otra cosa. Parecía que iban a desfilan en

una pasarela en lugar de ir a hacer las prácticas a un centro de animales. Ella, con su pelo castaño largo recogido casi siempre en una cola de caballo, su flequillo grande despeinado y sus grandes ojos claros, solía vestir vaqueros y zapatillas deportivas. Intentaba ir cómoda siempre que podía. Los chicos, por otro lado, habían formado una piña y parecía que solo iban a lo suyo y poco más.

Así que ella, *friki* desde que nació, no se sentía integrada en ninguno de los dos grupos.

Entró en la casa y se arrastró hacia su dormitorio. No estaba particularmente cansada. Solo tenía sueño por haber estado toda la noche despierta. Cuando fue a

entrar en su cuarto, vio la puerta del dormitorio de su hermano abierta. Sin poderlo remediar, se acercó los dos pasos que le faltaban para llegar y asomó la

cabeza. Kane estaba completamente dormido, roncando ligeramente, y con el

gato echado a su lado igual de dormido que él. No pudo evitar esbozar una sonrisa al verlos. Sacó su teléfono móvil del bolsillo y les hizo una foto. Luego

regresó a su cuarto para echarse en su cama a ver si podía descansar y recuperar

el sueño perdido.

Kane se despertó bien entrada la mañana. No había regresado muy tarde del trabajo la noche anterior. Cuando dejó el almacén, sus compañeros celebraban el

año nuevo y con ellos quedó Logan. Esos besos que se habían dado lo habían dejado descentrado durante un par de horas.

No podía dejar de pensar en su compañero de trabajo, ya no solo porque le resultaba muy atractivo, con esa media melena castaña casi siempre suelta y esos

ojos grises, sino porque desprendía una personalidad tan fuerte, tan segura, que se sentía como un satélite que orbitaba alrededor de él.

Con todo lo alto que era Kane, algo más del metro ochenta, Logan podía llegar casi al metro noventa y eso, unido a su fuerte espalda, daba como resultado a un ser increíble que no pasaba desapercibido.

Seguido del repaso mental a toda su anatomía, volvió a recordar los besos que se habían dado en el trabajo. Había cumplido con lo que le había pedido y se había marchado a casa para descansar. Necesitaba reunir todas las fuerzas

necesarias para hablar con él. Le había prometido una charla, en cierta forma se la debía, e iba a necesitar estar lo más relajado posible.

Nunca se le había dado bien hablar de sus sentimientos, mucho menos de un tema tan delicado para él como era el que tenía que contar, pero no iba a echarse atrás.

Se desperezó en la cama y estiró el brazo. La palma de la mano cayó sobre el

lomo peludo de Thor. Esbozando una sonrisa, se dio la vuelta para acurrucarse junto al gato. El animal estaba tumbado a su lado más dormido que despierto.

—Buenos días —susurró. No recordaba ya su vida, ni su cama, sin él. Cuando

su hermana se fuera con él, iba a echarlo terriblemente de menos—. Tienes un precioso cojín ahí en el suelo para que duermas, pero siempre acabas a mi lado.

—Le rascó la barriga aprovechando que el gato se había espatarrado para bostezar—. Te gusta que te rasquen, ¿eh? Eres un caradura.

Thor se giró cuando terminó de estirar todo su cuerpo y se puso en pie sobre la

cama. Luego bajó de un salto y desapareció por la casa.

Tenía que ser muy tarde, por lo que Kane se levantó de la cama y se dio una ducha para activar el cuerpo. Se peinó la húmeda cabellera estirando el pelo a conciencia. Le llegaba por los hombros y pronto necesitaría un buen corte. La

verdad era que no solía fijarse en su aspecto. No le preocupaba en absoluto.

Sabía que sus ojos, no tan azules como los de su hermano Nick, solían impactar mucho a las mujeres, pero él no estaba interesado en ninguna de ellas.

Desconocía la hora exacta en la que llegaría Logan, pero quería estar preparado. Haría café, aunque, conociéndose, iba a necesitar un par de cervezas.

Kate se levantó como un zombi cuando escuchó ruido en la cocina. Llegó arrastrándose hacia su hermano y se tumbó en el sofá con muy poco arte, dejándose caer como un elefante moribundo.

—Te veo muy bien —bromeó Kane—. Todo un ejemplo a seguir.

—No estoy borracha si es lo que estás insinuando. —Kate habló con la cara pegada al sofá por lo que la voz le salió algo ahogada—. He tenido guardia toda la noche.

—¿En fin de año? Joder, ni en mi trabajo son tan cabrones.

Kate se sentó bien y se explicó mejor.

—No tenía que ir obligatoriamente, pero tu veterinaria tenía guardia, y habían entrado varios casos difíciles, me lo pidió y bueno... No pude decirle que no.

Además, eso me proporcionó la excusa perfecta para no ir a la fiesta que habían montado mis compañeros sin quedar mal.

—Siempre ha dado gusto ver cómo haces nuevos amigos —se burló él mientras se movía por la cocina—. ¿Te apetece desayunar? Aprovecha que me pillas de buen humor.

Ella asintió y levantó las cejas.

—Hmmm, y ese buen humor ¿a qué se debe? —lo tanteó—. Quizás fuiste tú el que mojó anoche.

—No. De eso nada —le aseguró él—. Salí del almacén y dejé a todos mis compañeros allí de fiesta. Llegué aquí, me metí en la cama, me dormí y hasta ahora. Creo que es la primera vez en semanas que duermo bien más de cuatro horas seguidas.

—Tu vida me da pena —respondió ella con un tono despreocupado—. Te quejas de mí cuando, sin duda, el primero que debería de cambiar eres tú.

Kane no se lo negó porque llevaba razón. No entendía por qué estaba de buen humor, porque lo normal en él hubiera sido estar como alma que lleva el diablo

por la cita de esa tarde, cuando tendría que contarle algo tan íntimo y personal a Logan. Quizás la reacción de su cuerpo de esa manera tan despreocupada quería significar que ya había superado ese bache en su vida y que era el momento de seguir hacia delante.

Comieron manteniendo una charla bastante animada sobre todo lo que Kate estaba aprendiendo en el curso y la experiencia que estaba adquiriendo. Era muy agotador e intenso, pero estaba disfrutando muchísimo.

Ese día, que iba a tener libre, iba a aprovecharlo para dar una vuelta por los alrededores. Llevaba semanas allí y apenas conocía el sitio. Su hermano vivía en

un lugar privilegiado y ella aún no había salido para maravillarse de todo lo que lo rodeaba.

Cuando terminó de comer, y aprovechando que el tiempo parecía haberles dado una tregua, salió al bosque y comenzó a andar. Kane le había recomendado que usara siempre el lago para localizar donde estaba la casa para no perderse.

De todas formas, varios hoteles quedaban relativamente cerca y, a unas malas, si se perdía, también podía usarlos como referencia.

El humor de Kane comenzó a cambiar conforme se fue su hermana. Se había levantado muy dicharachero, bien descansado y con ganas de hablar con Logan, pero según fueron pasando las horas, su ánimo comenzó a decaer porque comenzó a dudar de sí mismo. ¿Y si Logan pensaba que era un gilipollas que estaba mal de la cabeza? Normalmente, le daba igual lo que el mundo pensara, pero no sabía por qué le importaba la opinión que Logan tuviera de él.

Le habría gustado echarse en la cama y meditarlo con el gato, pero el muy traidor se había esfumado en cuanto se levantó y no había vuelto a aparecer.

Sospechaba que estaba por el bosque cazando algún animalejo para la cena.

Iba a abrirle su corazón a su compañero de trabajo, contarle una experiencia muy íntima de su vida y, cuanto más lo pensaba, más nervioso se ponía. ¿Estaba haciendo lo correcto?

Nick llegó puntual a la dirección que Jamie le había escrito en el papel. Era una zona residencial en las afueras de la ciudad. Un barrio tranquilo y bien comunicado. Antes de bajarse del coche se miró en el espejo retrovisor. En esos últimos meses se veía como un viejo y no como un hombre de treinta y nueve años. Era como si hubiera envejecido mil años de golpe. Su pelo, normalmente algo salvaje y castaño claro, solía tener más cuerpo y vida. Ahora parecía estar tan apagado como él. Incluso sus ojos azules no brillaban con tanta fuerza. No lo iba a negar: estaba asustado y, tras todo lo sucedido, le estaba costando volver a la normalidad. Si se ponía a pensar, no podía creer todo lo que le había pasado en apenas unos meses. Un tumor benigno en la cabeza le había hecho imaginar una vida y un hombre que no existían. Su cerebro parecía haber ido un paso por delante de él y se había montado una película con el anestesista que lo había tratado. La cosa podía haber quedado ahí, pero no podía olvidar ese tiempo ficticio que había vivido con Jay, su supuesto marido, porque había sentido cosas

por él que no había experimentado jamás con nadie. Cuando le extirparon el tumor todo había vuelto a la normalidad, todo excepto su corazón, que se había



quedado vacío y solo, anhelando a una persona que jamás había existido. Hasta

que supo que ese Jay con el que había fantaseado su cerebro era una de las personas que lo habían tratado en el hospital. Había hablado un par de veces con

él, incluso se habían besado en fin de año, y ahora se encontraba en un punto en

el que no sabía qué pensar. Jamie parecía un buen hombre, estaba casado,

aunque su mujer lo había dejado por otro, y no sabía si era un hetero aburrido, o

un bisexual que no había salido del armario. El caso era que él estaba aterrado.

La esencia de Jay seguía en él y no quería confundir sus sentimientos porque, aunque fueran la misma persona, una cosa era Jamie y otra Jay. Al menos eso había pensado al principio. Sabía cosas sobre Jamie que no había manera de que

él pudiera conocerlas. Por eso estaba ahí, de camino a la puerta de su casa, para

intentar aclarar algo de todo eso que había surgido entre ellos. Jamie le había

propuesto que tuvieran algo entre ellos, algo a lo que no le habían puesto nombre y que a él le aterraba pensar. Resopló e intentó tranquilizarse, y llamó al timbre.

Jamie abrió la puerta, lo saludó con una sonrisa y, dejándole paso, cerró tras él.

—He traído un par de cafés. —Nick le tendió la bolsa de papel con los dos recipientes dentro. Cuando se giró para ver la casa y apreciar cómo era, se dio cuenta de que no había nada que mirar porque todo estaba vacío. Tan solo una

mesa de *camping* con dos sillas de jardín y un colchón al fondo adornaban la habitación.

—Qué espartano todo —comentó sin poderlo evitar.

La sonrisa de Jamie se hizo más amplia. Dejó los cafés sobre la mesa y le ofreció una de las dos únicas sillas que había para que se sentara.

—La estoy vendiendo. Mi mujer... bueno, mi exmujer se lo ha llevado todo.

¿Te quieres quitar el abrigo? Perchero también tengo.

—Vaya. —Nick le agradeció con una sonrisa el detalle y le tendió la prenda.

Luego se sentó a su lado—. ¿No has pensado en conservar la casa?

Jamie regresó y se sentó en la silla que quedaba libre. Nick le había puesto delante su café, cosa que agradeció porque lo necesitaba.

—No. Es demasiado grande para mí solo. Mi única hija ya casi es una adolescente. En nada irá a la universidad y se buscará la vida. Tener una casa tan grande cuando paso la mayoría del tiempo en el hospital no tiene sentido. —Le dio un sorbo a su café y apreció su sabor—. Por lo que me has contado, tú vives en el centro en un apartamento, ¿no? —Cambió de tema de manera radical.

—Sí. Me pilla al lado del trabajo y me viene genial porque odio conducir.

—Oh, vaya, lo siento. —Jamie parecía preocupado por él—. Si lo hubiera sabido, me habría acercado yo al centro.

—No te preocupes. Conducir de vez en cuando me viene bien para no olvidarlo del todo. —Miró su recipiente de café mientras hablaba—. Y para darle algo de movimiento al coche. ¿Dónde tienes pensado vivir una vez que vendas la casa?

Nick le había devuelto la pelota cambiando de tema él también como si nada.

—No lo sé —suspiró—. Si te digo la verdad, aún no he pensado en nada. Lo he dejado todo en manos de la inmobiliaria que me está llevando este asunto.

Cuando la venda, miraré algo pequeño por el centro. Cerca del hospital, imagino.

—Te ahorras mucho tiempo viviendo cerca de donde trabajas.

Ambos se quedaron un rato en silencio. Habían hablado de un tema menos intenso como era el cambio de casa de Jamie y ahora quedaba meterse en profundidad en la conversación que tenían pendiente.

—Nick... —Jamie se había bebido ya medio café. Estaba perfecto, tal y como le gustaba a él—. No quiero seguir demorando el tema de por qué estamos aquí.

Nick se mordió el labio inferior. Su corazón había comenzado a palpar más rápido. Aún no sabía si estaba preparado para esa conversación.

—Necesito más tiempo. —Se removió incómodo en su silla. No podía mirarlo

a la cara por mucho que lo desease—. No estoy preparado para afrontar nada ahora mismo.

—Lo sé. —Jamie se había echado hacia delante hasta estirarse lo suficiente para poner su mano sobre la de Nick—. No quiero hacerte daño, créeme. Eso es

lo último que tengo en mente. Solo busco respuestas.

—¿A qué?

—A lo que ha pasado. ¿Tú no tienes curiosidad? —Desde el mismo momento en que Nick se había cruzado en su vida, la suya se había puesto patas arriba.

Que un paciente tuviera alucinaciones o sueños no era algo demasiado raro, pero

Nick parecía saber cosas sobre él, tenía datos que no podía saber sin haberlo conocido ni convivido con él antes. Además, había comenzado a sentir algo por

él de una manera muy personal. Nada tenía que ver que su matrimonio hubiera

fracasado, que su mujer llevara años engañándolo con otro, o que la niña que acabase de tener no fuera de él, sino de su amante. Todo eso parecía llevarlo bien, pero Nick... Nick se escapaba a toda comprensión y razonamiento lógico.

Durante un brevísimo instante intercambiaron miradas. Sus ojos se cruzaron

para quedarse mirando fijamente, hasta que Nick, algo confundido, apartó la mirada.

—Sí. Desde que me pasó todo esto es lo único que hago: buscar respuestas. No

entendía nada de por qué de pronto había alguien en mi vida, alguien que se convirtió en el centro de todo y que, al poco tiempo, desapareció. ¿Por qué mi propio cerebro me ha hecho semejante putada? Porque eso es lo que es; una

putada bien grande porque, por mucho que busque a Jay, él no está. No ha existido nunca y nunca existirá.

Jamie bajó la mirada al suelo porque él discrepaba de esa opinión.

—Conmigo has acertado en el café y en dónde suelo guardar todas las cosas que me dan. —Rememoró la primera vez que quedaron, cuando Nick le pidió,

sin saberlo, su café favorito, o cuando le indicó que buscara en el bolsillo trasero

del pantalón el papel que no encontraba porque todo solía guardarlo ahí.

—Eso es algo fácil —lo desalentó—. Abrí los ojos durante la operación y mi

cerebro creó una comedia romántica contigo como si fueras Jennifer Aniston.

Nada más.

Jamie negó con la cabeza.

—Sabes que no es así, sabes que ha habido una conexión entre nosotros. —

Apretó los dientes intentando controlarse para no soltarlo todo de golpe—.

Jamás me había fijado en ningún hombre. Hasta ahora. Y te puedo asegurar que

nada tiene que ver lo que ha pasado con mi mujer porque, si fuera algo por despecho o por no sentirme solo, me habría buscado a otra mujer, pero no es eso

lo que quiero ahora mismo.

—¿Y qué es lo que quieres?

« A ti ». Su cerebro había comenzado a gritar esas palabras, pero no las diría porque aún no estaba seguro de la magnitud de lo que eso significaba.

—Quiero conocerte, que me cuentes tu vida, lo que te ha pasado, tus sueños...

todo.

—¿Por qué?

—Porque no te puedo sacar de mi cabeza. No dejo de pensar en ti y necesito

respuestas que solo tú puedes darme. Por favor. —Esperó unos segundos para seguir hablando—. No te estoy pidiendo que seamos novios ni que nos besemos

por las esquinas. Soy consciente de que el beso de ayer fue algo que no nos esperábamos ninguno de los dos, nada más. Ayúdame a comprender, por favor.

Era irónico que fuera él el que le estuviera pidiendo que lo ayudara a entender

algo cuando ni él mismo se aclaraba con su vida. Esa última frase no supo cómo

interpretarla y prefirió comenzar con ella para aclarar las cosas.

—Entonces, el beso ¿no significó nada para ti? —Su voz fue apagada, casi

susurrada, como si se muriera de pena al preguntarlo.

Jamie no pudo evitar esbozar una sonrisa porque, si Nick hubiera sido un

cachorro, lo habría acariciado detrás de las orejas.

—Lo significó todo, pero creo que tenemos que empezar por el principio.

Vamos a dejar ese beso aparcado a un lado durante un tiempo porque ninguno de los dos está preparado para ponerle nombre.

Nick tuvo que darle la razón.

—De acuerdo. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Por donde quieras. —Jamie se acomodó, levantó los brazos de plástico de la silla y se echó ligeramente hacia atrás indicando que le prestaba toda su atención

—. Soy todo oídos.

Nick esbozó una sonrisa al verlo. Ya le había contado cosas cuando quedaron en el café, pero de una manera impersonal. Ahora iba a abrirle su corazón porque no solo iba a hablar de lo que había creído vivir, sino de sus sentimientos y del amor que había sentido. Eso era un tema más delicado.

Al ordenar las ideas, su cabeza empezó por el principio, por esa mañana cuando se despertó y apenas se dio cuenta de nada, pero su mente parecía tener vida propia y no obedecía a lo lógico.

—La primera vez que vi a Jay me quedé sin habla. Llevaba dos días sabiendo

de su existencia, viendo fotos suyas por la casa, e incluso había escuchado su voz por teléfono, pero no estaba preparado para encontrármelo frente a frente cuando lo conocí. Era el hombre más atractivo del mundo y no podía creer que

tuviera tanta suerte porque los hombres así están todos pillados, créeme. Pero conforme fueron pasando los días a su lado, su belleza quedó atrás porque su personalidad lo envolvió todo; si por fuera era impresionante, por dentro era un

ser excepcional, y no solo conmigo, sino con todos los miembros de mi familia,

con todo el que se cruzaba con él, incluso con sus compañeros de trabajo. Jay era

único.

Al acabar, Nick levantó la cabeza y fijó sus pupilas en él. Jamie lo miraba con los ojos algo más brillantes de lo normal y ligeramente sonrojado. Era comprensible, porque el físico era el suyo; era su cara, su cuerpo... era él. Sin poderlo evitar se había sonrojado porque acababa de desvelar lo que opinaba de él, al menos físicamente.

—Perdón. Me he emocionado un poco.

Jamie había cambiado su sonrojo por una enorme sonrisa. Nunca venía mal que pensarán que estaba muy bueno.

—Un placer —respondió, sin poder ocultar la diversión que sentía. Cuando vio que las mejillas de Nick seguían subiendo de intensidad, optó por cambiar de tema. Quería evitar a toda costa que se sintiera mal porque por nada del mundo quería hacerle pasar un mal rato. Ese sentimiento de salvarlo de todo no lo pilló por sorpresa—. ¿Quieres ver la casa? Bueno, o lo que queda de ella, más bien.

—Se moría de ganas por seguir escuchándolo, por saber qué más tenía que contarle, pero con Nick iba a tener que ir poco a poco.

A Nick no le interesaba lo más mínimo ver una casa vacía, pero en ese momento haría cualquier cosa por cambiar de tema.

—Sí. —Se levantó de la silla con rapidez y esperó a que Jamie lo guiara para comenzar con el recorrido.

—Supongo que todas las casas serán iguales —comentó Jamie mientras caminaban hacia la cocina—. Está medio desmontada. Faltan la mitad de las cosas, como puedes ver. Lo cierto es que ha conocido años mejores.

Nick echó un vistazo y pudo apreciar que no había ni microondas, ni frigorífico, ni casi ningún electrodoméstico.

—¿Cómo vives? —no pudo evitar preguntarle.

—En el trabajo. Como allí y, prácticamente, vivo allí, en mi despacho. —

Señaló una puerta que había al lado del comedor—. Esa puerta va hacia el sótano y a la bodega, y la de al lado da a un garaje cerrado. No hay luz en el sótano y hace mil años que no bajo. Puedo haber tenido una familia de amish ahí

abajo durante todo este tiempo y no haberme dado cuenta.

Nick se rio por la ocurrencia.

—Pues avísales antes de vender la casa porque igual les interesa. —Echó un vistazo a lo que en otro tiempo tenía pinta de haber sido un comedor, pero ahora

estaba desierto—. Es muy probable que no le hagan ningún cambio.

Jamie asintió divertido mientras lo conducía escaleras arriba y señalaba hacia distintas puertas.

—El dormitorio principal; el de mi hija; el de invitados, que iba a ser el de la pequeña, pero se quedó a medias, y los baños. Una casa sencilla. No

necesitábamos más.

Nick se había parado a observar la habitación del bebé que, efectivamente, se

había quedado a medias. Una pared estaba pintada de rosa, sin embargo, las otras

tres aún conservaban el color beige de lo que antes había sido un dormitorio para

las visitas. No le había pasado por alto cómo la voz de Jamie se había ido apagando poco a poco conforme hablaba. Para él tenía que ser muy duro todo eso.

—Lo siento —fue lo único que pudo decir.

—No lo sientas. Es lo mejor para todos.

Nick iba a preguntarle respecto a eso, pero el sonido de una puerta al cerrarse

llegó desde el piso de abajo.

—¿Papá?

—Estamos aquí arriba —respondió Jamie con rapidez.

Una adolescente, de cabello largo color cobrizo y unos ojos grandes y verdes

igualitos a los de su padre, terminó de subir la escalera y se les unió en el pasillo de la segunda

planta.

—Perdón. No sabía que tenías visita. ¿Un comprador? —La voz de la joven era muy dulce y encantadora.

—No. Es un amigo. Megan, te presento a Nick. Nick, esta es mi hija Megan.

Nick le tendió la mano de manera formal y la joven sonrió con timidez.

—¿No tendrías que estar con mamá?

—Sí, pero el gilipollas ese de novio que tiene se ha puesto a dar órdenes y no lo soporto, y lo peor es que mamá le hace caso en todo.

—Tienes que tener paciencia, ¿vale? —Jamie miraba a su hija con preocupación porque sabía que no lo estaba pasando bien.

—¡Es que no puedo! Ese don nadie ordena y manda y decora la casa con tus cosas, papá, los muebles que tú compraste y con todo lo que había en esta casa y que permitiste que esa zorra te quitara.

—¡Megan! —El tono firme y autoritario de Jamie creó un ambiente tenso en un solo segundo—. No hables así de tu madre.

—Es mi madre para lo que le conviene —gruñó. La joven se veía afectada y con ganas de llorar—. Si no me quieres aquí, buscaré otro sitio para quedarme.

—No es que no quiera que te quedes; es que solo tengo un colchón sobre el suelo, cariño. —Jamie había suavizado considerablemente el tono para dirigirse a su hija.

Ella no se daba fácilmente por vencida.

—Lo sé. Por eso me he traído mi saco de dormir. He dejado abajo mi mochila.

Nick, que había permanecido en silencio, se sintió totalmente fuera de lugar, esperando el momento oportuno para marcharse de esa pequeña disputa familiar.

—Creo que debo marcharme. Quedamos otro día, Jamie. —A Nick no le dio tiempo de bajar las escaleras cuando Jamie lo detuvo.



—No te vayas, por favor. Voy a llevar a Megan a cenar a una hamburguesería cercana. Te invito.

—No. Pasa la velada con tu hija. Tenéis que hablar de muchas cosas.

—Por favor, Nick. Vente. —Esta vez fue la chica la que insistió—. Ese sitio hace las mejores hamburguesas del mundo, y seguro que mi padre hace mucho que no se sienta tranquilo a comer algo. Si estás tú, seguro que cena con calma y se relajará.

Nick miró a la joven, tan elocuente o más que su padre. Se sentía extraño allí en esa reunión familiar improvisada, pero lo curioso era que ya no se sentía fuera de lugar.

—Está bien —acabó aceptando—, pero que conste que lo hago por conocer ese lugar.

Derek llevaba pegado al teléfono desde que se había despertado. Hablaba de manera casual con algunos de sus conocidos que habían acudido a la fiesta de Howard para preguntarles con disimulo si recordaban qué había hecho él la noche anterior.

La mayoría estaba peor que él y no sabía nada. Algunos incluso seguían borrachos. Howard, con el que llevaba horas intentando contactar, aún no había leído sus mensajes. La única solución era hablar con Nora porque ella sí que había parecido acordarse de todo.

En otras circunstancias habría pasado del tema y le habría dado igual, pero no podía quedarse con la intriga durante más tiempo... ¿Qué cojones había pasado en la fiesta? ¿Cómo había llegado a esa habitación y por qué estaba esa mujer tumbada a su lado? Ojalá no hubiera hecho nada de lo que tuviera que arrepentirse porque no quería empezar así el año.

Comenzó a buscar el teléfono de Nora en el grupo de apoyo que se había

creado en la clase de dibujo para recordar fechas de exámenes y proyectos.

Cuando lo encontró le dio a marcar. La mujer respondió casi en el acto.

—¿Sí?

—Nora. Soy Derek.

—Oh, hola, Derek. Dime.

—Verás... —Mierda. No había ensayado lo que quería decirle y ahora iba a quedarse en blanco—. Quería hablar contigo sobre lo que pasó anoche.

—Sigues sin acordarte, ¿no? —Su voz parecía divertida.

Mortificado, Derek tuvo que admitir que no recordaba absolutamente nada.

—Por favor. Nadie puede ayudarme, nadie excepto tú. La mayoría siguen aún borrachos o tienen peor memoria que yo.

A Nora le encantaba sentirse especial y única, muestra de ello era su forma de vestir y de pensar. Con algo más de cuarenta años, separada y con dos hijos adolescentes, Nora había comenzado a vivir ahora. Siempre había estado

reprimida por su familia, por su marido, por la sociedad. Ahora lo había

mandado todo a la mierda y estaba viviendo una segunda oportunidad. Se había

cortado el pelo corto por un lado y largo por el otro, y antes de la fiesta se había

dado un tinte de color plata dejándose las raíces oscuras. Era muy, muy

moderno, como lo llevaban en ese momento las adolescentes. Su anterior

indumentaria, anodina e insulsa, había sido sustituida por prendas coloridas y divertidas. Ayudaba mucho tener un buen tipo. Aunque no era excesivamente

delgada, tenía buena figura, con curvas en su sitio que sabía utilizar muy bien.

Se notaban las horas que pasaba en el gimnasio. No sabía si ese sentimiento de

sentirse eternamente joven lo había ido desarrollando con la edad o siempre había sido así, el caso era que no podía decirle que no al chico ni negarle su

ayuda.

—Claro, pero ahora mismo no puedo. ¿Puedes quedar esta noche en la pizzería

Harlem?

Derek asintió. Había ido allí muchas veces con sus amigos.

—Sí.

—Perfecto. Te veo allí a las siete y hablamos.

El joven no tuvo tiempo de responder nada cuando Nora ya había colgado. No iba a quedarle más remedio que esperar para obtener una respuesta. Maldición.

¿Era necesario empezar así el año?

La tarde había transcurrido de manera maravillosa para Kate. El clima de

Ontario se había apiadado de ella ese primer día del año y le había brindado algo

de tregua en esos meses tan fríos. Eso le permitió poder disfrutar del paseo por el

bosque. Para no perderse y tener que llamar a Kane para que fuera a buscarla, decidió llegar hasta el lago y caminar por el borde, así tendría una referencia para poder regresar sin extraviarse.

Estar en contacto directo con la naturaleza, sentirse libre, estar en paz con el mundo... Esos eran sentimientos que necesitaba a diario en su vida y que allí era

muy fácil tenerlos a mano, la envolvían conforme caminaba mientras se evadía de todo.

El curso le estaba viniendo muy bien. Estaba aprendiendo muchas cosas y

estaba ayudando a salvar vidas. Eso también era muy importante para ella.

La noche anterior había sido muy intensa. Algunos pacientes habían podido

llegar a ver el año nuevo. Otro, por desgracia, no. Eso la hacía sentirse mal, preguntándose si había hecho todo lo posible por salvarle la vida. Y lo había hecho, pero lamentablemente en muchas ocasiones el destino era quien tenía la

última palabra.

No sabía cuánto tiempo llevaba andando por la orilla. El agua estaba congelada

en esa época del año, pero no tenía un buen grosor como para poder caminar

sobre el hielo. Ni loca lo haría, pero debía de admitir que esa posibilidad sonaba divertida.

Al principio no se dio cuenta, pero una melodía se oía cada vez más cerca.

Pensó que era un pájaro, pero conforme se acercaba al sonido descubrió que no, que era una persona.

Rodeó un par de arbustos seguida por el suave silbido. Cuando quiso darse cuenta, ante sus ojos apareció la espalda de un hombre que estaba sentado sobre

la hojarasca mirando lo que parecía ser el lago con demasiada atención y sin percatarse de su presencia. Fue a darse la vuelta para salir de allí sin ser vista, pero pisó una rama y esta crujió a sus pies. El hombre se levantó sin prisas y se

giró para observarla.

Kate sabía que tenía que salir de allí corriendo. No conocía a ese hombre de nada. No era demasiado alto, un poco más que ella, y tampoco parecía

demasiado corpulento, pero sus ojos rasgados y felinos, de un imposible color turquesa, le provocaron un escalofrío que la recorrió de la cabeza a los pies.

—Perdón, no quería molestar. —Kate fue a girarse para marcharse de allí cuando la voz de él la detuvo.

—Una joven tan encantadora nunca molesta —la elogió—. No debería de andar sola por el bosque. No es seguro.

Sin poderlo evitar tembló de verdad. Había visto demasiados programas de crímenes como para saber que el asesino siempre decía una frase parecida a esa.

—Ya me iba. —Se dio la vuelta para salir a toda velocidad de allí, pero el pie se le enganchó en la rama que había crujió antes, lo que provocó que perdiera el equilibrio y cayera de rodillas sobre el suelo.

El hombre caminó con rapidez los pocos pasos que lo separaban de ella y la ayudó a levantarse. Apenas puso a la mujer en pie, la soltó, dándole a entender que no iba a aprovecharse de esa situación y que podía confiar en él.

—Lo siento. Soy muy patosa.

El hombre sonrió.

—No se preocupe. Yo mismo me he caído antes viniendo hacia la orilla.

—¿En serio? —No podía evitar sentirse un poco mejor al saber que no era la única torpe por los alrededores.

—En serio. Y también ha sido con la misma rama. Debería haberla hecho añicos.

La sonrisa del hombre hizo que Kate se relajara un poco. Se había limpiado la tierra de las rodillas y de las palmas de las manos.

—Gracias por ayudarme.

—Ha sido un placer. En la fiesta de anoche deseé empezar el año salvando a una señorita en apuros y parece ser que mi deseo se ha cumplido.

Ella se frotó las manos, nerviosa.

—Podía haber pedido entonces algo más importante, como ganar la lotería o ser famoso.

—No. —La miró a los ojos, como si pudiera leer algo dentro de ellos—.

Prefiero salvar vidas. —Tras varios segundos de observarla fijamente, desvió la vista hacia sus manos—. ¿Se ha hecho daño?

Kate se miró las manos y vio un pequeño corte en el dorso. No era ni un rasguño y apenas sangraba.

—¿Qué? —Kate se había quedado embelesada por sus palabras. Eso de salvar vidas le sonaba mucho a ella—. Oh, no, no es nada. Me habré raspado con alguna piedra. Estoy bien. Gracias por ser tan amable, señor...

—Novak. —Le tendió el brazo para darle la mano de una manera formal—. Ha sido un placer, señorita...

—Miller. Kate Miller.

Durante un brevísimo segundo, los ojos turquesa del hombre brillaron con más fuerza. Terminó de darle la mano y volvió a dar un paso más hacia atrás.

—Siga su camino, señorita Miller. No quisiera entretenerla y que se le hiciera tarde.

Ella asintió y se ruborizó ante tanta formalidad.

—Gracias. —Pasó por su lado con timidez. Cuando anduvo un par de pasos, se giró para comprobar que el hombre seguía allí y que no había hecho el intento de seguirla—. Feliz año.

—Feliz año —respondió con una encantadora sonrisa que mantuvo hasta que ella desapareció de su vista ocultándose entre los árboles. Así estuvo durante unos minutos, sabiendo que la chica se había alejado bastante de él.

—Olvídala.

Ante la voz masculina que salió tras él, el hombre se dio la vuelta y sonrió al ver quién era.

—¿La has reclamado como tuya, Logan? Pensé que jugabas en el otro equipo.

Logan apretó los dientes. Odiaba a ese imbécil.

—Te lo advierto, si le pones una mano encima, Kane y yo te partiremos las piernas.

Durante un segundo se preguntó qué pintaba ahí Kane, pero, al recordar el apellido que le había dicho la chica, ató cabos inmediatamente.

—¡No me digas que es su hermana! —Se rio sin poderlo evitar—. Esto sí que es bueno.

Logan lo fulminó con la mirada. Le sacaba casi dos cabezas de altura y era visiblemente más ancho y fuerte que él.

—Puede que seas mi jefe en el trabajo, pero fuera de ahí eres un mierda. No lo olvides.

La sonrisa de Keith desapareció al instante.

—No me provoques —fue la simple advertencia que le hizo, y dejó en el aire el resto de la amenaza— porque yo no tengo nada que perder. Tú, en cambio, sí.

Logan no respondió nada. Lo miró con desdén y se dio la vuelta para perderse

en el bosque. Había quedado con Kane y llegaba tarde, pero no había podido evitar desviarse de su camino hacia la cabaña cuando escuchó la melodía que había estado silbando Keith. La conocía, y sabía que no traía nada bueno. Había

conocido a Kate, y eso era muy mala señal. Tenía que hablar con Kane cuanto antes. No tenía tiempo que perder.

Salió corriendo entre los árboles y al cuarto salto se convirtió en gato. Cuanto antes llegase, mejor para todos, porque Kate corría verdadero peligro.

*Selecta*

*Anny Peterson*

**LA MAGIA**

*que nos une*



**Esconderte en casa del enemigo es peligroso.**

**Podrías enamorarte de él.**

Después de cinco años trabajando como detective privado en Nueva York, Noa vuelve a casa para rehacer su vida tras resolver un traumático caso. Y, aunque el regreso a España no será fácil ya que dejó un par de asuntos pendientes con nombre propio, pronto se dará cuenta de que, en la sombra, alguien busca venganza.

Casualmente, la única persona que podrá esconderla de una muerte segura es su mayor enemigo de la infancia...

Pero aquel niño que le hacía la vida imposible ha cambiado y la atracción que surgirá entre ellos será más peligrosa que cualquier persecución por parte de la

Mafia.

**Anny Peterson** nació en Barcelona en 1983 y es lectora acérrima del género romántico en todas sus versiones.

Es Licenciada en Arquitectura e hizo un Máster en Marketing, Publicidad y

Diseño Gráfico.

Su primera bilogía, *La Droga más dura*, vio la luz en 2017.

Actualmente, vive con sus hijas y su pareja en Zaragoza.

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Anny Peterson



© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las

leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y

permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase

a

CEDRO

(Centro

Español

de

Derechos

Reprográficos,

<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-34-0

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[La magia que nos une](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1. Algo para recordar](#)

[Capítulo 2. Sucedió una noche](#)

[Capítulo 3. 17 otra vez](#)

[Capítulo 4. Apoyo XIII](#)

[Capítulo 5. Amistad](#)

[Capítulo 6. Love story](#)

[Capítulo 7. El apartamento](#)

[Capítulo 8. El ilusionista](#)

[Capítulo 9. Her](#)

[Capítulo 10. La bella y la bestia](#)

[Capítulo 11. Armas de mujer](#)

[Capítulo 12. Doctor Zhivago](#)

[Capítulo 13. Las amistades peligrosas](#)

[Capítulo 14. 127 horas](#)

[Capítulo 15. Click](#)

[Capítulo 16. Resacón en las Vegas](#)

[Capítulo 17. Kill Bill](#)

[Capítulo 18. Instinto básico](#)

[Capítulo 19. Braveheart](#)

[Capítulo 20. Mejor imposible](#)

[Capítulo 21. Le llaman Bodhi](#)

[Capítulo 22. American Beauty](#)

[Capítulo 23. Una mente maravillosa](#)

[Capítulo 24. Casablanca](#)

[Capítulo 25. Solo en casa](#)

[Capítulo 26. Orgullo y prejuicio](#)

[Capítulo 27. Seven](#)

[Capítulo 28. Loca academia de policía](#)

[Capítulo 29. Cattaca](#)

[Capítulo 30. Límite vertical](#)

[Capítulo 31. Noche fin de año](#)

[Capítulo 32. Viernes 13](#)

[Capítulo 33. The game](#)

[Epílogo. Un año después](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Anny Peterson](#)

[Créditos](#)

# Document Outline

- [La magia que nos une](#)
- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1. Algo para recordar](#)
- [Capítulo 2. Sucedió una noche](#)
- [Capítulo 3. 17 otra vez](#)
- [Capítulo 4. Apoyo XIII](#)
- [Capítulo 5. Amistad](#)
- [Capítulo 6. Love story](#)
- [Capítulo 7. El apartamento](#)
- [Capítulo 8. El ilusionista](#)
- [Capítulo 9. Her](#)
- [Capítulo 10. La bella y la bestia](#)
- [Capítulo 11. Armas de mujer](#)
- [Capítulo 12. Doctor Zhivago](#)
- [Capítulo 13. Las amistades peligrosas](#)
- [Capítulo 14. 127 horas](#)
- [Capítulo 15. Click](#)
- [Capítulo 16. Resacón en las Vegas](#)
- [Capítulo 17. Kill Bill](#)
- [Capítulo 18. Instinto básico](#)
- [Capítulo 19. Braveheart](#)
- [Capítulo 20. Mejor imposible](#)
- [Capítulo 21. Le llaman Bodhi](#)
- [Capítulo 22. American Beauty](#)
- [Capítulo 23. Una mente maravillosa](#)
- [Capítulo 24. Casablanca](#)
- [Capítulo 25. Solo en casa](#)
- [Capítulo 26. Orgullo y prejuicio](#)
- [Capítulo 27. Seven](#)
- [Capítulo 28. Loca academia de policía](#)
- [Capítulo 29. Cattaca](#)
- [Capítulo 30. Límite vertical](#)
- [Capítulo 31. Noche fin de año](#)
- [Capítulo 32. Viernes 13](#)
- [Capítulo 33. The game](#)
- [Epílogo. Un año después](#)
- [Si te ha gustado esta novela...](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre Anny Peterson](#)
- [Créditos](#)